UN SUEÑO DE NADIE

ANTONIO M. ESPINOSA

Multiverso

Desde la Granada del siglo XVIII hasta la actualidad, Sansón Galavís ha llevado una vida de huida constante. Una existencia marcada por un ritual de magia negra que salió mal y lo convirtió para siempre, con solo ocho años, en un fugitivo del espacio y el tiempo. Condenado a no envejecer, se verá envuelto en algunos de los principales momentos de la Historia reciente de España, y perseguido por lo sobrenatural, que le impedirá llevar la vida corriente que tanto anhela, se verá abocado a una lucha constante contra la Cofradía, el brazo armado y secreto de la Inquisición encargado de reconducir los senderos de nuestro país hacia un futuro inerte de obediencia y sumisión, en el que lo extraordinario y lo diferente no tengan cabida. Pero, por encima de todo ello está y estará siempre el amor: el que siente por Nicolasa Parejo, la mujer a la cual su destino está unido y a cuyos brazos volverá, una y otra vez, sin importarle que el precio a pagar a cambio sea el sufrimiento.

UN SUEÑO DE NADIE

ANTONIO M. ESPINOSA

Multiverso
EDITORIAL

El niño y el demonio

1

Sansón Galavís nunca pensó que viviría trescientos años.

Tenía más o menos claro que, con algo de suerte, su vida se alargaría hasta los treinta y cinco. Con mucha, hasta los cuarenta y cinco. Y si hacía las cosas bien, a lo mejor hasta tendría tiempo de notar cómo la vejez le doblaba la espalda y le menguaba los huesos, allá por los cincuenta y cinco. Era el siglo XVIII. Por mucho brillo dorado que se le quiera atribuir y, por entonces, más que dorado, ya se iba pareciendo al opaco bruñido del bronce, la vida de la gente pobre era poco menos que un suspiro. Y no uno cualquiera. Hablamos de una breve exhalación entre sufrimientos, miseria y suciedad. Una bicoca, vamos.

El caso es que Sansón, puede decirse así, tuvo suerte. No sabemos si él estaría completamente de acuerdo, sobre todo teniendo en cuenta el final de su historia. Pero no adelantemos acontecimientos, que trescientos años es una brecha muy grande para saltar así, sin más, de un momento a otro. Qué menos que dedicarle unas cuantas páginas a entender, por lo menos, cómo empezó su aventura.

Sansón Galavís nació en Granada. Hijo de carnicero y menor de una caterva de catorce hermanos. Ignoramos cómo lo hicieron sus progenitores, don Francisco Requena y doña Concha Buendía, para sacar adelante a tal número de bocas hambrientas, pero lo cierto es que lo consiguieron. No es que fueran, precisamente, unos padres de los que se dice cariñosos. Más bien todo lo contrario. Pero tampoco le pidamos peras al olmo. Demasiado es que, cosa inaudita en la época, ninguno de sus retoños pereciera durante la infancia. Todos y cada uno de ellos consiguieron alcanzar la edad adulta. Teniendo en cuenta el momento del que hablamos, es, o eso pensamos, un hecho reseñable. Pero, dirán ustedes, avispados lectores, no pasemos por alto lo obvio, ¿cómo es que el apellido de nuestro personaje no coincide con los de nadie de su familia? Pues hagamos más profundo el misterio: tampoco fue Sansón el nombre con el que se bautizó. Más todavía: Genaro Requena, que así se llamó al nacer, nunca fue bautizado. Pásmense, es natural. ¿Cómo puede ser eso? Si por aquel entonces acogerse al seno de la Santa Madre Iglesia era algo obligatorio para cualquier español. Son muchas incógnitas. Para algunas tendremos respuestas y para otras, nos tememos, habremos de echar mano de la intuición. Y debemos

conformarnos con eso.

Pero vamos por partes.

Todo empezó una tarde de primavera. Imaginen, primero, la calle de un barrio cualquiera de Granada a principios del siglo XVIII. Bueno, de uno cualquiera no. No estamos hablando de las pintorescas calles del Albaicín con sus cármenes floridos y el espíritu morisco encalando las paredes. Nos referimos a otra mucho menos lustrosa. Una que, por ser, más que calle, es una herida abierta en la faz de la ciudad. Ahí, fuera de las murallas, al otro lado de la Puerta de Elvira y muy cerca de la parroquia de San Ildefonso, vio la luz el pequeño que, en algún momento del futuro, se llamará Sansón Galavís.

Imaginen, por tanto, decíamos, las casas desvencijadas, apretadas, echadas unas encima de otras, no tanto porque no haya espacio para todas, sino para ayudarse a resistir las adversidades. En algún momento debieron estar pintadas. Lo sabemos porque todavía hay restos de estuco en las fachadas desconchadas. El ladrillo se muestra pudoroso, igual que los huesos pueden verse a través de la ruinosa piel de los muertos vivientes. Porque eso, a grandes rasgos, es lo que serían estas casas: un grupo de solitarios muertos vivientes. Por si fuera poco el atractivo intrínseco del lugar, recordemos que estamos a principios del siglo XVIII, en 1705 para ser más exactos. Felipe V todavía andaba guerreando con el archiduque Carlos de Austria para conseguir afianzarse como nuevo monarca español. Las reformas urbanísticas del despotismo ilustrado todavía quedaban lejos. Así que, como esta zona de la ciudad carece de cualquier cosa parecida a un alcantarillado público, pues pueden hacerse una idea: las inmundicias se amontonan en la calle, regadas además por las heces y los desechos humanos evacuados de las casas religiosamente todas las tardes al grito vivo de «¡agua va!». Aunque agua, precisamente, es lo que menos hay en esos cubos… Procuremos contener la respiración de cuando en cuando o, de lo contrario, nuestras pituitarias hechas a los perfumes y la limpieza podría saturarse y terminaríamos vomitando, o mareados, o váyanse ustedes a saber. Más ahora que, siendo mediados de mayo, el sol calienta como si fuera verano y potencia, con muy poco tino, los olores menos agradables. Incluso en esta hora ya tardía cuando el cielo se sonroja en el horizonte y las sombras se alargan impertinentes. Cosas del calor.

Pero a lo que íbamos. En esa casa de ahí, la más estrecha de todas, vive nuestro personaje. Y ese es él, precisamente, el niño que sale ahora mismo por la puerta, descalzo y acompañado de un

perrillo sucio y desnutrido. El pequeño Genaro debe rondar los 8 años y, hasta en una época tan cruel, pese a los harapos con los que viste, es la viva imagen de la inocencia, no me digan que no. Esos ojos marrones, grandes, despiertos, expresivos; ese pelo castaño, enmarañado; esa cara, todavía redondeada, llena de churretes… Todo su ser trasluce un fondo de bondad tan grande que es inevitable que se nos forme un nudo de emoción en la garganta. Aguanten las lágrimas, por favor. Qué van a pensar de nosotros si rompemos a llorar así, sin más, solo por haber visto a un niño.

Si se fijan, el chico lleva en la mano un mendrugo de pan. Debe de estar hasta duro, pero también él debe de estar hambriento, porque de cuando en cuando le da un bocado y en el rostro regordete se dibuja una expresión de embeleso. Le está sabiendo a gloria. El perro observa el pan con fijación. El niño arranca un pedazo, se lo alarga y sonríe cuando aquel lo devora meneando el rabo sin control. En estas, alguien se desploma ante él, en mitad de la calle. Genaro lo observa durante unos segundos en los que parece plantearse lo sensato de correr en su ayuda. Debe ser, como intuimos, que no es la primera vez y, en su cabeza resuena, como un eco, la voz de su madre gritándole advertencias: «¡Que te lo he dicho mil veces, que algún día te va a pasar algo malo! ¡Que no se puede confiar así como así en la gente que no conoces de nada! ¡Ay, Genaro, que un día nos vas a dar un disgusto!». Pero son eso, segundos, lo que tarda en decidir que su propio instinto es mucho más fuerte que los funestos augurios de la señora Concha, y en seguida echa a correr hacia el hombre. Este, por cierto, es un anciano tan demacrado que, si no fuera porque se mueve de forma espasmódica, pero se mueve, juraríamos estar en presencia de un cadáver. Genaro lo ayuda a incorporarse con gran esfuerzo y el hombre queda sentado en el suelo. El chico le ofrece el resto de su pan y el tipo lo toma con manos temblorosas. Está tan exhausto que los escasos dientes restantes en la boca reseca no son capaces de morder. Al fin consigue arrancar un pedazo y lo mastica con una sonrisa de gratitud y la mirada perdida.

—Gracias, chico… —consigue balbucear—. Hace días que no como nada, ¿sabes? Ya me daba por sepultado, pero la ilusión es lo último que se pierde y el olor a carne asada me ha traído hasta aquí, pensando que a lo mejor alguien se apiadase de mí… Pero no será tan fácil, ¿verdad?

Ahora que nos damos cuenta, efectivamente, por encima del nauseabundo hedor a porquería, flota en el ambiente un aroma delicioso que nos despierta la gula. ¿Qué no hará con el estómago

de este mendigo si es verdad que su último bocado queda tan lejano como él propugna? No queremos ni imaginarlo. Qué sensación tan terrible. Quizá por eso Genaro, tan sensible como parece a las emociones ajenas, sale corriendo hacia el interior de la casa. Deja de lado al perrillo, que sigue ocupado con su trozo de pan, esquiva a sus hermanos, que pelean por cualquier tontería, y desemboca en el patio trasero. Allí, en una sartén, sobre un hogar, se asan varias longanizas con cebolla. Nuestro niño, ni corto ni perezoso, mete mano a una de ellas y vuelve sobre sus pasos igual de deprisa que vino. Luego, ya fuera, le da la longaniza al anciano. Este le dedica una mirada de agradecimiento infinito y, sin más dilación, se abalanza sobre la ofrenda con voracidad.

Miren al niño. Qué sonrisa tan satisfecha. Le va a durar poco, no obstante, porque en seguida una mano ruda y encallecida lo agarra por la oreja izquierda y tira de él hacia el interior de la casa. Es su madre, la señora Concha Buendía, que no parece estar del mejor de los humores.

—¡Maldita sea, Genaro! ¿Otra vez? ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Siempre igual! ¡Tu padre guarda la mejor carne de la ciudad para nosotros, no para que vayas regalándosela a cualquiera! ¡Y hoy tiene una reunión muy importante! ¡Esa comida era para sus invitados! ¿Y ahora qué hacemos? ¿Gastar otra longaniza? ¿Es que crees que nos sobra el dinero? ¡Ahora te encargarás tú de servir la cena!

Por suerte, Concha, enervada como está, se ha olvidado de arrebatar la longaniza al anciano, que ahora mismo se encuentra en el cielo y con motivos más que suficientes para guardar una gratitud infinita y eterna hacia el niño. Aunque a este eso le sirva de poco, porque la gratitud no va a librarle de los tirones de oreja. Qué cara de dolor, pobrecillo. Ni tampoco de la fastidiosa tarea de terminar de preparar las longanizas, servirlas en cuatro escudillas de barro y llevarlas con sumo cuidado de no derramar nada a la habitación del fondo de la casa que usa su padre como despacho. Es allí donde tiene lugar el susodicho encuentro. El niño, acostumbrado como está a ir como quiere por su casa, que para eso es su casa, empuja la puerta y entra sin llamar. Los cuatro hombres sentados en torno a una mesa redonda y bajita callan de golpe. Uno de ellos, Francisco Requena, el padre, dedica a su hijo una mirada furiosa.

—¡Genaro! ¡Cuántas veces te he dicho que llames antes de entrar!

El corpulento carnicero, un tipo alto de aspecto vulgar, va hacia su hijo y le da un pescozón en la cabeza.

—¡Trae para acá eso!

Con muy malos modos le arrebata las escudillas de las manos, las pone sobre la mesa y le cruza la cara con un sonoro bofetón.

—¡Y ahora largo de aquí antes de que te dé otro!

El chico no cambia la expresión del rostro. A nosotros, la torta nos ha dolido en el alma, pero él no parece haberle hecho caso. Será que está acostumbrado. Bueno, eso y algo más. Si se fijan, los ojos no miran al padre. Buscan algo más allá, en un rincón entre las sombras. Y ese algo, lo que sea, lo tiene tan ensimismado que le ha hecho ignorar incluso el dolor. De todas formas, en cuanto Francisco pronuncia la advertencia, él da un respingo y echa a correr hacia la puerta.

—Disculpad vuestras mercedes. Ese niño es un completo incordio.

—No habléis así de vuestro hijo, Requena.

La voz, grave y perfectamente modulada, pertenece a uno de los tipos sentados a la mesa, concretamente al que va vestido de fraile.

—Digo lo que siento, padre Sánchez. Siempre anda metiéndose donde no le llaman. Todo el día con mendigos y hambrientos. Es más compasivo de la cuenta, y eso lo hace débil. Y no hay nada que yo desprecie más que la debilidad. No hay lugar para ella en mi estirpe. Pero aprenderá. Vaya si aprenderá. Aunque tenga que molerlo a golpes. Pero no se preocupen que nuestro secreto está a salvo. Si sabe lo que le conviene, no volverá a interrumpirnos. No me temblará el pulso a la hora de darle su merecido. Y él lo sabe.

Lo que no sabe el padre, que ahora toma asiento y reparte las escudillas entre sus visitas, es que ha prometido algo que no está en condiciones de cumplir, porque el niño, astuto como él solo, ha aprovechado la confianza del padre para volver a colarse en el cuarto una vez que aquel vuelve a la mesa. Se desliza silencioso como un ratón por la habitación y se esconde tras un enorme baúl. Desde allí, puede volver a centrar su atención en aquello que de verdad le importa: la chica que observa la reunión sentada en un taburete. Él cree que está contemplando a un ángel. A la trémula luz de las velas, los bucles del pelo parecen hechos de pan de oro. Las sombras danzarinas enmarcan el bonito rostro, todavía aniñado, en el que puede intuirse ya la mujer que, con suerte, podría llegar a ser. Y qué mujer, parece pensar Genaro, como si fuese capaz de contemplar el futuro. Es mayor que él, debe rondar los 11 o 12 años. Está sucia, flaca y lleva en la mirada severa las heridas propias de una vida en la calle. Pero todo eso a Genaro le da igual. Está convencido de que jamás ha visto nada más hermoso. Y que

difícilmente volverá a verlo. Como para perdérselo. Así que se queda ahí, ensimismado.

Los cuatro hombres terminan de comer y la reunión vuelve a reanudarse. No es que el chico vaya a prestarle mucha atención, teniendo cosas más importantes en las que fijarse. Quién lo hubiera hecho andando de por medio los dictados de un corazón primerizo. Pero algo le llegará, lo justo y necesario para entender lo que está pasando aquí.

2

—Bien, señores —anuncia el padre de Genaro—. Una vez calmada la gula, sería menester centrarnos en el asunto que les ha traído hasta mi casa.

—Tenéis razón, Requena. Pero dejadme deciros antes: magnífica carne la que nos ha ofrecido. Desde luego, acabáis de desmentir todos los rumores que corren sobre vuestro negocio por la ciudad.

El que ha pronunciado tales palabras, cargadas de intención, vuelve a ser el hombre del hábito y la tonsura. Evidentemente, no cabe ya duda, es un fraile. Y con eso nos damos cuenta de que Requena no es solo el más alto de los cuatro. También es el más humilde. Uno, como ya hemos dicho, es hombre de iglesia y los otros tienen modales demasiados refinados como para ser parte del vulgo. Pueden vestir con harapos, pero la perfecta pulcritud de sus caras, el brillo cristalino de las dentaduras y los peinados perfectamente esculpidos delatan su procedencia. Sean quiénes sean, son de alta alcurnia. Puede que todo esto pase desapercibido para Genaro, pero no para nosotros. Y reconozcámoslo, resulta tremendamente intrigante. Porque, de pronto, sea lo que sea que traten aquí, reviste una gravedad inusitada.

—Ya basta de zalamerías, Padre Sánchez. Puede que estemos en el mismo bando, pero no debemos olvidar que pertenecemos a clases distintas. No nos rebajemos a la altura del señor Requena que, a fin de cuentas, no ha hecho sino servir a sus señores.

—Ay, Carambona. Qué os cuesta a vuestra merced relajaros.

—Jamás pensé que diría esto, pero estoy de acuerdo con Carambona. No tenemos tiempo que perder.

Un inciso: ¿Se han fijado en el acento marcadamente catalán de este último personaje?

—Vamos, Gimferrer. No hay de qué preocuparse. Las cosas van por el camino correcto.

—Es fácil decirlo desde vuestra posición, padre. Pero yo estoy en territorio enemigo. Si me descubren, seré ajusticiado. Cada minuto que perdemos es un paso más hacia mi condena.

—¿Siempre sois tan serios los catalanes?

—Solo cuando tenemos una conjura entre manos, padre.

—Está bien, está bien. Vayamos pues al grano. Pero deje vuestra merced que le sosiegue el ánimo: si yo digo que no hay de qué preocuparse, es que no hay de qué preocuparse. No quiera San

Ildefonso que me sorprenda en una mentira. Déjeme explicarle y verá como tengo razón. ¿Lo ha traído usted?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser, Carambona? ¡El bofarut!

—¿El demonio?

—Demonio, duende, llamadlo como queráis… Un ser sobrenatural, a fin de cuentas…

—¡No me digáis que lo habéis atrapado!

—Enric Gimferrer siempre cumple sus promesas.

El tal Gimferrer, serio el semblante, saca una urna funeraria de debajo de la silla y la coloca sobre la mesa.

—¿Está ahí…?

—¿Qué creéis vos, Carambona?

—Que supongo que sí, padre… Pero es que… esto supone que…

—Un momento, amigo, no os emocionéis antes de tiempo. Habéis de saber que ha habido un cambio de planes.

—¿Un cambio de planes? ¿A qué os referís, padre? ¿Es que acaso no sigo siendo yo el receptáculo?

—Carambona, ¿qué creéis que lleva haciendo aquí la niña todo este tiempo?

—¿La niña? Pensé que era una prostituta. Una deferencia de Requena hacia sus superiores. Demasiado jovencita para mi gusto, pero no tengo reparos que una copa del vino agrio de Requena no pueda matar.

—Vive Dios que sois repugnante, Carambona.

—Sosegad, Gimferrer… Que queda mucho por hacer. No es momento de distraerse con tonterías. La niña, Carambona, efectivamente es prostituta. Una golfilla de la calle que he ganado para nuestra causa. Pero no, no está aquí para ofrecernos sus servicios.

—No lo entiendo, ¿entonces?

—Entonces, Carambona, ella es el receptáculo.

Carambona se levanta de la silla, enfurecido.

—¿Qué? ¡Pero vos prometisteis que…!

—Lo sé. Sé lo que prometí. Pero veréis, como sabéis, soy un hombre dado a la cavilación. Como bien decía San Isidoro de Sevilla: «La meditación quebranta los ímpetus que sobrevienen; la prevención atenúa las molestias futuras; la previsión suaviza la llegada de los males». Y eso he hecho yo. Meditar, planear y prevenir. Bajo vuestro auspicio, Carambona, nuestra empresa estaba abocada al fracaso. El bofarut solo arraigará allá donde haya maldad. Y usted, bueno, una moral laxa y una cierta tendencia al

engaño no son, precisamente, el colmo de la maldad.

—¿Y en ella sí? ¿En ella arraigará?

—Ella, mi aireado amigo, se llama Nicolasa Parejo. Vive en la calle desde los seis años, cuando su padre murió arrollado por un caballo encabritado. Tampoco es que lo echase nunca de menos, teniendo en cuenta la manera en la que abusaba de ella. Desde entonces se ha dedicado a sobrevivir como ha podido. Mendigando, vaciando faltriqueras y haciendo muchas más cosas que, por decencia, no voy a mencionar. Supe de ella cuando vino a venderme ostias consagradas. Como bien sabréis, son objetos muy cotizados en los rituales de magia negra. Puede sacarse un buen pellizco de ellas si sabe a quién vendérselas. Por eso vino a mí. Y ahí fue cuando lo comprendí. Ella es justo lo que necesitamos. Pensadlo: ¿qué hay más terrible, más oscuro, que la inocencia pisoteada, que la bondad pervertida? Esta niña, señores, ha sido retorcida a la fuerza desde su más tierna infancia. La maldad que hay en ella no es una mancha en un lienzo inmaculado. Es un poso turbio de podredumbre. Es el abono en el que las raíces del demonio encontrarán su alimento más puro.

Puede que todavía no tengamos muy claro el trasfondo verdadero del asunto, pero ya somos capaces de distinguir que se trata de algo oscuro. Muy oscuro. Y profundamente sórdido. Es, al menos, lo que nos hacen sentir las palabras del fraile. Sucios, incómodos. La cosa empeora cuando nos damos cuenta de que, durante todo este tiempo, la niña, Nicolasa, ha estado escuchando hablar sobre ella sin inmutarse. La dureza de su mirada es sobrecogedora. Tanto que los tres hombres se muestran intimidados. Ya no encuentran nada arbitrario en la caprichosa danza de las sombras en torno a ella. Es como si respondieran a su voluntad, como si fueran una extensión de su alma oscura. A sus ojos ya no es una niña. Es un ser diabólico. ¿Y Genaro? ¿Qué piensa Genaro de todo esto? Pues pueden imaginarse. Por muy abstraído que estuviera, no ha podido escapar a la verdad oculta en su adorada visión. Y es un niño que aún no ha cumplido los nueve años. Sorprende que no salga corriendo a refugiarse en las faldas de su madre. Pero es que este niño, si me permiten decirlo, no parece normal. Se queda ahí, plantado, contemplando a Nicolasa con una mirada en la que no hay ni rastro de terror. Hay, cierto, algo de inquietud y de preocupación. Pero, sobre todo, de compasión.

—¿Cuál… cuál es el plan, entonces?

Carambona no puede esconder que está asustado. La pregunta va dirigida al padre, pero sus ojos están clavados en Nicolasa. No se

atreve a darle la espalda. Por temor, quizá, a que en cualquier momento las sombras pudieran saltar sobre él y devorarlo por completo.

—Sencillo y efectivo. Esta misma noche implantaremos el bofarut en el cuerpo de la niña. Ella no opondrá resistencia. Plegará pronto su voluntad y dejará que el demonio la domine por entero. Una vez en el cuerpo de la niña, será invencible. Ya solo será cuestión del momento propicio. La celebración del Corpus Christi. Entonces le daremos rienda suelta y campará a sus anchas por la ciudad. Cuando la destrucción alcance cotas de verdadera matanza, el rey tornará sus ojos hacia aquí. Creyendo que se trata de un ataque del archiduque Carlos, enviará al grueso de sus tropas, de las que Nicolasa se deshará con facilidad. Una vez reducido el ejército, Felipe V dejará de ser rey de España y la corona pasará a manos del Austria, y todos nosotros tendremos lo que se nos prometió.

—Magnífico, sin duda. Pero decidme, padre. ¿Qué hacemos en casa de este rufián? ¿Por qué no nos hemos reunido en casa de Verastegui, como hacemos siempre? Me parece humillante haber tenido que disfrazarme. ¡Estas ropas miserables me provocan urticaria!

—Querido Carambona, mucho me temo que desde este momento vais a tener que refrenar vuestra lengua al hablar de Requena. Él, y no otro, es el único capaz de completar el ritual. Pertenece a una de las estirpes más antiguas de brujos de toda España. Sus conocimientos de magia negra no tienen rival en todo el reino. No le diré más: ni él ni nadie de su prole recibieron nunca las aguas de Cristo. Él es la pieza clave para que todo esto funcione.

Lo lógico sería pensar que, ante una revelación semejante, Genaro experimentara algún tipo de emoción. Pero, mírenlo, no parece afectarle. Sigue ahí, con la mirada fija en la muchacha. Quizá es que no se haya dicho nada que él no supiera ya de antemano.

—Vale que sea importante, lo admito. Pero de ahí a guardarle deferencia me parece que hay un largo trecho. No pienso rendir pleitesía a un plebeyo.

—Como queráis. No es que me importe. A mí se me paga por hacer un trabajo y es lo que voy a hacer. Los caballos están preparados. La niña viajará en el carro que uso para transportar la carne. A cubierto, para no despertar sospechas. Solo queda una cosa. Un demonio es fácil de seducir. Si uno le ofrece su obediencia absoluta, suelen tener como deferencia el cumplir tus designios. Al menos por un tiempo. Así que es absolutamente necesario que ella

esté convencida de lo que va a hacer. Debe entregarse y someterse. Si alberga la más mínima duda, la posesión puede resultar fallida y las consecuencias de un choque de voluntades podrían no ser las que esperamos. El ser resultante, que no sería ni una cosa ni la otra, podría no estar dispuesto a actuar de nuestro lado.

—Oh, no hay de qué preocuparse, Requena. Está convencida. Pregúntele usted mismo si desea disipar todas sus dudas.

—Nicolasa, ¿eres consciente de lo que vas a hacer? ¿Entregas tu cuerpo a voluntad?

Todas las miradas se vuelven hacia la niña. Esta, sentada en su taburete, anegada de sombras, se toma su tiempo en contestar. Parece ser consciente del efecto que provoca. Es más, da la sensación de que disfruta con ello. Observen a Carambona. El miedo lo desarma. Es casi ridículo verlo así, tan empequeñecido, incapaz de mantener la mirada de la chica.

—¿Acabarán mis sufrimientos como me prometisteis, padre?

—Hija mía, tu vida anterior no será más que un recuerdo.

—Entonces, sí. Me entrego a voluntad.

Y ahora entendemos que nada más lejos de la realidad. Nicolasa Parejo no juega a ser misteriosa. No es ningún ángel de oscuridad encarnado. Es, simple y llanamente, una niña asustada y, posiblemente, herida hasta en los rincones más profundos de su ser. Una chica que daría lo que fuera por dejar de ser ella misma.

—En ese caso, si vuestras mercedes están de acuerdo, pongámonos en camino. La noche debe habernos caído ya encima y me gustaría terminar con esto cuanto antes.

Requena abre la puerta y la sostiene mientras salen los demás. La niña es la última en hacerlo. Luego, el carnicero cierra y en la habitación no queda más que silencio. Pero, ahora que caemos, ¿y Genaro? ¿No debería seguir escondido tras el baúl? Vayamos a echar un vistazo. Retiremos el mueble procurando hacer el menor ruido posible. ¡No está! ¡Ha debido salir tras su padre sin que ninguno nos percatásemos de ello! Es rápido el condenado. Pero ¿a dónde ha ido? Como tenemos una vaga idea, nos apresuramos a llegar al patio antes de que la extraña comitiva se ponga en camino. Justo a tiempo. Ya salen por el portón abierto. El fraile abre la marcha, seguido por los dos nobles. El carro del carnicero es el último. La niña viaja en el habitáculo, bajo la lona. Y allí, escondido tras unos fardos, adivinamos la presencia de Genaro que, por el momento, decide con mucho tino pasar desapercibido.

Pero ¿qué hace allí? ¿Qué se le pasa por la cabeza a un chico de 8 o 9 años para ponerse en peligro de esta manera? Porque

recuerden la advertencia de su padre, que no parece el colmo de la delicadeza. Solo podemos suponer que el chico está enamorado. Y ya sabemos la clase de tonterías que pueden hacerse en ese bendito estado. Entendámoslo, es su primera vez. Esperemos que no sea también la última.

Doña Concha ya cierra el portón. Si vamos a seguir tras ellos, este es el momento. ¿Cómo no hacerlo? A ver quién se queda ahora sin saber cómo termina todo esto.

Así que, adelante.

3

La comitiva se deja engullir por la noche que, efectivamente, se ha hecho ya dueña del mundo. El calor del día se ha disuelto en el hálito nocturno y, en su lugar, repta por los campos un frío húmedo, incómodo, que se clava como un puñal en los huesos, así que los cuatro hombres, ya embozados, se arrebujan en sus capas. Desvían sus pasos de los caminos y se internan campo a través. Para intentar escapar de ojos indiscretos, suponemos. Pero ahí está esa vieja enlutada del cielo, la luna llena, de cuya impertinente mirada no pueden librarse. Para colmo, a su luz, los campos adquieren una dimensión espectral, casi de pesadilla. Esta noche no es la más halagüeña de todas. Si fuéramos supersticiosos, si creyéramos en esas cosas, juraríamos que el aire está lleno de malos augurios. Déjenme reconocerles una cosa: yo sí creo en ello. Y lo digo firmemente: pase lo que pase a continuación, no será bueno.

Lo presiento.

Pero vamos a lo nuestro. El caso es que Genaro, pese a ser niño, hasta ahora ha conseguido desconcertarnos con su comportamiento. Y vuelve a lograrlo una vez más. En mitad de tan inapropiada situación, decide revelar su presencia. De una patada derriba los fardos y se muestra ante Nicolasa, que ahoga un grito de espanto. Bueno, grito, grito, tampoco es. Esta chica parece hecha de hielo. Es una leve exclamación. Y de espanto tampoco, dejémoslo en sorpresa.

—¿Tú? ¿El hijo de Requena? ¿Qué haces aquí?

—¡Rápido, tienes que irte!

La genuina preocupación del chico resulta conmovedora. Y su arrojo admirable, reconozcámoslo.

—¿Irme? ¿Qué dices, chico? No voy a irme.

Ella habla con desprecio. En cada palabra trasluce un hartazgo infinito.

—¡Pero te van a hacer cosas malas!

—¿Y qué sabes tú de cosas malas, chico?

—¡Lo he oído todo! ¡Sé que van a meterte un demonio dentro, sé que…!

—¿Y crees que es lo peor que me ha pasado? Si querías evitarme el sufrimiento, tendrías que haber llegado unos cuantos años antes.

—P… pero… ¡dejarás de ser tú!

—¿Y a quién le importa eso?

—¡A mí!

La respuesta de Genaro es tan visceral, tan sincera, como solo pueden serlo las emociones de un niño. Y, claro, incluso Nicolasa se encuentra desarmada ante eso. Es fácil suponerla cargada de cinismo, descreída de las más básicas emociones. Imaginen el efecto de enfrentarse de pronto, así de golpe, a un caudal de ellas en su estado más puro. Por un momento, parece confusa. Es como si, en el breve intervalo de un pestañeo, la alumbrara una luz distinta. Más amable. Pero es solo eso, un pestañeo. Por desgracia, no dura mucho tiempo.

—¿Qué… qué estás diciendo…? Vete con tu madre, que es donde debes estar.

—¡No! ¡No me voy a ir sin ti! A mi madre no le importo una higa. ¡Podemos huir juntos! ¡Yo podría robar comida para los dos! Soy muy rápido, no me cogerían nunca… ¡Vamos, saltemos, ahora!

Nicolasa vuelve a mostrarse aturdida. Las defensas se le levantan rápido, pero Genaro, que es tozudo, vuelve a la carga y hace que se tambaleen de nuevo. ¿Qué efecto podría haber tenido en ella la amabilidad del joven si hubieran tenido más tiempo? No lo sabremos nunca, nos tememos. El carro se detiene de golpe. Requena se baja del pescante y, segundos después, ya se ha asomado al interior. La mano enorme y peluda se agarra al cuello de su hijo y lo lanza con fuerza contra el suelo. El golpe le deja sin respiración. Los ojos se le llenan de lágrimas, pero en seguida se pone en pie y se lanza como un jabato hacia su padre. Suponemos que con intención de hacerle daño. Poco podrá hacer. Sin ningún tipo de miramientos, el padre le da un puñetazo en la cara que le revienta el labio y lo deja tirado en el suelo. Lo normal sería que hubiera perdido la consciencia. Pero ya sabemos que este niño no es normal. Ahí sigue, empecinado, haciendo por levantarse.

—¡Déjala en paz!

—¿Que la deje…? ¡Rapaz impertinente…!

Requena vuelve a levantar el puño, pero una mano se posa en su hombro y detiene su ira asesina. Es el fraile.

—Maldita sea, Requena. No tenemos tiempo para esto. Traed al niño con nosotros, ya nos ocuparemos de él más tarde. Y, además, con los cojones que tiene, lo mismo hasta nos resulta útil.

El padre dirige una última mirada al hijo. Y no precisamente cargada de sentimiento. O sí, pero no del que se supone que debería haber entre ellos. Es más bien una advertencia. Una amenaza. Y un emplazamiento. Ya llegará tu momento. Algo por el estilo. Nicolasa lo ha observado todo con la frialdad que le caracteriza. Si estaba a

punto de obrarse algún cambio en ella, desde luego, la irrupción de Requena lo ha echado por tierra. Y ahí la tenemos. Indiferente.

Por cierto, que ahora que nos fijamos, parece que el carro se detuvo porque la comitiva ha llegado a su destino. Fíjense. Estamos en mitad de una pradera. Mecidas por el aire nocturno, varias formaciones de álamos y encinas se reparten el territorio. Y entre ellas encontramos la ruinosa estructura de una antigua ermita de estilo mudéjar. La luz de la Luna corta con su filo los contornos. El inquietante murmullo de las hojas resuena como una advertencia en las esquinas. Es un escenario siniestro. Desde luego, no es el lugar que escogeríamos para un pícnic. Pero no es un agradable paseo por el campo lo que nos ha traído aquí. Es una misa negra. O un ritual pagano, no lo tenemos muy claro. En cualquier caso, para cualquiera de las dos opciones, es el sitio indicado.

La comitiva penetra en la ermita. Genaro es arrastrado por su padre. El chico no para de revolverse. Intenta buscar la manera de zafarse de la presa, pero es imposible. Una vez dentro, no hay demasiado tiempo para perder en detalles. Tampoco es que quede demasiado que admirar, las cosas como son. El edificio consta de una sola nave y la mitad de ella está derruida. El altar, no obstante, sigue intacto, y allí es donde el fraile y Gimferrer comienzan los preparativos. Dibujan un pentáculo a su alrededor y colocan una vela encendida en cada punta. La luz temblorosa que arrojan sobre los escombros, curiosamente, potencia la tétrica atmósfera. Es como si se tratase de la luz equivocada. Una que, lejos de alumbrar, oscurece. Metafóricamente hablando, claro. La niña espera impertérrita en un rincón del ábside. Carambona no le quita ojo de encima. Será todo lo noble que quiera, pero ahora mismo, por mucho que se esfuerce en ocultarlo, tiembla muerto de miedo como el más vulgar de los plebeyos. No tarda mucho el padre Sánchez en anunciar que todo está dispuesto. Es el momento de Requena. Este, que no desea interrupciones innecesarias, se agacha para hablar con su hijo cara a cara. No esperen un intercambio de palabras cariñosas. Más o menos ya pueden hacerse una idea de lo que hay.

—Escúchame bien, Genaro. Sabes que no te miento. Como se te ocurra moverte, te partiré todos los huesos del cuerpo. ¿Te ha quedado claro?

Como para decir que no. Genaro afirma con la cabeza y Requena se va convencido, dejándolo ahí, junto a una pared. Pero a nosotros nos da que este tipo no conoce demasiado a su hijo. Porque nosotros solo llevamos leyendo sobre él unas cuantas páginas y ya sabemos, o nos imaginamos al menos, que eso de quedarse quieto

no va con él. Puede verse en la mirada decidida: la cabeza le da vueltas buscando establecer un curso de acción. Quiere hacer algo, pero no sabe qué, o si va a tener, si quiera, la ocasión.

Requena se coloca ante el altar. El padre Sánchez le da la bolsa en la que guarda las hostias consagradas robadas. Luego, el carnicero y, por lo que parece, mago negro hace un gesto con la mano a Nicolasa indicándole que se acerque. Esta obedece, pero, si se fijan, tarda un segundo en hacerlo. Y esa demora nos despierta la sospecha. ¿Puede ser que, en ese fugaz momento, se haya mostrado un atisbo de duda? El propio Requena le dirige una mirada suspicaz. Pero no. Nos estamos equivocando. Cuando avanza se muestra tan gélida como siempre. Ha debido ser un error de juicio por nuestra parte. Normal, no estamos acostumbrados a estas cosas y, en el fondo, todos querríamos que la chica se salvase.

En fin.

Siguiendo las indicaciones del carnicero, la niña se tumba boca arriba sobre el altar. Aquel le coloca una oblea en cada ojo y le introduce una en la boca.

—Maese Gimferrer, por favor, es el momento.

Gimferrer se acerca y le da a Requena la urna funeraria. Luego se retira con la rapidez de quien trata de apartarse de una mecha encendida. El carnicero destapa la urna y la coloca en el extremo del altar, por encima de la cabeza de la niña. Cierra los ojos y, durante unos segundos, todo queda en silencio. El murmullo de las hojas lo invade todo. La expectación hace palpitar los corazones.

Requena empieza a hablar.

—Oh, demonio. Tú que eres dueño de los campos. Tú que posees los cielos. Tú que eres libre para recorrer todas las direcciones y cambiar el sentido de las cosas. Oh, demonio. Oh, ser de ultratumba. Tú que eres poderoso y te alzas por encima de todas las cosas terrenas. Oh, demonio. Yo, tu humilde siervo, te ofrezco hoy y aquí el cuerpo de Jesús para que lo humilles. Para que lo desprecies. A él y a todo cuanto representa. Hoy y aquí te ofrezco a una de sus hijas para que la hagas tuya y puedas destruir su obra. Oh, demonio, escucha a tus siervos, que no quieren sino ponerse a tus pies. La niña es tuya, demonio.

La voz de Requena es apenas un susurro, pero resuena como un relámpago entre las paredes ruinosas. La plegaria ha llenado el momento de un sentimiento extraño, una versión perversa y retorcida de la solemnidad. Todos los ojos están fijos en la urna. Todo el mundo espera que pase algo. Solo que lo único que pasa es el tiempo. Sea lo que sea que deba suceder, se retrasa. Claro que

nadie sabe con exactitud cuánto se toman los demonios en decidir si aceptan o no una ofrenda. Debe estar pensándolo. Ni Requena, ni Gimferrer, ni el fraile, parecen desesperar. No albergan duda de que, tarden lo que tarden, las cosas terminarán encarrilándose. Es Carambona el que no lo ve claro. Y eso, curiosamente, le alivia. Casi parece que esté a punto de echarse a reír. Vaya, al final no ha podido ser. Si es que los demonios son muy caprichosos. Algo así espera poder decir para dar el asunto por zanjado.

No tendrá tanta suerte.

De buenas a primeras, sin transición previa, el murmullo de los árboles se vuelve un grito que, potenciado por las cavernosas ruinas, golpea los oídos como una explosión. El viento ha dejado de ser una brisa para arreciar con fuerza, revolviendo los cabellos y las capas, escupiendo polvo con desprecio a la cara de los presentes. Y lo peor es que cada vez parece más fuerte. A cada segundo que pasa crece en intensidad. A Genaro le cuesta mantener los ojos abiertos. Intenta protegérselos con las manos para que el polvo y las piedras no le hagan daño. Pero el viento sigue arreciando. Ya es casi un huracán. Hay cascotes enteros que se arrastran por el suelo. Todos buscan donde ponerse a refugio, pero el problema es que no sopla desde una dirección clara. Parece venir de todas partes. Como si todas las corrientes de aire de todas las regiones del globo estuvieran dándose cita en esta misma ermita. Y el viento sigue creciendo. Los cascotes vuelan hacia las cabezas. Genaro se agarra a un saliente de la pared para evitar salir despedido. Carambona no es tan rápido y una ráfaga lo lleva a estrellarse contra Sánchez. Gimferrer intenta oponer resistencia, pero es inútil. Una pared frena su vuelo. De todos, Requena y la niña son los únicos que permanecen intactos. El choque de vientos parece tenerlos a ellos como epicentro. El ojo de este antinatural fenómeno parece estar justo allí, en el altar.

Y entonces, tan repentinamente como empezó, todo termina.

El huracán vuelve a ser arrullo.

Nicolasa no se mueve. Parece desmayada. Todos los presentes esperan ansiosos su despertar. Y Genaro entiende que es el momento. Coge un cascote del suelo, corre hacia el altar y golpea a su padre con él en la rodilla derecha. No es que el niño tenga una fuerza sobre humana, pero, como el carnicero no esperaba el ataque, la articulación cede ante la piedra. El crujido y el alarido de Requena son evidencias suficientes de que el hueso está partido. Genaro aparta las obleas de los ojos de la niña y trata de incorporarla. La mano de su padre lo agarra por los pelos y lo tira

contra el suelo. Aunque cojo, Francisco Requena sigue en pie. Furioso. Más bien colérico. Los ojos supuran un odio que, de tan grande, parece haber estado concentrado ahí durante años.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Estoy harto de ti! ¡Voy a enseñarte de una vez todas las lecciones que tendrías que haber aprendido!

El carnicero agarra al niño por el cuello con intención de ahogarlo.

Y entonces, una mano le atraviesa el cuerpo.

Así, como suena. Tal cual.

La carne se le abre a la altura del estómago del carnicero. Una extremidad ensangrentada aparece desde el otro lado. El espanto queda grabado en el rostro de Francisco Requena cuando cae al suelo con la respiración entrecortada. Y Genaro, salpicado de la sangre de su padre, observa a Nicolasa alzarse ante él. Solo que ya no está tan claro que sea ella. A simple vista, no se aprecia cambio alguno en su físico. Pero si uno presta más atención, si trata de bucear en las profundidades de esa mirada azul, se da cuenta de que algo es radicalmente distinto. Antes, pese a la dureza, podría intuirse una sombra de fragilidad. A la armadura se le notaban las grietas, evidencia de un alma torturada. Ahora, simplemente, no hay. Ni grietas, ni armadura. Y está por ver también lo del alma. Ahora no hay rastro alguno de sentimientos, buenos o malos, de heridas o de lágrimas. Este ser, sea lo que sea, está más allá de las emociones. Su indiferencia es tan profunda, tan palpable, que resulta escalofriante. Porque significa que no va a detenerse ante nada. Hasta Genaro lo ha notado y contempla la terrible visión con una mezcla de asombro e incredulidad. ¿Cómo es posible que su ángel haya podido convertirse en esto?

¿Y qué pasa con los demás?, se preguntarán. ¿Cómo reaccionan a este inesperado giro de los acontecimientos? Para obtener la respuesta no tienen más que mirar ahí, al otro lado de la ermita. Carambona está aterrorizado. La muerte de Requena le ha hecho ahogar un grito de espanto.

—¿Qué ha pasado? ¡Se suponía que debía estar de nuestro lado!

—No… No lo sé. ¡Maldita sea, no lo sé!

El padre Sánchez parece incapaz de apartar la vista de la niña. No por fascinación, no se confundan. Es una simple cuestión de miedo. La conciencia del error que, muy posiblemente, les costará una muerte horrible, los tiene paralizados. A él y a Gimferrer.

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Tenemos que alertar a las autoridades!

Carambona ha perdido el control. El fraile, que por fin

reacciona, trata de advertirle a gritos. Delatarlos no hará más que empeorar las cosas. Pero Carambona ya se ha perdido de vista y no se puede hacer nada para detenerlo.

—Estamos perdidos… —concluye Gimferrer—. De una forma u otra, estamos perdidos…

—¡Entonces huyamos!

—¿Y la conjura?

—¡Ahora mismo no me importa otra cosa que salir de aquí con vida!

—¿Y ella?

—Tal y como yo lo veo, es problema del chico.

La respuesta parece convencer a Gimferrer y los dos personajes se pierden en la noche como almas que lleva el diablo. Dejemos que se vayan. No desviemos más la atención de lo que verdaderamente nos tiene la respiración secuestrada.

¿Qué va a pasar con Genaro?

La niña, o lo que sea, lo observa con aterradora fijación. El problema es que no puede extraerse la más mínima indicación de su mirada. Es imposible intuir sus intenciones. A Genaro el corazón se le acelera tanto que el pecho parece a punto de reventarle. Por primera vez lo vemos asustado. Y, sin embargo, lejos de ceder al pánico, ahí lo tienen, entero, firme. No me dirán que no resulta admirable. Se mantiene en pie frente a ella, mirándola directamente a los ojos, como queriendo afrontar la muerte con la misma determinación que le hemos visto afrontar la vida. O como si, dentro de él, supiera algo que nosotros no sabemos.

Que ella será incapaz de matarlo.

Y resulta que no se equivoca.

Sin que seamos capaces de comprender los motivos (¿quién puede saber qué impulsa la voluntad de un ser del que desconocemos incluso su más básica naturaleza?), la niña se limita a moldear los labios en una sonrisa. Es una mueca extraña. Hermosa, porque es hermosa (y es por eso que al niño se le aflojan las piernas), pero carente de cualquier rastro de simpatía. El viento arrecia de golpe. Y como si estuviera hecho de arena, el cuerpo de la chica se disuelve en cientos de miles de granos de arena y es arrastrado por la brisa. Es extraño, lo sabemos. Pero no podemos explicarlo de otra forma. Queramos creerlo o no, eso es lo que ha sucedido. Lo único que está claro es que, en un abrir y cerrar de ojos, Nicolasa Parejo ha dejado de estar aquí.

El viento vuelve a menguar.

La noche recupera su discurrir.

El niño se ha quedado solo.

Todo ha sucedido tan deprisa que no tiene muy claro cómo sentirse al respecto. Mira a su alrededor, pasmado, como si acabara de despertar de una angustiosa pesadilla. Entonces encuentra el cadáver de su padre y la sorpresa le aprisiona el corazón: todavía respira. Con dificultad, pero respira. Y corre hacia su lado. No tiene nada que ver con el amor, no se confundan. No siente por él ni más ni menos de lo que recibe. Pero, por poco que lo conozcamos, ya podemos entender que es de naturaleza compasiva. No está en su carácter dejar morir a nadie solo. El niño se arrodilla ante su padre. Este, empapado en sangre, lo busca con ojos idos en los que la vida se apaga a marchas forzadas. No así, sorprendentemente, su carga terrible de cólera. La mano del padre se cierra con fuerza en torno a la del niño. Una sonrisa rota, siniestra, se dibuja en el rostro demacrado. Los labios se mueven lentamente. La voz es apenas un hilo, una exhalación que solo de milagro consigue formar palabras.

Pero el niño siente igual el estremecedor embiste de su odio.

—No… no tendrás descanso… Nunca podrás ser feliz… Esta noche te perseguirá. Será como una marca, una mancha que terminará delatándote siempre. Jamás encontrarás la paz porque, por mucho que pasen los años, habrá una cosa que no cambiará: siempre serás diferente. No importa de cuánta normalidad pretendas rodearte. Tarde o temprano, tu verdadera naturaleza saldrá a la luz. Y entonces volverás a huir. Tu vida será un ciclo interminable de huidas. Esa… esa será mi venganza…

Y así, Francisco Requena muere.

El niño deja caer la mano lacia. Un sobrecogedor vacío se le instala de golpe en las entrañas. Sintiera lo que sintiese por este hombre cruel y brutal, que ya no es un hombre, pero sigue siendo cruel y brutal, él no es, ni lo será nunca, la clase de persona capaz de sobrellevar sin consecuencias un hecho tan terrible, tan trascendente. Además, no lo olvidemos, pese a su peculiar madurez, no deja de ser un niño. La culpa le abruma. Sabe que nunca será capaz de explicar esto a su familia. ¿Qué va a hacer? ¿Pasarse la vida fingiendo? ¿Llorar a un hombre al que odiaba tan solo por disimular? No nos cabe duda de que es lo que haríamos muchos. Pero él no. Él, tan extraordinario, tan fuera de lo común, sabe que no será capaz de hacerlo. Las últimas palabras de Francisco Requena le pesan como una losa en su alma. Y, repentinamente, su significado se revela por completo. No le queda más que un curso de acción: huir. Así que, sin mirar ni una sola vez atrás, ni dedicarle un solo pensamiento más, el niño que un día será Sansón Galavís, el

hombre cuya existencia se alargará hasta los trescientos años, echa a correr a través de los campos sabiendo que, esta noche, el viento no solo se ha llevado a Nicolasa.

Con ella se ha ido también la vida que conocía.

No le va a quedar más remedio que buscarse otra.

El amor y los muertos

1

—Espera, espera. ¿De verdad me tengo que creer que un niño de ocho años es capaz de liar todo eso?

—¿Por qué no?

—Mi nieto tiene ocho años. Raulito. Un niño muy gracioso. Ahora, no da para más. Mi hija no quiere darse cuenta porque, claro, es su madre. Pero es que no da pie con bola. Siempre lo dejan de portero en el fútbol porque no vale un duro. Él dice que es porque no le gusta, pero yo creo que es que, además, es muy malo. En el colegio siempre es el último en todo porque le da mucha vergüenza participar. Y en Semana Santa… un desastre. Todo el recorrido con el cirio ladeado. Le da en la cabeza a la gente, quema a los compañeros en los pies… Así que, hombre, pues no, no resulta fácil de creer que un mocoso de ocho años sea capaz de frustrar un atentado contra un rey.

—Era el siglo XVIII. Los niños éramos menos niños entonces.

—¿Y lo de irte solo por ahí, sin tu familia? Raulito está un día sin ver a su madre y no hace más que llorar. Jodido niño. Si es que mi hija lo está amariconando.

—Mire, mi familia no me quería. Eran magos negros. La compasión y la generosidad estaban vedadas para ellos. Se consideraban síntomas de debilidad. Yo era… diferente. Y a sus ojos, no había nadie más débil. Yo era una vergüenza para la familia. Separarme de ellos no me supuso ningún problema.

—Ya… Bueno, venga cojones, date prisa, vamos al grano. Que no tengo todo el día.

—¿Qué quiere saber?

—¿Cómo que qué quiero saber? ¿Has escuchado, Irene? ¡Este tío es carajote! ¡La conjura, coño, la conjura! ¿Qué pasó con ella?

—Si le digo la verdad, he sabido lo que sucedió mucho después, gracias a los libros de historia. Según parece, la confesión de Carambona hizo que todo se fuera al traste. Cayeron todos. Y todos fueron ajusticiados.

—¿Y la guerra?

—¿Qué pasa con la guerra?

—¡Que quién la ganó, que pareces gilipollas!

—¿No sabe quién ganó la Guerra de Sucesión?

—Mira, amigo, a mí la historia me importa una mierda. ¿Para qué cojones quiero saber yo lo que le pasó a gente que lleva muerta

cientos de años? Para eso tengo a Irene, ¿verdad? Venga, muchacha, dime. Quién ganó la guerra esa.

—Felipe V, señor. Fue él quien trajo la dinastía borbónica a España. Y aquí ha seguido hasta nuestros días.

—Y que siga por mucho tiempo más. Dos hostias les daba yo a todos esos imbéciles que hablan de república. Bueno, dos hostias y un buen manguerazo. Porque yo no sé por qué cojones para ser de izquierdas tienes que ser un guarro. ¿Tú has visto las pintas de esa gente?

—Señor…

—¿Qué?

—El partido…

—¡Es verdad, es verdad, coño! ¡Si es que me liais! Escucha, amigo, ¿a ti te gusta el fútbol? Qué te va a gustar. Si serás igual de maricón que mi nieto… Pues a mí me encanta. Soy del Madrid hasta la muerte. Bueno, y del Sevilla, claro. Para mí son lo más grande después de mi Cristo del Gran Poder. Pero cuando mejor me lo paso es viendo la selección. Es que me encanta, ¿sabes? Porque ahí no hay peleas. Nadie chista ni dice nada en contra del otro. Todos juntos. Todos españoles. Ahí, a una. Yo siempre he apoyado a la Roja. Lo mismo cuando no pasábamos de cuartos que cuando fuimos campeones. Y hoy hay partido de la Eurocopa. La semifinal. Contra Italia, sin ir más lejos. Y no pienso perdérmelo, ¿sabes? Teniendo en cuenta que es dentro de dos horas, y que tardo una desde aquí en llegar a casa, tienes otra entera para contarme todo lo que necesito saber. Así que date prisa, porque si me pierdo un solo minuto te juro por mis muertos que te saco el corazón con una cuchara y te lo hago tragar. ¿Está claro?

—¿Y por dónde quiere que empiece? Porque resumir trescientos años, así en una hora…

—A ver si te queda claro de una puta vez: yo lo que quiero saber es cómo cojones tú has alargado tu vida de esta forma. Que más quisieran las señoronas que tengo de vecinas en mi casa de veraneo de Marbella saber tu secreto, porque parece que tienes cuarenta años, no más. Y, desde luego, quiero saber cómo es posible que durante todo este tiempo no nos hayamos dado cuenta de que existías. Me cago en la puta, ¡si es que has tenido los santos cojones de no cambiarte el nombre en todo este tiempo! Sansón Galavís… Y mira que no pasa desapercibido… A todo esto, ¿de dónde coño lo sacaste? ¿Tú no te llamas Genaro Requena?

—Adopté ese nombre en honor a mi mentor. Jacinto Bejarano Galavís y Nidos.

—¿Y quién coño es ese…?

—¿No ha leído usted a Azorín?

—¿Azo qué…? Mira, yo me salí del colegio con diecisiete años y no he vuelto a coger un libro en mi vida. Leo el Marca y las revistas porno. Y ya ni eso, porque con internet no tienes ni que leer. Leer es de maricones. ¡Irene! ¿Quién coño es el Jacinto ese?

—Jacinto Bejarano Galavís y Nidos era un cura ilustrado de la España del siglo XVIII. Se supone que escribió un libro: *Sentimientos patrióticos o conversaciones cristianas, que un cura de aldea, verdadero amigo del país, inspira a sus feligreses*. Un tipo noble, muy culto, muy crítico con la situación del país. Admirador de Montaigne…

—¿Y ese quién es?

—Un pensador francés.

—O sea, otro maricón.

—El caso es que hay un debate entre los estudiosos sobre si es un personaje inventado o real. Muchos creían que era un trasunto del propio Azorín. Pero por lo que dice él… ¡no es así! ¡Era real! Lo único es que las fechas no concuerdan…

—Bueno, su libro se publicó mucho más tarde. De ahí la confusión. Pero ya lo tenía escrito cuando lo conocí.

—Es… es… ¡fascinante!

—Deja de babear, niña. Que hemos venido a castigarlo, no a enamorarnos de él. Y a ti te chorrea el chocho desde que lo viste por primera vez.

—Oiga, no sé si esa es la forma más adecuada de…

—Tú te callas. Demasiado es que te estoy dando la oportunidad de explicarte. Venga, habla, ¿cómo conociste al Jacinto ese?

—Fue justo después de mi huida. Yo estaba solo. Y asustado.

—Pero ¿no habíamos quedado en que no echabas de menos a tu familia?

—Después de trescientos años he llegado a aceptar que los seres humanos estamos llenos de contradicciones. Había dejado atrás una vida cruel, cierto, pero no por ello estaba feliz. Cargaba con un tremendo sentimiento de culpa. Y sentía un profundo vacío en el alma. Añoraba lo que nunca había tenido: la seguridad y la protección de un hogar. El sentirme alguien normal, aceptado. El ser, simplemente, uno más. No me avergüenza decir que, para sobrevivir, me vi obligado a robar. En mi huida, esquivaba las ciudades y los pueblos para evitar cualquier situación que pudiera relacionarme con la conjura. Algún paisano emigrado podría conocerme de algo. Luego podría atar cabos. Sí, quizá mi imaginación iba demasiado lejos. Pero era un niño muerto de

miedo. Así que me dediqué a menudear por los caminos. Como era rápido, me colaba en las carrozas de los mercaderes para robar piezas de pan, carne o fruta. Dependía del día. Y de la suerte. Después de un par de jornadas en los que no encontré nada que llevarme a la boca, la desesperación me llevó a intentar vaciar bolsas. La idea era conseguir dinero para acercarme a la población más próxima y comprar comida. Quizá incluso encontrar un alojamiento y dormir a cubierto, aunque solo fuera por una noche. Me escondí tras unos arbustos y esperé a mi víctima. Tendría que haber sido más paciente, pero el hambre azuzaba, y me lancé a por el primer incauto que apareció en el camino. Solo que de incauto no tenía nada. Don Jacinto avanzaba distraídamente sobre su corcel, con el ánimo tan aplastado como el monótono paisaje de la meseta castellana, pero, en el momento en que acerqué mi mano a la bolsa que colgaba de las alforjas, se espabiló, me agarró de la muñeca y dio al traste con mi intentona. Tuve suerte. De haberse tratado de otra persona, lo más posible es que hubiera terminado encerrado en el más hediondo calabozo del poblacho más próximo. Pero era don Jacinto Bejarano Galavís y Nidos. Él se limitó a bajarse del caballo y hablarme con tono relajado, pero severo, como el de un profesor que intenta enseñar la lección al alumno despistado. No fue necesario revelarle demasiado de mí para que decidiera tomarme a su cargo. Y desde ese mismo momento viajé con él. Por aquel entonces, todavía joven, él, hombre culto y sensible, se había encomendado la misión de paliar en lo posible los males que aquejaban a nuestro país. La incultura, la superstición… Detestaba profundamente las corridas de toros por considerarlas un espectáculo bárbaro…

—¿Las corridas de toros? ¿Bárbaras? Mira, no te doy dos hostias porque no tengo tiempo. No hay nada más español que una corrida de toros, cojones. Ese cura tuyo era carajote.

—Era un hombre adelantado a su tiempo. Anticipó las ideas de muchos pensadores ilustrados que vinieron después.

—Pues eso… un iluminado. Como todos los guarros esos alternativos que ahora les da por decir que el toro tiene sentimientos. ¿Y el torero? ¿Es que no tiene sentimientos el torero? Si hubieran visto en su vida una sola vez torear a José Tomás, las cosas serían muy diferentes. O a Curro Romero. Siendo yo pequeñito, mi padre, que era muy amigo de él, me llevó a verlo a la Maestranza una tarde de feria. ¡Qué faena, madre mía! ¡Qué manera de mover el capote! Hasta para huir del toro tenía arte el condenado. Desde entonces no hay feria de España que se me

escape. Y a mis nietos, claro, les enseño a disfrutar de los toros. Y oye, que les gusta. Bueno, menos al Raulito. A ese no. Pero, bueno, en todas las familias tiene que haber una oveja negra. Lo que yo te diga. Amariconado. ¡Pero venga, cojones, sigue! ¡Que me pierdo el partido!

—Pues, como le iba diciendo, don Jacinto era un hombre adelantado a su tiempo. Quería curar a España de sus males. Cuando lo conocí había comenzado una particular cruzada contra las posesiones demoníacas. En aquella época había una epidemia de ellas. No había aldea de España en la que no hubiera al menos una persona sufriendo sus males. Y casi todas terminaban ardiendo en la hoguera. No era el método más efectivo para salvar la vida del sufridor, desde luego, pero la Iglesia por entonces no se andaba con chiquitas. Era preferible un cristiano muerto que en las huestes de Satán. Don Jacinto, claro, no lo veía así. Él me enseñó que muchos de esos casos se debían a problemas de salud. El más común, la epilepsia. En aquellos entonces nadie le daba mucho crédito a su existencia, pero muchos eruditos venían hablando ya de ella desde la Antigua Grecia. El propio Paracelso, apenas doscientos años antes, ya la citaba como una enfermedad del cerebro. Pero claro, la España del siglo XVIII no era, precisamente, el colmo de la erudición. Las proclamas de D. Jacinto habían caído siempre en saco roto, así que él mismo decidió arremangarse la sotana y poner sus conocimientos al servicio de aquellos que lo necesitaran a lo largo y ancho de la geografía española. Añoraba la capital, Madrid, y su vida cultural. Pero, al mismo tiempo, se entregaba con verdadera vocación a su labor. Como me repetía con frecuencia: «uno se debe a su responsabilidad, si hago esto, si continúo peregrinando por España, es porque me debo a los que sufren». Fue lo más parecido a un padre que he conocido nunca. Y los ocho años que pasé junto a él, lo más parecido a la felicidad. Aunque a menudo dejábamos nuestro pueblo, Riofrío de Ávila, para acudir a una llamada, me embargaba una sensación de estabilidad que no había experimentado jamás. Casi pude pensar en mí mismo como en alguien normal. Las culpas y los pesares se convirtieron en una sombra del pasado que apenas se entreveía ya. Tan seguro me sentía, fíjese que iluso, que, en un momento dado, cuando ya tenía dieciséis años, acaricié la posibilidad de tomar a una mujer en matrimonio y formar mi propia familia.

—¿Y no lo hiciste?

—No.

—¿Por qué?

—Porque entonces comprendí el verdadero significado de las últimas palabras de mi padre.

2

Han pasado ocho años desde la noche en que nos despedimos del pequeño Genaro.

Podemos suponer que el muchacho habrá cambiado. Ha cambiado también, por cierto, el paisaje. No hay que ser muy avispado para darse cuenta de que ya no estamos en Granada. Nos hemos desplazado mucho más al norte, concretamente a la región que se conoce como El Bierzo. Esperamos a nuestros personajes en mitad de un bosque. Fíjense. Qué belleza. Nogales, chopos, castaños y helechos alfombran el suelo de hojas secas. Las ramas altivas parecen dedos entrelazados. Un riachuelo se desprende de la cascada tumultuosa que se divisa algo más arriba y baja serpenteando con cadencia serena y callada. El silencio es sobrecogedor. Atardece. El Sol anaranjado inflama los colores del otoño. Y como la temperatura, pese a ser fresca, es más suave de la cuenta para esta época del año, hasta sentimos la tentación de echarnos bajo un árbol, cerrar los ojos y dejarnos llevar.

Qué gusto. Qué paz. Casi se nos olvida que estamos en el siglo XVIII y que hemos llegado aquí en busca de nuestro personaje. Suerte que en seguida llegan las voces que estábamos esperando. Ahí vienen. De un rincón de la escena surgen las figuras de dos hombres. Una viste con sotana. Es menudo, delgado y de pelo ralo. Si tenemos en cuenta la conversación que nos ha precedido, trescientos años más tarde, debe tratarse de don Jacinto Bejarano Galavís y Nidos. Camina junto a él un tipo mucho más joven, alto y fornido. Ese, por supuesto, es nuestro Sansón. Por cierto, que ya se llama así. Todavía no ha adoptado el apellido, pero, como los miedos infantiles le habían hecho temer el ser descubierto, lo primero que hizo fue cambiarse el nombre. ¿Por qué Sansón? No tenemos una respuesta concreta. Es, quizás, lo primero que se le ocurrió. El caso es que ya no parece el mismo, ¿verdad? Menudo cambio. Lo dejamos hecho un niño y ahora ya casi no quedan en él rasgos adolescentes. Y como se está dejando crecer la barba, da la sensación de que estamos frente a una persona mucho mayor. Quién lo hubiera dicho. Ahí lo ven, decentemente vestido, aseado y, por lo que podemos ver en su mirada tranquila, razonablemente feliz. Nos llena de satisfacción verlo así, saberlo con la conciencia, si no limpia, al menos aligerada. No sabemos cuánto conoce D. Jacinto de su pasado, pero tampoco nos importa. El hombre ha hecho

posible que aquel pequeño valeroso pero perdido se haya convertido en un joven de aspecto saludable. Y con eso nos basta.

La confianza es palpable entre ellos. Caminan con relativa prisa, pero, al mismo tiempo, enfrascados en una viva conversación. Acomodémonos aquí, tras un chopo, y prestemos oídos. No tengan miedo a ser indiscretos. A fin de cuentas, es el motivo por el que hemos venido.

—Ya sabes lo que pienso, Sansón. El matrimonio es como una jaula. Uno ve a los que están fuera desesperados por entrar y a los que están dentro desesperados por salir.

—¿Eso es lo que pensáis vos? ¿O lo que pensaba ese pesado de Montaigne?

—¡Cuidado con esa lengua, jovenzuelo! Habrás de lavarte la boca para hablar del maestro.

—Solo digo que no me habéis dado vuestra opinión. ¡Siempre acudís a citas de él! Y yo quiero saber vuestro parecer… Además, sois hombre de Iglesia. ¿Y no está escrito en Efesios 5:25: «maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella»? Dios quiere que nos casemos.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él mismo? Porque entonces ya ha compartido contigo más palabras de las que me ha dicho a mí en todos mis años de sacerdocio.

—¡Don Jacinto! ¿Ponéis en duda la existencia de Dios?

—¡Quita esa expresión escandalizada, zagal! Sabes bien a qué me refiero…

—Solo bromeaba…

—¡Pues menos bromas, que el tema no las merece! Casarse es un tema serio.

—No creáis que no lo sé. Es precisamente por eso que anhelo hacerlo. Me ha llegado el momento de ser responsable, de fundar mi propia familia. Todo hombre de bien debe hacerlo cuando llega a mi edad.

—Y ahí es donde te equivocas. Tomar una esposa no es algo que se haga así como así.

—¿Y por qué se hace, entonces?

—Como en tantas cosas, depende de a quién le preguntemos. Si hablas con los nobles o con los burgueses de la capital, efectivamente, te dirán lo que tú piensas: que es una cuestión social. Un rito, por decirlo de alguna manera. El buen hombre, cabal y responsable, miembro estable de una comunidad, debe ser también padre de familia. Pero yo no creo que tú seas ni una cosa ni la otra. Noble o burgués, quiero decir. Aunque lo de cabal, responsable y

estable sea algo que aún está por ver… Pero te daremos el beneficio de la duda. La gente como tú, Sansón, las personas trabajadoras, que deben luchar día a día por salir adelante, suelen casarse por amor. Y yo, si me permites decirlo, no te veo muy enamorado. Jimena es sin duda una buena chica, generosa y sencilla. Pero no habéis hablado ni dos veces. No creo que exista amor entre vosotros. ¿Me equivoco?

—No, no os equivocáis. Mis contactos con Jimena han sido limitados. Pero Fernán, su padre, posee ciertas tierras… Y como no tiene hijos varones, no quiere que, a su muerte, se las apropie la corona. Le gustaría que se quedasen en la familia, don Jacinto. Y a mí esas tierras podrían solucionarme la vida.

—¿Esa es tu razón para casarte, tener un buen futuro?

—Es tan buena como cualquier otra, ¿no?

—Querido Sansón, hay pocas cosas en las que yo disiente con el gran Montaigne, mi mentor intelectual. Pero esta es una de ellas. Él pensaba que un matrimonio por amor estaba abocado al fracaso. Creía que debía primar, por encima de todo, el interés común. Yo no lo creo así. Yo creo que es al contrario. Un matrimonio sin amor es, como te he dicho antes, una jaula. Creo que una de las grandes suertes de las gentes sencillas es la de ser capaces de experimentar con plenitud esa maravillosa sensación que es estar enamorado. No creo que debas renunciar a ello. Es cierto, por otra parte, lo que tantas veces se dice: que es una fuerza que nos hace vulnerables, ciegos y, en muchas ocasiones, hasta locos. Pero su poder es tan grande, tan arrollador, que yo no concibo mejor manera de acercarse a Dios.

—No os ofendáis, don Jacinto, pero no sé si vos sois la persona más indicada para disertar sobre el amor. No habiendo conocido el sentimiento, quiero decir…

—¿Y qué te hace pensar que no lo he hecho? Ay, mi buen Sansón. ¡Es difícil ser un santo en una ciudad como Madrid!

—¿Entonces vos…?

—Sí, efectivamente, todo eso que estás pensando.

—Pues no debe ser tan magnífico si lo dejasteis de lado para seguir a Dios.

—Querido Sansón, hay cosas que están por encima de uno mismo. El deber, por ejemplo. Más que a Dios, yo me debo al sufrimiento de las personas. Sabes bien cómo pienso. Mientras este país siga enfangado en la superstición y en la barbarie, mi misión en la vida ha de ser hacer lo que esté en mis manos para limpiarlo. Pero no creas. Que no son pocas las ocasiones en las que el corazón

se deja inundar por la melancolía de lo perdido. Mi único consuelo son todas las personas a las que he ayudado. Toma como ejemplo a la familia que nos ha hecho llamar. Una posesión demoníaca. Otra más. Tú y yo sabemos que debe tratarse de un nuevo caso de epilepsia. O incluso de ansiedad. Pero estás pobres gentes… Viviendo como viven, aquí, en mitad de la nada, alejados de cualquier civilización, no habrán tardado en achacar los síntomas a uno de los cientos de genios malignos que, según las antiguas tradiciones paganas, recorren estos bosques. ¿Cuánto crees que tardarían en acabar con la vida del pobre doliente? Suerte que recibí el mensaje a tiempo… Así que ya ves, Sansón, es por esto y solo por esto que renuncié a la emoción más verdadera que jamás he experimentado. Dios no tiene nada que ver con mi elección. Pero deja que te diga una cosa: no repitas mi error. Haz las cosas bien. Espera la llegada del amor. Merecerá la pena.

—Si vos lo decís… Pero, la verdad, no creo que sea estrictamente necesario.

—Santa Madre de Dios, ¿a qué viene tanta incredulidad? ¿Cuándo se ha convertido mi joven e inocente protegido en un adulto cínico y descreído?

—Supongo que nunca he sentido nada parecido. Y, en cualquier caso, si lo hiciera, ¿cómo sabría reconocerlo?

—Porque, querido Sansón, incluso en la desgracia, jamás te habrás sentido más dichoso.

Interesante intercambio de pareceres, ¿no creen?

La conversación ha dado lugar a un silencio cargado de implicaciones y crujidos de hojas secas. A don Jacinto se le ha empañado la mirada. Es de suponer que los recuerdos han vuelto a anegarle el alma. Pobre. Sansón, por su parte, anda dándole vueltas a todo lo dicho. También a él se le han velado los ojos con nubes. Son pequeñas, cierto, pero turbias. Y es que ha mentido. Él sabe muy bien de qué habla el cura. El problema es que fue un episodio tan fugaz, su final tan abrupto y las consecuencias tan trágicas, que el regusto es inevitablemente amargo. Ni tan siquiera está seguro de que aquello fuese amor. Quizá, pese a todo, fuese tan solo un episodio de fascinación. Una simple chiquillada. De cualquier forma, lo cierto es que el resultado fue un revoltijo de emociones oscuras que le han llevado a rechazar de plano cualquier atisbo de sentimiento. Quizá por eso se empeña en cumplir, una por una, las convenciones sociales.

Se trata, ni más ni menos, que de una huida hacia adelante.

Por otra parte, no se sorprendan por la cantidad de aspectos del

pasado que Sansón ha ocultado al cura. Es normal. Revelarle la verdad habría servido para hacerle entrar en conflicto con sus creencias. Imaginen a don Jacinto, con lo que sabemos de él, enfrentado al hecho de que su propio protegido haya sido testigo de un episodio demoníaco. Lo más probable es que no le hubiera creído. Y temiendo incluso consecuencias más extremas, por ejemplo, el abandono, el buen Sansón, tan necesitado de un lugar en el mundo, optó por no tentar a la suerte. Es más, convencido de haber encontrado el hueco idóneo en el que cobijarse, él mismo se ha ido forzando a ver el mundo con los ojos de su mentor. Ahora mismo, por lo que a Sansón respecta, el recuerdo de aquella noche está deformado por los miedos de su mente infantil enfrentada a situaciones que escapaban por completo a su control y a su capacidad de asimilación. Realmente, no aconteció nada sobrenatural. Y, sin embargo, todavía hoy, ocho años más tarde, al sentir que el viento arrecia más de la cuenta, no puede evitar estremecerse cuando Nicolasa Parejo se aparece en su mente, hermosa y terrible, como la más dolorosa de las realidades.

Atentos, por cierto, porque nuestros personajes han llegado ya a su destino.

Ahí lo tienen. Una casita de piedra y techo de paja. Tras ella distinguimos la mole rectangular de un hórreo. Algo más allá, tierra sembrada. Y al lado, el cercado donde aguardan, ensimismadas, las cabras de un rebaño. En el cielo, la noche empieza a derramarse. Una brisa fresca, que no llega a ser incómoda, acaricia las briznas de hierba. Es una estampa idílica. Lástima que los desgarrados gritos de una mujer hagan de pronto que estalle en pedazos.

Los alaridos vienen de la casa. Don Jacinto y Sansón, alarmados y oliéndose el percal, corren hacia allí. Por suerte, la puerta está abierta. Y aunque el cura, normalmente, hubiera tenido la deferencia de anunciarse, la urgencia de la situación le lleva a saltarse las normas de la etiqueta. Dentro, la situación es caótica. La familia está en pleno ataque de pánico. La madre, llorando desconsoladamente, se esconde tras el padre. Este la protege tratando de aparentar entereza, pero es fácil ver que está aterrorizado. Las piernas le tiemblan. Parece un muñeco de trapo, vulnerable y fuera de lugar. Una muchacha joven lo observa todo desde la distancia, con cierto aturdimiento. Y en el suelo, atrayendo todas las miradas, un chico adolescente, de no más de 13 años, convulsiona salvajemente. Tan fuertes son los espasmos que la cabeza golpea una y otra vez contra el suelo de madera. Don Jacinto, sin presentarse ni pedir permiso, toma la iniciativa. Agarra

el cojín que ve sobre una silla y lo coloca debajo de la cabeza del muchacho, evitándole así los golpes. Luego lo coloca de lado.

—Tranquilos —dice volviéndose a los padres—. Todo pasará en unos minutos. Vuestro hijo está luchando con el demonio. Los espasmos indican que está prestando resistencia. Eso es bueno. Quiere decir que el intruso no lo va a tener fácil. He visto más casos como este, sé lo que me digo. En un par de minutos habrá pasado todo. El demonio se rendirá, el chico volverá a la normalidad y tendremos tiempo de actuar antes de que vuelva a empezar de nuevo.

Un momento… ¿qué discurso es este? Habiendo escuchado al cura despotricar contra las supersticiones, ¿no resulta chocante verlo, de pronto, hablar y actuar como un exorcista cualquiera? No se alarmen. No estamos ante un farsante. O sí. Pero su actitud tiene explicación. Verán, antes, al principio, cuando don Jacinto se prestó a liberar a las pobres familias de las cadenas de la incultura, cada intervención similar a esta iba acompañada de un relato sincero sobre las verdaderas causas del sufrimiento del familiar de turno. Pero, dado que la gran mayoría de las veces los interlocutores resultaban ser analfabetos, las explicaciones, lejos de ayudar, embrollaban. Don Jacinto terminaba recibiendo bastante menos gratitud de la que hubiera esperado, por no decir ninguna, y las familias apenas ganaban en tranquilidad ni una décima parte de lo que hubiera sido necesario. En consecuencia, el sufrido cura terminó aceptando las ironías del destino y decidió que la mejor forma de combatir al enemigo era desde dentro. Así que, efectivamente, hacía las veces de exorcista. Cuando la crisis terminaba, las familias, pensando que el demonio había sido vencido, aceptaban seguir los tratamientos que se les aconsejaba, cosa que rechazaban de plano cuando se trataba de algo tan poco creíble como una enfermedad de la mente o, simplemente, una dolencia del alma.

Así que, ya ven, se trata de una inocente mentira, un teatrillo.

Don Jacinto trata de ajustarse al papel con celo, pero las más de las veces se le ven las costuras. La falta de convicción se hace demasiado evidente. Él se empeña en disimularlo lanzando expresiones del tipo: «¡*Vade retro*, Satanás! ¡El poder de Cristo te obliga!», mientras dura la crisis. Y puede que hasta resulte creíble para las pobres y desconcertadas familias. A Sansón, no obstante, la representación le resulta tremendamente ridícula, y por eso no puede evitar que se le escape una sonrisa divertida. Puede que parezca un gesto algo fuera de lugar, en mitad de un momento de

tanta tensión. Pero, recuerden, él sabe la verdad. El peligro no lo es tanto. Por eso se permite ese toque de ligereza. Lo que no quita que debiera ser mucho más cuidadoso. Las familias, inmersas en la vorágine del peligro sobrenatural, podrían malinterpretarlo. Y entonces se sentirían tremendamente ofendidas.

Pero no pierdan detalle porque es precisamente lo que está a punto de pasar. La muchacha está realizando un escrutinio exhaustivo a los dos extraños cuando descubre la mueca en la cara barbuda del muchacho. Por cierto, que nos fijamos ahora en que es pelirroja y tiene la piel pálida moteada de pecas. El bonito rostro, porque, las cosas como son, es bastante bonito, se le llena de indignación, pero, en lugar de estallar en un arrebato de ira, decide contenerse y esperar a que todo termine. Eso dice mucho de ella. No sabemos qué, pero algo dice.

La crisis ya parece ir remitiendo. Los espasmos son cada vez más espaciados y el rostro del muchacho, antes desencajado, contraído por la tensión, comienza a recuperar la normalidad. En pocos segundos, yace lánguido. Los ojos, que estaban completamente idos, vuelven a enfocar.

—Miren, ha terminado. Ahora es imprescindible que le den todo su cariño. El chico es un valiente. Un héroe, me atrevería a decir. Merece el reconocimiento y el afecto familiar. Vamos… ¿A qué están esperando vuestras mercedes? ¡No se corten!

Y así, las reticencias iniciales, que las ha habido, dejan paso a un festival de abrazos, besos y lágrimas. Los padres, aliviados, llenos de amor, se deshacen en muestras de afecto. El chico las recibe con agrado. El peligro ha pasado. La atmósfera, antes fría, cortante, se torna de pronto acogedora. Solo la muchacha sigue demostrando cierto recelo. No hacia el chico que, por lo visto, es su hermano menor, sino hacia los visitantes. Su participación en la reconciliación familiar se limita a revolverle el pelo al chaval. Lo demás son miradas suspicaces que, por cierto, no pasan desapercibidas para Sansón. Eso sí, no sabemos si él intuye el significado o si se limita a admirar el color esmeralda de los ojos almendrados.

Llega el momento de las explicaciones. Sentados a la mesa, al calor del hogar, que arroja una luz cálida y reconfortante a la escena, el padre de familia, llamado Zósimo Velayos, pone al corriente a los recién llegados de los antecedentes. A los recién llegados y a nosotros, claro, que lo agradecemos infinitamente. Según parece, ha sido cuestión de un par de días. El hijo pequeño, Hernando, había sido hasta el momento, según las palabras de su

padre, «un zagal normal, trabajador y lleno de vida, tendente a las chanzas, pero nunca irrespetuoso». En la mañana de hace dos días, comenzó a quejarse de una sensación extraña en el estómago. Y comenzaron los ataques. No es que la frecuencia fuera muy grande, pero el primero ya fue suficiente para convencer a sus padres de que algo raro estaba sucediendo. Eso y el hecho de que el carácter de Hernando se había transformado. Ahora, la mayor parte del tiempo se mostraba taciturno y desorientado, como si no supiera muy bien dónde estaba parado. Y claro, como estaban asustados, eso les llevó a tratarlo con precaución. Incluso temerosos de ser víctimas a su vez de otros demonios, por contagio más que nada, lo mantuvieron encerrado durante unas horas en el hórreo. Hasta que los remordimientos de la esposa la llevaron a liberarlo. Fue precisamente ella, Federica, Fede para acortar, la que, habiendo escuchado en la aldea mencionar el nombre de don Jacinto, decidió recurrir a él, pagando a un mensajero para que corriera en su busca con la esperanza de que fuese capaz de atajar el mal que invadía la, hasta ahora, humilde pero dichosa morada.

Una vez terminadas las explicaciones, lo primero que hace don Jacinto es afearles la conducta. Ningún comportamiento extraño justifica privar a un muchacho del cariño que necesita. Esa es la base fundamental del núcleo familiar. El cariño. Hernando no es culpable, es una víctima. Y, por tanto, necesita el apoyo de su familia. Por supuesto, en ningún momento el tono adquiere tintes admonitorios. Es calmado y paciente, didáctico incluso. Cuando comprueba que sus palabras han empapado los corazones de la familia Velayos, como puede verse por las constantes muestras de afecto que dispensan a Hernando, el cura se pone serio. Tampoco fúnebre. Solo serio. Don Jacinto, por lo que parece, es un maestro en el arte de dar a las cosas la justa gravedad y, al mismo tiempo, restarles importancia.

—El mal que aqueja a Hernando es más común de lo que suele pensarse. Pero no hay que temer. Ha demostrado ser un muchacho valiente y capaz. El demonio no tiene nada que hacer contra él. Por desgracia, el procedimiento para extraerlo es doloroso y, en alguien tan joven, podría acarrear la muerte. No teman, no obstante, porque sigue habiendo solución. Sí, el ser está atrapado en su cuerpo, aferrado a él como un parásito o una babosa, pero podemos contenerlo y mantenerlo a raya. Al final, será como una verruga. Estará ahí, pero no se notará. Será prácticamente inofensivo. De vez en cuando intentará retomar el control, pero, con la fuerza de Hernando, sus cuidados y el remedio que voy a recetarle sus

posibilidades de vencer serán inexistentes. Al final, el mismo ser optará por abandonar el cuerpo del chico.

Evidentemente, nada de esto es real. Pero como don Jacinto no conoce cura para la epilepsia, no puede venderles un éxito total. Su única esperanza es cambiar la actitud de la familia y, como eso ya está conseguido, se concentra en ganar tiempo. Conoce remedios que espacian y suavizan los ataques. Y sabe que, en algunos casos, incluso han desaparecido con la edad. De ahí las recomendaciones que acaban de escuchar.

A todo esto, la noche se les ha echado encima. Así que Fede les invita a compartir con ellos la cena. La invitación es aceptada de buen grado por don Jacinto. Sansón pone reparos. Y es que, siendo como es Noche de Difuntos, cree que ya han pasado demasiado tiempo fuera del pueblo. Según él, el cura está faltando a sus obligaciones. Ese es el Sansón adolescente, tan preocupado por encajar que no se atreve a desviarse ni un milímetro del camino que cree correcto. Menos mal que su mentor es de natural mucho más relajado.

—Cálmate, Sansón. No pasa nada. Ya te he dicho que mi deber es hacia la gente que sufre.

—¿Y Dios? ¿Qué pasa con Dios?

—Vamos a ver, Sansón, ¿no dijo Pablo a los Gálatas: «ayudaos unos a otros a llevar vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo». Estamos haciendo lo que debemos hacer. Ya te lo he dicho muchas veces: hay cosas que están por encima de todo. Eso es lo que tienes que aprender, querido amigo. ¿Cuál es tu misión? ¿A qué te debes? ¿Qué hay que merezca la pena sacrificarlo todo? Para mí, es esto. Mi corazón está contento, amigo. ¿Qué más pruebas necesitas de que estamos haciendo bien? Sí, puede que surja algún inconveniente. Probablemente nuestra ausencia habrá provocado algún revuelo, sobre todo entre las viejas beatas, pero ya nos ocuparemos de ello cuando llegue el momento. Ahora, relájate, que tienes motivos para disfrutar. ¿O se te han pasado por alto las miradas que te dedica la joven Elena? A fe mía que no es precisamente fea la muchacha. Lo tienes todo a favor para pasar un buen rato.

Puede que sea así sobre el papel, pero lo cierto es que ocurren dos circunstancias que le impiden tomarse las cosas con ligereza. La primera es el frío que se cuela por la puerta abierta. Es como una especie de hálito gélido que arranca escalofríos de la espina dorsal. La lumbre consigue menguar sus efectos, pero no puede evitar que, de cuando en cuando, una lengua helada erice la piel. Sansón pide

amablemente cerrar la puerta, pero se encuentra con la negativa de Zósimo. Y es que, según explica, es costumbre en la zona dejar la puerta abierta durante la Noche de Difuntos para que estos, en su espectral deambular, puedan entrar en las casas y compartir su escaso tiempo en la Tierra con los vivos. Otro motivo más para la incomodidad de Sansón, que comienza a ver fantasmas por todos los rincones de la casa.

—Supercherías… —susurra don Jacinto a su protegido.

Este, temeroso de las tradiciones, ya se pueden imaginar, no lo tiene tan claro.

La otra circunstancia a la que hacíamos referencia es, precisamente, las miradas. Que no, no se le han pasado por alto. El problema es que dedicarlas, precisamente, no es lo que hace Elena. Más bien las arroja. Son como dardos envenenados. Eso sí, nadie discute que son hermosas. Tremendamente hermosas, deberíamos decir. Doña Fede le ha encargado calentar a la lumbre una olla de sopa y las llamas, para colmo, ensalzan todavía más el brillo de las dos piedras preciosas que tiene por ojos. Lo que pasa es que a Sansón no le gusta lo que lee en ellas. Si fuese admiración, la cosa sería distinta, muchísimo más placentera. Pero tiene la sospecha de que a ella no le hace gracia su presencia. «Quizá, —se pregunta—, he hecho algo que la ha molestado». Él no lo sabe, pero nosotros sí.

Has metido la pata, Sansón.

Veremos a ver por dónde te sale.

Prestemos atención porque no tardaremos en descubrirlo.

Antes de que llegue la cena, el cura saca una bolsa de su alforja, la abre y muestra unas extrañas flores cuya forma recuerda a un corazón.

—Es Dicentra. También llamada «flor de corazón». Esta variedad la compré a un comerciante que la traía de Nueva España. Es lo más efectivo contra el problema de Hernando. Tómala tres veces al día, hijo. Después de cada comida. Eso reforzará tu voluntad y menguará la del demonio. Les dejaré suficiente para unos meses. Cuando se termine, si no pueden recurrir a ella, tienen la posibilidad de sustituirla por Valeriana, que es mucho más accesible.

—¿Y cuándo empezaré a tomarla?

—Ahora mismo, muchacho. Doña Federica, si sois tan amables de poner a calentar agua…

Y resulta que no hay agua suficiente. Han agotado las reservas y, con el problema del chico, han olvidado reponerlas. Así que doña Fede encarga a su hija Elena acercarse al riachuelo y llenar un

cántaro. Ella protesta, porque es de noche y no verá bien. El padre le resta importancia al inconveniente aduciendo que hay luna llena y que habrá luz suficiente como para no tropezar ni perderse. Don Jacinto ofrece que Sansón la acompañe, para terminar de conjurarle los temores. Y la madre, encantada, acepta.

El muchacho no replica, porque sabe que todas sus protestas caerán en saco roto.

Menuda situación.

3

Ahí lo tenemos, caminando al lado de Elena, tan envarado que hasta dar los pasos le supone un mundo.

Ella lleva una cántara grande. Tiene pinta de ser pesada y, el llevarla apoyada contra la cadera, le impide caminar con normalidad. Sansón, consciente de la frialdad que hay entre ellos y de que no tiene nada que ver con la atmósfera nocturna, no se atreve a hablarle. Pero, como es de natural desprendido (nos alegra comprobar que, al menos, eso no ha cambiado), acaba rompiendo sus reservas y ofreciéndole ayuda.

—¿Ayudarme? ¿Igual que habéis ayudado a mi hermano, par de farsantes?

El rechazo cae como un jarro de agua fría sobre Sansón. Por lo que implica.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—¿A qué me refiero? Habréis podido engañar a mis padres. Incluso a mis hermanos. Eso no tiene mucho mérito. Son simples. Se conforman con entender el mundo tal y como lo ven. Pero yo soy distinta. Yo sé que Hernando no está poseído por un demonio. Si no he dicho nada es porque no quiero estropear la dicha de mis padres. Pero, cuando todo esto termine, os aseguro que iré a denunciaros a la Inquisición por estafadores y por brujos. Y buscaré a quien pueda remediar el mal de mi hermano.

Vale. Ya no hay duda alguna. Elena lo sabe. Lo sabe todo. Bueno, quizá no todo, pero parece inteligente y, sin duda, el resto lo sospecha. Es suficiente para que saque sus propias y erróneas conclusiones. De pronto, la situación ha adquirido un cariz peliagudo. Una gota de sudor recorre el cuerpo de Sansón cuando comprende que un desenlace a favor depende exclusivamente de él. Es urgente convencerla de su inocencia.

—Un momento, un momento… ¡Nosotros hemos venido a ayudar! Es cierto que Hernando no está poseído por un demonio, ¡pero nosotros no somos brujos!

—¿Y entonces a qué viene este remedio a base de hierbas que parece más propio de una curandera?

—¡Porque es la única manera de suavizar la enfermedad de tu hermano!

Elena deja caer el cántaro al suelo. El sobresalto le ha hecho perder pie. Se ha detenido de golpe. Los ojos abiertos de par en par,

la expresión alarmada… No hay duda de que la revelación le ha calado hondo.

—¿Enfermedad? ¿Qué enfermedad?

Su tono de voz ha cambiado. Ya no hay desdén. Ahora solo hay miedo. Preocupación. Incluso el lenguaje corporal es distinto. La mujer, fuerte y distante, muestra sin quererlo una inesperada fragilidad. Sansón es consciente de que debe ser muy cuidadoso escogiendo las palabras.

—Verás… a ver cómo te explico esto… Don Jacinto descubrió que… Bueno, realmente no lo descubrió él, ya Hipócrates y Paracelso habían escrito mucho antes sobre el asunto, aunque nadie les prestara demasiada atención…

—¿Qué dices…? No te entiendo…

—A ver, déjame intentarlo de nuevo… El caso es que don Jacinto cree que hay una enfermedad que afecta al cerebro. Epilepsia la llaman. Esa enfermedad provoca los síntomas que muestra tu hermano. Es fácil confundirla con un caso de posesión y, hasta ahora, lo común es que se tratara como tal.

—¿Una enfermedad del cerebro? Pero… ¿es eso posible?

—Pues parece ser que sí… No creas que yo lo entiendo mucho. Me limito a creer lo que él me dice. Y lo cierto es que no he tenido nunca motivo para dudar de su palabra.

—Pero, si es una enfermedad, ¿no tendrá cura?

—No, que nosotros sepamos.

—Y, entonces, ¿las infusiones?

—Son para retrasar y relajar los episodios. Y funcionan, créeme…

Elena se lleva la mano a la boca. Posiblemente para sofocar un sollozo, a juzgar por las lágrimas que le perlan los ojos.

—Mi hermano… enfermo… Pobrecillo…

Miren a Sansón. La emoción de la chica lo ha conmovido y, aunque dubitativo, se presta a consolarla echándole una mano por encima del hombro. La muchacha, sorprendentemente, no ofrece resistencia y se deja abrazar.

—Sí… es cierto, está enfermo… Pero los episodios son muy cortos. Y si se observa una serie de precauciones, se puede llevar una vida normal. Si hasta sé de personajes históricos que han sido epilépticos. Julio César, sin ir más lejos…

—¿Quién?

—Un tipo muy importante. Gobernó casi todo el mundo conocido hace mucho tiempo. Eso debería tranquilizarte un poco.

—Sí, claro. Por lo menos ya sé que mi hermano puede llegar a

gobernar el mundo entero.

La inesperada ironía de la respuesta sorprende al chico, que la mira extrañado y descubre su sonrisa. Los labios rojos, finos, perfectamente perfilados, se han moldeado en una mueca deliciosa. Tierna y sensual a un mismo tiempo. Entonces, cautivado, se percata de algo que, quizá por la tensión, hasta ahora había pasado por alto. Su olor. La chica huele a campo. A tierra mojada. Y el tacto de su piel es tan suave que le provoca palpitaciones. Sansón nota cómo el estómago se le encoge. Es una sensación parecida al miedo. Es un vértigo similar, aunque, al mismo tiempo, deliciosamente placentero. Pero, como no sabe qué es ni encuentra palabras para ponerle nombre, decide obviarlo por el momento.

Lo que está claro es que algo ha cambiado entre ellos.

La hostilidad inicial ha dejado paso a una cosa diferente. De buenas a primeras comparten una especie de complicidad inesperada. Él la ayuda a recoger el cántaro y, desde ese momento, lo cargan entre los dos. Al reiniciarse el camino, sus pasos son distintos, menos urgentes, más acompasados. Y eso les permite descubrirse. Él encuentra en ella a una muchacha inteligente con ideas extrañamente avanzadas, teniendo en cuenta el ambiente en el que se ha criado. Por ejemplo, al preguntarle cómo es posible que no los haya creído, ella reconoce que no se trata solo del descuido de Sansón. Ya antes le costaba asumir que existiesen los demonios. Y aduce que solo es capaz de creer en aquello que ella misma puede corroborar. «Y en mis dieciséis años de existencia —afirma—, ni he visto, ni he mantenido tratos con demonio alguno». Esto, claro, da pie a cuestiones un tanto más espinosas. Por ejemplo, ¿qué pasa con Dios?

—¿Qué sucede con él?

—Que si no crees en nada que no vean tus ojos, ¿cómo puedes creer en él?

—Fácil. No creo.

Menuda respuesta. Ya pueden imaginar la reacción de Sansón. Escandalizado es quedarse cortos. A la muchacha, tanto candor le resulta tierno, y le despierta una risa franca, divertida, que, por supuesto, saca a Sansón de sus casillas. «¿Cómo puede asegurar eso con tanta rotundidad?», le pregunta este. Si alguien la oyese podría denunciarla al Santo Oficio y se habría buscado el ser ajusticiada por bruja o algo por el estilo. Es más, ¿cómo puede estar segura de que él mismo no será quien la delate?

—Porque viajas con un cura que se hace pasar por exorcista para tratar extrañas enfermedades mentales. Sinceramente, ahora mismo,

corréis más peligro vosotros que yo. ¿Cómo estás seguro de que no te delataré yo a ti?

Inteligente réplica. Sansón se queda sin palabras y decide, por su propia paz espiritual, que no merece la pena seguir cuestionando creencias ajenas. Si algo ha aprendido al lado de don Jacinto es que la fe no debe nacer por la obligación. Ni por el miedo. Porque eso, inevitablemente, subyuga el espíritu. La fe debe ser verdadera. Libre. ¿Y quién dice que no será él quien consiga que esta chica rebelde acepte a Dios como una verdad inmutable? Decide tomárselo como un reto. Pero es algo más que eso. Lo cierto es que le gusta la forma de pensar de ella, su individualismo, tan fuera de lugar en aquel entorno. La chica, o deberíamos decir, la mujer, porque, a fin de cuentas, es ya lo que es, tiene un espíritu elevado que no conoce horizontes. No se conforma con quedarse allí, en la casa de sus padres. Sueña con recorrer el mundo, con vivir aventuras. A Sansón que, como ya sabemos, aspira exactamente a lo contrario, eso le desconcierta. Es como si ella fuese un espejo. Uno en el que es imposible escapar a la verdad sobre uno mismo y no quedase más remedio que cuestionarse todos y cada uno de los propios planteamientos vitales.

—¿Sabes? Podríamos ayudarnos mutuamente. Tú podrías sacarme de aquí. Me iría como doncella contigo y el cura. Luego nos escaparíamos a ver mundo. Yo te enseñaría a relajarte y disfrutar. Y, al final, cuando encontráramos el sitio adecuado, nos quedaríamos allí. Nos casaríamos, tendríamos niños y nos haríamos viejos juntos. Justo como tú quieres. ¿Qué te parece? Así salimos todos contentos.

Bueno, pues parece claro lo que está pasando aquí, ¿verdad? Estos dos se atraen. Mucho, además. No hay más que observarles en su camino de vuelta. Hablan poco, quizá porque saben que las palabras no son lo importante. El mensaje verdadero está en los gestos, en el lenguaje corporal. Ese juego de miradas furtivas, esas sonrisas cargadas de intenciones… Y no es solo en el camino de vuelta. La cosa continúa durante la cena. Eso sí, no sabemos quién de los dos dará el paso, o si se dará si quiera, pero lo cierto es que tampoco tienen mucho tiempo. Dentro de poco, don Jacinto y Sansón partirán y todas las posibilidades se quedarán en eso, en nada, en un rotundo nunca que ya no podrá volver a ser quizá.

En fin…

Después de la cena, como es noche cerrada, Zósimo ofrece a sus dos invitados pasar la noche con ellos. Don Jacinto parece encantado. Este tipo de gestos son los que compensan su

dedicación. Así que la respuesta era afirmativa antes ya de que se plantease la pregunta. Sansón está dividido. Por un lado, pasar la noche en una casa que él imagina llena de fantasmas no le parece la más apetecible de las experiencias. Pero, por otro, eso supone tener más tiempo para estar con Elena. Y, se preguntarán ustedes, ¿para qué? ¿Qué sentido tiene si no piensa dar el más mínimo paso? No les falta razón. Pero esa es la incongruencia del ser humano, ¿verdad? No queremos dejar pasar el tren, pero tampoco nos atrevemos a subirnos de un salto. El caso, lo entendamos o no, es que se quedan. Ahí están los dos, don Jacinto y el chico, acomodados en dos jergones en el salón junto a la chimenea, que sigue encendida para contrarrestar el frío que se cuela por la puerta abierta. No sabemos si los difuntos entrarán en algún momento o preferirán pasar de largo, pero, de no hacerlo, podrían avisar. Que tampoco es necesario exponer así, por nada, las intimidades del hogar. Qué le vamos a hacer. Así es estar muerto. Lo que faltaría es que, encima, también tuvieran que tenerles consideración a los vivos.

Pero vamos a lo nuestro.

Miren a Sansón. No pega ojo. Y no tiene nada que ver con los fantasmas. Ni con el frío. Si no consigue conciliar el sueño es por esa contradicción que antes referimos. El revoltijo de emociones que le desordena las entrañas lo tiene en vilo. Son tantas las posibilidades, que se encuentra paralizado, incapaz de decidirse por el curso de acción correcto. ¿Debería despertar a Elena? ¿Y luego qué? ¿Declararle amor eterno? Si ni tan siquiera sabe si es eso lo que siente. Entonces, ¿se acuesta con ella? En caso de que ella acepte, claro. Pero ¿es eso lo adecuado? ¿Reducirlo todo a unos breves instantes de pasión? ¿Y qué pasa con sus padres? ¿Y si se despiertan? En ese caso, la Noche de los Difuntos cobraría mayor sentido para él. Lo mismo es su fantasma el que termina pululando por allí dentro. Entonces, ¿debe dejarla escapar? Se imagina la llegada de la mañana. La luz parda del amanecer como un velo de tristeza, revelando el profundo hueco que empieza a abrirse de nuevo en su alma, si es que alguna vez se cerró, haciendo patente su inextinguible soledad. Y como no sabe si será capaz de sobrevivir a tan desoladora sensación, ante nuestra sorpresa, Sansón, el recto, toma, por fin, una decisión: despertará a Elena y que sea lo que Dios quiera.

Y lo que quiere Dios, si es que existe y, efectivamente, tiene en cuenta las tribulaciones de las almas indecisas, es facilitar las cosas. Porque ahí en la oscuridad, avanzando hacia él con paso cauteloso,

está ella que, presa de las mismas dudas, pero mucho más decidida, ha resuelto no esperar más. La sorpresa de Sansón le lleva a querer exclamar su nombre, pero la chica, adivinando sus intenciones, se lo impide tapándole la boca con la mano.

—¿Es que quieres despertar a todo el mundo?

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? Vengo a buscarte. He pensado que podíamos empezar ya.

—¿Empezar? ¿El qué?

—Empezar a disfrutar.

Elena lo toma de la mano y lo ayuda a levantarse del jergón. Luego tira de él hacia afuera y echa a correr por el campo. Aunque, seamos sinceros, tirar de él tampoco es la expresión correcta. Sansón se deja llevar. Y quién no lo haría en su lugar. Ahí van los dos, corriendo por la hierba como si pretendieran dejarlo todo atrás, a lomos del viento frío de esta noche de luna llena. Qué diferente, por cierto, de aquella otra que dio comienzo a todo. Aquella espiaba, recelosa. Esta sonríe, amable. Es el suyo un rostro satisfecho, plácido. Lo que entonces era siniestro, ahora es dulce. Lo fantasmal, lechoso, tierno. Ya no hay gritos. Hoy el mundo se susurra a media luz. Y, sin embargo, ambas noches comparten la solemne sensación de lo trascendente, de lo importante. De esos escasos momentos que trastocan la realidad y la reconfiguran en algo parecido y, a la vez, tan distinto.

La carrera termina en el riachuelo. Sin detenerse a recuperar el aliento, Elena se deshace del vestido y se mete en el agua

—¿Qué haces?

—Ya te lo he dicho, ¡disfrutar!

—¡Pero hace frío! ¡El agua debe de estar helada!

—Bueno… Ya la calentaremos nosotros.

Ay, Sansón. Nuestro buen Sansón. No se puede ser tan parado. Él se queda quieto, a merced de la lucha que tiene lugar en su interior. Pasión y sensatez, riesgo y costumbre. El Sansón de ocho años que lo arriesgó todo por una desconocida contra este de dieciséis tan asustado, amante de lo seguro. Y aunque, como decimos, la batalla es interna, su resolución poco tiene que ver con él mismo. Si termina por decantarse por una de las opciones es porque Elena ha revelado toda su belleza. Su cuerpo desnudo, joven, estilizado, voluptuoso, es una invitación a perderse y encontrarse de nuevo junto a ella. La luz de la Luna se derrama por su piel. Las pecas parecen tatuajes, palabras de un lenguaje secreto, mensajes sensuales que solo él puede descifrar. Y, al sentir la

erección que le subleva la entrepierna, se recrimina el tiempo que ha pasado haciendo el tonto.

Ahí están los dos, amándose. Quizá sea la primera vez de ambos. Podría ser, no lo sabemos, no conocemos a Sansón hasta ese nivel de detalle. Pero, lo sea o no, es como si lo fuera. Nunca, hasta este momento, ninguno de los dos se había sentido tan vulnerable, tan fuerte, tan vulgar y tan único, todo al mismo tiempo. Se aman y se aman, una y otra vez, durante gran parte de la noche trufada de risas, besos, caricias y confidencias. Al fin, habiendo planteado ya el recorrido por el que les llevará su viaje, y hasta el nombre de los niños que tendrán dentro de muchos años, los dos se quedan dormidos sobre la hierba.

Sí, hace frío.

Pero están abrazados y ni la más fogosa chimenea puede superar eso.

4

Sansón está otra vez en la ermita.

Es de día. Los fulgurantes rayos del Sol se cuelan por las rendijas y matizan las sombras, revelando los incontables detalles que la última vez pasáramos por alto. Los rostros desgastados en los relieves de las paredes. El trazado interrumpido de los nervios en los pilares. El tiempo del edificio pasó ya hace mucho, pero sigue arreglándoselas para transmitir solemnidad. Estamos en mitad de la nave y no sentimos temor ni desconcierto. Tan solo una profunda sensación de paz. Estamos bien. Seguros. Protegidos. De alguna manera, sabemos que estamos en el hogar. Y nos sentimos felices. Entonces sopla el viento. Pero no nos inquieta. Se trata de una brisa suave. En lugar de aterrar, acoge. Nos acaricia la piel. Pronuncia nuestro nombre en susurros. Nos incita a mirar hacia el altar. Miles de puñados de arena que alguien parece haber lanzado al aire van a concentrarse en aquel punto. Se unen y recomponen la figura de Nicolasa Parejo. No es ella. Pero sí lo es. No es ya, desde luego, una niña. Es una mujer de sobrecogedora belleza. Mirarla estremece. Pero no duele. Los bucles dorados, los ojos azules, la piel aceitunada… Esta vez no hay nada terrible en ella. No hay suciedad. Resplandece por derecho propio. No hay rastro de oscuridad en su mirada. Esta Nicolasa Parejo, lleve o no al demonio dentro, es un ser puro, sencillo, humano. Bondadoso. Parece contenta, aliviada incluso. Y sabemos, así sin más, que es por vernos felices. Entonces, su figura parece difuminarse. Pierde consistencia. Va desapareciendo poco a poco. Comprendemos que, cuando lo haga del todo, la habremos perdido para siempre. Y todo cambia a nuestro alrededor. El mundo se oscurece. La luz adquiere tonalidades melancólicas. La placidez es devorada por la inquietud. El viento arrecia y suena como un lamento, un llanto funerario y triste. Estamos llorando. Las lágrimas caen como ríos por nuestras mejillas. Nos subyuga una aflicción terrible. Nos ahoga una soledad insoportable. Queremos correr hacia el altar, abrazar los volátiles restos de su presencia. Pero no podemos. Porque alguien nos coge del brazo y nos impide avanzar. Es Francisco Requena. Nuestro padre. Está ahí, de pie. Pero no está vivo. Está muerto. Tiene el pecho abierto de par en par. La sangre, negra y viscosa, le chorrea a borbotones. La mugrienta brea se extiende por la ermita corrompiéndolo todo. Nuestro padre nos observa con los ojos

desencajados, hundidos en las cuencas, perdidos en la tétrica inmensidad de ese rostro macilento al que poco le resta ya de humanidad. Nos araña el vientre un miedo profundo y visceral, que desplaza cualquier otra emoción y nos hace sentir profundamente miserables. Pero nada nos prepara para la desolación que sentimos cuando nuestro padre abre la boca, un agujero en su rostro de insondable oscuridad, y genera las palabras que resuenan desde cada rincón de este lúgubre lugar.

—Nunca podrás ser feliz. Jamás encontrarás la paz. Siempre serás diferente. Tu vida será un ciclo interminable de huidas. Esa será mi venganza.

Y entonces, despertamos.

O lo hace Sansón. Nosotros solo echábamos un vistazo al interior de su cabeza.

Sigue siendo de noche. El chico está agitado. El cuerpo empapado de sudor frío y un grito de espanto estancado en la garganta. Le angustia una sensación de fatalidad inminente. Una ráfaga de viento helado le despierta escalofríos. Busca el calor del cuerpo de Elena, pero, al volverse hacia ella, el sonido lejano de una campanilla atrae su atención.

Y ve algo que lo deja estupefacto.

Caminando hacia ellos desde la linde del bosque hay cinco figuras.

No sería nada particularmente especial de no ser porque ninguna es de hombre. Ni de mujer. No ahora, desde luego. Posiblemente lo fueron en su momento. Pero aquí y ahora, desdibujados bajo el velo grisáceo de la luna llena, lo que Sansón ve son cinco fantasmas. Cinco espectros. Cinco sombras de seres humanos vestidos con hábitos blancos. ¿Cómo saben que lo son? ¿Cómo puede distinguir con esa claridad entre vivos y muertos? Fíjense ustedes. Observen el ensimismado caminar, la siniestra palidez de los rostros demacrados. Y sientan. Noten la alerta de su intuición. Escuchen el silencio sobrenatural que rodea a la comitiva. Es una ausencia de sonidos tal que es como si la vida se retrajese a su paso. Solo la campanilla llena el vacío. Tétrica. Triste. Es la marcha fúnebre de la muerte. ¿De verdad les cabe la menor duda? Son espíritus. Aparecidos. Lo curioso es que cada uno de los cinco personajes porta un objeto. Ya hemos mencionado la campanilla. Pero miren a los demás. Uno, el que va en cabeza, porta en lo alto una cruz de madera. Nunca el símbolo de Cristo revistió un significado tan turbador. Otro lleva un estandarte de forma indefinida, raído y falto de color. Otro lleva un caldero. Y el último

un farol, cuya luz, escasa, mortecina, apenas sirve para alumbrar nada. ¿Qué clase de terrorífica visión es esta?

Sansón es incapaz de moverse.

Está aterrorizado.

Elena despierta entonces. Los ojos esmeraldas se abren de par en par. Y tiene lugar un desconcertante efecto. Si bien en un primer momento se llenan de terror, no pasa mucho hasta que este es sustituido por una extraña fascinación. La presencia de los espectros parece despertarle la curiosidad. El chico no es consciente de ello, claro, pero nosotros sí. Y por eso se nos encoge el corazón cuando la vemos ponerse en pie y echar a andar hacia ellos. Vale, podemos aducir, si es curiosidad lo que siente, es normal que intente satisfacerla. Sabemos, además, que la chica es valiente. Entonces, ¿por qué no nos deja tranquilo verla alejarse? ¿Por qué sentimos la necesidad de impedir que vaya? Pero no podemos hacerlo, claro. Solo nos queda observar. Como a Sansón, que no entiende muy bien lo que está pasando. Sabe, eso sí, que hay algo antinatural en todo esto. Sospecha que los andares de Elena tienen poco de voluntarios. La campanilla suena y suena, llenándolo todo, colándose por las más estrechas rendijas de la percepción, hasta que no queda nada que no se subyugue a su tañido. Y comprende entonces que Elena está siendo atraída como una polilla a la llama.

Directa a su muerte.

Sansón se levanta y corre a por ella. La coge del brazo, pero es inútil. Nada parece detener el avance. Además, cuando se da cuenta, está tan cerca de la comitiva que puede ver el insondable vacío que anida en los ojos de los espectros, que no es otro que el de la muerte, y, al asomarse al infinito, el terror lo hace dudar, acobardado. Es tan solo un segundo. Un segundo que, en sus recuerdos, desde ahora, será toda una eternidad. Porque en ese breve tiempo en el que Sansón, consciente de la nada que aguarda al otro lado, deja escapar a Elena, ella cae en las redes de los espectros.

El que porta la cruz se la tiende a la chica.

Esta la toma entre sus manos.

Y cuando Sansón recupera el control, descubre que ahora es ella quien encabeza la marcha.

La comitiva se ha dado la vuelta.

Camina ahora hacia el bosque.

Elena, en cabeza, ya no parece Elena. La gloria de su desnudez se ha marchitado de pronto. Ha perdido luz. Se ha esfumado su hermosura. Ahora parece una especie de espantajo. Por suerte, no

podemos verle la cara.

Sansón corre hacia ella tan rápido como puede. Grita su nombre con desesperación, desgarrándose la garganta con cada alarido. Pero los gritos llegan muertos a los oídos de la muchacha. Por mucho que lo intenta, no consigue darle alcance. Es como si el universo le jugase una mala pasada. Como si la realidad fuera el verdadero sueño. La pesadilla. Las distancias parecen alargarse cada vez más y más. Él se empeña en romper esa especie de encantamiento. Pone en ello todas sus fuerzas. Hasta las que no tiene. Las piernas amenazan ya con fallarle. El corazón está a punto de estallarle en el pecho.

Y, sin embargo, no puede hacer nada.

La comitiva se deja engullir por la oscuridad del bosque y Sansón comprende que Elena se ha perdido para siempre.

Es entonces cuando nota la punzada de dolor que le atraviesa el alma y le hace saber cuán dichoso ha sido a su lado. Cuanto más podría haber sido en el futuro. Es ahora cuando le duele de verdad la pérdida.

Porque ahora comprende que aquello era amor.

Y no solo eso.

Ahora comprende la maldición de Francisco Requena.

5

—¿Maldición? ¿Qué dices, que tu padre…?

—Me maldijo, sí. En un principio no quise verlo. O no supe. Pero entonces quedó dolorosamente claro. Mi padre me condenó a no ser feliz. Jamás podría sentir lo que es la dicha. Y si llegaba a hacerlo, como aquella vez junto a Elena, sería de forma fugaz. Tan solo para asegurarse de que el dolor de la pérdida sería infinitamente más grande. Nunca podría saber qué es un hogar. Nunca podría conocer el amor. O la amistad. O la seguridad. Mi vida, como él dijo, sería una huida constante.

—Joder, pues qué mala leche. Ni un triste polvo sin que pase nada malo… Una putada. Aunque te digo una cosa, pensándolo bien, no sé si te hizo un favor, porque aguantar a una mujer año tras año tiene un chungo. Vamos, que tú no sufras, que si quieres te regalo a la mía. Lo que no sé es si me la devolverías en cuanto empezara a tirar de tarjeta de crédito. Ahora, lo que no entiendo es lo de la huida. ¿Huir? ¿Otra vez? ¿Por qué?

—Por la culpa. ¿Cómo explicarle a aquella familia lo que había pasado? ¿Cómo cargar con el peso de su dolor? Y, sobre todo, por don Jacinto. Para protegerlo. ¿Quién me aseguraba de que a él no iba a pasarle algo similar? A fin de cuentas, era lo más parecido a una familia de verdad que he tenido nunca.

—Así que te fuiste.

—Sí. Pero adopté su apellido para honrarlo. Incluso entré al servicio de la Iglesia, pensando en continuar su legado.

—¡No me jodas! Así que eres un cura… ¿Y qué fue de él? Del don Jacinto ese.

—Sé que volvió a Riofrío y que allí pasó el resto de su vida. No sé cómo se tomó mi pérdida, si llegó siquiera a lamentarla, pero sí que siguió entregado a su labor. Anteponiéndola a todas las cosas. Si quiere saber sobre él, no tiene más que leer…

—¿Qué te he dicho antes? Que yo no leo. Que para eso tengo a Irene. ¿Verdad, guapa?

—Bueno, sí, para eso me paga. Pero no estaría de más que intentase…

—Sí, sí, lo que tú digas. Cállate, anda, a ver si te voy a dejar de pagar. Y tú, todo eso que me has contado está muy bien, pero cada vez queda menos para el partido y sigo sin saber lo que de verdad me importa

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué, gilipollas? ¿Es que todavía no te has enterado? Quiero saber cómo cojones hiciste para vivir trescientos años.

Victorias y derrotas

1

A esta hora de la tarde, el Campo del Príncipe está vacío.

El Sol tardío prende fuego a los tejados. El aire gélido de este invierno agita las garras de los árboles pelados. Una figura solitaria, embozada en una capa tan oscura que bien podría pasar por una sombra, pasa por delante del Cristo de los Tres Favores, se santigua y enfila hacia la Calle Mondújar. Parece llevar prisa. Ya que andamos por aquí, en pleno siglo XVIII, ¿qué les parece si le seguimos los pasos? No se hagan los remolones. A fin de cuentas, todos sospechamos ya de quién se trata. Nuestro perseguido se detiene ante la doble puerta de un caserón de aspecto distinguido. Y es entonces, al moverse el embozo, que confirmamos nuestras conjeturas. Efectivamente, se trata de Sansón. Más maduro, cierto, pero es él. Inconfundiblemente. Y lo que es innegable es que se conserva bien. Aunque a estas alturas debe rondar los treinta y tantos, sigue reflejándose en los rasgos su vigor juvenil. El caso es que es Sansón, o el Padre Sansón habría que precisar. Observen cómo se insinúa el alzacuellos bajo la capa. Llama a la campana que cuelga de la puerta. No pasa mucho tiempo hasta que entreabre una de las hojas una mujer joven, casi una niña, de aspecto humilde y algo atolondrado. Trae el rostro descompuesto y la tez demudada.

—¡Ay, padre, menos mal que sois vos!

—¿Cecilia? ¿Qué te pasa, hija?

—¡Es Manuela!

—¿Qué sucede con Manuela?

—¡Es la señora que…!

Pero en ese momento, otra voz de mujer, mucho más enérgica, y terriblemente enfurecida viene a devorar la de la chica.

—¿Quién es, Cecilia? ¿Es el padre? ¡Anda, dile que entre! ¡Qué se entere de una vez de lo que está pasando aquí!

La puerta se abre de un tirón. Cecilia se retira, sumisa y azorada, dejando al confuso sacerdote frente a la airada señorona de la casa. Hemos dicho bien, señorona. Y es que, como pueden ver, el epíteto la describe al detalle. Es grande, ostentosa y de vulgares maneras.

—¿Doña María? ¿Podéis explicarme a qué se debe vuestro ajetreo?

—¿Que os lo explique? ¡Vamos que si os lo voy a explicar! ¿Recordáis todo lo que fui a contaros esta mañana? Lo de los objetos que desaparecían y las cosas que se movían solas de lugar…

—Sí, sí, y las risas diabólicas por los rincones y los ruidos de pisadas por el pasillo. Si por eso mismo estoy aquí. Ya os dije que me haría cargo en cuanto cumpliese con mi deber de asistir al moribundo al que debía administrar los santos óleos.

—¡Pues podía haberse ahorrado la visita, porque el misterio está resuelto! ¡Pero pasad, pasad, venid conmigo y comprobadlo vos mismo!

—¿Qué queréis decir con que el misterio está resuelto? ¿Es que no han vuelto a repetirse los fenómenos?

Doña María cierra de un portazo y enfila hacia las cocinas con paso acelerado. Sansón va tras ella. La señora habla a gritos. Más bien podríamos decir que despotrica, acompañándose además de exagerados aspavientos.

—¡Oh, se han repetido! ¡Ya lo creo que se han repetido! Al volver a casa, después de hablar con vos, Cecilia me ha informado de que había perdido la pista de mi peine de nácar. ¡Mi peine de nácar! ¡Sagrado corazón de Jesús! ¡Cada vez que lo pienso se me alteran los humores!

—Relajaos, doña María. Sea lo que sea que os sulfure no debe ser tan importante como para…

—¿Que no es tan importante? ¿Es que no lo habéis oído, padre? Serán las campanas del Ángelus, que os están dejando sordo. ¡Mi peine de nácar! ¡Regalo de la mismísima reina doña Isabel para agradecer a mi difunto esposo los cuidados médicos que procuró al rey don Felipe cuando le dio por decir que era una rana! ¡Robado en mis mismas narices!

—Bueno, doña María, nada más lejos de mí que pretender restar importancia al asunto, pero ¿estáis segura de lo que decís? Quizá lo habéis perdido. ¿Habéis mirado debajo de la cama? Porque digo yo que a santo de qué necesita el espectro, o fantasma, o alma en pena, o lo que sea que las ande agobiando a vuestras mercedes un peine de nácar.

—Pero vamos a ver, padre, ¿es que no estáis prestándome atención? Los efluvios de los santos oleos que debíais administrar al pobre desgraciado ese deben haberos nublado el entendimiento. ¡Yo no he hablado de espectros ni de almas en pena! ¡He dicho robado! Porque esa es la respuesta al misterio de las desapariciones y, supongo, de todos los demás fenómenos, aunque todavía hayamos de comprender cómo se realizaron ciertas cosas. ¡Me estaban robando! ¡En mi propia casa!

—¿Robando? Pero ¿quién…?

—¡Ella! ¡Manuela! ¡Esa mal nacida es quien ha estado abusando

de mi confianza y natural inclinación hacia la caridad cristiana!

El dedo acusador de Doña María, en el que destaca, por cierto, un gran anillo de plata, símbolo indudable de caridad cristiana, nos indica a dónde mirar. Allí, en mitad de las cocinas, sentada sobre un taburete, encontramos a una muchacha muy parecida en edad a Cecilia. Con aire mucho más avispado, eso sí. Y más guapa. Que no queremos menospreciar a la primera, pero lo cierto es que esta chica, aun teniendo toda la pinta de ser otra doncella, es mucho más hermosa. Eso sí, ahora mismo está hecha un Cristo. Los ojos rojos, la cara empapada en lágrimas. Debe llevar un buen rato llorando. Es más, cuando escucha la acusación de doña María, rompe de nuevo a hacerlo con enorme aflicción, deshecha en sonoros hipidos. Con el corazón encogido, como suele decirse.

—¡Se… señora! ¡Yo… yo no he hecho nada…! ¡Se… se lo ju… juro!

—¡Calla, desagradecida! ¡Habrase visto semejante descaro!

—¡Padre…, se lo ruego…, escúcheme! ¡Yo no he hecho nada!

—¿Qué no has hecho nada…?

Doña María cruza con un sonoro bofetón la cara de la doncella. Tan fuerte es el golpe que esta cae del taburete, dando con sus huesos en el suelo. Eso hubiera debido ser suficiente para aplacar las vengativas ansias de la señora, pero parece que nada más lejos de la realidad. Las ganas deben ser muy grandes, o la señora muy cruel. O las dos cosas. Porque al instante la bofetada se descubre como el primero de una salva de golpes. Ni siquiera Sansón, indignado como está por la actitud de la viuda, puede hacer nada para impedir la soberana paliza. Y eso que lo intenta. Agarra a la señora, la empuja, intenta interponerse entre las dos… Pero no hay nada que hacer. La cólera de doña María es implacable. Qué aspecto tan indefenso el de Manuela. Qué dolorosas sus súplicas. Qué injusta humillación a la que se vé sometida. Menos mal que Sansón consigue por fin separarlas. El sacerdote abraza a la muchacha y trata de consolar su llanto.

—¿Pero qué hacéis, padre? ¿Es que os ponéis de su lado?

El cura le dirige una mirada cargada de reproches.

—¡Mi lado siempre será el lado de los que sufren, doña María! ¡Y ahora quién lo hace es esta pobre niña!

—¿Y yo? ¿Qué pasa con mi sufrimiento? ¿Es que no cuenta? ¡Esta infeliz me ha robado! ¡Esta misma tarde he descubierto todas las cosas que habían desaparecido bajo la cama de su dormitorio! Pero, claro, que me está bien empleado… ¡por inocente! ¿Quién me mandaría a mí a fiarme de gente de tan baja estofa? ¡Si ya me lo

decía mi Damián, que en paz descanse! ¡No seas tan buena, ni tan confiada, guarda tus joyas bajo llave!

—¿Buena? ¿Confiada? ¡Si es usted un demonio! ¡No hay día que no nos trate a patadas! ¡Nos mata de hambre!

Manuela está ultrajada, cierto, pero su espíritu, rebelde por lo que parece, está dispuesto a dar guerra.

—¿Después de lo que has hecho y osas rebatirme?

—¡Yo no he hecho nada!

—¡Maldita sea tu estampa!

A doña María, que no es precisamente un espíritu templado, le puede el arrebato y hace amago de ir a reiniciar la paliza. Por suerte, Sansón se pone en pie y se encara con ella. Menos mal. Por fin, después de tanto tiempo, vemos en él aunque sean las ascuas del fuego aquel que le prendía el alma cuando era pequeño. La señora se detiene antes de completar el golpe, pero en los ojos saltones puede verse el desprecio del que el cura es objeto en estos momentos. De buena gana empezaría la paliza con él. Pero no lo hace. A fin de cuentas, en esta época, un cura sigue siendo un cura.

—Doña María —dice Sansón con firmeza—. No dudo de que, si, como dice, esta chiquilla os ha robado, es merecedora de un castigo. Pero tamaña demostración de violencia no es tolerable de ninguna de las maneras.

—¿Si me ha robado? ¿Es que acaso lo dudáis?

—Si me permitís decirlo, sí. Lo dudo.

—¿Es que la creéis a ella?

—Lo hago.

—Pero ¿qué clase de cura es usted?

De la clase que no tiene vocación, querría haber dicho. De la clase que fue adiestrado por un sacerdote culto y racional, que creía sobre todo en que la verdadera Iglesia debe estar al lado de los indefensos. Pero no lo hace. Porque en este contexto, frente a alguien como ella, una confesión como esa podría valerle una denuncia ante el Santo Oficio. Y si hay algo que no quiere Sansón Galavís, son problemas. Eso sí que no ha cambiado. Así que opta por el silencio. Y no le sale mal la jugada, porque doña María termina interpretándolo como una reafirmación de su postura.

—Está bien —concluye—. Defendedla si es vuestro gusto, pero no quiero volver a verla por mi casa nunca más. ¿Me oyes, niña? ¡Fuera de esta casa para siempre!

Y en ese momento, todo tiembla.

Y al decir todo, queremos decir todo. El suelo se mueve, los enseres caen al suelo. Es solo un segundo, pero suficiente para

volver del revés los corazones. Y la cosa no termina ahí. Apenas recobra su sentido el mundo cuando una voz aguda y rota retumba entre las paredes agrietadas. «¡No!», grita, provocando un sobresalto entre los presentes. De pronto, una cacerola vuela de una punta a otra de la habitación. Parece como si una mano invisible la hubiese arrojado con gran fuerza. Por suerte no golpea a nadie, pero, al chocar contra la pared, provoca un ensordecedor estruendo. No han terminado de asimilar lo que acaba de suceder cuando nuestros personajes son testigos de cómo el resto de los enseres sigue el mismo destino de la cacerola. En pocos segundos, se ven atrapados en una lluvia de objetos que cruzan la cocina de una punta a otra. Doña María huye espantada. Sansón ayuda a ponerse en pie a Manuela y la protege con su cuerpo mientras escapan. Ya fuera, en el patio, se reúnen con la señora. Cecilia está allí también. Ambas doncellas tienen la tez lívida. Doña María tiembla como si fuese a desmoronarse de un momento a otro.

—¡Un demonio! —solloza santiguándose—. ¡Santa madre del Señor! ¡Un demonio campando a sus anchas por mi casa!

Desde donde están, desde donde estamos todos, el espectáculo de destrucción se muestra como una verdadera explosión de furia. Ninguno duda de que es resultado de la cólera de alguna entidad. De qué clase, eso ya está por ver. Pero no negarán que, hasta cierto punto, resulta aterrador. Fíjense. A través de la puerta pueden verse las sartenes chocando entre ellas y los platos de barro rompiéndose contra el suelo. No hay fenómeno natural ni conclusión lógica de ningún tipo que pueda explicar esto. Y lo peor es que, si se trata, como hemos dicho, de pura rabia, esta no parece disminuir. Más bien al contrario, el enfado del ser va en aumento. Se hace evidente en los gritos que acompañan al fenómeno. Pero por si acaso queda alguna duda, el hecho se vuelve innegable cuando poner patas arriba la cocina deja de ser suficiente.

Es entonces cuando comienza la lluvia de piedras.

Al mismo tiempo que la tranquilidad llega a la destrozada cocina, desde todos los rincones del patio en el que se encuentran, comienzan a volar cantos. Casi pareciese que alguien extraordinariamente rápido y fuerte los lanzase mientras da vueltas alrededor de la galería. Y, como pueden imaginarse, la trayectoria de los proyectiles no es azarosa. Tiene un objetivo claro en las cuatro personas que están reunidas en el centro. O, al menos, en doña María, que es la única que recibe un impacto en la cabeza. Por suerte, es solo de refilón y no le provoca más daños que un chichón. Así que nada le impide acompañar al resto cuando echan a correr

hacia el zaguán, donde se refugian del ataque tras una esquina que las piedras no pueden sortear.

No hace falta mencionar que todos están aterrados.

—¿A qué estáis esperando, padre? ¡Haced algo! ¿No habéis venido para esto?

La verdad es que no. No puede reconocerlo ante doña María, pero él no ha venido para esto. Desde el primer momento supuso que debía haber una explicación racional detrás de todo, así que decidió jugar la baza de su mentor y representar el papel del exorcista. Ya saben, echar agua bendita por los rincones, decir algunas oraciones y a otra cosa. Por lo tanto, si saliera corriendo y le dejase el problema a otro, su decisión estaría más que justificada. Pero claro, no puede hacerlo. Su reputación quedaría terriblemente dañada. Y, además, ¿qué pensaría don Jacinto? Sí, cierto, ya no está con él. Pero no puede evitarlo. Cada día se enfrenta a cientos de situaciones en las que no puede evitar pensar qué diría el buen sacerdote. Y lo sabe perfectamente: hay cosas que están por encima de todo, Sansón, tu responsabilidad, por ejemplo. Eso diría. Puede que no te guste, pero no te queda otra que salir ahí fuera. Quizá, después de todo, sea verdad que las oraciones y las exhortaciones a Cristo pueden marcar la diferencia. «Lástima», se dice, «ahora que estaba tan tranquilo, que era aceptado y querido. Ahora que, de alguna manera, soy feliz…».

Y entonces cae en la cuenta.

Se trata precisamente de eso.

Es la maldición que vuelve para atormentarle, para obligarle a huir.

Solo que esta vez no va a rendirse. Hoy está dispuesto a enfrentarse a ella.

Y quién sabe, lo mismo hasta es capaz de vencer.

Así que ahí va, armándose de valor.

La lluvia de piedras parece haber remitido un tanto. Eso podría ser indicativo de que la cólera del ente se ha ido aplacando. O no. Lo único cierto es que esta especie de tregua a Sansón le viene que ni pintada, ya que, en un abrir y cerrar de ojos, se planta en el centro del patio, junto a la fuente. Luego abre los brazos de par en par y adopta una pose que pretende ser asertiva, pero que se queda, para qué negarlo, en agua de borrajas. No tiene ni idea de qué hacer a continuación.

Habrá que improvisar un poco.

—¡En el nombre de Cristo, criatura —dice, sin demasiada convicción—, abandona de inmediato esta morada!

—¡Guárdate tus oraciones, cura! ¡Tu dios no tiene nada que hacer aquí!

Desde luego, Sansón no esperaba muchas cosas de las que han sucedido hoy. No esperaba que doña María le viniese con semejante encargo. No esperaba enfrentarse a un maligno ser de naturaleza desconocida. No esperaba que, encima, este le contestase. Mucho menos de manera tan insolente. Qué desagradable resulta su voz, tan chillona, tan sucia. Pero lo que no hubiera llegado a imaginar jamás era que, en mitad de un enfrentamiento contra lo sobrenatural, lograría tumbarlo algo tan prosaico como una pedrada. Efectivamente, la criatura ha tenido a bien reforzar su postura lanzando un proyectil que va a estrellarse justo en el centro de la frente de nuestro cura. Debe ser que, al tratarse de una sola piedra y no de una lluvia de ellas, el ser ha podido empeñar más fuerza en el lanzamiento, porque, al contrario de lo que sucedió con doña María, esta vez el golpe logra desestabilizar a la víctima. Miren cómo se tambalea, cómo se empeña con todas sus fuerzas en no perder la conciencia. No lo consigue. Al poco ya se ha desplomado sobre las frías losas de mármol del suelo. A su alrededor, la lluvia de piedras se reanuda. Parece que la intervención del eclesiástico no ha sentado demasiado bien al ente. Pero Sansón no se entera de nada.

Ya anda hundido en las profundidades de su propia conciencia.

No crean, por otro lado, que será una experiencia agradable.

Caminar por dentro de uno mismo casi nunca lo es. En el interior de la propia alma no hay manera de esquivar la oscuridad que anida replegada como telarañas por los rincones. Cada fallo, cada traición, cada engaño y cada decepción, cada reproche y cada pérdida le esperan para saltar sobre él como depredadores hambrientos sobre su presa. Los bucles dorados de la niña Nicolasa se funden con la sangre que brota a borbotones del pecho de Francisco Requena. La mirada melancólica de don Jacinto, preguntándose a dónde fue, se le clava como un puñal en el corazón. Y aunque duele, ninguna sensación es tan desgarradora como caminar tras el espectro de Elena. Va ahí, delante de nosotros, sosteniendo la cruz. Y aunque lo intenta, Sansón no puede hacer nada para alcanzarla. Sus manos vacías no albergan más que la tristeza de la nostalgia, del amor que…

Un momento.

¡El amor!

¡Claro! ¿Cómo he podido estar tan ciego?

Algo así debe pensar cuando, repentinamente, como si hubiera

experimentado una epifanía, abre los ojos, se incorpora y corre con sorprendente energía hacia el zaguán, esquivando las piedras.

—¡Padre! ¿Estáis bien?

La pregunta no la hace doña María. Es cosa de Manuela. A la señora, seamos francos, el bienestar del cura le importa bastante poco.

—He estado mejor… Pero eso no es lo importante… ¡Lo importante es que ya sé cómo acabar con esta locura!

—¿Y a qué estáis esperando? ¡Ese demonio me está destrozando la casa!

—Doña María, solo espero a que vos me hagáis una promesa. Si queréis que acabe con esto es absolutamente imprescindible que readmitáis a Manuela a vuestro servicio y que juréis no volver a maltratar a ninguno de cuantos trabajan para usted.

—¿Qué? Pe… pero… ¿a qué viene tamaña desfachatez, padre? ¿Es que la pedrada os ha triturado las meninges? ¿Cómo podéis dudar de lo respetuoso de mi trato hacia…?

—¡Doña María! ¡No tenemos tiempo para vuestras mentiras!

—¿Cómo os atrevéis? ¡Yo soy la señora de esta casa, amiga personal de la reina Isabel y…!

—¡Juradlo o por Jesucristo que no moveré un dedo para impedir que ese ser acabe con vos!

Doña María no contesta. La tensión le contrae el rostro. Su indignación es más que evidente. Posiblemente esté pensando en darle su merecido al cura. Y no dudamos de que es capaz. Pero, claro, luego mira hacia el patio. La lluvia de piedras (que, por cierto, ninguno nos explicamos de dónde han salido tantas) ha cesado, pero no porque el ser haya decidido perdonarlos. Ni mucho menos. Ahora su cólera se hace visible en uno de los salones que tienen salida al patio. Ya pueden verse toda clase de abalorios volando hacia el exterior. Y, estando así las cosas, a doña María no le queda más remedio que tragarse el orgullo y transigir.

—¡Está bien! ¡Lo juro! ¡Lo juro todo! ¡Haced lo que debáis hacer!

Habiendo obtenido lo que quería, Sansón corre de nuevo hacia el patio y se detiene ante la puerta del salón, por donde siguen volando objetos de lo más insospechados. Ahora mismo, la estatuilla de un elefante acaba de hacerse añicos contra el suelo.

—¡En nombre de Cristo, ser! —grita Sansón—. ¡Yo te convoco!

—¿Otra vez, cura? ¿Es que no te ha bastado con una pedrada en la cabeza?

—¡Disculpa, es que no sé cómo referirme a ti! ¡Ni siquiera sé qué

eres! ¡Pero mis intenciones son pacíficas, te lo juro!

Un escudo de bronce vuela directo hacia la cabeza de Sansón. Por suerte, esta vez puede verlo a tiempo y lo esquiva. El escudo va a estrellarse contra la fuente, a la que arranca un buen pedazo de mármol. El cura traga saliva al comprobar que la entidad no parece excesivamente afectuosa con los hombres de Iglesia.

—¡S… solo quiero dialogar!

—¿Dialogar? ¿Tú? ¡Los curas no sabéis lo que es eso! ¡He visto cómo mandabais a la hoguera a muchos inocentes sin darle tiempo si quiera a defenderse! ¡Eso por no hablar de lo que le hacéis a los míos!

—¿Los tuyos? ¿Quiénes son los tuyos? ¡Ni siquiera sé qué eres!

—¡Ni lo vas a saber!

Otro ataque. Esta vez es un busto el que termina hecho mil pedazos.

—¡El busto de mi Damián, no! ¡Fue un regalo de Juan Pascual de Mena! ¡Haced algo de una vez, maldito cura!

Sansón obvia, creemos que acertadamente, la intervención de doña María. Bastante presionado debe sentirse ya. Por cierto, que, si se fijan, verán que a la señora los ojos están a punto de salírsele de las órbitas. No nos extrañaría que de aquí a poco le diera un patatús.

Pero a lo que vamos.

El estruendo continúa. El ser sigue destrozando el salón. Sansón, sin embargo, no se amilana.

—Mira… Te entiendo, ¡de verdad! ¡Pero yo soy diferente!

—¿Diferente? ¿Diferente en qué?

—¡Yo sé que estás enamorado!

Y, de pronto, el escándalo cesa. Se escucha algo romperse. Pero, más que a un arrebato de furia, sea lo que sea parece haberse caído de las manos del ente, si es que tiene manos, como si la afirmación del cura le hubiera supuesto un sobresalto. Sea así o no, lo cierto es que la destrucción ha parado. Todo queda expectante. Por increíble que nos parezca, Sansón ha captado la atención del ser.

—¡Venga ya, cura! ¿Qué sabes tú del amor?

—Mucho, créeme. Sé que duele. Que hiere como nada puede hacerlo. Pero también que es placentero y gozoso. Que nos hace soñar y llorar a un mismo tiempo. Sé que nos hace egoístas. Pero también generosos. Sé que te preocupas por el bienestar de Manuela, por eso has robado para ella. Comida y cosas bonitas.

Sansón hace una pausa. Posiblemente espera una respuesta. Pero esta no llega. Solo hay silencio. Y esa, precisamente, es la más

elocuente de las contestaciones. El ser se ha quedado sin palabras.

—Mira, te entiendo, de verdad. Pero de esta manera solo estás consiguiendo empeorar las cosas. Si abandonaras…

—¡No pienso irme de aquí! ¿Me oyes? ¡Esta es mi casa! ¡No suya! ¡Mía! ¡Yo ya vivía aquí mucho antes de que esa remilgada y su marido llegaran para llenarlo todo con sus cursilerías!

—Está bien, está bien… Pero me has entendido mal… No quería decir eso. Quería decir que, si abandonases tus ansias de venganza, comprenderías que he hecho a doña María jurar que readmitirá a Manuela a su servicio.

—¿De… de verdad?

—De verdad.

—¡Quiero escuchárselo a ella!

Sansón hace un gesto apremiante a la señora. A esta le cuesta arrancar, pero termina haciéndolo.

—¡Efectivamente! —grita de mala gana desde el zaguán—. ¡Lo he hecho! ¡Manuela puede seguir conmigo!

—Y también le he hecho jurar que jamás volverá a tratar a nadie con crueldad.

—Un momento, cura. ¿Qué sacas tú de todo esto? ¿Qué quieres a cambio?

—Quiero que las dejes en paz. Podrás seguir viviendo aquí, nadie va a negarte eso. Pero tienes que volver a ser silencioso. Pasar desapercibido. Como un ratón. Por supuesto, no podrás enfadarte si Manuela decide abandonar por voluntad propia el servicio. Ni pretender que ella devuelva tus afectos si no es ese su parecer. Y lo más importante: tendrás que vigilar.

—¿Vigilar? ¿A qué te refieres?

—Queda en tu mano el bienestar de Manuela. Y de Cecilia. Es más, de todos los que aquí trabajan. Si doña María vuelve a propasarse, tendrás vía libre para volver a estallar en cólera, si así lo deseas, y hacerle recordar que hizo un trato. ¿Qué te parece?

—Entonces, ¿podré seguir viviendo aquí?

—Por supuesto.

—¿Y cuidar a Manuela? Me conformo con eso, con cuidarla.

—Mientras a ella no le moleste…

Manuela que, por cierto, no sale de su asombro, la pobre, hace un gesto con la cabeza. Por ella no hay problema.

—Creo que acaban de darte vía libre.

—En ese caso, de acuerdo, hay trato.

Y con eso, todo termina.

Lo saben porque, pasado un rato, no vuelve a haber noticias del

ser. La casa está en silencio. Quieta. Exceptuando el desorden, todo ha vuelto a la normalidad. Doña María y las doncellas se atreven por fin a abandonar su escondite. Lo que no consigue el cura, ni por activa ni por pasiva, es que la señora se disculpe con la doncella. Pero a ella no le importa mucho. Observen la tranquilidad que se le ha instalado en el rostro. Las facciones se le han relajado y hasta se atreve a sonreír. Ahora se siente protegida, y le jura por ello gratitud eterna al sacerdote. Todo lo contrario que doña María, claro, que está a punto de estallar. No va a ser fácil para ella asimilar que no es, ni ha sido nunca, la verdadera señora de la casa.

¿Y Sansón? ¿Cómo sale nuestro amigo de la experiencia?

Pletórico. Lleno de confianza. Piensa que ha vencido a la maldición. Que puede volver a ser libre sin necesidad de huir.

Se equivoca, claro.

Pero dejemos que lo descubra por él mismo.

2

—Así que fuiste capaz de aplacar a un duende.

—¿Un duende?

—Sí, cojones, un duende. No me vas a decir que no sabías que el ente ese era un duende. Un martinico, sin ir más lejos. Muy enamoradizos. Y pesados. Qué pesados son los jodidos. Y cómo chillan cuando les cortas el cuello. Tú no te puedes imaginar lo que son esos chillidos. Pero, de todas formas, me vas a contestar a varias preguntitas que me están rondando a mí por la cabeza.

—¿Como cuáles?

—¿Qué coño hacías tú otra vez en Granada?

—No fue decisión mía, se lo aseguro. Pero verá, habían pasado quince años desde la muerte de Elena. Yo ya era sacerdote y mis superiores tuvieron a bien que me hiciera cargo de una pequeña parroquia en Granada, desaparecida a día de hoy, por cierto. Así que, mucho tiempo después de haber salido, volví a aquella ciudad.

—¿Y tu familia? ¿No te reconocieron?

—No, porque nunca llegue a encontrarme con ellos. No voy a negarle que al principio me aterrorizaba la posibilidad. Pero ya era un adulto hecho y derecho. Quizá no fuera valiente. Nunca lo he sido. Pero al menos aceptaba mis responsabilidades. Así que al llegar a Granada decidí coger el toro por los cuernos y plantarme en la casa familiar. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que estaba vacía y en ruinas. Hacía años que nadie vivía allí. No hallé ni rastro de mis hermanos, ni de mi madre. Y nadie parecía recordar a mi padre, ni los sucesos relacionados con la conjura. Ciertos aspectos de ella, según parece, fueron relegados al olvido. Ningún vecino supo reconocerme. Tampoco yo a ellos, a decir verdad. O estaban demasiado envejecidos, o habían muertos y habían sido reemplazados por otros a los que yo no les decía ni más ni menos que el resto de los desconocidos con los que se cruzaban todos los días. Decidí tomármelo como una señal del destino. O de Dios. Viniera de donde viniese, el mensaje estaba claro. Se me había brindado una oportunidad para empezar de nuevo.

—Muy bien, muy bonito, pero ahora ¿me quieres decir qué cojones de historia es esta?

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo que a qué me refiero, imbécil? ¡Te pido que me cuentes cómo has conseguido vivir trescientos años y tú me sales

con una mierda de historia sobre un puto martinico! ¿Es que no te has enterado de que no tengo tiempo que perder?

—Lo sé, pero esta historia es esencial para conocer el resto.

—¿Y eso por qué?

—Porque una cosa llevó a la otra. Verá, era inevitable que las doncellas chismorrearan. En el mercado, en los mentideros… En cualquier lugar donde quisieran prestarles oídos. Pronto la historia se hizo tremendamente popular. Ya sabe usted cómo funcionan estas cosas. En pocos días aquello había sido una batalla campal contra un ejército de seres espectrales que yo había derrotado por el poder de Cristo. Nada más lejos de la realidad. Pero, claro, ¿qué podía hacer yo para detener los rumores? Empecé a recibir visitas de gentes acosadas por seres sobrenaturales, o eso creían ellos, que me pedían ayuda con desesperación. No me duele reconocer que los ignoré a todos. Les ponía excusas, o les prometía que iba a hacerme cargo del asunto para no hacerlo jamás. Yo estaba convencido de haber superado la maldición. Creía que había conseguido burlarla, así que no quería volver a tener que ver con nada alejado de la fría y cómoda realidad cotidiana. Qué ingenuo fui. No me di cuenta de que lo único que había hecho era retrasar y empeorar sus efectos. Al final, lo sobrenatural terminó llegando a mí de la forma más insospechada posible. Y aquella fue mi condena. Sin que yo hubiera podido hacer nada por evitarlo, mi fama había llegado a oídos del Santo Oficio. Cierto día vino a mi casa un emisario de la Inquisición. Venía a buscarme para encargarme la custodia de una rea. Se trataba de un caso peliagudo. Una mujer que, por lo que parecía, había sido poseída por un demonio. Ella misma se entregó por propia voluntad, temiendo que en algún momento el demonio pudiese desatar su ira y causara algún daño irremediable. O eso decía. Pero después de someterla a todas las pruebas posibles, no se extrajo ninguna evidencia. Según concluyeron, lo más probable es que estuviera loca, o fuese algún tipo de búsqueda desesperada de atención. Sin embargo, ella insistía. Al final, para librarse del problema, las autoridades del Santo Oficio resolvieron desembarazarse de ella y, para curarse en salud, concluyeron que yo era el más indicado para hacerme cargo. Era una especie de medida cautelar. Daban por sentado que yo sabría qué hacer, tanto si se demostraba que era víctima de una posesión, como si al final resultaba ser una perturbada. Así que me pidieron que la custodiase. Y no pude negarme.

—¿Por qué no?

—Porque la orden venía del Santo Oficio. Haber rechazado el

encargo solo me habría causado conflictos. Pero, si le soy sincero, no era solo por eso. Ni era la razón principal. Lo cierto es que no hubiera querido negarme, aunque hubiera tenido la oportunidad de hacerlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque aquella mujer era Nicolasa Parejo.

3

Es de noche.

Y todo está en silencio.

Y tiembla la vela que hay entre ellos.

Y el universo aguanta la respiración porque nadie esperaba este encuentro.

Ninguno de los dos dice nada. Pero ¿qué van a decir? Se quedan ahí, sentados, cada uno a un lado de la mesa, observándose. Se han reconocido, por supuesto. ¿Cómo no iban a hacerlo? Este no es un asunto de vista u oído. Lo es del corazón. Si hubieran estado sordos y ciegos, los dos habrían terminado por saber que se trataba del otro. Han estado así, callados, desde que se fuera el emisario del Santo Oficio hace apenas una hora. Ambos tendrán sus motivos. Nosotros, que conocemos mucho mejor a Sansón, podemos intuir que está aturdido. Imaginen encontrar frente a ustedes, no solo a la personificación de todos sus miedos y anhelos, sino también al origen de todo cuanto son. Imaginen, para colmo, que esa persona es tan hermosa que corta la respiración. Y es que, reconozcámoslo, a Nicolasa le ha sentado muy bien cumplir años. La figura estilizada, los rasgos cincelados… Hay ya en el rostro algunas pequeñas arrugas que le aportan una cierta cualidad sombría, como de experiencia vital, que la hace mucho más terrenal y, a un mismo tiempo, ahonda de forma indecible su misterio.

—Es tarde. A lo mejor te vendría bien comer algo. ¿Te apetece? Una de mis feligresas, doña Francisca, me ha traído hoy una olla de puchero. Todavía me queda. Si quieres, puedo calentar un poco.

Sansón ha dicho eso como podría haber dicho cualquier otra cosa. Pero lo cierto es que, en algún momento, alguno tenía que romper el hielo. Y no parece que fuera a ser ella. No da la impresión de ser mujer de muchas palabras. Ni de muchos sentimientos, ya puestos. Por más que la observamos somos incapaces de intuirle la más mínima evidencia de emoción. El frío azul de sus ojos no está ahí por capricho.

—No, gracias.

La respuesta es tajante, brusca. Y, sin embargo, quién lo hubiera dicho, la voz es sorprendentemente hermosa. En la quietud de esta noche de invierno suena como una brisa cálida de verano acariciando las copas de los árboles. A Sansón le resulta irreal escucharla. Es como oír hablar en sueños. Por un momento se siente

confuso, como si no pudiera distinguir entre ilusión y realidad. No ayuda, desde luego, la falta de expresividad de ella.

—Me vendría bien lavarme.

—Claro… Ven conmigo.

Ambos se ponen en pie. El cura la conduce hacia una de las estancias contiguas. Una vez allí, pone en el centro de la habitación un barreño que estaba apoyado contra la pared. Luego vacía en su interior varios cubos de agua. Se ofrece a calentarla un poco, porque debe estar helada, pero ella lo rechaza. «Me gusta el agua fría», es la escueta explicación. Y, visto lo visto, no tenemos motivos para dudar de ello.

Empieza a desnudarse. Él decide irse y dejarle intimidad. Pero no puede evitarlo, antes de salir se vuelve para echar un vistazo. No seamos duro al juzgarlo. Entendamos la situación. Todos habríamos hecho lo mismo. Esta mujer es… bueno… es ella. resultaría inútil cualquier otra forma de explicarlo. Y ya sabemos que él no tiene, precisamente, una férrea vocación. Ha llegado a ser sacerdote por pura casualidad. De no haber terciado la figura de don Jacinto, fácilmente habría podido terminar convertido en herrero, buhonero o albañil. Y ninguna de esas profesiones destacan por observar estrictos códigos morales, al menos en lo tajante a cuestiones de la carne. Ni una noción muy clara de lo que es el pecado. Así que no le condenemos tan rápido por ceder a sus impulsos. En cualquier caso, lo importante es que, aunque breve y furtivo, el desliz lo ha hecho estremecer.

No por problemas de conciencia, no se vayan a creer.

Es que la belleza desnuda de Nicolasa resulta sobrecogedora.

Con el corazón acelerado se refugia en la habitación contigua, tratando de aclarar sus pensamientos. Por fin, la situación se le echa encima. Ya estaba tardando. «¿Cómo debo sentirme?», se pregunta. ¿Cómo debe afrontar este inesperado revés? ¿Con precaución? ¿Con miedo? A fin de cuentas, ella lleva un demonio dentro. Quizá debería guardar mucho más las distancias. Como si hubiera sido necesario. Si se atreviese acercase a menos de dos metros, probablemente terminaría congelado, tal es la frialdad que desprende.

Un rato más tarde, ya aseada, Nicolasa se reúne con él. Según parece, ahora sí le vendría bien ese plato de puchero. Así que Sansón se pone manos a la obra. La mujer come, para variar, en silencio. Cada uno de sus movimientos parecen premeditados, diseñados para mantener la distancia insalvable que la separa del mundo. Y como Sansón se percata de ello, no se atreve si quiera a

desafiar la brecha. Y ahí se queda, sentado, un tanto decepcionado. No sabemos muy bien cómo esperaba que terminase esto, pero sí está claro cómo va a hacerlo: en silencio. Y lo peor es que la confusión le impide plantearse nada sobre su forzosa convivencia. Es como si el futuro fuese, de pronto, terreno vedado para él, más allá del minuto siguiente.

Quizá lo mejor, como tantas otras veces, sea improvisar.

Cuando Nicolasa termina de comer, nuestro cura recoge el plato sin acercarse demasiado. Luego explica que dispondrá un jergón en el salón. Allí dormirá él. Ella puede hacerlo en el dormitorio, en la cama. No hay respuesta, claro.

Por eso resulta tan sorprendente lo que sucede a continuación.

Ella empieza hablar.

—Nunca pude agradecerte lo que hiciste por mí.

Las palabras de Nicolasa lo encuentran desprevenido. Resuenan como un cañonazo en la atmósfera callada. Impactado, deja caer el plato y se vuelve hacia ella. Está ahí, de pie, mirándolo fijamente.

—Si no llega a ser por ti, hubiera muerto esa noche. Conocerte me cambió. Yo estaba dispuesta a dejar que el demonio devorase mi voluntad. Entonces llegaste tú y me hiciste ver que todavía quedaba esperanza. Ya no pude permitir que todo sucediera como estaba pactado. Me enfrenté al demonio. Y lo vencí. Pero no pude expulsarlo. Y ahora forma parte de mí. Aquella noche, Nicolasa Parejo dejó de existir. Ahora soy algo distinto. No sé muy bien qué. Pero distinto. Y tengo impulsos. Instintos a los que temo dar rienda suelta. La mayor parte de los días puedo mantenerlo bajo control. Entonces soy una persona normal. Tengo hambre y como. Sed y bebo. Cansancio y duermo. Pero otros días… Otros días…

Es increíble. Esta mujer inescrutable, este baluarte inaccesible de secretos que se defiende en cada segundo sin bajar la guardia, está abriendo de par en par su corazón. No parece serle fácil, ni placentero, eso es cierto. Se le nota tensa. No somos capaces de entender los motivos que la han llevado a confesarse de esta manera, pero, observando los vanos esfuerzos por controlar sus acciones, suponemos que esta vez la emoción la ha desbordado. Por una vez en su vida, Nicolasa Parejo es incapaz de retener el caudal de sentimientos y de palabras que alborotan en sus venas y amenazan, de no salir, con desmontar su armadura perfecta.

—Cada día es una lucha constante por mantener el control. Y estoy cansada. Temo lo que pueda suceder si me rindo. Por eso me entregué. No sé qué soy. Pero sí sé que, de no ser por ti, no habría tenido ni tan siquiera la posibilidad de luchar. Jamás habría llegado

hasta aquí. Y aunque nunca pensé que volvería a encontrarte, no puedo estar más agradecida de tenerte delante. Porque no he dejado de soñar contigo desde aquella noche. Te he visto crecer y convertirte en el hombre que eres ahora. Y, créeme, no sabes cuánto me cuesta sobreponerme a mi orgullo y decirte esto, pero te pido ayuda. Porque sé que solo tú puedes ayudarme.

Observen la expresión de Sansón, su inmenso desconcierto.

—Yo también he soñado contigo.

Menuda sorpresa. O no tanto, la verdad, porque nosotros fuimos testigos de ello durante la noche que pasó con Elena. Solo que entonces creímos que se trataba de una fabulación de su mente traumatizada. Nunca supusimos que fuera un sueño recurrente, ni que pudiera significar algo más. Pero, a decir verdad, él tampoco.

De ahí su extrañeza.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero podemos averiguarlo juntos. Si quieres.

Claro que quiere. ¿Cómo no va a querer? No se trata de una decisión racional. Es instintiva. Como única respuesta solo se le ocurre acercarse y abrazarla, cobijar entre sus brazos la fragilidad que, le guste a ella o no, han dejado al descubierto sus palabras. Pero el abrazo nunca llega a serlo. O sí, pero transformado en algo más. Porque otra vez se sobreponen los impulsos. No solo en él, también en ella. Y en esta noche en que lo racional no parece tener cabida, se dejan llevar de tal manera que terminan fundidos en un beso.

Sí, sí, tal y como lo leen.

Un beso.

Boca contra boca, piel contra piel.

Lo que sigue es puro arrebato. Hacen el amor ahí mismo, en el suelo, junto a la cocina. Se buscan el uno en el otro con tal pasión que es casi un acto desesperado. No les sorprenda. Este encuentro, que sirve para dar sentido al caos que pusiera sus vidas del revés, llega con más de veinte años de retraso.

En algún momento caen dormidos, agotados.

Y ninguno sueña con el otro.

Ya no necesitan hacerlo.

Les queda solo el descanso abandonado y placentero de quien sabe que, por fin, está justo donde tiene que estar.

4

Le siguen días, meses, de pura felicidad.

Jamás había esperado Sansón Galavís hallar su sitio justo donde lo ha hecho. Pero ahí está, convertido en el hombre que siempre había querido ser, viviendo la vida que siempre había querido vivir. El inesperado e improbable amor que comparten es tan arrollador que a los pocos días ya se han establecido como una especie de matrimonio de hecho. Existe, no vamos a negarlo, el inconveniente del sacerdocio. Sansón es cura, no podemos olvidarlo. En algún momento se plantea la posibilidad de huir, de colgar los hábitos y situarse allá donde no los conozca nadie para empezar de nuevo. «Pero ¿qué sentido tendría eso?», se pregunta, «¿Cuántas veces voy a tener que escapar para poder ser yo mismo?». Eso por no mencionar su compromiso hacia los feligreses, porque, si algo valora de su profesión, no es la liturgia ni su cercanía supuesta a Dios. En absoluto. Para él, lo verdaderamente importante, lo que le hace resistir día tras día, es la posibilidad de ejercer un altruismo sincero, directo, sin intermediarios. Ayudar a sus congéneres, mitigar su sufrimiento. No nos sorprende, porque ya lo conocemos, pero lo cierto es que él no se había percatado de ello hasta que se ha planteado un camino alternativo. De manera que en seguida lo desecha. Por el momento, de puertas para afuera, ha de seguir siendo quien es. De puertas para adentro… bueno, eso ya es otra historia. Nadie tiene por qué conocer la naturaleza exacta de la relación entre ellos. Así que, aquí, en el interior de esta humilde morada, despojados de hábitos y falsas identidades, pueden vivir su unión sin artificios. Aquí dentro son lo que son. O lo que fueron.

Genaro y Nicolasa.

No hay más.

No hay menos.

Ella, por cierto, ni pide ni impone. Se deja llevar. Aparecer ante los demás como una prima del padre Galavís, que ha venido para ayudarle con las tareas del hogar, le parece un mal menor si, a cambio, puede seguir disfrutando de la paz que experimenta. No sabemos cuál fue su deambular en estos años anteriores. Su pasado es un misterio y, mucho nos tememos, lo seguirá siendo. Porque no parece dispuesta a hablar de ello. Su hermetismo sigue estando patente. De cuando en cuando, se queda mirando al infinito, atrapada en una maraña de recuerdos, y la superficie cristalina de

sus ojos azules se empaña con un velo de profunda tristeza. No olvidemos que lleva un demonio dentro. Sea lo que sea que la atormente, no debe ser un asunto menor. Sansón lo intuye. Le asaltan imágenes involuntarias en las que la imagina bañándose en ríos de sangre inocente. En seguida las desecha, por supuesto. Pero la sensación de terror primario, atávico, es tan intensa durante esas fugaces décimas de segundo que nuestro cura, cobarde como es, dispuesto a no saber, ha decidido respetar el silencio de ella y dejar el pasado justo donde tiene sentido: en el olvido. Será, precisamente, por todo ello, por todo cuánto la tortura, decíamos, que esta nueva existencia calmada, serena y ordinaria es un bálsamo para el alma maltratada de Nicolasa Parejo. Y de esta manera, el peliagudo asunto de la posesión demoníaca va siendo relegado a un segundo y hasta tercer plano.

Así que ya ven.

Nuestros personajes son felices.

Quién lo hubiera dicho.

No vamos a decir que su existencia carezca de sobresaltos. ¿Conocen alguna que lo haga? En su caso concreto, la proverbial piedra en sus zapatos la proporcionan las vecinas cotillas. Es fácil imaginar que, pese a su discreción, la presencia de Nicolasa en casa del cura no iba a pasar desapercibida, ni iba a estar libre de despertar mal intencionados rumores. Aunque, la verdad sea dicha, por mucha mala intención que tengan, no andan muy lejos de la realidad. Quizás lo único que se les escapa, por ser algo fuera de lo común, es lo de la posesión demoníaca. Pero hasta eso podría haber sido materia de adivinación rumorológica con algo más de tiempo. Y decimos bien, con algo más de tiempo, porque este idílico remanso de paz tiene los días contados. Su final será repentino y abrupto. No puede ser de otra manera. Sansón Galavís cree haberse librado de la maldición. Lo que no imagina, embriagado de felicidad como anda, es que las últimas palabras de Francisco Requena, actuando como la conciencia retorcida y cruel de alguna especie de sádica entidad, se regocijan anticipando la consecución definitiva de sus diabólicos planes.

Ya saben lo que se dice.

Más grande será la caída.

El final, decíamos, llegará pronto. Y lo hará, precisamente, de la mano de este hombre. Sí, ese que camina con el ceño fruncido entre los paisanos ocupados en sus diarios quehaceres. Es una mañana de primavera. Cercano ya el mediodía, el Sol está alto en el cielo y, en consecuencia, no habiendo sombras cercanas en las que refugiarse,

el tipo suda por todos los poros de su cuerpo. Qué desagradable resulta mirarlo. No se equivoquen. No es una cuestión física. Es un hombre entrado en años, de aspecto corriente. Guapo o feo, depende del juicio de cada uno. Viste, además, de forma vistosa, a la manera burguesa, si acaso, con cierta tendencia a la ostentación. Así que no, no se trata de su apariencia. Es, simplemente, que este tipo no transmite la impresión de albergar buenas intenciones. Su mirada no es franca. Observa de forma calculada. Así, de buenas a primeras, fiándonos tan solo de la intuición, diríamos que se trata de alguien mezquino y egoísta. Es de recibo reconocer que podemos no estar en lo cierto. Así que, para comprobarlo, sería mejor andar tras sus pasos.

Observen. El tipo se detiene ante la puerta de madera de esta casa de una sola planta. Es un edificio de ladrillo visto, humilde y desvencijado. Llama varias veces a la puerta y, ¡oh, sorpresa!, es Nicolasa quien le abre. El hombre anuncia que viene a ver al padre Galavís. Este, por cierto, es quien se ocupa de presentarnos. Bueno, lo hace con Nicolasa, pero nos sirve también a nosotros. Según parece, el visitante es Alberto Mancilla, comerciante de vinos. Por lo visto, sus años de comercio con las Indias le proporcionaron el suficiente dinero como para ostentar ahora una especie de posición de autoridad entre los vecinos del barrio. Trae, por cierto, una botella de su propio vino como obsequio.

Un rato después, ahí están, sentados a la mesa. Nicolasa se ocupa de preparar la comida. El cura acepta un vaso del caldo de don Alberto y da pie a que este exponga el asunto que ha motivado la visita.

Veamos qué tiene que decirle.

—Verás, padre, yo te voy a hablar de forma franca y directa porque creo que este asunto es mejor zanjarlo cuanto antes.

Habrán observado que el señor Mancilla ha optado por tutear al cura. No lo consideren, no obstante, una muestra de familiaridad entre los dos hombres. Más bien al contrario. Sansón no parece muy a gusto ante este abuso de confianza. Pero qué se le va a hacer.

—Me preocupáis, don Alberto. ¿Qué os inquieta?

—A mí solo no. Al barrio entero.

—¿Al barrio entero? San Cecilio nos asista, ¿qué puede ser tan importante?

—Pues tú, padre, tú.

—¿Yo? Perdonadme, pero no os entiendo.

—Mira, padre, a mí me parece muy bien lo que tú hagas con tu vida, si observas o no los votos o si cometes algún que otro

pecadillo venial. Eso, a fin de cuentas, queda entre tú y Dios. Pero, hombre, hacerlo así, a la vista de todos… Digamos que hay gente del barrio a la que no parece hacerle demasiada gracia. Hazte cargo de que, después del asunto de la casa de los Pérez, te has convertido en un referente moral.

—Pero, vamos a ver, don Alberto, ¿a qué os estáis refiriendo?

—¿De verdad necesitas que te lo explique?

—Sería de agradecer, sí.

—Vamos a ver, padre. Que aquí ninguno somos tontos.

Don Alberto hace un gesto con la cabeza y queda claro que se refiere a Nicolasa. Esta, por suerte, no se percata de nada.

Pero Sansón sí.

—¿Os estáis refiriendo a…? ¿Queréis decir que la gente piensa que existe trato carnal entre Nicolasa y yo?

Al escuchar esto, la mujer deja los enseres y se vuelve hacia los hombres. No podemos decir que se encuentre alarmada porque, ya lo sabemos, es difícil precisar cualquier cambio en el rostro que evidencie emociones, pero algo de ello debe haber.

—Es lo que se dice, sí.

Sansón adopta una actitud seria, distante.

—Vamos a ver, don Alberto. En primer lugar, estáis siendo muy osado en venir aquí a pedirme explicaciones a mí, un hombre de Iglesia, que hasta ahora no ha mostrado más que preocupación por los miembros de su congregación. Ya nada más que por ese motivo debería invitaros a que abandonéis mi casa. Pero es que, además, se da la circunstancia de que estáis incurriendo en un terrible error de juicio. Nicolasa es mi prima y ha venido a ayudarme con…

—Sí, sí, como quieras, padre, pero puedes irle a otro con ese cuento. A mí no me la das. Si yo fuera tan joven como tú y estuviera en tu posición, también habría recurrido a una manceba como esa. La muchacha está de muy buen ver.

—Pero ¿cómo os atrevéis…?

Sansón se pone en pie, furioso.

—¡Exijo que os disculpéis con ella!

—Tranquilo, padre. A ver si vas a matar al mensajero. Yo soy nada más que un enviado. Tienes a todo el barrio en pie de guerra. Esto es un escándalo, ¿sabes?

—Me importa bastante poco lo que piense la gente.

—¿Sí? Pues no debería. Porque hay incluso quien está pensando en acudir al Santo Oficio y denunciarte por libertino. Piensan acusarte de solicitar a las feligresas. Y ya sabes lo poco que le gusta ese tipo de acusaciones a la Inquisición. Ni siquiera tu reputación

podría librarte del castigo. Pero no te preocupes. Que, por suerte, yo tengo una solución. He sido designado portavoz, sí. Pero eso no quiere decir que tenga que defender sus intereses. Nosotros podríamos llegar a un acuerdo. Préstame a tu manceba un par de días. Con uno me conformo. Y a cambio diré que no he observado nada fuera de lo común, ni que no sea estrictamente cristiano, en la casa de un siervo de Dios como tú. ¿Qué me dices?

¿Qué le dice? Pues decir, decir, no dice nada. Su respuesta se limita a un puñetazo directo a la cara. Sí, vale, siendo sacerdote resulta cuanto menos fuera de lugar un recurso tan violento. Pero a estas alturas no hace falta justificar más su heterodoxia. Ya sabemos todos de qué pie cojea Sansón Galavís y no nos debería extrañar una reacción semejante. Además, seamos sinceros, ¿quién no hubiera sentido al menos la tentación de hacer lo mismo? Durante la conversación, el tal Mancilla no ha escatimado a la hora de valorar las curvas de Nicolasa con lascivas miradas de gusto y conveniencia más que dudosos. Ni siquiera se ha molestado en disimularlas. Aunque, por otra parte, teniendo en cuenta su descarado ofrecimiento, ¿por qué debería hacerlo? Y todo eso no ha hecho más que soliviantar los ánimos de Sansón, que ha terminado explotando de la manera en que lo ha hecho. Nicolasa lo observa todo como siempre, impertérrita. Don Mancilla no es tan moderado. Podemos imaginar que el puñetazo no le ha hecho demasiada gracia. Así que, sintiéndose humillado y después de ponerse en pie con dificultad, se encamina hacia la puerta.

—¡Esto no quedará así!

El anuncio es seguido por un sonoro portazo. La amenaza queda flotando en el aire. Pretende gravar la atmósfera de paz reinante en el hogar, pero, para nuestra sorpresa, no lo consigue. Ninguno de los dos, ni Nicolasa ni Sansón, se rebajan a prestarle oídos. Parece que, decididos a no dejar que nada estropee su dicha, ambos optan por olvidar cuanto antes el episodio. Mírenlos, abrazados, besándose como si nada hubiera pasado, henchidos de felicidad y confianza en la invulnerable unión que comparten.

Ojalá pudiéramos advertirles de que las cosas no serán siempre tan fáciles.

Ya habíamos avisado que el final estaba cerca.

Ahora nos toca ser testigos de ello.

Esa misma noche, todo se precipita.

Empieza con golpes en la puerta. Es una hora bastante intempestiva, pasadas ya las doce. Y Sansón no está, precisamente, para recibir a nadie. No, no porque estuviera durmiendo. Es

sorprendente la fogosidad que alberga en su interior una mujer tan fría, en apariencia, como Nicolasa Parejo. Con eso ya nos entendemos. El caso es que los golpes son persistentes y ahí va el bueno de Sansón, colocándose la sotana a toda prisa. Al abrir la puerta, se lleva la sorpresa de encontrar a Cecilia. Sí, ya saben, Cecilia. ¿La recuerdan? La doncella de doña María. La enamorada del duende no, la otra. Entonces fue ella quien le abrió la puerta al sacerdote. Menudo episodio. Y ahora, aquí está, otra vez con gesto preocupado.

—¿Cecilia? Pero, muchacha, ¿qué puede sucederte a estas horas de la noche?

—¡Padre! ¡Es el demonio!

—¿El demonio? ¿Otra vez? Pero si aquello había quedado resuelto… ¿ha vuelto a pegarte doña María?

—No, no…, pero… ¡se ha vuelto loco! ¡No sabemos qué le pasa! ¡La casa es un infierno! ¡Y no hay manera de calmarlo! ¡Y… y… amenaza con matarnos a todas! ¡Sí, eso es! ¡Estamos muertas de miedo!

—¿Estás segura? ¡Si parecía conforme con el trato!

Seamos francos: ninguno terminamos de creerla. Hay mucho de impostura en su tribulación. Y el discurso es incoherente, como inventado sobre la marcha. Tampoco Sansón parece muy convencido, pero es Cecilia, ¿qué interés podría tener en inventarse algo así? Y, por otra parte, en caso de que lo hubiera hecho, ¿no sería motivo más que suficiente para sospechar que algo extraño sucede en casa de doña María? No quiere hacerlo. Su intuición le grita que no lo haga. Pero sabe que no tiene escapatoria. Debe acudir y desentrañar el misterio. Así que se despide de Nicolasa, prometiendo volver tan pronto como le sea posible, y sigue a Cecilia a toda prisa.

Será que sus pasos parecen redobles de tambores entre las calles vacías.

Será el negro crespón de este cielo sin Luna.

O el manto de sombras que amortaja las esquinas.

Será por lo que sea, pero lo cierto es que Sansón tiene un mal presentimiento. Una especie de nube empaña todo cuanto observan sus ojos. Algo no está como debería. La inquietud acrecienta a medida que se acerca a la casa. ¿Será que teme lo que quiera que pueda encontrarse?

En seguida saldremos de dudas.

La doncella abre a toda prisa el portón.

Sansón se precipita hacia la boca negrísima del zaguán. No sabe

muy bien qué esperar allí dentro. Como mínimo gritos y estruendosos ruidos. Lo que no espera de ninguna de las maneras es este ensordecedor silencio. Cecilia cierra con llave y enfrenta la mirada interrogante del cura. Algo ha cambiado en ella. Lo que antes parecía preocupación se revela ahora como aflicción. La muchacha está a punto de echarse a llorar.

—Lo siento, padre. Yo no quería… ¡se lo juro!

—¿Qué está pasando, Cecilia? ¿Dónde está el demonio?

—No… no hay demonio, padre… Está muerto.

—¿Muerto? Pero… ¿qué estás diciendo? ¿Cómo va a morirse un demonio?

Cecilia rompe a llorar. En sus ojos compungidos y en su voz quebradiza se adivina una mezcla de miedo, culpa y dolor.

—Vinieron unos hombres y… ¡lo mataron! ¡No sé cómo lo hicieron, pero lo mataron! ¡Yo misma pude escuchar sus chillidos! Manuela intentó detenerlos… ¡Y se la llevaron presa! ¡A ella y a doña María! No sé quiénes eran, pero me dijeron que si no les hacía caso las matarían a las dos… ¡Y yo no quiero que maten a nadie por mi culpa!

—P… pero… ¿qué me estás contando? ¿Quiénes eran esos hombres?

—¡No lo sé! ¡Pero me dijeron que os trajera aquí y os retuviera durante un buen rato!

—¿Retenerme? ¿Para qué querrían…?

La respuesta llega en forma de intuición. Es una sensación apremiante en la boca del estómago, una especie de asfixia que le impulsa a salir corriendo, a volver a casa lo antes posible. Intenta abrir la puerta, pero recuerda que está cerrada con llave.

—¡Cecilia, dame la llave!

—¡No puedo! ¡Esos hombres me…!

—¡Dame la llave, por lo que más quieras!

—¡Pero doña María y Manuela…!

—¡Dame la llave y te juro por lo más sagrado que haré lo imposible para que no les hagan daño! ¡Me conoces, Cecilia! ¡Sabes que digo la verdad!

Lo sabe. Claro que lo sabe. Así que la sensatez se impone al miedo y la muchacha le cede la lleve al cura. Pobrecilla. Mírenla, deshecha en lágrimas, tan confusa que no sabe si hace bien o no. Menos mal que Sansón es capaz de controlar la urgencia y dedicar unos segundos a consolarla. Un abrazo y algunas palabras bien dichas quizá no sirvan de mucho, pero al menos hacen que, cuando se queda sola, albergue un poco más de fe.

Y ahí va Sansón, corriendo tan deprisa como le permiten las piernas.

La inminencia de la fatalidad espolea sus pasos.

De pronto, al doblar la esquina de su calle, le sorprende una repentina ráfaga de viento que lo desploma y lo arrastra varios metros hacia atrás, antes de poder agarrarse a un saliente. Recupera la compostura refugiándose en un portal. Al menos en el aspecto externo. Por dentro nada evita que se desmorone al ver confirmados todos sus temores. El viento ya no le deja lugar a dudas. El aullido del aire desbocado le ensordece. Con lágrimas en los ojos observa cómo la violenta ráfaga arrasa las copas de los árboles del Campo del Príncipe. Es madrugada. Con suerte, nadie se percatará de este súbito fenómeno meteorológico completamente fuera de lugar en esta noche primaveral, cálida y serena. Nadie descubrirá su origen, que tiene poco de natural. Será Sansón Galavís el único depositario de ese secreto.

Solo a él le corresponde ponerle freno.

Así que, haciendo de tripas corazón, sale de su escondrijo dispuesto a enfrentar el viento.

Qué barbaridad. Qué titánico el esfuerzo que se requiere tan solo para avanzar unos pocos metros. Díganme si no parece que el viento vaya a romperlo en pedazos de un momento a otro. Pero, aun así, aplaudámoslo, porque consigue doblar la esquina.

Aunque la visión que le asalta le hace desear no haberlo hecho nunca.

La puerta de la casa ha estallado en mil pedazos. El huracán disemina las astillas por la atmósfera. La calle está sembrada de cadáveres. Hay al menos diez. Hombres de todas las clases, de todas las edades, de todos los estamentos, igualados en la muerte por una única circunstancia: los cuerpos están destrozados. Mutilados. Ríos de sangre tiñen la escena de rojo. El olor acre de la muerte sobrecarga las fosas nasales y provocan nauseas que se vuelven incontenibles cuando se hace evidente la causa de la matanza. Allí, de pie entre todos los cadáveres, terrible y oscura, se encuentra Nicolasa Parejo.

O lo que antes fuera Nicolasa Parejo.

Este ser, esta hermosa personificación de la muerte, comparte su cuerpo, pero ni Sansón ni nosotros, reconozcámoslo de una vez, tenemos claro que también comparta su alma. El viento le revuelve el cabello dorado. Los bucles se retuercen como tentáculos. Los ojos, vacíos de cualquier expresión, hielan con su brutal indiferencia. La mano de la mujer, o de lo que sea, se cierra sobre la garganta del

cadáver de Alberto Mancilla. Los dedos se clavan con tal fuerza que brotan entre ellos regueros de sangre. Con una indolencia tan terrible que es imposible rastrear en ella nada parecido a la humanidad, Nicolasa se acerca a la garganta y succiona la sangre hasta saciarse. Luego deja caer el cadáver, convertido en una cáscara vacía, y se queda ahí, hierática, granítica. Insensible. Ninguna de estas muertes parece haber provocado la más mínima alteración en su ánimo. Es ahora cuando Sansón rompe a vomitar. El ruido llama la atención del ser, que vuelve la mirada hacia el extremo de la calle. El rostro ensangrentado se clava como un puñal en las entrañas de Sansón. La mancha roja es un escupitajo que ensucia todo cuanto han compartido.

Sus miradas se cruzan durante un segundo.

Es poco tiempo. Un simple pestañeo.

Pero lo cambia todo para siempre.

Los ojos de Nicolasa recuperan expresividad para llenarse de una vergüenza terrible. La mujer deja de transmitir frialdad. Su figura desprende de pronto una inconmensurable tristeza que contagia todo lo que toca. La noche misma parece deshacerse en un llanto inconsolable. Entonces, como ya hiciera hace tanto tiempo, se desvanece en una miríada de granos de arena que se pierden en la noche.

El viento cesa.

Y Nicolasa ya no está allí.

Sansón se queda solo, aplastado bajo el peso de la humillante verdad que ha quedado al descubierto: que prometió a ayudarla y prefirió no hacerlo.

Y ahora, nada tiene remedio.

Entonces es consciente de su equivocación. Nunca había ganado. Le dejaron creer que lo había hecho para que el insoportable dolor de la derrota, esta vez, la convirtiese en definitiva.

No importa lo que haga.

No importa a dónde vaya.

La maldición siempre encontrará la manera de vencerle de nuevo.

5

—Supongo que sabrás que todos esos a los que mató tu novia eran de los nuestros, de la Cofradía.

—Lo supe después. Entonces todavía no sabía nada.

—¿Y cómo te enteraste?

—Pues igual que de todo lo demás. Con el tiempo. He vivido lo suficiente como para que ciertas cosas, tarde o temprano, se hicieran demasiado evidentes.

—¿Eso es lo que pretendes decirme? ¿Que así te diste cuenta de que no envejecías? ¿Viviendo? ¿Así de fácil? Pasan cien años y de pronto te dices, joder, si no he envejecido nada. Y, un momento, ahora que lo pienso, ¿yo no debería estar muerto?

—Pues, más o menos, sí.

—¿Y entonces para qué cojones me cuentas toda la historia del monstruo de tu novia? ¿Por qué coño me haces perder el tiempo si te he dicho que tengo prisa?

—No le he hecho perder el tiempo. Era imprescindible contárselo todo sobre ella.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque es la clave de todo. Verá, después de aquella noche, consagré mi vida a encontrar la manera de ayudar a Nicolasa. Y eso pasaba por intentar comprenderla. Para lograr revertir su naturaleza, debía llegar al fondo de ella. Así que abandoné el sacerdocio y volví a los caminos. Me perdí en las mayores bibliotecas del país. Consulté los manuscritos más antiguos. Me abrí paso a sendas más secretas, ocultas de la todopoderosa Inquisición. Así encontré libros antiquísimos, tratados prohibidos que hablaban de la naturaleza de los seres elementales, como les llama Paracelso. Me convertí en un erudito. Y entendí el secreto de Nicolasa. Y, de paso, de mí mismo. Descubrí que en los seres elementales la proporción entre materia y espíritu está invertida. Mientras nosotros somos principalmente materia, ellos son espíritu. Por eso, necesitamos materia para alimentarnos y ellos se alimentan de las emociones humanas. Hay seres malvados, por supuesto, que siempre buscarán saciarse de emociones negativas. Pero también hay seres bondadosos, que buscan todo lo contrario. Nicolasa estaba en algún lugar del medio. Atrapada entre dos naturalezas, la humana y la demoníaca. Por eso, expuesta a emociones positivas, como el amor que yo sentía por ella, era capaz de controlar sus

instintos asesinos. Sin embargo, saturada de miedo y de odio, como sucedió aquella noche, el demonio tomaba el control. Ese conocimiento me liberó un tanto, porque entendí que, incluso sin haberlo querido, la había ayudado de la mejor manera que podía haberlo hecho: amándola. Fue por entonces cuando empecé a percatarme de que el tiempo no pasaba por mí. De que el mundo cambiaba y yo permanecía intacto. Para esas alturas, Carlos III había sucedido a su padre. Nos acercábamos rápidamente al final del siglo y el país cambiaba. Poco, pero cambiaba. Sin embargo, yo seguía siendo el mismo, permanecía anclado en aquella noche en la que perdí a Nicolasa. Poco a poco fui albergando la sospecha de que mi lazo con ella, tan íntimo, me había cambiado. Y dediqué mis esfuerzos a comprender cómo. Y por qué. No fue difícil. Al ser ella un ser elemental y ser tan profunda, tan sincera, nuestra unión, habíamos creado un vínculo indisoluble. Ella se alimentaba de mis emociones, pero, a cambio, yo absorbía inconscientemente parte de su esencia. De alguna manera, me había convertido también en un ser elemental. Quizá no del todo. Quizá, como ella, estaría para siempre atrapado entre dos naturalezas. Sin ser una ni ser otra del todo. Y el precio a pagar sería este. No sé si envejezco más lento de lo normal o acaso mi condena será vagar eternamente. Lo único que sé es que me he arrastrado por el mundo durante trescientos años. He procurado vivir mi vida de la forma más desordenada posible. He huido de cualquier tipo de estabilidad para no provocar que lo sobrenatural viniera a llevarse por delante este extraño simulacro que es mi existencia. Por suerte, nuestro país me ha facilitado la labor. Guerras civiles, pronunciamientos, dictaduras… Nadie puede imaginar la cantidad de sangre y de lágrimas que han manchado mis manos. Y, sin embargo, años más tarde, aquí estoy.

—¿Así de fácil? ¿Un par de polvos y ya está, eres eternamente joven? Menuda suerte tienen algunos. Estoy seguro de que yo he follado en cincuenta y ocho años más que tú en trescientos y todo lo que he conseguido es una legión de zorras reclamándome una pensión para los pequeños bastardos que se supone que son míos. Pero bueno, también es verdad que yo soy libre para hacer lo que me dé la gana. Y tú… bueno, digamos que tu tiempo de hacer lo que te ha salido de las pelotas acaba aquí. Hoy.

—¿Va a matarme?

—Me encantaría, te lo aseguro. Pero te tengo reservado un final mucho peor que te va a hacer desear haber muerto. Verás, antes, en tu época, bueno, en la época de la que nos has hablado, todo era mucho más fácil. Nadie se asustaba por un cadáver más o menos

abierto en canal. Eso si la criatura en cuestión tenía semblanza humana, porque si se trataba de uno de esos seres deformes, monstruosos, nadie iba a poner el grito en el cielo porque hubiésemos empleado más violencia de la cuenta. Ah, esos eran los buenos tiempos, sí señor. Entonces no habría dudado en colgarte boca abajo y abrirte en canal como a un cerdo. Pero claro, las cosas no son tan fáciles como entonces. Ahora todo el mundo tiene demasiados remilgos, ¿no te parece? ¡Si hasta hay un partido animalista! Pero ¿qué cojones es un partido animalista? ¿Quién lo dirige, el puto Ratón Pérez? Si matamos a un monstruo de esos y tenemos la mala suerte de que algún ecologista encuentra su cadáver, lo más posible es que lo confunda con algún animal y termine poniendo el grito en el cielo, en la televisión, en los periódicos y en el puto YouTube. Y ya, si el cadáver tiene demasiada apariencia humana, apaga y vámonos. Entonces sí que la hemos liado. Algunos nos facilitan la tarea y se disuelven en el aire o se van a otro plano de realidad, o vuelven a donde coño sea que pertenecen. Pero vamos, que no es lo normal. Lo normal es que, si la prensa encuentra el cadáver de un tío como tú, totalmente normal, antes de que a nosotros nos haya dado tiempo de ocultarlo, se líe la de Dios es Cristo. Hay que hacer malabares para que las cosas vuelvan a quedar como deben, bien ocultas bajo la alfombra. No es fácil, ¿eh? No te creas. Y mucho menos si el gobierno no es de nuestra cuerda. Ahora, por suerte, no es el caso. El presidente no iba a poner demasiados remilgos. Pero la mala prensa lo pone muy nervioso. Y no estoy yo como para hacerme más enemigos de la cuenta, así que, por mucho que me excite la idea de clavarte un machete en la yugular, creo que voy a tener que optar por otro método. Mucho más lento, cierto, pero igual de efectivo a la larga, que es lo que importa. Y si quieres mi opinión, infinitamente más cruel. Mira, el año pasado Irene y yo tuvimos que intervenir en Galicia. En un pequeño caserío situado cerca de A Coruña. El terreno pertenece a una familia de la alta sociedad, viejos amigos míos, dedicados al cultivo del vino. Un buen caldo, por cierto. Poco a poco van afinando. Te digo yo que de aquí a unos años se habrán hecho con un gran hueco en el mercado. Dales tiempo. Es curioso, porque precisamente el tiempo era lo que les estaba fastidiando. Tiempo, sí, solo que de otro tipo.

—No entiendo…

—Pues presta atención, joder. El caso es que durante varios años seguidos, unas lluvias imprevistas y bastante jodidas les habían echado a perder varias cosechas. La cosa les estaba empezando a

mosquear y, como intuyeron que había algo extraño detrás, se les ocurrió llamarme. Y allá fuimos. Y efectivamente. Había algo raro. Ya sabes lo que dicen. Donde hay humo, hay fuego, o algo por el estilo, ¿no? Bah, qué más da. A la mierda con el puto refranero. Lo que te iba diciendo es que descubrí que todo el embrollo era culpa de un jodido nubeiro. ¿Sabes lo que es un nubeiro? Claro que sabes lo que es un nubeiro. Estoy seguro de que te habrás encontrado con más de uno en tus tiempos. Y si sabes lo que son, sabrás que son un poco hijos de puta. Se les mete alguien entre ceja y ceja y no paran hasta haberlo hundido en el barro. Este, en concreto, le había cogido coraje a mi amigo, el padre de la familia. Vete a saber por qué. Quién coño sabrá lo que piensa un ser sobrenatural. Tú entenderás más de eso. Yo llevo toda mi vida en este negocio y no consigo entenderlo. Pues bien, al final lo atrapamos. Si hubiera sido de los que parecen esqueletos, no habría habido problema. Se dispersan los huesos o se entierran en una fosa común y ya está. Un muerto más o menos en las cunetas. Nadie se iba a dar cuenta. Pero no, el muy cabrón tenía apariencia humana. Así que nada de matarlo. Tuvimos que aplicarle el otro método, el alternativo. Le buscamos una identidad humana, un piso y un trabajo. Lo colocamos como dependiente en unos grandes almacenes. Vaya, menudo chollo, pensarás. Mucho mejor que el Inem. Pero no, no te equivoques. No somos una ONG. El tipo trabaja diez horas y está asegurado por la mitad. Cobra una auténtica miseria que se le va casi por completo en pagar la hipoteca de la mierda de cuchitril en el que refugia los huesos por la noche. Tiene que pagar un coche. La letra, el seguro, la gasolina, las revisiones… Súmale a eso el IBI, el Impuesto de Circulación, la factura de la luz, el teléfono y yo no sé cuántas mierdas más que hacen tan envidiable la vida de los esforzados trabajadores de este país. Tiene que aguantar los caprichos de un jefe pejigueras. No tiene amigos. Y si los tiene, no le queda tiempo, ni dinero, para pasar el rato con ellos. No folla. Solo ve la tele. El fútbol y los programas del corazón, que es lo único que consigue hacerle olvidar tanta miseria. En seis meses, no solo había perdido los poderes, ya no le quedaba el más mínimo recuerdo de su vida anterior. Es un pobre hombre, un tipo gris y mediocre. En pocos años se habrá ajado y morirá. Se convertirá en polvo y desaparecerá sin que nadie, absolutamente nadie, recuerde su falso nombre. Y eso, mi querido y tricentenario amigo, es lo que te espera a ti. Ni más ni menos. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? Mire, llevo trescientos años arrastrando los pies por este ingrato pedazo de tierra, esquivando cualquier

semblanza de normalidad, siendo siempre el renglón suelto, el verso libre. En todo este tiempo no he sentido más que miedo y hartazgo. No ha habido nada estable a lo que aferrarme. Para mí, lo rutinario, lo monótono, es lo extraordinario. ¿Y me pregunta qué me parece? Me parece que me ofrece el paraíso. Para mí, el olvido será una bendición.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—En ese caso, ¿para qué retrasarlo? Irene, ya sabes lo que tienes que hacer. El coche vendrá a buscarte en unos minutos. Los detalles están en un maletín, en el asiento trasero. El chófer ya sabe la dirección del piso. Y tú… Felicidades, Sansón Galavís, ya tienes lo que tanto anhelabas. Ya puedes pudrirte en el olvido.

Irene y la desconfianza

1

Sevilla en la actualidad.

El hombre se baja del autobús y recorre bajo la lluvia los metros que separan la parada y el edificio de apartamentos donde vive.

La tarde es gris. Muy gris. Un manto de nubes arroja la impresión de ser noche casi cerrada. No lo es, claro. Pero lo parece. Y una incongruencia semejante suele contagiar de tristeza y melancolía el corazón de los transeúntes. Es fácil verlos caminar, cabizbajos, arrastrando los pies, cuando el aguacero da una tregua, ahogados en la certeza inmutable de sus miserias. Luego, cuando arrecia otra vez, los paraguas diluyen su presencia y se convierten en meras sombras, esbozos de seres que están sin estar. Y, sin embargo, el hombre sigue tan entero, tan evidente, tan innegable. Hay algo que lo señala, una especie de cualidad que lo distingue del resto. Será el andar parsimonioso que contradice la furia de la lluvia. O esa aura de indiferencia que casi parece un desafío. «Mójame», parece decirle al cielo, «No te tengo miedo». Como si fueran tantas las manchas por lavar que el agua, más que un inconveniente, resultase una ventaja.

Quizá por eso Irene lo observa con fijación tras la cristalera del bar.

Aunque también puede que sea porque se trata de Sansón Galavís.

La cosa cobra más sentido si desvelamos la identidad de la chica. Es, como pueden haber imaginado, la ayudante del tipo aquel que llevaba a cabo el interrogatorio. No le habíamos puesto cara hasta ahora, pero ha llegado el momento. Ahí la tienen. Larga melena negra, gafas de pasta y gélido aire de seriedad. Es guapa, no vamos a negarlo, pero al mismo tiempo resulta tan distante, tan inaccesible, que cuesta observarla con simpatía. No, Irene Belchí no es, no lo ha sido nunca, una persona afable. Ofrezcamos, si les parece, algún dato más. Por ejemplo: tampoco es dada a la fantasía. Le gusta escribir, cierto. Y lo hace bien. Pero lo suyo siempre fue la cruda realidad de los hechos desnudos. Por eso escogió ser periodista.

Así que esta es Irene.

Y ya pueden hacerse una idea de su estado de ánimo.

A ella, tan terrenal, tan prosaica, debe estar matándola la terrible incongruencia de tener que vérselas día tras día con duendes, trasgos y seres espectrales. Sí, encuentra cierto consuelo en la idea de que su labor es la de exterminarlos, la de reconducir el rumbo del universo por los carriles del frío racionalismo que nunca debería haber abandonado. Pero, con todo, no deja de ser difícil. Cada día es un insulto constante a sus creencias. Desde el momento en que descubrió la cara más oculta de la realidad, su concepción de la misma, rígida y esquemática, se había venido abajo y ahora todavía anda en la ardua tarea de reconstruirla. O de buscarse una nueva. Quién sabe qué será lo mejor. El caso es que, por si todo eso no fuera poco, ahora, para colmo, se topa con él. Con Sansón Galavís. El tipo que ha vivido trescientos años.

Y, por segunda vez en demasiado poco tiempo, todo cuanto creía saber se ve amenazado.

Aquel, por cierto, desaparece dentro del portal.

Pero ella no se mueve. Solo espera. No sabemos a qué. O a quién. Por fin, algunos minutos más tarde en los que la taza de café ha seguido así, intacta, sufriendo la terrible desazón de no ver cumplido su propósito, una muchacha sale del mismo edificio al que ha entrado Sansón. Cruza la acera, abre la puerta de la cafetería y, atención, saluda con la mano a Irene.

Esta le devuelve el saludo y le sonríe cuando toma asiento frente a ella.

2

Málaga hace dos años.

Hasta este momento, unos dos años antes, Irene Belchí nunca había necesitado demasiado para ser feliz.

Un trabajo estable, planes de futuro y la seguridad de que nada inesperado acecha tras la próxima esquina. Por eso se conformó con un puesto en un periódico local y por eso nunca ha salido de su Málaga natal. Y por eso se prometió con su novio de toda la vida apenas hubo cumplido los veinticuatro.

El problema es que el periódico quebró y el novio la dejó plantada en el altar.

Y ahora que los planes, y el futuro, se han demostrado una insultante mentira, su paso por el mundo se ha tornado confuso. Hablando en plata: no tiene rumbo ni dirección. El universo parece dar vueltas en torno a ella, alterando el trazado de todos los caminos que intenta tomar. Por eso la encontramos aquí, en los Baños del Carmen, en esta mañana de verano. Ha descubierto que es el único sitio donde la realidad no zozobra, ni se agita, ni parece la cubierta inestable de un barco en plena tormenta. No se ve a nadie más en la playa, tan temprano es. Pero daría igual que fuese uno de esos mediodías superpoblados, en los que la arena rebosa de familias enteras almorzando al cobijo de sus chillonas sombrillas. Ella seguiría estando sola. Y seguiría resaltando. Podríamos recurrir a la poesía y achacarlo a su belleza y tal, pero lo cierto es que no hay más culpable que su ánimo, tan bajo, tan lánguido, tan oscuro, que es imposible camuflarlo en mitad de la atmósfera de ligereza a la que predispone el lugar. Las rocas arrancan gotas al oleaje y estas van a estrellarse contra su piel, pero ni tan siquiera el frescor consigue aliviar la pesadumbre.

La chica está hundida, es evidente.

—Madre mía de mi alma, qué bien se está aquí.

Escuchen. La voz ya la conocemos. Nos suena profundamente. ¿No es el tipo que interroga al Sansón de trescientos años? Efectivamente, es él. Es imposible confundir la soberbia que exuda como perfume.

Y no precisamente de los baratos.

—Con el calor que hace en Sevilla… Mira, no te lo vas a creer, pero cuando yo venía para acá, que debían ser las seis de la

mañana, el termómetro de Plaza de Cuba marcaba treinta grados. A las seis de la mañana. Y luego la gente critica que los sevillanos tengamos que huir en verano. ¿Qué quieren que hagamos? ¿Derretirnos? Seguro que a esta hora ya hay un atasco de cojones en la carretera de Matalascañas, que es a donde van todos los que no tienen dónde caerse muertos. Menos mal que yo tengo desde hace años mi casita de Marbella, porque, si no, me estaba viendo en una de esas. Ahí, parado, en mitad de la autopista, como uno de esos desgraciados que piensan en suicidarse mientras aguantan la cháchara incesante de su mujer y las peleas de los inaguantables de sus hijos.

Irene, que no tiene ánimo de compartir el espacio, y mucho menos de escuchar las quejas de un desconocido (porque a estas alturas eso es lo que es para ella, un desconocido, acuérdense de cuándo sucede esto), se limita a mirarlo de reojo.

Luego vuelve a centrarse en el horizonte.

—¿Qué? ¿No tienes ganas de hablar? Normal, con todo lo que te ha pasado. Pero vamos, que yo no le daría muchas vueltas. Mira, el tío ese, el Rodrigo, es un golfo. Con el tiempo descubrirías que pretendía meterse en todas las faldas que pudiera. ¿Y qué hubiera pasado entonces? Es mejor que haya terminado ahora, cuando todavía el daño no es irreversible. Y en cuanto al trabajo, ¿para qué nos vamos a engañar? Era una mierda. El sueldo, en el mejor de los casos, era ramplón y no creo que las horas lo compensasen. Eso sin mencionar la línea editorial, completamente desorientada. Ese panfleto está mejor cerrado. Tú puedes aspirar a más, Irene.

Puede que Irene intente esquivar cualquier contacto humano, pero es evidente que no puede ignorar esto. ¿Quién es este hombre? ¿Por qué sabe su nombre? ¿De dónde ha sacado tanta información sobre ella?

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? ¿Es que quieres seguir lloriqueando? Pues nada, que no te lo impidan mis críticas. No quiero ser yo el que te quite la ilusión. Solo digo que, a la larga, revolcarse en la mierda no compensa. Huele demasiado. A lo mejor es el momento de empezar a contemplar otras opciones. Por ejemplo, la oferta de trabajo que vengo a hacerte.

—Oiga… ¿quién es usted?

—¿Yo? ¿Es que no me conoces?

—No…

—¿No lees el *Hola*?

—A veces, en la consulta del dentista… ¿Qué pasa? ¿Se supone que tengo que haberle visto? Porque no lo recuerdo.

—Eso es porque no has leído los números adecuados. Soy Gabriel Gris de Santamaría.

—¿El dueño de Construcciones Gris?

—El mismo.

—Oiga, ¿por qué no me deja en paz? Vaya a darle el coñazo a otra tonta.

—Mira, niña, vigila lo que dices, a ver si voy a mandar la oferta a tomar por culo. Ten, coge esto.

Gabriel Gris le tiende una carpeta que lleva debajo del brazo. Irene no es curiosa, las cosas como son. Si la hubiera hallado tirada en la arena, nada la habría impulsado a comprobar el contenido. Pero claro, esto es distinto. Así que la abre. Dentro encuentra recortes de periódico y documentos que, por la pinta, amarillean desde hace tiempo. Mediados de los 40, concretamente, a juzgar por la fecha de alguno de los papeles.

—¿Qué quiere que haga con esto? Mire, no sé qué pretende, pero…

—Irene, Irene… Se me está acabado la paciencia. Ya te he dicho lo que pretendo. Ofrecerte un trabajo. Y muy bien pagado, además. Toda esa mierda que tienes en las manos es tu test psicotécnico.

—¿Psicotécnico? ¿Para qué puesto?

—Te lo diré en su momento. Primero tienes que pasar la prueba. Y para que veas que esto va en serio, si la pasas, aceptes o no el trabajo, habrás ganado 500 euros. Si a eso le sumas los otros 500 que he dado orden de ingresar en tu cuenta, te llevarás mil. Bonita cifra para no haber hecho nada. Bueno, sí, librarme de un pequeño problema que me está jodiendo la existencia. Así que puedes hacer dos cosas: tirar la carpeta y seguir llorando como una niña pequeña o comprobar ahora mismo en el móvil el estado de tu cuenta bancaria, convencerte y aceptar.

—Pero…

—¡Vamos! ¿Qué decides? ¿Crees que tengo toda la mañana para perder aquí contigo?

Y como la actitud del tipo, no muy amistosa, invita poco a cuestionar su autoridad, Irene termina por coger el móvil y mirar en la aplicación de su banco.

Efectivamente, allí están los 500 euros.

Pueden imaginar su asombro.

—Pero… Oiga, ¿cómo ha sabido mi número de cuenta? ¿Qué está pasando aquí?

—Joder, Irene. Eres un auténtico grano en el culo. No me lo pongas más difícil. ¿Aceptas pasar la prueba o no?

Irene afirma enérgicamente con la cabeza. Acepta. Claro que acepta. ¿Cómo no hacerlo? Está perdida, desconsolada. Necesita urgentemente un rayo de esperanza, pensar que, por una vez, las cosas van como deben.

Que le ha sonreído la suerte.

—Estupendo.

—Oiga, si puede darme alguna indicación sobre…

—¿Indicaciones? Esto es un psicotécnico, niña. Es un puzle. Un problema. La solución tienes que buscarla tú solita.

—Y luego, ¿cómo se la hago llegar?

—Muy fácil. Tienes todo el día. Reúnete conmigo al borde de la media noche en el Cementerio Inglés. Te estaré esperando en la puerta, ¿entendido?

—Entendido, pero…

—Y dale con los peros. Mira, guapa, esto es lo que hay. Lo coges o lo dejas.

—Lo cojo, lo cojo…

—Entonces nada, hasta la noche. Me voy, que tengo una comilona con unos amigos en Marbella. Es nuestra pequeña tradición. Nos reunimos para comer el primer día de las competiciones internacionales de fútbol y ya empalmamos con el partido. Bueno, y con todo lo que se tercie. Yo es que soy muy de tradiciones. Esas cosas hay que respetarlas siempre. Es lo que le da sentido a nuestra sociedad. Como la Semana Santa. Como el Gran Poder o la Macarena. O el Cautivo, que tenéis aquí, ¿no? Ahora hay quien la critica, con toda esta moda del puñetero laicismo. No sabes cómo me cabrea eso. Las cosas son como son, Irene. Hay pilares que deben ser inmutables. Cambiarlos, así porque sí, no lleva más que al desastre.

Y sin más, se da la vuelta y se va.

Irene lo observa marcharse, estupefacta. Si no fuera porque puede sentir el beso frío de las gotas marinas en la cara, creería estar soñando. Pero ahí está la carpeta, poderosa realidad, negando cualquier vestigio onírico. Así que decide no cuestionarse más y ponerse cuanto antes manos a la obra. Pragmática que es la chica.

Un rato más tarde ya está recluida en su cuarto.

El mismo que ha tenido desde que era una niña, adornos cambiantes aparte, claro. Sí, sigue viviendo en casa de sus padres. O de sus abuelos, habría que precisar. Porque quedó huérfana demasiado pronto. Y otra vez, para colmo, no hace mucho, cuando murieron los abuelos, que ya eran muy mayores. De manera que, a todo lo dicho sobre su estado de ánimo, añádanle el sentimiento de

pérdida. Y la soledad. Menuda mezcla. Quizás sea la explicación a su ansioso apego por lo estable y lo seguro.

Pero no nos desviemos del tema.

El caso es que ahí está, frente a la pantalla de ordenador. Primero, cosa lógica, hace una rápida búsqueda sobre Gabriel Gris. No por nada, solo para terminar de asegurarse. Las fotos que encuentra son de algún tiempo atrás, pero, aunque hay cambios, la efigie es inconfundible.

El tipo es quien dice ser.

Y ya, ahora sí, con el ánimo más tranquilo, se mete de lleno en faena.

El encargo pone a prueba todos sus recursos. Sin duda, se trata de un test psicológico. No hay otra manera de explicar la inusual naturaleza del reto. Tal vez el objetivo sea poner a prueba su capacidad de recursos. Quién sabe.

«¿Y en qué consiste?», se preguntarán, muertos de curiosidad.

Echemos un vistazo a la carpeta.

Como dijimos, el contenido se reparte entre recortes de periódicos e informes antiguos y todos se refieren a una misma cosa: los avistamientos registrados de una extraña criatura en un punto muy localizado de la capital de la Costa del Sol. Según podemos leer, es un edificio del Paseo de Sancha, el mismo que, durante su historia, ha servido a tres propósitos diferentes: acoger la delegación de gobierno, un hospital y un hotel.

Fue precisamente siendo la sede del Caleta Palace, distinguido alojamiento de la alta sociedad de los años veinte, cuando saltó la alarma. Los clientes hablaban, aterrorizados, de una visión perturbadora que los acosaba en mitad de la noche. Se erguía frente a ellos, surgida de la oscuridad, la inquietante figura de una gigantesca serpiente con, atención, una cabeza grotescamente parecida a la humana. Háganse a la idea. Qué espanto. El ser se balanceaba hipnóticamente ante ellos y luego desaparecía. Las visiones continuaron una vez pasada la Guerra Civil, cuando el hotel había sido reconvertido en el Hospital 18 de julio. Los informes de entonces, con fecha de 1943, son más precisos. Hablan de una investigación (los nombres de los investigadores, o del organismo encargado, están oportunamente omitidos) que llevó a descubrir un rastro de destrucción en el sótano. Se supuso entonces que era el nido de la criatura, pero nunca se llegó a dar con ella. A partir de ese momento, si ha vuelto a haber encuentros, no hay el menor rastro de ellos. Lo que siguen son desconcertantes estudios, intentos de dilucidar, sin éxito, la naturaleza del espécimen.

Para Irene, el asunto no pasa de ser un cuento absurdo, probablemente inventado para dar forma al examen. Nosotros, desde luego, sabiendo ya lo que sabemos, no estamos tan seguros.

Pero la prueba es cosa suya, así que ella sabrá.

La última hoja, por cierto, incluye instrucciones precisas: su misión consistirá en establecer una hipótesis plausible sobre la naturaleza de la criatura y figurar una manera de exterminarla.

Dado que no hay más especificaciones y recurrir a un tiro a bocajarro sería una solución demasiado evidente, la chica supone, y supone bien, que la cuestión requiere una salida más mitológica. Y de esta manera, ella, que nunca ha creído en ningún monstruo más terrenal que el Yorkshire Terrier de su abuela (una perrita muy nerviosa llamada Perla, pasada a mejor vida también en su momento), ocupa el día en navegar por los rincones más sórdidos de internet, buscando en páginas que desvarían sobre el folklore y los seres mitológicos; descargando artículos completos y estudios más o menos serios, subrayando, anotando y, en fin, sintiéndose más cerca de ser internada en una institución psiquiátrica que de haber dado con la solución a todos sus problemas.

3

—¿Qué tal, Alba?

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Un poco, pero no pasa nada.

—Perdona, es que… bueno, es una larga historia…

—Cuéntamela, a mí me encantan las historias largas. ¡Si para eso estoy aquí!

—No, no, si es una tontería…

—Venga, mujer.

—¿En serio? Pero si tú querías que te hablase de mis dibujos…

—Claro. Pero el reportaje va sobre futuros artistas. No solo sobre su arte, también sobre las personas que se esconden detrás. Todo lo que puedas contarme me interesa. Tu historia aportará una dimensión humana. Oye, ¿quieres un café?

—No… No bebo café.

—¿Una Coca-Cola?

—Vale…

—Una Coca-Cola, entonces. Y no te preocupes, que corre de mi cuenta.

—No, no, si yo tengo dinero…

—Que sí, que no hay más que hablar. Una Coca-Cola.

Irene hace un gesto a la camarera, que se acerca diligente. Una vez pedido el refresco, saca de un bolso un cuaderno, un boli y se dispone a escuchar.

—Venga. Soy todo oídos.

A Alba le cuesta arrancar. Sonríe nerviosa y toma aire.

—A ver… Mira, es que… bueno… a mis padres… todo esto del arte, bueno, la verdad es que no les hace demasiada gracia.

—Ellos quieren que estudies otra cosa.

—Sí… Quieren que estudie económicas. Mi tío tiene una empresa de transporte y han pensado que podría colocarme como contable allí. A mí no me gusta, pero tú sabes… mi padre siempre dice que hay que tener un trabajo seguro, con un buen sueldo, que las cosas no están para ir haciendo el tonto por ahí… Que, si quiero tener familia, la tengo que poder mantener y todo eso.

—Y tú quieres tener familia…

—No lo sé… La verdad es que no lo sé… Supongo, sí… pero dentro de muchos años.

—Entonces les vas a hacer caso…

—No, no… Yo voy a seguir haciendo lo que yo creo que tengo que hacer. Yo quiero ser artista. Quiero pintar. No creo que eso sea incompatible con tener una familia. Si por eso he llegado tarde. Es que me he apuntado a una academia de arte por las tardes. Pero mis padres no lo saben. Y como no puedo contar con ellos para que me lleven y me traigan, y está en la otra punta de la ciudad, tengo que coger el autobús. Y cuando lo pierdo, como hoy, tengo que ir andando y me tengo que dar mucha prisa, porque la excusa que les pongo es que me quedo a estudiar en casa de Sara, mi mejor amiga, y si me retraso demasiado llaman por teléfono a su madre. Normalmente llego a buena hora, pero hoy con la lluvia…

—Vaya, qué sorpresa… Sí que han cambiado las cosas desde la última vez que nos vimos.

—¿A qué te refieres?

—A lo de la academia. La primera vez que hablamos me dio la impresión de que eras la típica chica demasiado asustada como para pelear por lo que de verdad quiere. Y ahora, ya ves, has dado tu primer paso. Tengo que decirte que me parece un acto muy valiente.

—¿En serio?

—¿Cómo que en serio? No bromearía jamás con algo así. Pocas cosas hay más difíciles que escuchar a tu corazón y seguir sus dictados. Hay que echarle mucho valor para hacer eso, sobre todo a tu edad y teniendo a tus padres en contra. Créeme, sé de lo que hablo.

—¿Por qué? ¿Tú también lo hiciste?

—No. Si lo sé es, precisamente, porque nunca lo he hecho.

—¿No te gusta ser periodista?

—Sí, sí me gusta, pero… Digamos que, jugando sobre seguro, hay muchas posibilidades de que las cosas salgan como tú lo habías planeado. Eso es cierto. Pero, entre tú y yo, a la vida le gusta fastidiar. Es impredecible. En algún momento te dará un golpe que lo derribará todo y, si te enfrentas a eso siendo tú misma, sabiendo claramente lo que quieres… Bueno, lo afrontas de otra forma. Te reconstruyes antes. No sé si me explico.

—Sí, sí, te explicas. Tú tardaste en reconstruirte, ¿no?

—De alguna manera, sigo en ello. Pero, oye, ¡que la entrevista va sobre ti! Y me estás dando una idea genial para el reportaje. El valor. Nadie habla nunca del valor que se requiere para dar el paso. Para ser tú misma, a fin de cuentas. Tú, Alba Zarzas, eres muy valiente.

—Gracias… Pero tengo que decirte que no lo he sido siempre,

¿eh?

—¿Ah, no? Me sorprende. Y dime, ¿de dónde te viene el arranque de coraje?

—Bueno, la verdad es que un amigo me ayudó a decidirme.

—¿Un amigo? ¿Del instituto?

—No, no, es un vecino que tengo. Un tío mayor… Bueno, mayor, mayor tampoco… Pon que tenga, yo qué sé, entre treinta y cinco y cuarenta o por ahí… Aunque aparenta menos, porque no se conserva nada mal, ¿eh? Pero… no sé… es como… Yo lo veo como una especie de mago. Como Gandalf, ¿has leído *El señor de los anillos*?

—La verdad es que no. Intenté ver la peli, pero me quedé dormida. Te reconozco que no es lo mío.

—Bueno, da igual. Lo que quiero decir es que a veces parece que me ve por dentro, ¿sabes? Me habla de cosas, me cuenta historias, me aconseja… Y entonces parece que todo está mucho más claro. No sé, a lo mejor estoy diciendo tonterías…

—No, no parece que sean tonterías. No lo son si ha influido tanto. Así que tenéis una relación especial, ¿no?

—Sí… Bueno… es que es una persona muy especial. Deberías hablar con él. Entenderías lo que quiero decirte.

—¿Hablar con él? No, gracias. Para consejos ya tengo a mi editor. Además, ¿para qué? La que me interesa eres tú. Y tu obra, por supuesto. Pero, bueno, lo que no sé es por qué estamos perdiendo el tiempo de esa manera. ¡Enséñame ya algo, que estoy impaciente!

Alba abre el enorme cuaderno que llevaba debajo del brazo y revela la asombrosa maestría de sus dibujos. Hay de todo: bocetos inacabados, retratos que parecen respirar vida propia, alegóricas ilustraciones de poderoso poder evocador… La chica es buena. Realmente buena. Tiene un don. Parece recibir el soplo de alguna especie de musa personal. Rebosa talento. Transmite emoción. No es difícil augurarle un camino brillante, si es que no termina por abandonar su sueño. Pero no. No lo hará. Irene puede verlo en el brillo de determinación que alumbra los ojos extasiados. Alba Zarzas ha encontrado su camino. Y cuando eso sucede, ya no hay manera de abandonarlo. Ella lo sabe porque, se reconoce, nunca ha encontrado el suyo. Es más, hasta puede que ni siquiera haya intentado buscarlo. Quizás es que no lo tiene. A lo mejor es que su vida es la que es. La que siempre ha sido. Plantearse otras alternativas, improbables bifurcaciones de un camino ya de por sí de escasa consistencia, solo servirían para generar incertidumbre. Y

si hay algo que ella detesta es la incertidumbre. Será mucho mejor, más práctico al menos, aferrarse a la opaca pero fiable realidad de su presente. Una sombra de tristeza empaña la sonrisa falsa que se fuerza en mantener mientras hace fotos a los dibujos.

Debe aparentar interés.

Pero, para qué negarlo, todo esto le importa bastante poco.

Un rato más tarde, cuando Alba se había ido, la sonrisa desaparece. Ya no es necesaria. Se va también, por el mismo motivo, la mascarada. Se revela así su verdadero rostro, y con él una absoluta falta de remordimientos. «¿Por qué iba a tenerlos?», nos diría ella, «¿por qué debería sentirme culpable?». Sí, vale, engañar a una muchacha inocente y aprovecharse de sus ilusiones para sacar provecho propio no es el más elegante de los movimientos. Pero es el único posible. A nosotros, ver a la chica alejarse, cuaderno en mano, tan contenta que parece ir flotando, nos provoca una cierta indignación. Pero quizás, si hacemos un esfuerzo por verlo desde el punto de vista de Irene, descubramos que tampoco es para tanto. Alba Zarzas no verá su nombre mencionado en ningún reportaje, sus dibujos no se reproducirán en los miles de ejemplares de una revista que, por cierto, ni tan siquiera existe. Pero es joven. Ya tendrá tiempo de recuperarse de la decepción. No, para qué vamos a engañarnos. Nos hemos puesto en el lugar de la falsa periodista, pero ni por esas conseguimos justificar su más que dudoso comportamiento. Lo que está mal, está mal y punto. Y el hecho de que a ella no parezca provocarle el más mínimo dilema moral solo sirve para arrojar luz sobre cierto rasgo de su persona: su profundo egoísmo.

Irene Belchí no va a reparar en nada ni nadie para saciar su sed de respuestas.

Lo peor es que, por ahora, no parece haber avanzado.

Está igual que empezó. Quizá incluso más confusa. ¿A qué está jugando Sansón Galavís? ¿Qué debe pensar sobre él? No obstante, ninguna pregunta le despierta mayor inquietud que aquella cuya resolución se le antoja de una urgencia casi insoportable: ¿Por qué le afecta tanto?

Con un poco de coraje, rebuscando en su interior, podría hallar una respuesta satisfactoria. No sería necesario revolver demasiado, solo cambiar algunas cosas de sitio. Pero claro, ella no es esa clase de persona. Nunca se he permitido una debilidad semejante. ¿Qué dice siempre su jefe? Las cosas son como son y punto. Uno no debe alterarlas si no viene la vida a hacerlo por su cuenta.

Y, miren por dónde, eso, justamente, es lo que sucede a

continuación.

La vida, o el destino, como queramos llamarlo, decide tomar la iniciativa y poner el ordenado método de Irene patas arriba. Porque, fíjense, observen a través del cristal. Ese que viene ahí es Sansón Galavís, que atraviesa la lluvia en dirección al café.

A este mismo café.

Al verlo, evidentemente, Irene se pone nerviosa. Cierra el cuaderno, lo guarda en el bolso y deja algunas monedas sobre la mesa a modo de propina. Pretende escapar y evitar el encuentro, pero se percata de que no puede salir por la puerta. Las posibilidades de pasar junto a él sin que la reconozca son tan escasas que, prácticamente, no existen. De manera que decide esconderse en los servicios y esperar a que el tiempo le proporcione una vía de escape. No decimos que sea un mal plan, pero funcionarle, precisamente, no le va a funcionar. No ha hecho más que levantarse de la mesa cuando Sansón ya está plantado frente a ella.

—Hola, Irene. Qué casualidad. ¿Ya te ibas? Quédate, por favor. Siéntate. Déjame invitarte a otro café.

La sonrisa, pretendidamente inocente, desentona tanto en el rostro de trescientos años que no consigue engañar a nadie. De casualidad nada. Este encuentro no ha sido fortuito. Ha venido a por ella. Él sabía que estaba aquí. Y eso le preocupa, porque le hace preguntarse cuánto más puede saber. No le queda más salida que jugar ella también la baza de la mentira. A ver quién es capaz de convencer a quién.

Así que se coloca de nuevo la máscara, toma asiento y acepta de buen grado la invitación.

4

Pasadas las doce, Irene se presenta en la entrada del Cementerio Inglés, donde le espera, fiel a su palabra, el singular personaje que ostenta el nombre de Gabriel Gris de Santamaría.

Es una noche fresca y apacible. Pese a ser martes, no es menor la afluencia de jóvenes que menudean por los alrededores camino del centro o de la Malagueta con la idea de exprimir al máximo las horas más golfas del verano. No es que la chica anhele imitarlos. Si los mira con cierta envidia es porque, en el fondo, no está muy convencida de qué demonios está haciendo aquí.

—Bueno, veo que además de guapa eres puntual. Eso está bien. Pero no es suficiente. Si te soy sincero, no estoy muy convencido de tener que contratar a una mujer. La mayoría de las ocasiones me pesan en vosotras más vuestros defectos que vuestras virtudes. Sois criaturas demasiado frívolas. Será que mi único referente es mi esposa, y ya no sé la de veces que me ha tenido horas y horas dando vueltas por la ciudad porque necesitaba una falda que hiciese juego con los zapatos. O unas cortinas para el dormitorio que no desentonen con la colcha. Como si eso le importase a alguien. No, no creo en la mierda esa del feminismo. Ni en la igualdad. Así que vas a tener que hacer un gran esfuerzo para impresionarme.

Irene no sabe muy bien si ofenderse o sentirse retada.

El tipo acaba de hacer una demostración de machismo que, además de arcaica, está completamente fuera de lugar. Su condición de mujer (y de persona normal, ya puestos) la inclina a mandarlo a la mierda. Pero ya está metida en esto hasta el cuello y a lo mejor no estaría de más rechazar el trabajo habiéndole hecho tragar primero todas y cada una de sus palabras.

—Entonces, usted dirá. ¿Qué hacemos ahora? ¿Le doy la respuesta?

—¿La tienes?

—¿Esperaba lo contrario? ¿Por qué, porque soy mujer?

—Ahórrate la muestra de dignidad y empieza, que no tenemos toda la noche.

—Como quiera. Si le digo la verdad, no ha sido fácil. He repasado todas las mitologías y todos los folklores buscando seres parecidos al que describen los documentos de la carpeta. La apófisis egipcia, los naga hindúes, las lamias grecorromanas… Son todas serpientes malvadas de origen demoníaco. No obstante, me despistó

un poco, lo reconozco, el que tuviera cabeza humana. Y, sobre todo, su comportamiento. Todas esas serpientes son destructoras y solo desean provocar el caos. Sin embargo, no parece que sea el objetivo de la nuestra. Por lo que puede extraerse de los informes, se limita a contonearse delante de aquellos que reciben su visita. Necesitaba encontrar un patrón, algo que conectara todos los avistamientos. Y entonces me di cuenta de algo. Según los informes, todos los que la vieron fallecieron poco tiempo después. Podría ser casualidad, no digo que no. Pero me incliné por usarlo como base para desarrollar mi propia teoría. Y es que este ser, sea lo que sea, es un mensajero de la muerte. De ser cierto, eso alejaría de las serpientes que he mencionado antes y lo emparentaría con fenómenos como la Santa Compaña gallega. Y ahí encontraríamos la clave para vencerlo. O para no vencerlo, porque eso no puede hacerse. Lo único que podemos es librarnos de su influencia. Y hay varias formas: rezar a Jesucristo, protegerse con símbolos religiosos o, la que parece ser más efectiva, encerrarse en un círculo de tiza trazado en el suelo. Quizá, y esto son suposiciones mías, siendo un ser único y palpable, a diferencia de los espectros que forman la Santa Compaña, hasta podría ser atrapada encerrándola a su vez en uno.

Y, a partir de aquí, Irene calla.

Esa era su respuesta.

Ese ha sido su órdago.

Solo queda esperar a ver si cuela.

—¿Ya está?

—Bueno, sí… ¿He fallado la prueba?

—Al contrario. Me has impresionado. Ya suponía que lo harías. Como te dije, no suelo fiarme de las mujeres. Si he hecho una excepción contigo es porque creo de verdad que eres especial. Mereces la pena. Por eso esta misma tarde di orden de que te ingresaran el resto del dinero. Puedes comprobarlo.

Y lo hace.

Y el dinero está ahí.

Y se le despierta una sonrisa que sería eufórica si no se esforzase en controlarse delante del que podría ser su próximo jefe. Sí, se ha salido con la suya, ha demostrado lo que vale, y hace unos minutos había proclamado su intención de rechazar enérgicamente la oferta. Pero ahora no le sale. Simplemente, no le sale. De pronto, no quiere renunciar a la posibilidad de conseguir ese trabajo.

No la juzguen duramente.

En su estado, sería difícil dejar pasar cualquier oportunidad de convertirse en algo diferente.

—Entonces, el trabajo…

—Es tuyo. Si lo quieres, claro.

—Si me explicara en qué consiste.

—¿Explicar? Si quisiera explicar, me vestiría como un pordiosero y me dedicaría a tocarme los cojones y a vivir del estado, como hacen los profesores. No, yo no soy de explicar. Soy más bien de demostrar. Si quieres saber lo que te espera, ven conmigo.

Gabriel Gris se acerca a la verja del cementerio y la abre.

A Irene le llama la atención la ausencia de vigilante. Aunque ojalá fuera solo eso. Para ser sinceros, no hay nada en esta situación que no resulte, como mínimo, desconcertante. Pero nunca ha sido persona de cuestionarse las cosas y el dinero, vamos a decirlo claro, le parece un argumento de lo más convincente.

Así que ahí va ya, recorriendo junto a Gabriel Gris de Santamaría el peculiar camposanto.

—¿Qué hacemos aquí?

—Ahora lo verás.

—¿Y cómo hemos podido entrar tan fácilmente? Pensaba que a esta hora este sitio estaría cerrado. ¿No hay guardias?

—Claro que los hay. Pero soy un hombre de recursos. Nadie desempeña su profesión con tanto celo como para que unos cuantos ceros no le persuadan de mirar para otro lado.

Contundente explicación.

A Irene la insinuación de un soborno, lo que no habla muy bien ni de los métodos ni de la honradez de Gris, no parece importarle demasiado. No hay inquietud en su ánimo. Y eso que el sitio la transmite a raudales. El melancólico abandono de las lápidas, la red de oscuridad extendida entre los árboles como una tela de araña, las vacías miradas de los turbadores ángeles de mármol… El lugar parece construido para servir de escenario al desconsuelo, la tristeza y alguna que otra pesadilla más vívida de la cuenta. Pero ya sabemos que a ella no le van los excesos imaginativos. Donde todos veríamos fantasmas, ella no ve más que sombras.

No la envidien.

La entereza le va a durar muy poco.

Gustavo se detiene cerca de la capilla de San Jorge. Un gesto de su mano sirve para hacer entender a la chica que se pare a su lado. Adelantándose a las preguntas, Gris señala al suelo. Irene sigue sus indicaciones con la mirada y descubre sorprendida que están dentro de un círculo de tiza.

—¿Un círculo? ¿Qué hacemos parados en medio de un círculo

de tiza? Oiga, ¿qué clase de juego es este? Mire, si se está quedando conmigo, que sepa que no tiene ni la más mínima gra…

Gris silencia a la chica tapándole la boca con la mano. El gesto es enérgico, autoritario y no da lugar a réplicas. Ella lo intenta, claro. Pero él corta de raíz sus intenciones indicándole que mire hacia la capilla.

Y lo que ve la desarma por completo.

Desgajándose de entre las tinieblas, una silueta gruesa y alargada repta lentamente hacia ellos. Es como si el tronco de un árbol se hubiera liberado de las raíces, adquiriendo una imposible flexibilidad. En un principio, la chica entorna la mirada y busca una explicación racional. No la encuentra. Porque no la hay. Pero no se convence de ello hasta que la luz de la luna roza furtivamente la figura. Los repulsivos rasgos quedan al descubierto. A Irene se le forma un nudo en el estómago. El cuerpo se le perla de sudor frío.

Porque está contemplando lo imposible.

La criatura de los informes, la gigantesca serpiente con rostro humano repta hipnóticamente hacia ella.

5

—¿Sabes? No bebo café. Soy más de té. Suelo padecer de estómago y el té me ayuda a digerir. Ya ves. Trescientos años teniendo el estómago débil. No ha sido plato de buen gusto, para qué te voy a engañar. Uno tiende a pensar que la inmortalidad conlleva también una salud de hierro. Pero no, no es cierto. Que haya cumplido más años que nadie en este planeta no me libra de enfermar de cuando en cuando. Gripe, gastroenteritis… lo que sea. Fíjate, si ahora saliese por esa puerta y un camión me llevase por delante, con la mala suerte de quedarme tetrapléjico, tendría que pasar el resto de la eternidad, si es que es eso lo que voy a durar, postrado en una camilla o sentado en una silla de ruedas. Vamos, no lo sé. Son suposiciones mías. De todas formas, tampoco es que tenga excesivas ganas de comprobarlo. Si voy a vivir para siempre, lo mínimo es asegurarme un poco de bienestar, ¿no? Así que me cuido. Trato de mantenerme sano. Por eso no bebo café. Y sin embargo… me gustan los cafés. Los locales, quiero decir. Este en concreto. Me fascina venir y sentarme un rato. Observar a la gente haciendo un paréntesis para tomar aire antes de proseguir con el ritmo endiablado de sus vidas. Aquí, por un momento, me siento uno más. O, mejor dicho, puedo saber cómo es sentirse uno más. Hoy, sin embargo, no he venido por eso. Pero qué voy a contarte. Tú sabes bien qué hago aquí y yo sé bien qué haces tú aquí.

Irene da un sorbo a la taza de café y trata de disimular su nerviosismo con un impostado aire de despiste.

—Bueno, yo estoy tomando un café, si es a eso a lo que te refieres… La verdad es que tenía que venir por el barrio para ir al banco y pagar algunos recibos. Sí, es verdad que podría haberlos domiciliados, pero ya sabes cómo son estas cosas. No lo haces al principio, luego lo vas dejando y, cuando se te pasa el primer plazo, te reprochas no haberlo hecho desde un primer momento. Así que de hoy mismo no pasa. Además, creo que me vendría bien cambiar la cuenta a otra oficina, ¿sabes? Es que cuando la abrí vivía muy cerca de esta calle. Ahora no, claro, ahora vivo lejos. Pero tengo que seguir viniendo por aquí cuando hay que hacer alguna gestión, y… Es gracioso, ¿verdad? Porque es justo donde tú vives. Ni siquiera me había dado cuenta hasta que te he visto entrar y…

—Mira, Irene. A estas alturas no tiene sentido que nos andemos por las ramas, ¿no crees? Lo único que quiero es aclarar ciertas

cosas contigo.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? Porque tú y yo no tenemos nada que aclarar. Es más, este encuentro ni siquiera debería haber sucedido. Hay normas muy estrictas al respecto.

—Lo sé. Y por eso me extraña que me hayas seguido.

Se acabaron las mentiras. De golpe, Sansón ha decidido dar la vuelta a todas las cartas. Bueno, a todas no. Solo a las de Irene. Quién sabe, posiblemente haya sido una jugada inteligente. Quizá ella deba hacer lo mismo. De manera que ya no hay razón para seguir fingiendo. Ahí va, fuera la falsa sonrisa. Ya está aquí, de nuevo, la verdadera Irene Belchí.

Seria, distante.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—¿El qué? ¿Investigar a mis compañeros? ¿Hablar con mis vecinos?

Es curioso. Sansón debería parecer indignado. Eso se desprende de sus palabras. Y, sin embargo, mírenlo, parece tranquilo. Sereno. No juzga, no acusa, solo apostilla. Y esa calma desconcierta a Irene. Maldita sea, nos desconcierta a todos, para qué vamos a decir otra cosa. Después de todo, ahora nos damos cuenta, Irene tiene razón: Sansón Galavís sigue siendo una incógnita. Mucho más profunda, si cabe, de lo que era en un principio. Y no podemos evitar preguntarnos: ¿qué demonios esconde?

—Entenderás que tu comportamiento me parezca extraño, ¿no? Es decir, se suponía que estaba cumpliendo mi condena, dejándome tragar poco a poco por las fauces de la rutina y todas esas cosas… Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Te ha mandado tu jefe seguirme? ¿Es que no confía en la severidad de su propio castigo?

—Bueno, si vamos a ser sinceros, seamos sinceros: no parece que a ti te esté afectando demasiado, ¿no?

—¿Por qué? ¿Qué sabes tú de cómo me siento? ¿Cómo se supone que debería estar afectándome?

—Hombre, no llevo demasiado tiempo en este trabajo, pero ya he visto muchas cosas y, créeme, después de dos meses ya deberías estar hundido. No deberían quedarte ganas de hablar con nadie. Tendrías que haberte encerrado en ti mismo, haberte convertido en un ser miserable y huraño. O peor, en alguien banal y superficial, de esos que confunden la verdadera felicidad con la euforia que encuentran en una botella de ginebra. Cualquiera de las dos opciones es igual de válida, porque, en el segundo caso, se trata de una fachada. Por dentro, la persona está tan muerta como la primera. O más. Cualquier resto de lo que quiera que tengáis los

tuyos, de eso que os hace diferentes, debería haber desaparecido. Deberías ser vulgar. Deberías ser uno más.

—Pero no lo soy.

—No, no lo eres. Tú sigues tu vida como si nada hubiera cambiado. Tu ritmo… es distinto. Es… pausado. Casi pareces disfrutar de todo. Como si te empeñases en encontrar lo bueno, incluso en lo más desagradable. Sigue habiendo algo que te diferencia del resto.

—Esa es mi condena, ¿no es cierto? Ha sido así desde que tengo memoria. Pensaba que ahora sería distinto, pero… por lo que parece, nada ha cambiado. Se me sigue teniendo vetado experimentar lo que significa ser humano.

—Oh, por favor. No te hagas el mártir conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Que sé que ocultas algo. No sé cuál es tu intención, no sé qué pretendes, pero no has sufrido ni un solo segundo de estos dos meses. Te traes algo entre manos. Has estado jugando con nosotros desde el principio.

—¿Tú crees?

—No creo. Lo sé. Tengo indicios, pruebas… Solo me falta encontrar la manera en que se conectan y entenderé qué es lo que pretendes.

—¿Y qué harás entonces?

—¿Cómo?

—Cuando sepas lo que pretendo, ¿qué harás? ¿Se lo dirás a tu jefe? Porque entonces tendrás que revelarle también que has contravenido sus órdenes. Él no sabe que estás aquí, ¿no es cierto? Sí, quizás te perdone cuando le descubras mis malvadas maquinaciones destinadas a tomar el control del país. Pero, no te engañes, eso no te va a hacer sentir más segura.

—¿Más segura? ¿De qué hablas?

—Hablo del verdadero motivo por el que andas tras mis pasos, Irene Belchí.

—No intentes desviar mi atención. No hay ningún motivo oculto. Voy a desenmascararte, eso es todo. Es una simple cuestión de tiempo.

—¿Desenmascararme? Solo intento vivir la vida que vosotros me habéis forzado a aceptar. ¿Qué hay de malo en eso?

—No hay nada de malo. O no lo habría si no fuera imposible. No se puede disfrutar de la vida que te hemos dado. Nadie puede hacerlo. ¿Y ahora vienes tú de pronto a convertirte en el héroe de la clase trabajadora? ¿A quién quieres engañar?

—Intento adaptarme. No es un crimen sonreír un poco.

—Pero tú, amigo mío, sonríes demasiado.

—Y eso significa que…

—Que esperabas esto.

—Se lo dije a tu jefe. Después de haber vivido el infierno, un poco de rutina es una bendición.

—No, no… Es más que eso… Se suponía que debías estar aplastado, sobrepasado por la monotonía y las responsabilidades. Deberías haberte convertido en alguien gris, en un don nadie…

—Soy un don nadie.

—No, no lo eres. Destacas. Vayas a donde vayas, dejas tu impronta. Cambias cosas.

—¿Cambio cosas?

—Sí, cambias cosas. Intervienes. ¿Crees que no me he dado cuenta? Es lo que hacéis los tuyos. Provocáis el caos. Sembráis la incertidumbre. Desviáis las cosas del rumbo que deberían seguir. Trastocáis lo establecido. Sí, por ahora son cosas pequeñas. Pero es el efecto mariposa. Ya sabes, lo de las alas y el huracán. David Bencejo, por ejemplo.

—¿Qué pasa con él?

—Le convenciste para que pidiera un aumento.

—Sí, ¿y?

—Que se lo dieron.

—Ese chico trabaja duro. Lleva casi diez años recibiendo llamadas de clientes cabreados porque no les funciona el ADSL. Les contesta con profesionalidad. En todo el tiempo que llevo a su lado, no le he visto dar una mala contestación. Y, desde luego, no ha habido una sola llamada que no haya podido resolver. Tiene méritos de sobra, una esposa en paro y un bebé en camino. El puesto de coordinador acababa de quedarse vacante, era lógico que intentase acceder a él. No veo nada de malo en el hecho de que yo le diera algunos ánimos.

—David Bencejo es un pusilánime. Créeme, sé de lo que hablo. Tengo información de primera mano. Su mujer, Lourdes. Sí, esa misma, la que acaba de ser despedida de forma improcedente por quedarse embarazada. No fue difícil acceder a ella. Un encuentro fortuito en la consulta del ginecólogo y un poco de simpatía. Lo demás vino rodado. La mujer tenía ganas de desahogarse, ¿sabes? Y ese David tiene mucha suerte de que haya decidido darle una oportunidad, porque ella estaba a punto de dejarlo. Lo sabías, ¿verdad? Claro que sí. Por eso le diste el empujón. De forma tan sutil que fue casi imperceptible. Seguro que el pobre tonto todavía

cree que ha sido cosa suya. Pero no. No lo es. Porque él jamás lo hubiera hecho de no ser porque tú le plantaste la idea en la cabeza.

—Bueno, puede que le aconsejara un poco, ¿y qué?

—¿Y qué? Que él jamás debería haber accedido a ese puesto. ¿Y luego qué? ¿Seguirá subiendo en la escala jerárquica? Ese no es su lugar. No era lo que se supone que tenía que haber pasado.

—Entonces, ¿está mal que alguien mejore su posición? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Lo que te estoy diciendo es que las cosas son como son por una razón. No tienes que entenderlo, solo aceptarlo. Cada uno tenemos un sitio, nos guste o no. Trastocarlo todo de esa manera no trae nada bueno. Fíjate lo que ha pasado con Alba.

—¿Qué pasa con ella? Es una chica estupenda. Realmente inteligente y muy madura para su edad.

—Y futura contable si tú no hubieras decidido que valía para otra cosa.

—¿Qué yo he decidido qué…? ¿Tú has visto cómo dibuja esa niña? ¿Cómo se le iluminan los ojos cuando tiene el lápiz en la mano? Su sueño es ser dibujante.

—Pero no lo hubiera cumplido. Jamás. Posiblemente pasado mañana se habría olvidado de ello si tú no hubieras decidido aconsejarle. ¿Sabes lo que pasará cuando sus padres descubran lo que va a hacer? ¿Crees que ese enfrentamiento merecerá la pena? Eso es lo que tú has hecho, Sansón. Para eso sirve tu ayuda. Para provocar problemas.

—Ella sabe lo que quiere. Y lo perseguirá, no importa lo que le cueste. Lo único que he hecho es aconsejarle. El resto ha sido decisión suya.

—Y una mierda. Mi jefe tiene razón. Sois salvajes e incivilizados. Una afrenta al orden natural, al fluir lógico de las cosas. Cogéis las reglas del universo y las transformáis en algo arbitrario. Fomentáis el caos. El desorden.

—¿Ves? Ahí lo tienes.

—¿El qué?

—Tu verdadero motivo. Tienes miedo. Te asusta que las cosas se sacudan un poco, aunque sea por un bien mayor. Te aterra la incertidumbre.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué tiene que ver esto conmigo? Aquí lo único importante es lo que te traes entre manos. Dios, ¿cómo hemos sido tan imbéciles? ¿Cómo es que no lo hemos visto antes? Ese era tu plan desde el principio. Por eso fue tan fácil atraparte después de trescientos años en los que nadie fue si quiera consciente

de tu existencia… Lo habías preparado todo. Para esto. Para dejarte atrapar. Para poder alterar las cosas sin necesidad de ocultarte, a la vista de todos…

Sansón calla. Su mirada se llena de gravedad. Parece sopesar algo. Entonces, como si repentinamente hubiera experimentado algún tipo de revelación, suspira y dibuja una media sonrisa resignada.

—Claro —dice—, ahora sé de qué va esto…

—¿De qué estás hablando?

—¿Sabes? Tenías razón en una cosa. Las cosas suceden por un motivo, solo que tú te has equivocado en cuál. Ahora lo entiendo todo. Maldita sea… ¿Puedes creerlo? Trescientos años y sigo sin hacerle caso a mi intuición. Noté algo cuando te vi por primera vez, cuando vinisteis a buscarme al hotel. Pero no quise darle importancia.

—¿De qué estás hablando?

—De lo que está pasando aquí.

—Lo único que está pasando es que te he desenmascarado.

—Sí, ya, claro… Mira, te lo voy a poner fácil. Efectivamente, me has pillado. Para qué voy a negártelo más. Como tú dices, me traigo algo entre manos. Has sido más lista que yo.

—Entonces… ¡es verdad!

—Sí. Lo es. He tenido un plan desde el primer momento. No fue casualidad el que me encontraseis tan fácilmente después de tanto tiempo oculto. Tengo planeadas ciertas cosas para el mundo que… Bueno, para el mundo a lo mejor es decir demasiado. Vamos a dejarlo en este país. Ya se verá más adelante. Claro que no esperaba que aparecieras. Es lo gracioso del Universo, ¿sabes? Te deja jugar las cartas que te ha dado, pero, cuando crees que llevas la mano ganadora, te da un revés para recordarte quién maneja el cotarro. Por eso estás tú aquí. Así que si me dejas explicarte lo que…

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Es que de pronto somos colegas o qué?

—Yo no diría tanto. Pero, si resulta que hay un papel para ti en todo esto, lo mínimo es que…

—¿Un papel…? Espera, espera, ¿es que pretendes que te ayude?

—Bueno, el destino…

—¡A la mierda el destino! ¿Qué pensabas, qué podrías convencerme con tu sonrisa de embaucador, como a todos los demás? El peso de la Cofradía va a caer sobre ti. Y no va a gustarte, te lo aseguro. Ellos son quienes dicen cómo han de ser las cosas. Controlan el país. Dirigen la vida de la gente. Nadie puede escapar

a su ira. Ni siquiera tú. Lo has intentado, pero has fracasado. Y ahora vas a pagar el precio, Sansón Galavís.

—Espera, déjame contarte y…

Pero es inútil. Cualquier intento de explicación no sirve para nada, porque ella ya corre en dirección a la puerta. En otras circunstancias, la Irene cauta y racional habría deducido que andar a paso ligero sería lo adecuado para no llamar la atención de los parroquianos. Y, sin embargo, ahí la ven, como alma que lleva el diablo. Está asustada. Incluso más de lo que es capaz de reconocerse a sí misma. En su huida golpea una mesa y tira el café sobre el regazo de una mujer que reacciona levantándose bruscamente. Hay algún grito y muchos sobresaltos, incluso alguna propuesta de llamar a la policía, pero no veremos en qué queda la cosa porque nuestro interés, por supuesto, va con Sansón cuando corre tras los pasos de la chica.

Afuera nos alcanzan los helados dardos de una lluvia nada benévola que da la bienvenida a este tardío otoño. Estaba siendo un año inusualmente cálido, así que ya era hora. Pero no nos perdamos en consideraciones meteorológicas, que no es momento ni lugar. La cosa es que llueve y que con la lluvia ha llegado a la ciudad un viento gélido que aúlla siniestro por los callejones. Fíjense, allí va Irene, al final de esta avenida que atraviesa en línea recta la red de callejas del centro. Sorprende verla correr con tacones, sin resbalar una sola vez. Sansón, que le sigue la pista de cerca, ya ha hecho amago varias veces de ir a parar de bruces al suelo. Y ella, sin embargo, se desliza con la gracia de una patinadora artística.

Sintiéndose acosada, la mujer conduce la persecución por esa irregular cicatriz que es la calle Zaragoza. La estrechez de las aceras le obliga a correr por el asfalto. Suerte que no hay apenas tráfico. Suerte, sí. Pero buena o mala, depende de cómo se mire, porque la vía despejada hace que Sansón recorte fácilmente distancia. Se hace entonces patente la angustia de ella. Cada dos pasos, vuelve la cabeza hacia atrás con desesperación. De todas formas, que nadie lo dude: es pertinaz. No se va a dar tan fácilmente por vencida. Y, desde luego, es lista. Atentos. Cruza ahora Plaza Nueva. Esquiva el tranvía. Atraviesa la avenida de la Constitución y la calle Hernando Colón. La Catedral contempla indiferente cómo trata de confundirse con la masa de turistas que, inasequibles al desaliento y al mal tiempo, se amontonan enfundados en sus impermeables de plásticos a los pies de la Giralda. Parece que lo consigue. Mira atrás y no ve nada más allá del bosque de paraguas de llamativos colores. De todas formas, no relaja el paso. No lo hará hasta estar segura de

haber conseguido ventaja suficiente. Con admirable rapidez mental, dibuja un trazado en su mente. Sus pasos lo siguen al milímetro. Y tiene mérito, créanme, la chica no es de aquí. Conoce el sitio, es cierto. Pero, como pasaría en cualquier otra ciudad del mundo, sería muy fácil desorientarse y perderse en las complejidades del corazón histórico. Sin embargo, eso no parece suponer un problema para ella. Quizás es lo que quiere. Perderse. Ni corta ni perezosa, pasa bajo las murallas externas del Alcázar, dibuja una línea recta entre los naranjos que delimitan el patio del otro lado y se deja engullir por los secretos del hermético laberinto que es el Barrio de Santa Cruz.

Entonces, algo cambia.

¿Lo notan? El silencio. Tan profundo, tan denso, que más que una muralla se tiene la sensación de haber traspasado el portal a una realidad distinta. La ciudad queda, de pronto, a un universo de distancia. En un principio, la impresión hace que Irene pierda impulso. Normal. De ser persona proclive a las fabulaciones, habría creído distinguir en la ausencia de ruidos una especie de pulsión, un latido. Habría otorgado a estas calles el rango de una entidad independiente, como si el barrio fuera, por sí mismo, un ser místico y antiguo olvidado por el tiempo, despierto ahora por el eco de las frenéticas pisadas. Eso sería, como hemos dicho, si fuera de natural crédulo. Sabemos que no es el caso, pero no podemos asegurar lo mismo de muchos de nosotros. Díganme, ¿no les parece notar como hay ojos indiscretos vigilando desde cada recodo? ¿No oyen susurros en el gorgoteo de las fuentes, en el repiqueteo de la lluvia sobre los adoquines? Cualquiera se dejaría ganar por la inquietud. Pero ella suele tener los pies en la tierra. Se jacta incluso de despreciar las imaginaciones más vivas y las sensibilidades más despiertas. Así que la flaqueza le dura un suspiro.

Ahí va de nuevo, infatigable, internándose en lo más profundo del barrio.

Esperemos que no tenga que arrepentirse.

El aguacero hace que las calles, normalmente atestadas de turistas, estén vacías y así el avance se hace más rápido. En pocos segundos ya corre junto a la muralla por la calle Agua. Hace un último requiebro. Se desvía bajo el arco de un pasadizo y, en la plazuela que se abre al otro lado, se deja caer contra la pared de una casa, buscando un descanso. La lluvia la empapa por completo, pero no le importa. En este momento, eso solo sería una molestia si delatase su posición. Pero como no parece que tal cosa vaya a suceder, se limita a dejar que el agua borre el rastro de sus pasos.

Y con todo, sorpresa, alguien parece haber dado con ella.

O no. Quizá, simplemente, estaba aquí antes. O acaba de llegar, por pura casualidad, a este mismo lugar en este mismo momento. A lo mejor se ha materializado ante nuestros distraídos ojos sin que ninguno nos hayamos percatado de ello.

¿Cómo?

¿Que de quién hablamos?

Miren, ahí, al fondo, junto a un naranjo. ¿No ven a la muchacha, esa a la que tampoco parece importarle la lluvia? Es increíblemente hermosa. Casi corta el aliento el mirarla. Y, sin embargo, ¿no perciben algo turbador en su belleza, como una cierta contrariedad? Es difícil de precisar, pero, más o menos, sería como cuando llueve y hace sol a un mismo tiempo. Tiene la mirada firmemente clavada en Irene, pero es difícil percibirle intenciones. Es como si sus ojos estuvieran, a la vez, vacíos y llenos. Podrían no albergar ninguna emoción lo mismo que contenerlas todas. No obstante, nada de eso es, ni de lejos, lo más enigmático en torno a su persona. Ese honor lo otorgamos, sin duda, al atuendo. Porque así, a simple vista, sin considerarnos especialmente duchos en materia de modas, podríamos asegurar que su vestido no es precisamente actual. Debe llevar, como mínimo, unos quinientos años de desfase. Así que, una de dos, o le importa muy poco su apariencia o hay mucho más en ella de lo que se ve. Y, qué quieren que les diga, una cosa es no ser vanidoso y otra esto. Así que, llámenlo intuición, pero optamos por lo raro. Irene, claro, no piensa igual. Cuando se hace eco de la estrambótica presencia, su pragmática mente fabrica sin dudarlo una explicación mucho más sensata: debe tratarse de una actriz, ya saben, de alguien que forme parte del elenco de una visita teatralizada de esas que tan de moda están últimamente.

Ya.

Seguro.

6

El rostro de la criatura recuerda lejanamente a un ser humano, cierto.

Pero sus formas están alteradas de tal manera que es como un reflejo deforme, perverso.

Contemplarlo hace añicos la entereza de Irene. No es solo miedo. Es algo más profundo. Todas sus convicciones se han revelado inútiles. De buenas a primeras no tiene claro quién es o quién debería ser. Quizás por eso clava los dedos en al brazo de Gabriel Gris. Necesita aferrarse a algo real. Este, por cierto, permanece inmutable. El avance de la criatura convierte la serena atmósfera en algo irrespirable, malsano. Pero ahí está él, fijo, contrayendo el rostro en una mueca desafiante.

«Ven a por mí», parece decirle.

—Tengo que reconocerte una cosa. Ya sabía todo lo que me has explicado. Esa información la elaboró previamente mi anterior secretario, Eladio Giménez. Un triste, bastante poca cosa. El típico gafotas, amariconado a fuerza de tanto leer. Pero era listo. Mucho. Y eso es lo que necesito a mi lado, alguien listo. Lástima que, además, no tuviera los cojones en su sitio. Cuando comenzaron a correr rumores de que se había vuelto a ver a la criatura, él comenzó a investigar por su cuenta. El muy imbécil quería demostrarme algo. A mí, a él mismo o vete a saber a quién. Así que se plantó aquí él solito, sin refuerzos. Eso no es ser valiente. Eso es ser gilipollas. Lo encontró un segurata a la mañana siguiente tiritando, acojonado. Tenías que haberlo visto, echo un ovillo, encogido sobre sí mismo… Casi daban ganas de matarlo para ahorrarle el sufrimiento. Cuando conseguimos calmarlo un poco, nos dijo que la criatura lo había sorprendido con la guardia baja y que al mirarla a los ojos había tenido una visión de su propia muerte. Y que era terrible. No sé qué cojones vio, pero debía ser muy gordo, porque antes que enfrentarse a lo que fuera prefirió coger la pistola que guardo en el cajón del escritorio de mi despacho y volarse la tapa de los sesos. O a lo mejor eso fue lo que vio. Yo lo único que sé es que dos meses después todavía no he conseguido limpiar los restos de sangre de la alfombra. Una puta alfombra persa echada a perder. Así que ya ves. Esto es lo que tiene este trabajo. Los tienes que tener muy bien puestos. Los huevos, digo. O los ovarios, en tu caso. Nunca sabes cuándo te vas a

encontrar con tu propia muerte.

El ser se acerca.

Se sigue acercando.

Los ojos son dos agujeros negros. El abismo que se abre en ellos atrae irremediablemente la mirada de Irene. Siente el impulso de dejarse engullir. Y casi lo hace. Lo evita la mano de Gabriel, que le aparta la cara de un empujón.

—¿Qué haces, idiota? ¿Es que no me has escuchado? ¿Quieres terminar pegándote un tiro? En teoría, el círculo nos protege, pero con estos hijos de puta uno nunca puede estar seguro del todo. ¡Así que no lo mires a los ojos!

La distancia es ya mínima.

La siniestra sombra del ser les cae encima. Es como una ominosa premonición. Irene desea salir corriendo y no parar hasta cerrar la puerta de casa, dejando afuera a un mundo tan demente, tan desquiciado.

Y entonces, algo sucede.

7

Irene saluda sin demasiado entusiasmo.

Por pura educación. Tampoco es que espere que su relación con la desconocida tenga mucho más recorrido. Pero la otra, según parece, no piensa igual y avanza en su dirección con paso lento y extraños ademanes. Mueve los pies como si el simple hecho de hacerlo le supusiese un terrible conflicto interno. La lucha entre impulso y moral. Como si fuera consciente de lo inadecuado de hacerlo, pero, a la vez, no pudiera evitarlo.

No me digan que no es extraño.

—Qué tarde tan bonita, ¿verdad?

Irene fuerza una sonrisa incómoda. Posiblemente espera que el gesto sea suficiente para dejar claro su nulo interés en participar de la conversación.

No parece haberlo conseguido.

—Yo adoro los días de lluvia. Son tan… pacíficos… Las calles están tan vacías que se puede escuchar el repiqueteo de las gotas contra el suelo. Es como un lenguaje secreto. Cuando era niña, la visión de la lluvia me serenaba el alma. Me colocaba ahí, en mi ventana, y pasaba las mañanas viendo el agua caer.

Al hacer referencia a su ventana, la extraña señala con el dedo la casa en la que Irene tiene apoyada la espalda. Esta reacciona alejándose. Es una especie de gesto de deferencia, como pedir disculpas por haber invadido un espacio privado.

—Oh, perdona, no sabía que…

—No te preocupes. Eso fue hace mucho tiempo. Desde entonces ha pertenecido a muchas familias. Pero nunca podré olvidar cómo me sentaba en el alfeizar, tras las rejas, y dejaba que el bendito aguacero me serenase el alma. Luego cerraba los ojos y trataba de descifrar qué mensajes pretendía transmitirme el mundo. Nunca lo conseguí. Supongo que hay misterios que siempre nos estarán vedados. Y, no obstante, no puedo evitar tener la sospecha de que, de haberlo entendido, de haber sido capaz de llegar al fondo de la hermética advertencia, mi suerte habría sido muy distinta. ¡Cuánto daría por que mi trágico camino hubiera tenido un final diferente!

Al decir esto, la voz de la extraña adopta una inflexión distinta. Se carga de tristeza. Es tal la melancolía que desprende que casi parece un lamento. A Irene le parece distinguir un llanto espectral, una especie de quejido transportado por el viento hasta el irregular

contorno de esta plazuela. La situación es siniestra. Fíjense en la desconocida, acercándose con lentitud con ese arrastrar de pies enajenado, con esa irracional apertura en los ojos que parecen ávidos por devorar la imagen de la chica.

Ahora sí, por cierto.

A esta última la inquietud empieza a agitarle la sangre.

—Yo era hermosa, ¿sabes? Entonces, cuando nada había cambiado. No fui capaz de apreciar la suerte que tenía. Poseía el amor incondicional de un padre. Llevaba una vida cómoda y segura… Pero hubo de cruzarse el amor de un caballero cristiano… Era tan hermoso, tan apuesto, ¿cómo iba a rechazarlo?

Para estas alturas, la extraña no parece hablar más que para sí misma. Su voz, su aspecto entero se han desdibujados, como si más que al presente perteneciesen al tiempo al que hacen referencia sus enigmáticas palabras. Su avance, aunque lento, es inexorable y tiene su destino fijado en Irene.

Esta retrocede lentamente, tratando de ganar espacio.

—¿Cómo iba a saber por entonces que todo terminaría como lo hizo? Nunca más pude alcanzar ni una sombra de lo que llaman felicidad. ¿Sabes lo que es eso? ¿Sabes lo que es morir con una mancha tan grande ensombreciéndote el alma? ¿Sabiendo que no eres digna de nada, ni de la salvación? ¡Traicioné a mi propio padre! ¡A mi propio pueblo! ¿De qué me iba a servir bautizarme? Ni el agua bendita fue capaz de limpiar la pena de mi corazón. Por eso, al morir, hice prometer que mi cabeza sería puesta ahí, a la entrada de la calle, sobre una pica, para que nadie olvidara jamás mi terrible suerte.

El dedo de la extraña vuelve a indicar un rincón. Irene sigue con la vista la trayectoria y lo que encuentra la deja completamente petrificada.

Miren.

Ahí, junto a la farola, colocada sobre una pica.

Es una calavera.

Las cuencas vacías de los ojos nos devuelven una mirada ausente, tenebrosa y siniestra y sentimos, como siente Irene, la explosión de terror en la boca del estómago que hace flaquear a nuestras piernas. Tras ella, la mujer se acerca lentamente. Pero no quiere darse la vuelta. No, porque teme lo que pueda encontrar. Ya no cabe duda posible. Es un fantasma. Un espectro. Un ser de ultratumba. ¿Quién sabe cuán horrible podrá ser su verdadero aspecto? Si son valientes, echen un vistazo conmigo por encima del hombro y contemplen la terrorífica imagen de la mujer descabezada

que se arrastra con los brazos extendidos.

Ya es suficiente.

Apartemos la mirada.

Es hora de correr.

Irene, aterrorizada, vuelve a toda prisa sobre sus pasos, pero no ha salido todavía de la plaza cuando se detiene de nuevo.

Ahí, frente a ella, está Sansón.

8

La criatura duda.

El avance se detiene. No somos expertos en el tema ni podemos desentrañar emociones de monstruos demoníacos, si es que las tienen, pero este en concreto, de pronto, parece inseguro. Extrañamente, su amenaza se diluye. Ya no parece tan inminente. Gabriel señala otra vez al suelo e Irene descubre que la serpiente también está rodeada por un círculo.

Ha caído en una trampa.

Está atrapada.

El contoneo se torna errático.

—Sí, lo había preparado todo con antelación —revela Gabriel—. Lo tenía preparado antes de saber de ti. Mis agentes me hicieron llegar tu currículum. No te sorprenda, enviaste cientos a todos los periódicos que ofertaban puestos de trabajo. Uno de ellos es mío. A mí, los periodistas y el rollo ese de la prensa libre me tocan muchos los cojones, pero cuando trabajan para ti, no hay mejor escaparate. Así fue como llegué a encontrarte. Y creo que eres perfecta para el puesto, ¿sabes? Para ser mi secretaria, quiero decir. Una lumbrera como tú podría facilitarme mucho las cosas. ¿Qué me respondes?

Responder, no responde nada. Ahora mismo no es capaz de pronunciar una sola palabra. El extraño ser se enfurece delante de ellos y a Gris le ha dado por soltar monólogos.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato? Es normal, es la primera vez. Pero acostúmbrate pronto. A partir de ahora, este será tu día a día. No vas a negarte. No puedes. No, sabiendo que hay cosas como esta pululando por ahí. ¿Cómo podrías dormir sabiendo que están por todas partes? Algunos ingenuos te dirán que los hay buenos y malos. Pero no es cierto. No hay ni uno bueno. Son todos volubles, incivilizados. No respetan ninguna autoridad. No les interesa el dinero. Son una amenaza para el orden establecido, y eso no puede permitirse. Las cosas son como son, punto. Hay que respetarlas. Es así de simple, no hay más. Nosotros somos la última línea de defensa frente a ellos. Son como una marea, y nosotros el dique que la contiene. Por eso da tanto placer cuando uno está a tu merced, y tienes la oportunidad de cortarle el cuello.

Gabriel rebusca en el interior de su chaqueta y extrae un machete.

El brillo de la hoja, de tan afilado, parece una media luna cortando en dos la oscuridad. Sin mediar más palabras el hombre cruza el límite del círculo. Llega hasta la criatura, se aferra a ella y, desplegando una fuerza y una agilidad inauditas, chocantes en alguien de su edad, cumple con su palabra y hunde el machete bajo la deforme cabeza humana. La herida vomita un río de sangre negruzca. La criatura se desploma en mitad de un silencio espeluznante. El cuerpo reptiloide se enrosca sobre sí mismo y se queda ahí, convulsionando. Gabriel limpia la hoja del cuchillo con un pañuelo y lo devuelve a la funda.

—Es como un orgasmo. Como un puñetero orgasmo. Ni siquiera me importa que no haya muerto. Porque a estos hijos de puta no se les mata así, ¿sabes? Hay que hacer rituales y toda clase de mierda semejante. Pero de eso ya se ocupan mis hombres, que vienen de camino. Ya tendrás tiempo de aprenderlo. Nuestra parte está hecha. Ahora, vete a casa, pégate una ducha, busca en internet un capítulo de la serie que estés siguiendo y duerme un poco, que te hace falta. Mañana a primera hora pasaré a recogerte. Te quiero aseada y trajeada. Nada de vaqueros ni camisetas de tirantes, ¿está claro? Las formas hay que guardarlas siempre, ¿de acuerdo?

Si lo está o no, lo cierto es que da igual.

A Gabriel no le hace falta respuesta.

¿E Irene? ¿Qué pasa con ella?

Pues ahí la tienen, pálida como la muerte, con los ojos abiertos como platos y el corazón a punto de reventarle en el pecho. La muchacha se esfuerza por ajustar el fluir de sus emociones al ritmo acostumbrado. En vano, claro. No podrá hacerlo jamás. Porque ha cambiado para siempre. Todo su mundo lo ha hecho. Se ha venido abajo, y ha quedado reducido a escombros y cenizas. Lo reconstruirá. A su debido tiempo. Pero, cuando lo haga, se dará cuenta de que no se parece en nada a lo que fue.

Más le vale aceptarlo.

Y adaptarse.

Y quizá por eso, porque se adapta, al día siguiente se sorprende a sí misma vestida con su mejor traje, sentándose en el asiento trasero del Jaguar que Gabriel Gris de Santamaría ha enviado a buscarla.

9

Irene está atrapada.

La mujer, o lo que sea, a un lado. La penetrante mirada del hombre tricentenario al otro.

Y entonces se da cuenta de que no se fija en ella.

—¿Qué haces? —grita Sansón—. ¡Esta mujer está fuera de tu alcance! ¡Vamos, vete de aquí!

Irene vuelve a escuchar el lamento. Es solo un segundo, pero, cuando termina, algo ha cambiado. La lluvia vuelve a ser solo lluvia. Puede intuirse el mundo que aguarda más allá de las fronteras del barrio. La realidad vuelve a asentarse. Y ella, sin comprender muy bien el porqué, deja escapar un suspiro. Su cuerpo se relaja. Siente un infinito alivio. Como si hubiera recibido la caricia de una brisa fresca en el día más caluroso del verano. Algo parecido. Vuelve entonces la mirada a la pica. La calavera ha desaparecido. También la extraña. Sansón, eso sí, sigue ahí, delante de ella. Y aunque quisiera encontrar mil razones para mantener su desconfianza, se sorprende incapaz. Será que todavía está en *shock*.

O pueden ser otras miles de cosas.

—La Bella Susona. No sé si habrás escuchado hablar de ella alguna vez. Era la hija de un judío rico de este mismo barrio, allá por el siglo XIV, Diego Susón. El caso es que las cosas no estaban especialmente bien para ellos, los judíos. A pesar de haber sufrido persecuciones y matanzas, el rey cristiano publicó ciertas disposiciones que hacían más injusta su situación. Así que Diego Susón, y otros cuantos, plantearon una conspiración para derrocarlo. La hija de Diego, a la que acabas de conocer, muerta de amor por un caballero cristiano, delató la conjura. Su padre fue ajusticiado y ella, presa de una insoportable culpa, pidió que al morir le cortasen la cabeza y la colocasen ahí, donde has visto, a modo de advertencia para los jóvenes. Por los peligros de dejarse llevar por el amor carnal y todo eso. Cosas de entonces. El caso es que de cuando en cuando se aparece con la intención de robarle a alguien el cuerpo para poder volver a sentir lo que es estar viva. Tampoco es muy dañina, no creas. Son solo algunas horas. Pero la experiencia no es especialmente gratificante. Cuando he visto que te adentrabas en el barrio, le he pedido que se te apareciese, pero prohibiéndole expresamente que fuera más allá. Lo que pasa es que, bueno, es un fantasma. Tampoco se les puede pedir mucho más. Si

hay impulsos que son demasiado fuertes para los vivos, imagínate para los muertos.

—¿Tú… tú le pediste…?

—Sí. Sé lo que puede parecer, pero te juro que no pretendía hacerte pasar este mal rato. Solo quería que me dijese dónde estabas. Afortunadamente todo ha salido bien, pero te pido mis más sinceras disculpas. Lo siento.

Irene no reacciona. En estos momentos hay tantas emociones contradictorias pugnando en su interior, que debe tener la voluntad anulada.

—Entiendo que estés confusa, Irene. Créeme. Todo esto debe estar volviéndote loca. Pero si me permites el beneficio de la duda, verás que en ningún momento he pretendido hacerte daño. Ven a mi apartamento. Te daré ropa seca. Te invitaré a cenar. Solo quiero que me concedas unas horas. No pido más. Luego podrás marcharte y hacer lo que estimes necesario. Delátame si quieres. Te prometo que no opondré resistencia. Pero hay muchas cosas que tengo que explicarte.

No quiere creerlo.

Empeña toda su fuerza en desconfiar de él.

Pero es inútil. Algo no es igual en su interior. No sabe bien qué es lo que siente, ni qué se supone que debería hacer. Pero, por primera vez en su vida, Irene Belchí está falta de motivos para oponerse a ese impulso, cuyo origen es incapaz de precisar, y que le dice «confía». No viene de la cabeza, eso está claro. Quizá del corazón. Lo cierto es que da igual. Venga de donde venga, lo importante es que, al final, le hace caso.

Y para su propia sorpresa, confía.

El adivino
y
el doloroso revés de la desesperanza

1

Lo primero que debemos saber, lo primero que debe aclararle Sansón a Irene, ahora que tiene su atención, es que ha mentido.

Los motivos serán revelados en su momento, no quieran correr tanto. Mientras, en lugar de quejarnos o sentarnos a esperar, remontemos una vez más las olas del tiempo y vayamos al momento justo en que realidad y relato tomaron caminos separados.

Ya conocen esta noche de brisa templada y cielo despejado.

Ya conocen esta calle.

Echen un vistazo alrededor. ¿Qué ven? Cadáveres. Apilados de cualquier manera, componiendo un cuadro grotesco. Son los hombres cuyas oscuras intenciones Nicolasa se encargó de disipar con toda la terrible furia del demonio. Ahí tienen el cuerpo sin vida del comerciante, Alberto Mancilla, el cabecilla de la malograda comitiva. Con él más que con nadie se cebó la ira de la mujer. Puede que de forma merecida, no vamos a discutir eso, pero la visión no deja de ser estremecedora. La tez demacrada, salpicada de sangre, los ojos vacíos perdidos en el infinito… Qué espanto. La propia Nicolasa, una vez recobrada la humanidad, se derrumba ante la consciencia del horror. Ahí la ven, arrodillada entre los muertos, atragantándose en silencio con la culpa. Es tan palpable su angustia que, fíjense, por un momento, atisbamos en ella una sombra de fragilidad.

Y ahí está Sansón, observándola inmóvil desde el extremo de la calle.

¿Qué hará ahora? Ni él mismo lo sabe. Teniendo en cuenta que le acaba de ser revelado el verdadero rostro de la mujer que ama y que es, admitámoslo, un rostro terrible, lo raro es que no haya intentado poner ya toda la tierra posible de por medio. Será que este hombre, este fugitivo, este falso sacerdote, una vez fue un niño excepcional. Uno cuyo corazón sobrepasaba con creces en grandeza a cualquier prejuicio. Y será que, como los destinos de ambos quedaron entrelazados, la sola visión de Nicolasa, mujer o demonio, hermosa o atroz, apela directamente a los restos de aquella pureza. Así que no es de extrañar, una vez superado su más que justificado momento de duda, verlo correr a su lado, arrodillarse y recoger su desolación con el más acogedor de los abrazos. Y ahí quedan los dos, náufragos en un mar de muerte, aferrándose con

desesperación, no a uno, sino a todos los clavos ardiendo. Aun a sabiendas de que, con toda seguridad, terminarán descarnándose las manos.

Pues bien, esa es la mentira: Nicolasa nunca se fue. Decidió permanecer allí y enfrentar las consecuencias de sus actos con los pedazos de dignidad que pudieran restarle. Ya ven, por otra parte, que no le ha durado mucho el momento de fragilidad. Ya se enjuga las lágrimas, se aparta con delicadeza de Sansón y le expone la situación de forma directa y sin concesiones: no quedan demasiadas opciones.

Tiene que huir.

La respuesta de Sansón es previsible. Evidentemente, no va a dejarla sola. Nos sorprende, si acaso, la apasionada declaración con la que anuncia sus intenciones. «Mi vida está donde tú estés», le dice, «Huiremos los dos». Nicolasa no intenta disuadirlo. ¿Por qué debería? Si hasta puede distinguirse, breve pero intenso, un destello de agradecimiento en el opaco fondo del lago que son sus ojos azules. Ya no se ve, ya se ha ocultado. No duden, no obstante, de su existencia. Estar ha estado. Eso no se puede negar. El propio Sansón lo ha visto. Y para él, ha sido la más elocuente de las declaraciones de amor. Ya no hay vuelta atrás. Su destino está sellado.

Venga lo que venga, habrá de encontrarlos juntos.

Lo que viene, por el momento, es la hora de actuar. ¿Qué van a hacer con los cuerpos? Porque deshacerse, así como así, de diez cadáveres, plantea un reto complicado. Por fortuna, la intempestiva hora ha mantenido el suceso en un velo de misterio y Sansón propone aprovechar eso como ventaja. Entran en la casa, componen sendos hatillos con mudas y el dinero de emergencias que él guardaba en un arcón y se disponen a abandonar Granada amparados por el anonimato que les garantizan las sombras. Antes, claro, el cura se deshace de la sotana y se despide de todos los votos que una vez jurara, eso sí, con muy poca convicción. Y un rato más tarde, ahí los tienen, dejando atrás lo más parecido a la felicidad que jamás conocieron.

Es ya mediodía cuando Sansón compra a un viejo granjero un carro y un corcel que hace ya mucho dejó atrás sus días mejores. No obstante, ambos esperan que, para cuando dé el último suspiro, haya cumplido con su misión de llevarlos lejos. Pero claro, primero han de tener claro exactamente a dónde. Hasta ahora han estado caminando hacia el norte, un poco porque sí, con la única intención de ganar distancia y confundir el rastro. Y han hecho bien. El problema es que necesitan orientarse. Tener un objetivo. Una

dirección, al menos. Así que deciden detenerse en una posada para reponer fuerzas y discutir sus próximos pasos.

¿Hacia dónde irán?

¿Cómo encontrarán la ayuda que necesitan?

Porque, aunque la idea de Sansón es no descansar hasta sacar el demonio del cuerpo de la mujer, no tiene la menor idea de cómo hacerlo. Pese al extraño vínculo que le une a lo sobrenatural, la educación junto a don Jacinto, estrictamente racionalista, le empujó a apartarse de los ambientes en los que se cultivan sus misterios. Incluso a despreciarlos. De manera que toda su vida se ha visto ahogado por una especie de lucha interna entre sus dos naturalezas: una más visceral, crédula, aplastada bajo el yugo de la maldición de su padre y otra mucho más racional. Bueno, qué vamos a decir ahora. Ya sabemos perfectamente los problemas de conciencia que eso le ha acarreado. La falta de paz interior que le ha perseguido siempre y que, por desgracia, lo deja ahora indefenso ante esta situación. «Cuán distinto hubiera sido todo», se dice, «si hubiera abrazado desde el primer momento la verdad». Si hubiera enfrentado todos sus miedos y hubiera intentado entenderlos. Posiblemente ahora sabría a quién recurrir. Pero las cosas son como son. Y no hay forma humana de darles la vuelta.

Y eso significa que Sansón Galavís está perdido.

Intenta no demostrarlo, claro, porque no quiere echar más leña al fuego. Bastante confuso es todo ya. Tampoco ella demuestra la desazón que la carcome por dentro, ya sabemos cómo es. Así que no podemos saber si agradece o no el intento de él por aparentar firmeza. En todo caso, suponemos que sí. Quién sabe. De todas maneras, lo que de verdad nos debería importar de Nicolasa no es su capacidad de demostrar emociones. Eso, para bien o para mal, es parte de ella y debemos aceptarla así. Lo realmente importante es que, de pronto, como quien no quiere la cosa, iniciará el trazado del camino a seguir. Incierto y borroso, de acuerdo. Pero ya es mucho más de lo que tenían hasta ahora.

—Una vez conocí a un mago —Dice con voz queda.

El tono es bajo, precavido, aunque sus inflexiones se las apañan para transmitir una profunda sensación de desapego, como si nada de lo que estuviera sucediendo le importase demasiado.

—Hará algo más de diez años malvivía en Madrid. Fue una época especialmente difícil. El demonio reclamaba sangre. Siempre reclama sangre. Y yo no tenía fuerzas para mantenerlo bajo control. Mi conciencia, sin embargo, me permitió poner ciertos límites a la mezquina sed. Convertí en mis víctimas a los mendigos y las gentes

de malvivir que nadie iba a echar de menos. No evitaba el daño, pero lo hacía menor.

Ahora está todo un poco más claro. Ahora comprendemos. O sospechamos, al menos. No es que no le importe nada, es que le importa demasiado. Tanto que, de no fingir indiferencia, la aplastaría el peso de la culpa. A fin de cuentas, todos hacemos lo que sea necesario para permanecer cuerdos.

—Beber sangre me permitía ganar cierto control. No duraba mucho. Un día o dos a lo sumo. Pero entendí que mientras duraban esos momentos de paz, necesitaba un lugar donde ocultarme. Hubiera podido mezclarme con mis semejantes, fingir ser una persona normal, pero ¿cómo podría disimular? Mientras más personas había a mi alrededor, más crecía mi sed. Así que resolví esconderme. Encontré un palacio que parecía deshabitado y allí construí mi refugio. No fue una buena idea. A los pocos días el lugar volvió a llenarse. La Condesa de Arco y toda su hueste de sirvientes, recién llegados de un viaje protocolario, reclamaron la posesión del lugar, obligándome a vivir a hurtadillas. Como los ratones. Acurrucada en la oscuridad de un frío desván. Pero me fue imposible pasar desapercibida. En las noches que salía a cazar, mis pasos retumbaban en los pasillos vacíos. En los periodos de calma, robaba comida de las despensas y las cantidades que faltaban llamaban demasiado la atención. Sin quererlo, desperté la inquietud de los sirvientes, que en seguida achacaron los fenómenos a una maldición. Creyendo que la casa estaba siendo presa de un fantasma, la Condesa mandó a llamar a un mago de renombre para que la ayudara a desencantarla. No fue capaz, claro. Porque no lo estaba. Pero el caso es que, cuando el mago me descubrió… Digamos que prefirió no hacerse cargo del problema. Me proporcionó una vía de escape y hui.

—Y ese hombre… ¿crees que podría ayudarnos? ¿Es de fiar?

—Es todo lo contrario a alguien de fiar. Pero ¿sabes de alguien más?

—No, claro… Pero, si no quiso hacerlo entonces, ¿por qué va a querer ahora?

—Porque no le dejaremos más opción. Recuerdo su nombre. Sé dónde encontrarlo. Solo tenemos que llegar hasta allí y abordarlo hasta que no le quede más remedio que prestarnos ayuda.

Y así lo hacen.

Pero claro, no tiene mérito. No es precisamente el tal mago una persona desconocida. Don Diego Torres de Villarroel, escritor, poeta, dramaturgo, mago, alquimista y ahora catedrático de

matemáticas en la Universidad de Salamanca, gozaba de gran popularidad merced a los almanaques que publicaba anualmente bajo el seudónimo de «El Gran Piscator de Salamanca», en los que daba muestras de capacidades adivinatorias. Predijo, por ejemplo, la prematura muerte del rey Luis I el 17 de agosto de 1724. El episodio le proporcionó la admiración sin límites del pueblo llano (lo que redundó en el gran éxito de los almanaques, su principal fuente de ingresos) y el desdén de las élites culturales, defensoras del racionalismo ilustrado. El propio Sansón había desdeñado en más de una ocasión sus profecías, tachándolas de meras supersticiones. Sí, ya ven, la vieja contradicción tan propia de nuestro amigo. Qué le vamos a hacer, él es así, siempre rechazando lo que, en el fondo, sabe cierto sobre sí mismo. Admiraba, no obstante, su otra faceta, la de escritor y, sobre todo, la de poeta, porque, no lo hemos dicho antes, pero quizá debiéramos mencionarlo ahora, nuestro Sansón es ávido lector de poesía. Pero, en cualquier caso, lo cierto es que su única posibilidad, una débil y lejana, más un espejismo que en una realidad, recaía, así, por una de esas carambolas del destino, en ese extraño hombre. Quién lo hubiera dicho. Imaginen que, de buenas a primeras, la clave de sus problemas se encuentra en, qué se yo, un futbolista de renombre o una estrella cinematográfica de primer orden. No me dirán que la situación no revestiría ciertos visos de surrealismo. Pero también es verdad que, no siendo la vida de Sansón Galavís, y mucho menos la de Nicolasa Parejo, precisamente, un dechado de cotidianidad, el cura renegado debía estar más que acostumbrado a estos impredecibles requiebros. Quizá acostumbrado es decir mucho. Dejémoslo en que, desde luego, no deberían resultarle más extraño que otros aspectos de su poco mundanal existencia.

Y así, algunos días más tarde, cercano ya el verano, el sol de media tarde los vio cruzar las murallas de Salamanca, camino de la vieja universidad.

2

Aquí los vemos, en el Patio de las Escuelas.

Ahí están el Hospital del Estudio y el edificio de Escuelas Menores. Y la estatua de Fray Luis de León, no nos olvidemos de ella, saludando taciturna desde el centro. Pero es al edificio de este lado al que se dirigen nuestros dos fugitivos, al de Artes Mayores. Ahí pueden ver la espectacular fachada plateresca. Agudicen bien la vista. Lo mismo, entre el medallón de los Reyes Católicos, Carlos I y el Papa Benedicto XIII de Avignon pueden distinguir la famosa rana. Ya saben, esa que da suerte a todo el que sea capaz de encontrarla. Prueben, prueben. El resto, mientras tanto, andaremos tras Sansón y Nicolasa, que ya cruzan las puertas directos al interior.

No es que cuenten con el más sofisticado de los planes, pero ambos esperan que dé resultado. La idea es deambular por el edificio hasta que la memoria de Nicolasa sea capaz de identificar los rasgos del misterioso mago. Luego, bueno, será cuestión de convencerlo. Ya verán cómo. Teniendo en cuenta que andan bastante desesperados, tampoco les pidamos tanta antelación.

Por cierto, observarán que Nicolasa se cubre con capa y capucha, ocultando las formas del cuerpo y los rasgos del rostro. No es casualidad. Una mujer en la universidad, en pleno siglo XVIII era un hecho susceptible de provocar un escándalo. Es prioritario para ambos, por tanto, pasar desapercibidos. Sí, podría haber entrado él mientras ella esperaba fuera. Pero se daban dos circunstancias: que es la mujer quien conoce el rostro del mago y que, quiera o no reconocerlo, Sansón no se fía de dejarla sola. Si es su presencia la que parece adormecer al demonio, ¿cómo podría asegurarse de que alejándose de su lado no iba a despertar de nuevo? Hace relativamente poco de la última matanza, no estaría de más dejar pasar un poco más de tiempo. Por decencia, más que nada.

De manera que ahí los vemos a los dos, rodeando el claustro con paso lento para no perder detalle de todos los rostros, alumnos y profesores de negra toga que se cruzan en su camino. Esperando, a fin de cuentas, que la flauta termine por sonar en algún momento.

Desesperado, cierto.

Pero la cosa es que lo hace.

Fíjense. ¿Ven al hombre alto y rubio, de tez pálida y andares confiados, que sale del aula dedicada a Fray Luis de León?

—Es él —nos desvela Nicolasa.

Y ya está. Ahí lo tienen. Ha sido tan fácil que es imposible no albergar temores a que la cosa termine saliéndose de madre. Por una cuestión de pura compensación cósmica. El karma, si quieren llamarlo, aunque en el siglo XVIII ese concepto resultase completamente desconocido o, en todo caso, asunto de brujería. Sansón, resuelto a no dejarse paralizar por el miedo, se decanta por no dedicarle más pensamientos de la cuenta y ahí va, directo a encarar al desconocido que representa su última esperanza.

—Disculpadme, señor. ¿Sois Diego Torres de Villarroel?

—Con ese nombre me bautizaron, sí. Pero no tengo demasiado tiempo para perder ahora. Acabo de terminar mi clase y, ciertamente, lo que me pide el cuerpo es refrescar el gaznate con mi buen amigo Juan de Salazar con quien, por cierto, he de encontrarme en breve. Así que hacedme el favor, ahorradme la interrupción y volved en otro momento con vuestro requerimiento, se trate de lo que se trate. O mejor, no lo hagáis nunca y buscad a otro al que darle la murga.

En todo el tiempo que ha durado la parrafada, el tal Diego no ha tenido a bien dedicar una sola mirada a su interlocutor. El tipo resulta insoportablemente engreído, ¿no creen? Todo un dechado de simpatía. Pero Sansón, pueden imaginase, no va a darse por vencido tan fácilmente. Y ahí va otra vez, insistente, siguiendo con esfuerzo las impetuosas zancadas del profesor.

—Don Diego, necesito vuestra atención. Será solo un momento.

Don Diego, claro, sigue haciendo oídos sordos.

—Ya os he dicho que no, caballero.

—Pero se trata de un asunto de vital importancia sobre el que solo usted puede brindarnos ayuda.

—En ese caso, amigo, permitidme que os exprese mi compasión. Porque siendo mi ayuda la única posible, mucho me temo que no vais a conseguir ninguna.

Sansón abre la boca para replicar, pero, miren por donde, el destino decide hacerlo por él. Posiblemente porque su argumento, sin duda alguna, será mucho más contundente. Me explico: de pronto, un rugido atroz resuena en la bóveda de crucería, causando un gran revuelo de estudiantes que corren espantados. El estallido repentino de una ráfaga de viento atrae la atención de Sansón. Y, al darse la vuelta, sus peores temores se ven confirmados.

Nicolasa ha dejado caer la capa y está ahí, de pie, en mitad del pasillo.

O mejor deberíamos decir que no está. Porque ya no es ella. El demonio ha vuelto a tomar el control. Mírenla. No es que nada haya

cambiado especialmente, pero, al mismo tiempo, hay una cualidad extraña en cada aspecto de su ser, señalando la diferencia, vaciándola de humanidad. Es la crueldad inherente a la indiferencia de los ojos, la avidez que asoma en la sonrisa torcida. Son los bucles dorados, revueltos como tentáculos a los que el viento parece haber otorgado vida. Y es, sobre todo, el miedo que nos atenaza las entrañas en el mismo momento en que posamos los ojos en ella.

Pero ¿qué ha sucedido? ¿Qué ha podido provocar la transformación? Sansón deberá quedarse con la duda. Nosotros, claro, podemos descubrir los motivos sin demasiado esfuerzo. Ventajas del narrador omnisciente. Demos marcha atrás al tiempo algunos segundos y viremos el foco de atención. Dejemos a Sansón corriendo tras don Diego. Ahí tienen a Nicolasa, parada en mitad del pasillo. Observen cómo su nerviosismo se incrementa a medida que el antiguo cura se aleja de ella. Es evidente en la forma en que la mirada ansiosa salta de uno a otro lado. Sabe que allí dentro supone una anomalía y que es cuestión de tiempo que sea descubierta. Los estudiantes van y vienen, a lo suyo, pero a cada segundo que pasa, la presencia de Nicolasa se hace más y más evidente. Tarde o temprano tenía que suceder. Y sucede. Un tipo más avispado de la cuenta se percata de los bucles dorados que escapan a la capucha y, con infinita impertinencia, se acerca para retirar el embozo y dejar al descubierto los rasgos de la mujer. Los cambios que se suceden en la expresión del estudiante añaden más leña al fuego. El caso es que la indignación inicial se transforma en una especie de mueca lasciva. Ella, claro está, adivina sus intenciones. Como para no hacerlo.

El resto ya lo hemos vivido.

Y ahora la tenemos ahí, convertida en el centro de un implacable huracán que amenaza con volarlo todo. Los gritos de espanto se propagan. Los cuerpos se diseminan a todo lo largo del claustro. Solo Sansón estaba lo suficientemente prevenido como para sobreponerse a la embestida. Un momento, ¿solo él? Pues parece que no. Porque para nuestra sorpresa, don Diego también lo consigue. Es más, reacciona a la misma vez que el cura. Ambos echan a correr hacia la mujer oponiéndose con todas sus fuerzas al viento, pero es la cercanía de Sansón la que consigue devolver las cosas a su cauce. Ahí está la mirada azul de ella, llenándose de nuevo.

—Nicolasa, ¿qué ha pasado?

—No tenemos tiempo para explicaciones. Tenemos que salir de aquí. Habéis llamado demasiado la atención. Vamos, tenemos que

alejarnos lo máximo posible.

—Tenemos un carro amarrado cerca.

—Perfecto. Os llevaré a mi casa. Maldita sea, tendré que enviar a un criado para que avise a don Juan. Adiós a mi tarde de vino, mujeres y amor fugaz. ¡Si supierais a cuántas cosas renuncio por vosotros!

El viento ha cesado ya, pero, sea por miedo o por las consecuencias de los golpes imprevistos contra columnas y muros, nadie se mueve. Solo nuestros tres personajes que corren hacia la salida. De pronto, un hombre recio y de aspecto serio se interpone en su camino. Es un sacerdote, que ha salido de la capilla al escuchar el revuelo. Si se fijan, lleva el hábito trastocado y la tonsura despeinada. Ha debido sufrir las consecuencias del huracán, pero no por ello parece menos decidido y clava en el profesor una mirada severa, autoritaria.

—¡Don Diego! ¿A dónde creéis que vais?

—¿Creer? No creo nada, padre Amancio. Sé perfectamente a dónde voy.

—Os equivocáis, no vais a ninguna parte hasta que podáis explicar este incidente.

—¿Incidente? ¿Qué incidente? Una dama despistada ha cruzado las puertas de la universidad, ¿es eso tan grave? ¡Vive Dios, padre, que las cosas serían muy diferentes, y los sacerdotes mucho más felices, si en lugar de a las escrituras dedicaseis más tiempo a conocer a la mujer!

—¡No uséis a nuestro señor para justificar vuestras ignominias, don Diego! ¡La sospecha que pesa sobre vos es grave! Demasiado como para tomárosla tan a la ligera. Y sabéis bien que esto, sea lo que sea que os traéis entre manos, no hace más que empeorar vuestra situación. ¡Así que explicaos! ¡Decidme quién es esta mujer o daré aviso al Santo Oficio de que andáis en tratos con una bruja!

—Padre Amancio, no hay necesidad de llegar tan lejos. Me consta que, de cuando en cuando, sois un hombre razonable. Al menos es lo que dicen los estudiantes: que siempre encontráis razones de sobras para vaciar de un trago el vino de la comunión. Estoy convencido que por exceso de celo en vuestra fe. ¿Y no nos dice Juan en su evangelio que cuando los fariseos llevaron a una mujer adúltera ante Jesucristo para ser apedreada, él los disuadió diciendo aquello de «quien esté libre de pecado que tire la primera piedra»? No querréis ser vos, por tanto, el que desdigáis a vuestro Señor, al que tanta devoción profesáis. No tiréis la primera piedra. Dejadnos marchar y este asunto quedará enterrado en el olvido.

Pero el padre Amancio, lejos de amilanarse, parece a punto de estallar. Las palabras de don Diego, cargadas de más sorna de la que requería la ocasión (sospechamos, por cierto, que esa parece ser su inclinación natural), lejos de convencer, han exasperado más al cura que, sintiéndose humillado, ha reforzado su oposición.

—No vais a moveros de este claustro. Haceos a la idea, don Diego. Vuestras ofensas terminan aquí.

—En ese caso, no es que me queden demasiadas opciones.

Sin mediar más palabras, don Diego descarga un puñetazo en el rostro del padre, que se tambalea y cae de espaldas, con la mala suerte de ir a golpearse con uno de los aparatosos candelabros que iluminan el pasillo de la entrada. El golpe deja al cura tendido en el suelo, inconsciente, y con dos arañazos ensangrentados adornándole la cabeza rasurada. Don Diego lo mira indiferente y se santigua.

—Que Dios me perdone.

Y un rato más tarde, allí van los tres, a bordo del carro. Sansón lleva las riendas, apretando cuanto puede al animal. Nicolasa viaja a su lado en el pescante. Don Diego, atrás, se deshace de la toga, que queda colgada de las ramas de un ciprés. Así, en la lejanía, bien parece la siniestra figura de un ahorcado.

Todo un presagio.

El mago se encoge de hombros, esboza una mueca resignada y, sin demasiadas ceremonias, se despide de ella.

3

Estamos en un salón amplio, lujosamente adornado.

En las paredes se alternan tapices y estanterías repletas de viejos volúmenes polvorientos. Dos amplios ventanales se asoman al cielo crepuscular que tiñe de sangre los campos. Es un lugar fresco. Los gruesos muros lo aíslan adecuadamente de las infernales temperaturas del exterior, creando un ambiente acogedor y confortable. Y qué silencio. Qué quietud. El mundo y sus desgracias parecen lejanos e inofensivos. Lástima que eso dure poco. Precisamente ahora la puerta se abre, el mundo irrumpe, la atmósfera se agita.

Y ahí está don Diego, cruzando el salón con grandes zancadas.

Le siguen Sansón y Nicolasa, visiblemente agitados. No es que el primero no lo esté, que lo está, pero hay algo en él, una extraña cualidad, que atempera su inquietud. Una especie de callado acatamiento.

Como si, en todo esto, para él, faltara el elemento sorpresa.

—Elegid un asiento. Poneos cómodos. He mandado a Luis, mi criado, a que abra una botella de mi bodega. Espero que eso sirva para haceros sentir en casa el tiempo que paséis aquí.

Fiel a su propuesta, el peculiar profesor se deja caer sobre una de las butacas que se reparten el suelo alfombrado.

—Con todos los respetos, don Diego. No sé si es momento para relajarnos.

—¿Por qué no? ¿Qué daño va a haceros un descanso? ¿Tan acostumbrados estáis a correr que no sabéis apreciar las ventajas de parar un rato? Pero si no os convence ese punto de vista, aceptad mi consejo: son muchas las cosas que debemos hablar, va a llevarnos un buen rato. No querréis pasar todo ese tiempo de pie. O sí, no conozco vuestros gustos, ni cuan acentuada es vuestra inclinación al masoquismo. Que debe ser mucha, si me permitís el comentario, a juzgar por esta enfermiza relación en la que, visto lo visto, gustáis de regodearos. En cualquier caso, haceros el favor de sentaros.

Y como, guste o no, el comentario del mago está cargado de verdades, Sansón se plantea relajar su postura. Hay un intercambio de miradas con Nicolasa que no podemos interpretar, tan secreto e impenetrable es el íntimo lenguaje forjado por los dos amantes. Pero algo deben haber dicho sobre rendirse a la evidencia, porque a

renglón seguido, ya lo ven, toman asiento con reticencia.

—Bueno, y ahora, si les parece a vuestras mercedes, dado que habré de enfrentar las consecuencias de mi participación forzosa e involuntaria en este turbio asunto, sería menester el ir poniendo las cartas boca arriba, ¿no les parece?

—Contestaremos a cuántas preguntas queráis hacernos, don Diego, pero antes dejadme agradeceros lo que habéis hecho por nosotros. Vuestros actos son el reflejo, sin duda, de un alma noble.

—¿Un alma noble? Debe ser la primera vez en mi vida que se me hace un cumplido semejante. Lo aceptaré de buen grado, por supuesto. Sienta bien saberse reconocido, para variar. Pero quizá vuestra opinión cambie cuando os cuente que los verdaderos motivos de mis actos poco tienen que ver con el altruismo. Nunca he sido un caballero, amigo Sansón. Lo mío con el Santo Oficio es la postergada consumación de una relación larga y complicada. Hace ya tiempo que se vertió sobre mí la sospecha de falta de sinceridad en cuestiones de fe. Se me acusa de judaizante. Ya veis. Menuda sandez. Es cierto que no soy ningún santo, pero no lo es menos que soy diácono. Interrumpí mi carrera eclesiástica por escuchar la llamada de voces más, digamos, terrenales, pero siempre he guardado respeto por la Iglesia. Esa acusación, falsa y rebuscada, es la consecuencia, supongo, de haber vivido como lo he hecho. Me he forjado más enemigos de la cuenta y más poderosos de lo necesario. Era cuestión de tiempo. Además, el padre Amancio venía haciendo méritos desde hacía varios meses para recibir un puñetazo como ese. No sé si sois hombre pendenciero, Sansón, pero os aseguro que en nuestro amado idioma faltan palabras para describir cuan placentero me ha resultado descargar los humores en el rostro del cura.

—Pero… vuestra reputación, vuestra carrera… ¿queréis decir que lo habéis tirado por la borda porque sí?

—Hombre, porque sí… tampoco. Simplemente se me ha brindado una oportunidad y la he aprovechado. Y, para seros sinceros, tampoco es que haya sido una sorpresa. No he hecho más que cumplir con los designios. Algo venía barruntando desde días atrás. Cierto cambio en el aire, un leve temblor en el vuelo de los pájaros… Este tipo de cosas se hacen anunciar. Solo hay que saber leer los signos, ya sabéis…

—Un momento, ¿me estáis diciendo que habíais anticipado todo esto?

—Bueno, había adivinado el cuándo, sí. Pero no tiene demasiado mérito. Esa suele ser la parte más sencilla. El cómo, sin embargo, es

otra historia. Mucho más complicada. Requiere un estudio más pormenorizado y una cantidad de esfuerzo que no he estado en posición de empeñar. Mucho mejor así, si queréis que os diga mi opinión. Tampoco es necesario conocer de antemano cada recoveco del camino, ¿no creéis? ¿Qué gracia tendría vivir entonces?

—Pero, don Diego… ¿habláis en serio?

—¿Y por qué no habría de hacerlo?

—Porque estáis asegurando que sois capaz de adivinar el futuro…

—¿Acaso creéis que no lo soy? ¿No sois seguidor de mi obra? ¿Vais a decirme que no conocéis los almanaques anuales que publico bajo el nombre de El Gran Piscator de Salamanca?

—Sí, por supuesto que los conozco. Tienen gran predicamento entre el pueblo. Pero siempre los tomé por un pasatiempo, un divertimento sin mayor trascendencia…

—¿Un divertimento sin mayor trascendencia? Descarado e incrédulo infeliz… ¡Yo predije con éxito la muerte de nuestro desdichado monarca, Luis I! ¡Yo he anticipado la caída de la monarquía francesa! ¡La providencia me ha concedido el don de la premonición! ¿Cómo osáis si quiera dudar de ello?

—Bueno, entended que la idea de que alguien pueda anticipar el futuro va en contra de todo lo razonable…

—¿Y me lo decís vos, que compartís cama con un engendro demoníaco?

Nicolasa tensa la espalda. No hay muchos más cambios aparentes, pero esa mínima corrección de la postura es suficiente para comunicar una cierta turbación en su ánimo. El comentario del adivino no le ha hecho excesiva gracia.

—No os ofendáis, querida. En lo que a engendros se refiere, pertenecéis, sin duda, a la clase más hermosa de todas. Pero engendro, sois.

A la mujer, esta especie de disculpa, que parece de todo menos eso, no le sirve de nada.

—Y en cuanto a vos, Sansón, ¿cómo podéis vivir en semejante incongruencia? Aceptáis la naturaleza sobrenatural de Nicolasa, lo cual me hace suponer que no sois del todo ajeno a la existencia de lo mágico. Quizá porque no ha sido esta la única vez que ha cruzado vuestro camino. Y, no obstante, rechazáis de plano algo tan inofensivo como las capacidades adivinatorias. Sospecho, y no me hace falta recurrir a mi poder para ello, que os paraliza el miedo. ¿A qué le teméis? ¿A ser vos mismo un ser, llamémosle, especial? ¿Qué os hace a abrazar una visión tan estrecha y rígida de las

posibilidades de la realidad?

—¿Rígida? ¿Consideráis rígida la razón y la ciencia? Quizás lo sean. Pero también son consistentes y verdaderas. Y la única vía posible para escapar de la barbarie.

—¿Escapar de…? Un momento… ¿no seréis uno de esos nuevos pensadores que no hacen más que desprestigiar las creencias populares y alabar a la razón por encima de todas las cosas? ¿Sois cura?

—Bueno… lo era, sí…

—¡Válgame el cielo! ¿Y no me diréis que, para colmo, sois discípulo de ese estirado del Padre Feijoo, que tanto ha desprestigiado mis almanaques?

—¿Discípulo? No… Pero no voy a mentiros. He leído alguno de los volúmenes del *Teatro crítico universal* y muchos de sus planteamientos me parecen realmente acertados. Es necesario salvar a nuestro país de la incultura y las supersticiones que no hacen más que embrutecer al pueblo.

—No lo discuto. Efectivamente, hacéis un diagnóstico muy certero de los males de nuestra nación. Pero dejad que os diga una cosa: ¡os equivocáis de lleno en el tratamiento! La ciencia y la razón son importantes. Necesarias, incluso. Pero no son lo único. ¡Son parte de una imagen mucho más grande, de un puzle que nunca quedará completo sin el resto!

—¿Y qué es el resto?

—¡La imaginación! ¡El misterio! ¡La magia! ¡Lo sobrenatural! La ciencia y la razón deben servir para equilibrar la balanza. Pensadlo bien. Ya hemos visto lo que es un mundo guiado por la sinrazón, abocado a la barbarie. Pero ¿cómo sería lo contrario? ¿Qué tendríamos si eliminamos para siempre la otra cara de la moneda? Una civilización estéril, gris… desapasionada. La magia, los seres sobrenaturales, han existido desde siempre. Y su papel en la creación está tan claro que resulta casi una ofensa negarlo. Están ahí para influirnos. Son las musas que excitan la imaginación. Porque la imaginación es la verdadera esencia de la humanidad, la clave de todos los avances, de todo progreso. Si queremos salvar al mundo de la barbarie, la receta no es, como habéis dicho antes, fiarlo todo a la ciencia y a la razón. Es equilibrar con ellas la imaginación. Solo así conseguiremos algo.

Sansón guarda silencio. No sabe cómo responder. Es normal. Imaginen cuan vulnerable debe sentirse en este momento, habiendo quedadas expuestas sus más íntimas contradicciones. Es cierto, lo sabemos bien, que dentro de él se libra desde siempre la batalla

entre su anhelo de normalidad y las consecuencias de aquella primera tragedia, lo que no deja de ser un reflejo de la eterna lucha entre superstición y razón. El conflicto está lejos de resolverse, no crean. Pero, quizá por puro cansancio, los argumentos del adivino, mago, profesor, poeta o lo que quiera que sea este tipo han empezado a hacer mella en él. En cualquier caso, como juzga, acertadamente, que son esos asuntos para otro momento, no tarda en pasar por encima de ellos y hacer lo que cree que debe para conseguir lo que han venido a buscar.

—Os pido disculpas, don Diego. En ningún momento he pretendido poner en duda vuestra palabra o vuestras capacidades.

—No os preocupéis. Tengo presente que no eran del todo malas vuestras intenciones. Solo equivocadas. Y no hay nadie más familiarizado que yo mismo con el error. Estáis disculpados.

—Espero que esto no os haga cambiar de opinión sobre nosotros.

—Amigo Sansón, son muchos y notorios mis defectos. Soy borrachuzo, mujeriego, perezoso y no acato más autoridad que la mía propia. Pero también son muchas mis virtudes. Y firmes mis convicciones. Soy un hombre de palabra, podéis confiar en ello. He dicho que podéis contar conmigo y así será. Pero primero, claro está, debéis decirme en qué consiste exactamente la ayuda que tan desesperadamente habéis venido a reclamar.

Sansón y Nicolasa intercambian otra mirada. La comunicación entre ambos, indescifrable para nosotros, se ha intensificado de forma tan notable en los últimos tiempos que su complicidad es envidiable. No hacen falta palabras para entenderse. A fin de cuentas, han pasado años soñando el uno con el otro. Sea como sea, se hayan dicho lo que se hayan dicho, parece que ella ha dado su visto bueno y Sansón se dispone a hablar.

—Algo os habréis figurado ya, don Diego, porque creo que mi compañera no os es desconocida del todo.

Diego Torres de Villarroel esboza una enigmática media sonrisa, algo irónica, y clava la mirada en la mujer rubia que lo observa con el ceño fruncido. Puede que la conexión entre ellos no sea ni de lejos tan fuerte como la existente entre los dos amantes, pero estar, está. Hay cosas, mensajes, pensamientos, que fluyen de uno a otro. Que sean, o no, hermosos o afectivos, es harina de otro costal. Lo único que tenemos claro es que, efectivamente, hay historia entre ellos. Es fácil, además, intuir de qué tipo y por qué ella se lo ha ocultado a Sansón. Y no crean que a él eso no le pasa desapercibido. Pero como no es el motivo de la visita y es nuestro cura, siempre lo ha sido, hombre razonable, decide pasarlo por alto. Simplemente,

no es de su incumbencia. A fin de cuentas, también él ha conocido a otras mujeres. Ya sabemos nosotros algo al respecto.

—No lo es, no —Contesta por fin el mago—. Son muchas las damas que han pasado por mi vida, debo reconocer, pero pocas como ella. Más bien ninguna. ¿Cómo iba a olvidarla?

—Recordaréis entonces lo que sucede cuando el demonio toma el control de su cuerpo. Y entenderéis que anhele librarse de ello. Os aseguro que haría lo que estuviese en mis manos por ayudarla, pero ya habéis comprobado que mis conocimientos en materias tan poco terrenales son más bien escasos. Y por eso acudimos a vos.

—A ver si os he entendido, ¿esperáis que yo pueda ayudarla a liberarse del demonio?

—Así es.

—Pero ¡eso es imposible!

—¿Cómo? ¿Qué…?

—Que me temo que no puedo ayudaros.

—Don Diego, por favor. Os rogamos que…

—No me habéis entendido, Sansón. Si no puedo ayudarla, si no pude hacerlo cuando nos conocimos, es, simplemente, porque su condición no tiene cura. Lo que buscáis no existe. Es una quimera. Una falacia. Mucho me temo que todo vuestro esfuerzo es en vano.

Sí, más o menos, todos nos planteamos lo mismo. No conocemos a este hombre de nada, ¿qué motivos tenemos para confiar en él? Es lo mismo que piensa Sansón. Y, no obstante, miren a Nicolasa. ¿No se detecta una sombra de repentina tristeza en el inescrutable mutismo de su mirada? Es como si el mayor de sus temores acabara de adoptar la rigidez invariable de las certezas. Quizá ella, suponemos, porque con esta mujer todo son suposiciones, necesitaba creer en la posibilidad de la redención, aunque en lo más profundo de sí misma supiera que era imposible. Y ahora ya no tiene forma de negarlo. Ni de ocultarlo. Fíjense bien. Esta es una de las escasas veces en las que el hermoso rostro va a atreverse a dejar entrever lo que se oculta debajo. Su belleza se ve de pronto lastrada por un cansancio profundo, antiguo. Los labios se anclan en una mueca desesperanzada. El colorido brillo que la rodea se ve trastocado, de golpe, en una luz escasa y gris, profundamente melancólica. Es como si repentinamente Nicolasa Parejo hubiera envejecido cientos y cientos de años. Y Sansón se da cuenta. No solo por lo que ve, sino por lo que siente: como si un puñal le hubiese atravesado en dos el corazón.

—No… no, Nicolasa… Eso no puede ser… ¡No puede tener razón! ¡Hay una solución! ¡Tiene que haberla! ¡La encontraré, te lo

juro!

La desesperación del hombre resulta dolorosa. Es imposible no contagiarse de ella. Ahí lo tienen, aferrándose a las manos de la mujer que ama, tratando en vano de levantar lo que está a punto de hundirse, quién sabe si para siempre.

—Él tiene razón. No hay nada que hacer. En el fondo siempre lo he sabido. No hay esperanza para mí. Nunca la ha habido. Estaba condenada mucho antes de que el demonio entrara en mi cuerpo. Pero era tan bonito hacerse a la idea de quizá…

A Sansón la impotencia le desgarra. Los ojos se le perlan de lágrimas.

—No digas eso… Hay esperanza. ¡Sé que la hay!

—La hay, por supuesto que la hay. Yo he dicho que no hay cura, no que no hubiera esperanza.

Las palabras de don Diego vienen a añadir más confusión. Sansón se vuelve hacia él, los ojos cargados de furia.

—¿A qué jugáis? ¡Explicaos, por Dios!

—Rebajad los ánimos, Sansón. Entiendo vuestra desesperación, pero, creedme, no todo está perdido. Hay algo que puede hacerse. Pero, una vez más, debéis comprender que habéis errado en la receta. El demonio no puede extirparse de su cuerpo porque forma parte intrínseca de ella. No la está poseyendo.

—¿Pero de qué habláis?

—Lo pondré más fácil, si es lo que necesitáis para entenderlo. No hay demonio en su interior: ella es el demonio. Desconozco los pormenores de la posesión. No sé cómo se produjo ni en qué circunstancias, pero es evidente que no resultó como debía. Para que una posesión surta efecto, la voluntad del poseído debe someterse por completo. Si muestra el más mínimo signo de rebelión, todo se complica. No hay unanimidad de criterio entre los estudiosos sobre cuál puede ser el resultado de una posesión fallida, pero hay quién cree que las esencias de los seres se funden dando lugar a una nueva criatura, ni humana ni demonio. Mucho me temo, Nicolasa, que sois la prueba que corrobora esa teoría. Ya no sois una mujer corriente. Sois un ser sobrenatural. Y mientras antes aceptéis esa parte vuestra, antes podréis dominarla.

—¿Aceptarla?

—Sí, Sansón. Aceptarla. Hay un lugar… una orden… en la que podéis encontrar el conocimiento que necesitáis para hacerlo. La Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo estudia desde hace siglos las relaciones entre el mundo sobrenatural y el mundo material. No es una orden secreta, pero tampoco de conocimiento

general. La mayor parte de los eruditos no iniciados piensan que es una leyenda y la gente del pueblo ni siquiera se plantea su existencia. Hace mucho que interrumpí mis lazos con la Escuela, por motivos que no vienen al caso, pero puedo deciros cómo llegar a ella. Os brindarán la ayuda que necesitáis.

Sansón se enjuga las lágrimas. El rostro se le ilumina y se vuelve hacia Nicolasa henchido de entusiasmo. No obstante, no encuentra lo que esperaba en ella. La mirada, perdida en algún punto indeterminado, está velada de oscuridad. Hay en sus ojos cierto destello siniestro e indómito, casi enajenado, que por un momento hace temer a Sansón que no esté lejos el momento en que pierda el control de nuevo. Vaya a hacerlo o no, lo cierto es que no será ahora. Por suerte, la puerta de la habitación se abre y alguien entra apresurado, reclamando la atención de los presentes y rebajando un tanto la tensión.

Es Luis, el criado.

—¡Benditos los ojos, Luis! ¿Dónde está el vino que te pedí, haragán incorregible? ¿Te lo has bebido entero o es que has estado pisando tú mismo las uvas?

—Señor, no es eso, es que… hay alguien en la puerta que pide veros. Parece muy urgente.

—¿Alguien en la puerta? ¿No será mi amigo Juan de Salazar que viene a pedir explicaciones por mi ausencia? ¿Tanto has bebido que no eres capaz de reconocerlo?

—No, señor, no se trata de don Juan. Es alguien extraño. Parece un fraile…

—¿Un…?

Ahora es el rostro de don Diego el que se oscurece. La sospecha le enrarece el ánimo. Con un gesto de la mano indica a Luis que deje pasar al desconocido. Cuando el criado ha dejado la habitación, se acerca a una de las estanterías y retira un volumen. De pronto, el mueble salta como un resorte, dejando al descubierto una rendija por la que se filtra una ráfaga de aire fría y húmeda. El profesor se afana en empujar la estantería hasta que la rendija se convierte en un hueco lo suficientemente ancho como para permitir el paso de una persona. O de dos, en este caso.

—¡Vamos, rápido! ¡Escondeos aquí!

—¿Qué? Pero…

—Esta escalera conduce al laboratorio secreto donde realizo mis experimentos alquímicos.

—Pero don Diego, ¿qué sucede? ¿Es el Santo Oficio?

—Si esta visita es lo que creo, el Santo Oficio es la menor de

nuestras preocupaciones, Sansón. Hacedme caso, esto es lo mejor que puedo hacer por vosotros ahora. Espero que no le tengáis miedo a la oscuridad, porque, por muy pronto que consiga despachar a nuestro inoportuno visitante, esto me va a llevar un tiempo.

Sansón toma de la mano a Nicolasa. La mujer parece reticente a levantarse, como si su voluntad estuviese lastrada por una profunda indiferencia hacia su destino. Al final, no obstante, cede y ambos se cuelan tras la estantería. Segundos después, don Diego ya ha vuelto a colocar el mueble en su sitio. La última rendija de luz desaparece dejándolos sumidos en la oscuridad, la expectación y el desconcierto. Porque ya se sabe que la oscuridad potencia los fantasmas. Y a Sansón, haberse visto privado de la visión de Nicolasa, no ha hecho más que provocarle un profundo desasosiego. Trata de convencerse de que la amenaza que hace un momento despuntaba en los ojos de la mujer era tan solo un espejismo. Pero, al mismo tiempo, no puede evitar preguntarse qué pasará si no es así y estando allí, tan cerca pero tan lejos, el demonio o, mejor, hablando con propiedad, la parte de ella que es un demonio sigue creciendo hasta hacerse con el control de todo. Que Dios los pille confesados.

Así que ya ven.

O no, no lo ven, porque está oscuro.

Pero se hacen una idea.

Lo que quiero decir es que aquí están los dos, el uno frente al otro, carcomidos por la humedad de este rellano cuyas dimensiones y formas no son siquiera capaces de intuir. Les llega desde algo más allá un hálito todavía más frío, inequívoca indicación de la cercanía de las escaleras. El resto, nos tememos, seguirá quedando en la más absoluta de las incógnitas. Al menos puede oírse con facilidad la conversación entre don Diego y el desconocido.

Hagamos como ellos.

Afilemos la imaginación, agudicemos el oído y podremos hacernos una idea de lo que sucede al otro lado.

4

La puerta se abre.

—Fray Gaspar Gris, calificador del Consejo de la Suprema Inquisición.

La voz de Luis anuncia al visitante. A continuación, sus pasos apresurados resuenan en las losas del suelo mientras se aleja de la habitación.

—Fray Gaspar, decidme, ¿qué trae a tan alto personaje de la jerarquía eclesiástica a la casa de este humilde profesor universitario? ¿Qué puedo hacer por vos?

—Ahorraos el teatro, don Diego. Ni sois un humilde profesor universitario ni desconocéis el motivo de mi visita.

La voz de don Diego suena como siempre. Confiada, cargada de ironía, un punto arrogante. La del fraile es exactamente lo contrario. Resuena como una rama seca al romperse. Seca, directa, carente de dobles sentidos. No es, precisamente, de los sonidos que transmiten confianza. Sansón tiene el presentimiento de que, sea quien sea el tipo, más les vale escapar de sus garras. Quiere buscar a Nicolasa, tomar su mano, protegerla y sentirse protegido. Los dedos tientan la fría pared hasta encontrarla a su lado. La sorpresa es mayúscula. No, ella no lo desprecia, pero la rigidez y la frialdad con las que recibe el contacto, en la práctica, transmiten la misma dolorosa sensación que el rechazo. O más, porque se trata de ausencia. El cuerpo de la mujer que ama está junto a él, pero su mente y su espíritu se encuentran a mil kilómetros de distancia. Y eso no es buena señal. Sansón sabe que algo está sucediendo. Y lo empeora el hecho de no poder preguntarle directamente. A ver, poder, podría, pero, claro, eso sería delatarse. Y es lo último que quieren en estos momentos. Así que ahí se queda, en silencio, perdido en la penumbra, notando cómo, poco a poco, el desasosiego se va apoderando de sus entrañas.

—Vaya, sois directo. Está bien, como queráis. Entonces, en mi descargo, permitidme que diga algo: él se lo ha buscado.

—¿De qué estáis hablando?

—Del padre Amancio. ¿No es por eso que estáis aquí? Suponía que el asunto no tardaría en llegar a oídos del Santo Oficio, pero, a decir verdad, esperaba un poco más de trascendencia. Un destacamento de la guardia… unos soldados… No sé, algo más de lustre, ¿no? En fin, no os ofendáis, pero un solo hombre, calificador

además… resulta decepcionante.

—Acabad ya con este teatro. Sois perfectamente consciente de que el asunto del padre Amancio o de vuestra acusación de judaizante, ya puestos, me importan una higa.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? Si vais a decirme que es por el placer de la compañía, creedme, me siento halagado, pero habréis de entender que yo, personalmente, la prefiera un poco más femenina. ¿Vos no?

—Ya sabéis lo que decía San Agustín de Hipona, don Diego. No alcanzo a ver qué utilidad puede tener la mujer para el hombre si se excluye la función de concebir niños. No, como cristiano, me cuido mucho de cualquier compañía femenina. Albergo un cierto interés, no obstante, por aquella a la que dais cobijo.

—¿Cómo? ¿Una mujer? ¿Y yo no me he enterado? No es por alardear, pero si de algo soy plenamente consciente es de la presencia femenina. Si la hubiera entre los muros de esta casa, tened por seguro que yo lo sabría.

—Así que seguís empeñado en vuestra absurda representación. «Renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad, recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios».

—¿Disculpad?

—San Pablo. Segunda Carta a los Corintios. Haríais bien en poner al día vuestros conocimientos de las Sagradas Escrituras, teniendo en cuenta lo que se os viene encima. Lo que quiero decir, don Diego, es que mentir no os sirve de nada. Sé que cobijáis en esta casa a una mujer. Una mujer peligrosa.

Sansón traga saliva y aprieta con fuerza la mano de Nicolasa. La falta de respuesta de ella no hace sino aumentar la tensión.

—Una mujer —continúa fray Gaspar— buscada por la Cofradía.

Durante unos segundos, desde el otro lado de la estantería solo se percibe un silencio denso, cargado de implicaciones.

—Así que es eso —dice por fin don Diego—. Estáis aquí en nombre de la Cofradía.

La voz de Diego ha cambiado. El tono burlón se ha mesurado. Grava ahora sus palabras una pesada carga de preocupación que, no obstante, él se empeña en disimular.

—Por fin lo entendéis. Las máscaras, don Diego, en este caso, no nos sirven para nada. Podéis vender la imagen que gustéis. Estoy seguro de que todos los crédulos, pánfilos e inocentes la comprarán gustosos. Para ellos, seréis un hombre sabio y admirable. Pero yo sé

la verdad que nadie más conoce. Sé que sois un mago caradura y sin vergüenza, que no habéis tenido reparos, cuando ha sido necesario, en vender la magia al mejor postor. No es de extrañar que la Escuela de Toledo decidiera cortar los lazos que os unían a ella, hace ya tanto tiempo.

—Y vos, fray Gaspar, debéis ser un ser mezquino. Recto, no lo niego. Quizá hasta demasiado. Pero no me cabe la menor duda de que bajo los hábitos escondéis a un ser de inusitada crueldad. Es lo que siempre ha distinguido a todos los miembros de la Cofradía.

—¿Veis? Nadie se reconoce mejor que los contrarios. Porque vos y yo, don Diego, somos eso, contrarios. Enemigos. Némesis. Como queráis llamarlo. Y, no obstante, estamos llamados a cooperar.

—¿Cooperar? Disculpadme, pero no sé qué objetivo podemos compartir. Yo, como mago, creo en la preservación de lo sobrenatural, en la comunión de la razón y la magia, en la convivencia con las criaturas elementales.

—Y yo, como miembro de la Cofradía, creo en todo lo contrario. Creo que cualquier vestigio sobrenatural debe ser eliminado de este mundo. Creo que las criaturas elementales, como las llama Paracelso, deben ser exterminadas. Lo mágico, don Diego, es la representación del lado más salvaje de la creación. Llama al desorden, al caos, a la incivilización. Pero no cometáis el error de confundirme con uno de esos nuevos ilustrados que alaban la razón. Ellos aspiran a liberar al pueblo por el conocimiento. Nosotros, los cofrades, aspiramos a esclavizarlo. A reconducirlo, si queréis. A pastorearlos. Llevamos siglos haciéndolo. Así que, sí, efectivamente, tenéis razón, don Diego. Sobre el papel, nuestros objetivos son contrarios. Y, aun así, lo sigo manteniendo: habremos de trabajar juntos. O, mejor dicho, vos, don Diego, trabajaréis para mí.

Don Diego deja escapar una sonora carcajada.

—¿Yo? ¿Trabajar para vos? Disculpadme, fray Gaspar. Pero en mi vida he trabajado para nadie que no sea yo mismo. ¿Qué os hace suponer que aceptaré tan gustosamente vuestro liderazgo?

—Pues el hecho de que, en el fondo, los sinvergüenzas son, ante todo, pragmáticos. Y vos no lo sois menos. Ni lo uno, ni lo otro. Y sé que lo que voy a ofreceros os hará cambiar de opinión.

—Vaya, no voy a negarlo, acabáis de despertar mi interés.

—Lo que os ofrezco es muy simple y beneficioso para ambos. Dadme a la mujer y, a cambio, todos los cargos que pesan sobre vos serán desestimados. El incidente de la universidad se reducirá a eso, a un mero incidente. Imagino que, pese a todo, habréis de pagar la pena que se considere justa, pero, sea cual sea, ya no estará gravada

por las sospechas. Quizá un par de años de destierro, no mucho más. Pensadlo bien. Lo contrario podría suponer una condena a muerte. Muy bien sé que amáis vuestra vida. Y que no os priváis en cuestiones de placer. El mundo ganaría perdiendo un alma tan corrupta como la vuestra, pero podría soportarse que continuéis con vuestra deplorable existencia si es por el bien de todo el reino.

Menuda oferta. Es de entender que a Sansón se le corte el aliento. No podemos saber cómo le ha afectado a Nicolasa, debido al extraño mutismo en el que ha decidido instalarse, pero, sin duda, suponemos que debe experimentar algo parecido. Temen que Diego acepte la proposición. ¿Quién podría culparlo? Y no es solo eso. Está también la mención a esa Cofradía, enemiga jurada de todo lo sobrenatural. ¿No resulta terriblemente siniestra? A todo esto, añádanle la oscuridad, el miedo, la distante frialdad de Nicolasa… Reconozcámoslo: no es el mejor de los momentos para ser Sansón Galavís.

—¿El bien de todo el reino? ¿No estáis exagerando la importancia de esa dama?

—¿Exagerando? Esa dama, como vos la llamáis, es una aberración. Un casamiento impío entre lo humano y lo sobrenatural. Y, sin embargo, en su mano descansa el destino de nuestro reino.

—¿Y eso es todo cuánto pensáis contarme? ¿Así es como creéis que vais a conseguir nuestra alianza? Aumentar mi curiosidad para no satisfacerla luego no es la mejor manera de hacerlo, fray Gaspar. Soy un hombre acostumbrado a saciar todas sus ansias.

Se sucede un extraño silencio. No es muy largo. Sí desconcertante. Suponemos que el fraile sopesa aumentar las explicaciones. Y sin conocer su rostro, con un escalofrío, hasta le imaginamos la sonrisa torcida, cruel, lobuna, que le asoma cuando se decide por fin a hablar.

—Como queráis. Pero habréis de saber que si pongo esta información a vuestra disposición es porque vuestro destino está sellado. Tanto si aceptáis trabajar para mí, como si no, serán las frías y descarnadas manos de la parca las que os impondrán silencio. En el segundo caso, está claro. En el primero, dependería de que se os ocurriese revelar esta información a alguien. Entonces seré yo mismo quien me encargue de procuraros la más lenta y dolorosa de las muertes. Habéis acertado antes, don Diego: mi pecado es la crueldad.

Otro silencio. Tenso. Frío.

—Sabed que, en los últimos años, la Cofradía y la corona han

tenido algunos… desencuentros. El rey borbón, desde su llegada, ha recortado muchos de nuestros privilegios, abogando por una repugnante y despreciable indiferencia ante la lucha que mantenemos desde hace siglos con lo sobrenatural. Hace oídos sordos a nuestras más sonoras reclamaciones. Dice querer cimentar el equilibrio social en España en otras cuestiones mucho más pragmáticas.

—Razonable, diría yo.

—¿Razonable? ¡Demencial! Si se empeña en cerrar los ojos… ¿cuánto tardará su indiferencia en provocar la germinación de una nueva oleada de seres elementales? No pasará mucho hasta que volvamos a ver nuestras calles plagadas de fantasmas, nuestros bosques de xanas y mouras, nuestros ríos de lamias… La Escuela de Toledo agoniza, al borde de la desaparición. La presencia de seres elementales se ha reducido al mínimo. Estamos a punto de ganar esta guerra. Y no vamos a dejar que la tozudez de un rey demente nos lo impida.

—Ya entiendo… Y la solución es quitárselo de en medio.

—No exactamente. La solución es hacerle ver las cosas a nuestra manera. Convencerlo, no a él, sino a sus descendientes y a sus consejeros, de la acuciante necesidad de reforzar el poder de la Cofradía. Ello, efectivamente, requiere acabar con su vida. Un rey asesinado por un ser sobrenatural… Definitivamente, eso sería lo que decantase la balanza a nuestro favor.

—No me hagáis reír, fray Gaspar. ¿Pretendéis hacerme creer que, en caso de conseguirlo, se quedarían ahí vuestras ambiciones?

—¿Qué insinuáis?

—Dejad que lo ponga más claro. ¿De verdad permitiríais la subida al trono de un heredero, por mucho que se declarase favorable a la Cofradía, si existiese la mínima posibilidad de que en el futuro pudiese ser un estorbo para vuestros planes? Pensad de mí lo que queráis, don Gaspar, pero haced el favor de no tomarme por ingenuo. Es evidente que la Cofradía no va a perder la oportunidad de moldear el futuro a su antojo.

—¿Y qué tendría eso de malo? ¿No es acaso nuestra visión del mismo la más justa? «Aquel cuyo nombre no estaba escrito en el libro de la vida era arrojado al lago de fuego». Esa, como sabéis, es la visión de San Juan. Es el fin de los tiempos. Y en él, el propio Cristo, rey de reyes, distinguirá entre dignos e indignos. ¿Por qué no habríamos de facilitarle el trabajo? No proponemos nada, a fin de cuentas, que no haya sido así desde que el mundo es mundo. La sociedad debe ser liderada por los dignos. Y solo ellos deben tener

el conocimiento. El resto son corderos que deben dejarse guiar mansamente. Todas estas nuevas formas de pensar, estos experimentos políticos, estas… ignominias… que predican una forma de sociedad más abierta, más igualitaria… deben ser destruidas. La mala hierba, don Diego, lo contamina todo si no se corta de raíz. Eso, ni más ni menos, es lo que pretende la Cofradía. Y esa mujer… será nuestra hoz.

—Pero es un ser mágico. ¿No es eso un poco incongruente por vuestra parte?

—¿Es incongruente usar una espada para acabar con las guerras? La Cofradía rechaza la magia, don Diego, pero somos conscientes de su utilidad. El problema es que, como toda buena arma, ha de estar en las manos adecuadas.

—No me digáis más. La de los dignos.

—Por fin lo entendéis. Todos los miembros de la Cofradía nos valemos de la magia en menor o mayor grado para nuestros fines. No han sido pocas las veces en que se ha recurrido a ella para asesinar a Felipe V. ¿Recordáis el caso de Froilán Díaz?

—El confesor del rey… fue acusado de haberlo hechizado. Así que la Cofradía estaba detrás de aquello.

—Efectivamente. Por desgracia, no salió bien. Hasta ahora, nuestros planes distan mucho de haber sido exitosos. Pero las cosas van a cambiar en cuanto la tengamos a ella.

—¿Cómo estáis tan seguros? Imaginad por un momento que yo decida entregaros a la mujer. ¿Y si se niega a colaborar?

—Oh, pero no lo hará… No puede hacerlo. Porque esta es la única y verdadera razón de su existencia. Esa mujer, don Diego, fue creación de la Cofradía. Nuestro primer y desesperado intento por influir en los destinos de este reino nuestro llamado España. A estas alturas todavía no tenemos claro por qué no funcionó. No controlamos bien los riesgos, es de suponer. El fraile encargado de la conjura era notable por su necedad. Y pagó bien por ella, podéis creedme. Todavía recuerdo el cálido tacto de su sangre en mis manos, las súplicas ahogadas en estertores… Pocas intervenciones resultan tan placenteras como las que tienen que ver con los traidores y los negligentes. Nicolasa Parejo es nuestra. Le perdimos la pista durante muchos años hasta que la encontramos en Granada. Hace una semana descuartizó de manera inmisericorde a los hombres que enviamos en su busca. Huyó junto al cura que le dio cobijo, del que cree estar enamorada. Pobre infeliz. Se niega a aceptar que no es una mujer normal. Nunca podría serlo. El amor, la compasión… son lujos que no puede permitirse. Su naturaleza

demoníaca, su sed de sangre, continuarán descontrolándose si no sirven a un propósito. Aquel para el que fue creada. Y ella lo sabe. En el fondo de su ser, allá donde ocultamos las verdades que no queremos ver, ella lo sabe.

Y ahora es cuando la rigidez y la distancia que mantenían a Nicolasa apartada de Sansón se convierten en un precipicio, en una falla que, a todas luces, incluso en la oscuridad de este rellano, resulta prácticamente insalvable. Pero es que, claro, imaginen el impacto de conocer así, de golpe, tras años y años de vagabundeo, de lucha incesante consigo misma, el verdadero sentido de su existencia. Lo extraño sería que nada de eso hubiera tenido consecuencias en un alma tan inestable como la de esta mujer perdida, harta hasta el infinito. Todas las preguntas sin respuesta la han encontrado de golpe. Todas las piezas que no encajaban han caído en su sitio. Y puede que la imagen que muestren sea desagradable. Horripilante, incluso. Pero es una imagen. Firme, sólida, consistente. Y algo tan volátil como el amor no puede competir con eso. La resignación ante lo inevitable ha aplastado todo lo demás en el alma rota de Nicolasa Parejo. Sansón lo nota, claro que lo nota. Y es tanta su desesperación que olvida todas las precauciones al dirigirse a ella.

—Nicolasa… Es mentira… No lo creas, ¡no puedes creerle! ¡No eres lo que ellos dicen! ¡Yo sé la verdad sobre ti! ¡Lo sé desde aquella noche en que nos conocimos!

—Lo único que sabes es lo que imaginaba un niño de ocho años, Sansón…

La voz de Nicolasa, por primera vez, es un torrente de emoción. Y por primera vez hubiéramos preferido que no lo fuera. Porque suena tan triste, tan decaída, tan moribunda, que no queda lugar a dudas: está a punto de rendirse.

—No…

—¿Es que no lo ves? Después de tantos años… por fin las cosas están claras. Nunca he podido ser feliz porque no debo serlo…

—¡No! Sigue conmigo, Nicolasa. Encontraremos una solución…

—No hay solución posible. Solo sangre… y más sangre… Y yo no quiero mancharte más, Sansón. Estás condenado a mi lado. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que te descuartice, como hice con aquellos hombres?

—Eso no es verdad… No lo escuches… ¡No puedes escucharlo!

Pero es tarde.

Ya lo ha hecho.

Y sigue haciéndolo.

—Lo único que pretendo, don Diego, es recuperar lo que es nuestro y, de paso, ofrecerle dirección a un alma perdida. «Porque vosotros erais como ovejas descarriadas, mas ahora sois ya convertidos al Pastor y Obispo de vuestras almas».

Atención.

Algo se mueve. Algo ha cambiado. Hasta en esta negrura puede notarse que las cosas ya no son como eran. Algo se ha roto. Algo crece y se retuerce. Algo ha tomado el control. Y sin avisos ni alarmas ni llamadas de atención, Nicolasa Parejo estalla. Una ráfaga de viento repentina, violenta y salvaje empuja a Sansón contra la pared contraria. El golpe es tan fuerte que le hace perder la respiración. Entonces la estantería se rompe en mil pedazos. La luz inunda el rellano, el viento arrasa el salón. Las alfombras se arrugan, las cortinas se retuercen, los muebles se arrastran. Ahí tienen a Fray Gaspar, por fin le ponemos cara. Es el tipo delgado, de mirada aviesa y rostro anguloso, el del hábito blanco y la capilla con capucha negra. Su aspecto es tan fiero como lo habíamos imaginado. Y su sonrisa infinitamente más hiriente. Es un gesto despiadado, como un zarpazo que desgarra las conciencias. Observa a la mujer con tal aplomo que, por contraste, la sorpresa de don Diego resulta un desproporcionado espanto. Aunque, por otro lado, aterrarse sería la reacción normal cuando se enfrenta la ira desatada del ser demoníaco que resulta ser Nicolasa Parejo.

Lo extraño, lo desconcertante, es lo otro.

Y esto no lo es menos: la mujer se ha elevado. Si se fijan, avanza suspendida a varios palmos del suelo. Los bucles dorados parecen flotar, como sumergidos en una materia viscosa y trasparente. Por muy azules que sean, por muy seductores que parezcan, intenten no mirarla a los ojos. Es como asomarse al vacío más profundo e insondable.

El mago levanta las manos.

Quién sabe para qué. Quizá trate de invocar algún hechizo, si es que es eso lo que hacen los magos. De todas formas, no vamos a saberlo, nos tememos, porque, signifique lo que signifiquen sus gestos, no va a tener la oportunidad de completarlos. Nicolasa agita la mano derecha y el viento azota a don Diego Torres de Villarroel, lanzándolo contra una de las estanterías. El hombre queda sepultado bajo una lluvia de libros.

Por fin, la mujer o el demonio o lo que sea detiene su avance frente al fraile. Este no se agita. No se inmuta. La presencia de este ser, terrible y hermoso a un mismo tiempo, no parece transmitirle la menor intranquilidad.

Nada se le agita por dentro al mirarla.

Y si lo hace, lo disimula muy bien.

—Aquí estás. Vamos Nicolasa. Volvamos a casa.

El fraile tiende la mano a la mujer.

Y esta se dispone a aferrarla.

Pero… ¡Fíjense! ¡Es Sansón! Recuperado el resuello, se abalanza hacia el fraile a tal velocidad y de forma tan inesperada que ni este ni la mujer pueden detener su ataque. Con un madero rescatado de los restos de la estantería golpea en la cara a Fray Gaspar. Este se tambalea, perdiendo el equilibrio. El cura no desaprovecha la ligera ventaja y lo golpea de nuevo en la cabeza. El fraile cae inconsciente, pesado e inmóvil como un fardo. El ataque ha sido un éxito, pero Sansón no tiene oportunidad de recoger los frutos de su victoria, porque, en ese mismo instante, Nicolasa pone los ojos en blanco para dejarse caer desmayada.

¿Qué le ha sucedido?

No lo sabemos. Tampoco Sansón. Pero ahí está, intentando despertarla sin éxito. Entonces, don Diego resurge de entre la tumba de libros.

—Es la consecuencia de haber usado un hechizo de persuasión.

—¿Qué decís?

—El desmayo. Es consecuencia de un hechizo de persuasión. Lo intuí desde el primer momento. El fraile escondía uno en sus palabras. Sobre todo, entre los versículos de la Biblia que ha recitado. Los hechizos de persuasión aprovechan las debilidades, las grietas en las almas que pretenden seducir. Y la de ella es demasiado grande como para impedirle el paso. Sus palabras han secuestrado la voluntad de Nicolasa y ahora, hasta que el efecto se pase, ella está unida a él. Por eso se han desmayado al mismo tiempo.

—¿Y qué podemos hacer?

—¿Podemos? Amigo Sansón, me temo que esta aventura es solo vuestra. Yo tengo otros asuntos que atender, como podéis imaginar. Nada importante, un posible destierro que, con suerte, hasta deberé pagar con mi propia vida. Qué suerte, ¿no creéis? Pero vos debéis tratar de llegar cuanto antes a la Escuela de Toledo. Allí os darán cobijo y borrarán vuestro rastro. La Cofradía no podrá encontraros. Allí podrán ofreceros la ayuda que necesitáis. Ellos son vuestra única oportunidad. ¡Vamos! ¿A qué estáis esperando? ¡Cogedla en brazos y venid conmigo!

Y así lo hace.

Sansón levanta en peso el cuerpo inconsciente de Nicolasa y

corre tras los pasos del poeta. Este los lleva al exterior y los ayuda a acomodarse en el carro que los trajo hasta aquí. Sansón en el pescante, Nicolasa en la carreta. Las indicaciones llegan en susurros. La Escuela, hoy por hoy, es un secreto, como un preciado tesoro que hay que salvaguardar sea cual sea el precio. Los dos hombres se desean suerte y, minutos después, el carro ya corre hacia el horizonte. Sansón espolea al caballo directo hacia la inmensa luna llena que a esta hora ya trepa con descaro por los límites del mundo. No mira ni una sola vez atrás.

Mala cosa.

Si lo hiciera, si dedicase aunque fuera un segundo a echar un último vistazo, quizá habría visto la escena que se desarrolla a la puerta de la casa, evitando todo cuanto sucederá a continuación. Pero no lo hace. Así que no ve a fray Gaspar saliendo al exterior, herido y tambaleante, pero henchido de rabia. Ni cómo don Diego se dirige a él, extrañamente circunspecto.

—Toledo.

—¿Qué farfulláis, infeliz?

—Que van camino de Toledo. Si os dais prisa les daréis alcance antes de cruzar las puertas de la ciudad.

—¿Veis? Yo tenía razón. Todos los sinvergüenzas son pragmáticos. Y no hay nada más pragmático que la traición.

Sin más despedida que el cortante filo de la hiriente mueca que lleva por sonrisa, fray Gaspar echa a andar en la misma dirección que el carro. Don Diego se queda solo, el rostro instalado en una mueca de asco.

De pronto, todo, hasta su propia persona, le provoca un desdén infinito.

5

Es más de media noche y nuestros dos fugitivos ya corren por las calles de Toledo.

Han cruzado la Puerta del Cambrón, han dejado de lado el monasterio de San Juan de los Reyes, bajado por la calle de los Reyes Católicos y ahora se desvían hacia la judería por la calle de Santo Tomé.

Y no hay ni rastro del fraile.

Don Diego equivocaba su pronóstico. Fray Gaspar no ha conseguido alcanzarlos antes de llegar a la ciudad. Así que el carro vuela por los adoquines. Nicolasa continúa inconsciente. Sansón espolea al caballo, acariciando ya la esperanza que poco a poco, aunque por el momento no deja de ser una ilusión, va cobrando consistencia. De ahí la urgencia que le contrae las facciones. Está tan cerca el final del camino que le estorban los metros, los segundos y los minutos. Maldice la prosaica condición del ser humano, sujeto a las crueles leyes de la distancia y el tiempo. Porque es ahora, al final, cuando la sensación de amenaza se potencia. Es ahora cuando el miedo a perder se insinúa en cada esquina, visceral e insoportable, doloroso y lacerante como una estocada fatal. Ahora, Sansón Galavís no puede permitirse el más mínimo descuido. Otea las sombras que enmarañan las calles, busca los fantasmas de la vieja Toledo y les ruega, a ellos y a Dios, porque algo se le ha quedado de sus tiempos de Iglesia, que reserven las malas jugadas para otro momento.

Lástima, ya lo avisamos, que no estén por la labor.

Un momento: ¡Nicolasa ha despertado!

Ahí la ven, de pie en el carro, inmóvil, como una estatua o una aparición. Sí, eso es. Es una espeluznante aparición que mira a ninguna parte con los ojos vacíos de alma. Qué siniestro el trazo de oscuridad que deforma su rostro. Tanto que Sansón, al volverse para mirarla, se sobresalta y casi pierde el control del caballo. Se recupera pronto, no teman. No obstante, no van a durarle mucho las riendas en las manos. Porque al comprender que el despertar de la mujer ha de suponer, por fuerza, la cercanía del fraile, la intuición se le despierta con un grito. Él lo busca con la mirada y, efectivamente, ahí está, de pie frente a ellos, inmóvil, impertérrito, implacable. Y el susto es tan grande que, al tratar de frenar, impone más brusquedad de la cuenta. El caballo se encabrita, pierde el

equilibrio y cae al suelo volcando el carro de paso. Y ahí quedan los dos, tirados sobre los polvorientos adoquines. Nicolasa ya se ha puesto de pie y sigue inmóvil, como hipnotizada. Sansón no tiene tanta suerte. Se ha llevado un golpe en la cabeza que lo tiene desorientado y, para colmo, el poco sentido que le queda anda ocupado en tratar de encontrar respuesta a la inquietante pregunta que lo acosa: ¿cómo ha dado con ellos tan pronto?

Nosotros lo sabemos.

Él no puede ni imaginarlo.

Tampoco importa, en nada hubiera cambiado lo que sucede a continuación. Cuatro hombres surgen de un portal cercano y la emprenden a golpes con Sansón. Se suceden los puntapiés y los puñetazos, mecánicos, desprovistos de verdadera furia. Son esbirros, mercenarios que no tienen más implicación en esta historia que cumplir los designios de la Cofradía. Pero ese, reconozcámoslo, es poco consuelo. Al final, el resultado es el mismo: Sansón Galavís queda relegado a una especie de guiñapo ensangrentado, al borde de la inconsciencia. Duele verlo así, tan herido, tan humillado. Intenta levantarse, oponer, aunque sea, una leve y banal resistencia. Pero ni eso puede. Y eso que lo sigue intentando. No desfallece. No debe extrañarnos: el último hilo que lo ata a la consciencia es Nicolasa. Y ya sabemos que este hombre daría gustoso su vida por proteger la de ella.

Por desgracia, eso precisamente es lo que parece a punto de suceder.

A una orden del fraile, los hombres se alejan de Sansón. Fray Gaspar Gris se acerca a él con parsimonia. Se agacha y con escasos miramientos le agarra la cara con esa garra que tiene por mano. Qué desagradable rostro, tan mezquino. La falta de humanidad es tan evidente y tan distinta a la de Nicolasa… Dominada por el demonio, en la mujer no hay cabida para los rasgos humanos. Se convierte en una especie distinta, ajena a las más básicas concepciones de nuestra idiosincrasia. El fraile las comparte. Pero las ignora. Las desprecia, incluso.

Y eso es todavía más aterrador.

—Decidme, Sansón. Sois cura, si no me equivoco. ¿Qué decía San Pablo en la primera carta a los Corintios? «¿No sabéis que los malvados no heredarán el reino de Dios? ¡No os dejéis engañar! Ni los fornicarios, ni los sodomitas, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios.”». Habéis ido demasiado lejos. Habéis ido contra vuestros votos, manteniendo relaciones

impuras con una mujer. Peor aún: con un demonio. Eso solo bastaría para condenaros. Pero no estoy aquí para juzgaros por eso. Lo estoy para enseñaros la lección más valiosa de todas: jamás os interpongáis en el camino de la Cofradía. Y, sin embargo, el final será el mismo. Qué deliciosa coincidencia.

Un brillo afilado asalta a la noche. Fray Gaspar ha extraído una navaja del hábito. El pulso firme no duda cuando amenaza la garganta de Sansón.

—Rezad lo que sepáis. Es el momento de pagar por vuestros pecados.

Pero no.

El fraile se equivoca.

Es el momento del viento.

Una ráfaga se levanta de la nada, como un disparo dirigido directamente hacia él. La fuerza es tan grande que es arrastrado varios metros por el suelo. Luego llega la calma. Tensa, incómoda. Fray Gaspar Gris levanta la cara y encuentra a Nicolasa Parejo fijando en él su fría mirada. Pero esta vez no está vacía. Hay algo que asoma a ella. Un vestigio de emoción.

—Dejadlo en paz. Seré vuestra. Pero a él, dejadlo marchar.

No vamos a decir que el pavor lo hace obedecer, porque no es del todo cierto que el fraile sea presa del miedo. De la inquietud sí. Pero en ningún momento ha sentido que perdiese el control de la situación. Con su sonrisa lobuna, que nunca ha sabido lo que es la simpatía, fray Gaspar acepta la condición que le impone la mujer.

—Habéis tenido suerte, cura. Aprovechad esta nueva oportunidad y disfrutad de las migajas de vuestra miserable vida.

La extraña muestra de emoción no parece tener continuidad en Nicolasa. Se ha diluido como una lágrima en la lluvia. Ahí la ven, de espaldas a Sansón, inalcanzable como el recuerdo de un sueño en la vigilia. Él levanta la mano, como si quisiera aferrarse a ella. Pero es un gesto inútil, lo sabemos todos. Nicolasa Parejo se le ha escapado como arena entre los dedos. Y precisamente en eso, en arena, es en lo que su cuerpo y el del fraile se convierten cuando sopla la brisa que los arrastra quién sabe a dónde.

Lejos, muy lejos de allí.

Los sicarios abandonan el lugar corriendo como almas que lleva el diablo.

El caballo hace tiempo que se liberó y huyó por las calles de Toledo.

Aquí solo queda Sansón Galavís, un hombre roto, herido.

Pero no derrotado.

Porque a pesar de todo, a pesar de las lágrimas que le caen por el rostro limpiando los restos de sangre, consigue ponerse en pie y, poco a poco, echa a andar con inusitada determinación. ¿A dónde va? ¿Qué pretende? ¿Cómo es que no se abandona por fin y acepta la derrota, amarga pero incuestionable? La respuesta es la misma para todas las preguntas. Por primera vez en su vida, Sansón Galavís tiene una dirección. Y un propósito: la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo. Por eso empeña hasta la última gota de sus fuerzas para reponerse y seguir las indicaciones de don Diego. Porque quiere creer. Necesita creer que allí encontrará respuestas. Que allí recuperará la esperanza.

Véanlo.

Qué penoso andar el suyo. Qué frágil el ímpetu que empuja sus empeños. Y, sin embargo, qué admirable su voluntad. Vayamos con él. Acompañémoslo cuando cruza la plaza en la que se levanta la vieja mole de este monasterio, hace tiempo abandonado. Colémonos junto a él por la rendija de la puerta de su iglesia, de inconfundible aspecto mudéjar. Mantengámonos cerca cuando encuentra la lápida. Seamos testigos mudos del esfuerzo realizado para abrirla. Bajemos con él las escondidas escaleras y detengámonos a admirar, por un momento, la puerta subterránea que nos sale al paso.

Sansón llama golpeando la madera.

La puerta se abre.

Y ante nuestros ojos se revela un universo de maravillas.

Lo oculto y las revelaciones

1

—¿La Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo? ¡Se suponía que era una leyenda! ¡Se suponía que…!

—Eso es lo que querían que creyeses.

—¿Y por eso mentiste, para ocultarla?

—Entiéndelo. En cierta manera, soy lo único que queda de ella. Debía proteger el secreto.

—Pero ¿cómo sé que no me mientes ahora también? ¿Cómo puedo estar segura de que…?

—Sigues aquí. Y eso significa que, en tu corazón, sabes que tengo razón. Escúchalo. Déjate llevar por él.

—Mira, no me vengas con esa mierda *New Age*. ¡Necesito pruebas! No puedes esperar que, de buenas a primeras yo…

—Lo único que espero es que aceptes la verdad. Puede sonar como quieras que suene, pero eso no va a cambiar los hechos. Mira dentro de ti. Sé que es difícil. A mí me ha costado cientos de años aprender a hacerlo. Pero bueno, durante mucho tiempo fui un cobarde. Tú, sin embargo, eres valiente. Más de lo que yo he sido nunca.

—¿Qué dices? Si estoy aterrada…

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Y sigo sin saber qué demonios te traes entre manos.

—Ten paciencia. Ya llegaremos a eso. Si quieres, claro. Todavía estás a tiempo de marcharte. Las cosas pueden seguir siendo como antes, nada tiene por qué cambiar. Es tu decisión.

—La escuela.

—¿Perdón?

—Háblame de la Escuela de Intérpretes de Toledo.

2

Sansón Galavís no fue del todo consciente de dónde se encontraba hasta que se hubo recuperado de sus heridas.

Cuando llegó, su estado, físico y mental, era tan deplorable que todo parecía nublado por una especie de velo de irrealidad. Los días se sucedieron en una vorágine donde se mezclaba la vigilia, el sueño y el recuerdo de Nicolasa. Los intérpretes lo habían acogido por pura humanidad. Le habían asignado un cuarto y se afanaron en dispensarle los cuidados necesarios para ayudarle a mejorar. Fue entonces, recuperada buena parte de su fortaleza, que se encontró en condiciones de apreciar el brillo de la escuela. Y aunque este no era ya ni una triste sombra de su antiguo esplendor, bastó para deslumbrarlo.

Pónganse en su lugar.

Imaginen encontrarse en el centro mismo de la imaginación.

En el santuario de todo lo imposible.

Vale, dicho así puede resultar excesivamente vago.

Pero hagamos un esfuerzo.

En este lugar, los seres sobrenaturales comparten espacio con los humanos. Fantasmas, demonios, duendes, trasgos, ogros, meigas… Van y vienen a su antojo. Se mueven en límites del campo de visión de nuestros ojos, tan limitado. Porque aquí dentro, por lo que parece, no tienen forma física. Son como sombras, furtivas y veloces, como destellos fugaces que desaparecen, o nos ciegan, cuando queremos enfocarlos. Pero están aquí. Su presencia es innegable. Hay como un cierto algo en el aire, una carga de electricidad que eriza los vellos de la piel y despierta cosquillas en el alma.

Y se respira mejor.

Y se piensa mejor.

Aquí, extrañamente, todo está más claro. Tiene uno la sensación de haber encontrado la pieza final del puzle. Y aunque se siente la inevitable inclinación hacia el rechazo, termina siendo un pensamiento pasajero, los últimos coletazos de la vieja y rígida percepción del mundo que agoniza y, por fin, muere.

Aquí desaparecen, de golpe todas las concepciones del espacio y el tiempo. Bueno, quizás eso sea exagerar un tanto. Los años siguen siendo años y los metros, metros. Pero, es cierto, nos asalta una cierta desorientación, como si costase trabajo reajustar los sentidos

a la forma en que aquellas dos dimensiones han decidido organizarse. Así que no hay, por ejemplo, sensación del paso de los días.

O mejor dicho: pasar, pasan, pero no pesan.

¿Y qué decir de cómo está estructurado el edificio? Porque, por difícil que pueda resultar asimilarlo, dada la subterránea situación, estamos en un edificio. Construido en piedra, los techos abovedados y las columnas nervudas dan la sensación de dibujar los pasillos de un monasterio gótico. Solo que no hay nada monástico entre estas paredes. Nada que remita, ni lejanamente, al cristianismo. Es, se quiera ver o no, y sin serlo, un templo pagano. Pero su configuración es tan enrevesada, que desafía toda lógica, haciéndolo imposible de clasificar. No hay, ni ha habido, cultura humana capaz de construir algo semejante. Las habitaciones cambian de lugar, los pasillos se curvan, se alargan o se enredan siguiendo una suerte de caprichoso criterio sospechosamente parecido al azar. Orientarse es un ejercicio de improvisación constante. Imaginen la dificultad de no encontrar la propia cama justo donde creíamos haberla dejado. Qué desasosiego. Pero, como suele suceder con todo, es cuestión de hacerse a ello. Con el tiempo, uno aprende a no fiarse de los ojos y a dejarse guiar por el instinto para encontrar las cosas allí donde, a fin de cuentas, han decidido situarse.

Lo mejor es que no hay ventanas. Ni una sola. Sea lo que sea que se encuentre al exterior de estos muros, es imposible asomarse. Sí, lo lógico sería dar por sentado que, más allá, no hay más que estratos de tierra apelmazada, pero, sean sinceros, ¿no empiezan a sospechar, como también lo hizo Sansón, que quizás las cosas no sean tan sencillas? Bueno, es evidente que no, claro, pero es que, además de todo lo expuesto, se acumulan evidencias y sospechas para hacer pensar a la mente más libre de prejuicios que la puerta de la Escuela es, también, la puerta hacia otro lado.

A otro universo, por ejemplo.

No se alarmen, como hemos dicho, es solo una sensación. Una intuición, si quieren. Se puede creer o no en ella, es indiferente, porque nunca será confirmada. Como hemos dicho, no hay hueco alguno entre los muros. Ni una simple grieta que permita echar un vistazo. Y, sin embargo, ¿cómo es posible no sentirse agobiado por una abrumadora sensación de claustrofobia? ¿De dónde vienen las corrientes de aire que renuevan la atmósfera, que siempre parece mucho más limpia que afuera? ¿De dónde la luz que ilumina las habitaciones y los pasillos como si de rayos de un radiante sol

filtrados por amplios ventanales se tratase? ¿Cómo es posible que esa misma luz disminuya a lo largo del día hasta hacer necesario en las horas de lo que nosotros identificamos como noche, el uso de velas y candelabros? Se nos ocurre, recurriendo a la vieja teoría platónica, que nos encontremos ni más ni menos que en el mundo de las ideas, allá donde se encuentra la verdadera esencia de las cosas. Y en una dimensión de pensamiento puro no tienen cabida las estructuras cerradas. No hay una única forma ni un solo color, porque todos son válidos al mismo tiempo. Quizás la interpretación que hacemos de este lugar responda a la percepción privada de cada uno. Oye, puede oírse decir al universo, no me pidas explicaciones. Yo te doy las cartas, la forma de barajarlas ya es cosa tuya.

Algo por el estilo.

O quizá, la única respuesta satisfactoria sea que no hay respuesta.

A lo mejor debemos dejar las cosas así.

El misterio de la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo habrá de seguir siéndolo, y la única forma de sobrevivir a un misterio que no tiene solución es aceptarlo como parte de la vida.

Eso, porque no le quedó más remedio, fue lo que hizo Sansón.

No le llevó demasiado, no crean. O sí, no podemos saberlo con exactitud, porque aquí dentro, ya saben, todo es diferente. Lo mismo podría haber pasado un día que cinco años. El caso es que al final se acostumbró. Y por fin, pudo empezar a aprender. Porque a eso había venido. A aprender. Sobre él, sobre Nicolasa, sobre la sombra de lo sobrenatural que oscurece su vida prácticamente desde siempre.

En definitiva: había venido a entenderse.

Y lo hizo.

Pero primero hubo de entender otras cosas.

Por ejemplo: la propia naturaleza de los seres elementales. Después de tanto desconocimiento, de tantas confusiones y malas interpretaciones, por fin Sansón Galavís comprendió la verdad: que lo sobrenatural es tan parte de la naturaleza como aquello que llamamos real. Los seres elementales han existido desde siempre, conviviendo con la especie humana e incluso interactuando con ella. Si bien su naturaleza esquiva ha impedido que se realizasen estudios verdaderamente profundos, la observación directa ha llevado a grandes pensadores, entre los que destacan hombres de ciencia, como el propio Paracelso, autor del *Tratado de seres elementales*, a establecer ciertas hipótesis que la experiencia parece ir confirmando. Así, el consenso más o menos general es que estos

seres son manifestaciones atávicas, antiguas como el mismo tiempo, de pura energía. Incluso los fantasmas, que no serían sino el residuo energético de un ser vivo. Son seres ajenos a la materia. Puramente espirituales. Y, por lo tanto, poniéndolo de forma más o menos fácil, se alimentan de espíritu.

De emociones.

Los seres elementales necesitan las emociones humanas para existir. Es decir, necesitan que se crea en ellos. Al hacerlo, se establece una especie de simbiosis: toman nuestras emociones y nos devuelven inspiración. Como bien explicara don Diego, estos seres, con su naturaleza caótica, inflaman la imaginación, son la savia que alimenta al intelecto, la chispa que prende el espíritu. Tienen una contrapartida, claro. Y es que no es fácil fiarse de ellos. Su carácter es voluble. Varían según las energías que lo alimenten. No quiere decir eso que su inclinación al bien o al mal dependa exclusivamente de los seres humanos. No echemos ese peso también sobre nuestras espaldas. Que ya bastante sobrecargadas andan con el cambio climático, la desigualdad social y el reguetón. Independientemente de nosotros, existen seres benignos, otros malignos y otros mucho más ambiguos. Lo que sucede es que, expuestos a una energía negativa, se potenciará la parte más oscura del ser, mientras que las energías positivas actúan de forma contraria. Pero incluso existen seres sin un ápice de luz en su interior, a los que las energías positivas no les sirven de nada. Estos son los que provocan miedo. Siembran el terror porque es lo que necesitan para sobrevivir.

Y así, por cierto, fue como Sansón entendió a Nicolasa.

Atrapada en un lugar intermedio, no siendo del todo ni una cosa ni otra, la exposición a unas u otras energías la alteraban de forma radical. El amor de Sansón potenciaba su parte humana, la hacía ganar control sobre sí misma. El miedo, la incomprensión, la desconfianza o la violencia exaltaban al demonio. Ahora, estando en manos de la Cofradía, no había duda de cuál era el lado dominante.

Y él sintió miedo.

Y pena.

Y una dosis bastante elevada de frustración.

3

Lo siguiente fue una lección de Historia.

Las crónicas de la escuela se amontonaban en pergaminos debidamente encuadernados que cogían polvo en innumerables bibliotecas. Densos, prolijos (como si la acumulación de datos mejorara en algo la capacidad del escritor), a Sansón le llevó varios años leerlos. O lo que él interpretó como varios años, ya se hacen una idea. Pero no sufran. No vamos a compartir su tortura. El tiempo, para nosotros, se sigue agotando con el mismo ritmo inexorable. No vamos a perderlo de forma innecesaria. Pero, como suele decirse, el saber no ocupa lugar. Así que no estaría de más hacer un resumen de lo más importante.

Verán, según parece, todo empezó con Averroes.

Bueno, no exactamente. A ver si en nuestro afán por sintetizar vamos a cometer un error de bulto. Que tampoco es cuestión de forjar falsas impresiones. Siendo estrictos, la cosa va mucho más atrás en el tiempo. Tanto que nadie sabe cuándo ni cómo, ya puestos, lo sobrenatural hizo acto de presencia en la Tierra. Los estudios al respecto nunca han sido lo suficientemente profundos (aunque sí plúmbeos y farragosos, como hubo de comprobar nuestro esforzado Sansón). Nadie ha sido capaz de determinar una cronología o una causalidad, así que la hipótesis más extendida, la única viable, por el momento, que alcanza la consideración de teoría, más por una incapacidad de refutarla que por otra cosa, es que los seres elementales siempre han estado aquí. Son un elemento más de la creación. Posiblemente, hasta más antiguo que el ser humano. Incluso ahora, aceptada casi universalmente la Teoría de la Evolución, uno se pregunta si quizás no fue la influencia de estos seres la que indujo a los primeros homínidos a bajar de los árboles, caminar erguidos y comenzar a dar los pasos que desembocarían en la aparición del *Homo sapiens*. Pero como entonces, en pleno siglo XVIII, negar al Todopoderoso la autoría en solitario del ser humano era sinónimo, como mínimo, de herejía, quedémonos con que, para Sansón, los seres elementales eran tan hijos de Dios como los hombres. Que habían compartido espacio desde siempre e incluso, en los primeros momentos, interactuaban con naturalidad. De ahí, suponemos, los distintos panteones y mitologías.

Pero, de nuevo, me voy por las ramas.

A lo que íbamos.

Hablábamos de Averroes.

En su época, las cosas ya habían cambiado un poco. La llegada de las religiones monoteístas habían restado fuerza a las creencias que, a fin de cuentas, eran el alimento de los seres espirituales. Su presencia había disminuido de forma sensible. Los más poderosos de ellos ya habían desaparecido. Pero, con todo, el resto seguía ahí y, aunque la relación con sus parientes de carne ya no era tan directa, seguía siendo común en el día a día. Y fue entonces cuando ʾAbū l-Walīdʾ Muḥammad ibn Aḥmad ibn Muḥammad ibn Rušd, conocido casi universalmente como Averroes, se planteó la creación de la escuela.

Que quede claro: hablamos aquí, por supuesto, del ámbito particular de la Península Ibérica. En otros reinos, la relación con lo sobrenatural, si es que se trató, fue responsabilidad de otros pensadores. Y dado que su historia, aunque sumamente interesante, poco tiene que ver con el relato que tratamos de desarrollar, la dejaremos de lado para centrarnos en lo que verdaderamente nos interesa.

El caso es que, aprovechando la relativa relajación de costumbres que había sido la regla en casi todas las etapas de al-Andalus, y no fue el imperio Almohade una excepción, Averroes, hombre de ciencia, abogó por la separación del pensamiento religioso y el filosófico. Recuperó las teorías aristotélicas y otorgó un papel fundamental a la imaginación en el proceso del conocimiento humano. Y claro, si hablamos de imaginación, debemos hablar de seres elementales. Una cosa va ligada a la otra. Él supo darse cuenta de ello, y por eso le propuso al califa en cuya corte sevillana era consejero, Abū Yacqūb Yūsuf, la creación de la escuela. Aunque entonces no se llamaba así. El proyecto ni siquiera tenía nombre todavía y la forma aún estaba por concretarse. La idea, sin embargo, estaba bien clara: fundar una orden de estudiosos de la naturaleza elemental, a fin de entenderla y aprender a convivir con ella para, en lo posible, usar su influencia en beneficio de la humanidad. Abū Yacqūb, hombre culto y razonable, lo permitió. No obstante, Averroes, sabedor de que cualquiera que fuera el resultado de todo aquello debía fundarse sobre sólidos cimientos y estar alejado de fundamentalismos, para beneficiar por entero al común de la humanidad, trató de ganar para su causa al resto de los pueblos que convivían en la península. La comunidad judía le dio su apoyo a través de Aben Ezra, filósofo de gran renombre y ávido viajero con el que coincidió en Córdoba. Los cristianos, por el momento, decidieron dejarlo correr. Normal,

por otro lado. En aquellos momentos, la cristiandad ibérica, en plena Reconquista, obcecada en la sagrada finalidad de su cruzada, estaba falta de pensadores libres de prejuicios, capaces de sobreponerse a los estrechos límites impuestos por su propia cultura.

Así que la primitiva orden, todavía sin nombre, empezó a desarrollarse en algún lugar de Sevilla.

Allí se realizaron los primeros estudios que ni siquiera llegaron a dar verdadero fruto, ya que las cosas, por desgracia, pronto habrían de cambiar. A la muerte de Abū Yacqūb, le sucedió su hijo Abū Yacqūb Yūsuf al-Manṣūr. Este, aunque en un principio mostrara un talante parecido al de su padre, pronto hubo de ceder a las presiones de los teólogos ortodoxos que consideraban una herejía cualquier ciencia alejada de las enseñanzas del Profeta. Hacia 1195, una ola de radicalismo invadió las mentes del Imperio Almohade y, en consecuencia, aquella orden primigenia fue prohibida. Averroes fue confinado en el arrabal de Lucena. Tres años más tardes, el califa revocaría sus edictos y volvería a llamar al filósofo a su lado. Pero ya era tarde. La muerte lo alcanzó en Marrakech, apenas unos meses después, y el sueño de la orden se desvaneció.

Aunque no para siempre.

La semilla de aquella idea había arraigado en los pensadores judíos. Así, cuando en 1248 el rey cristiano Fernando III conseguía conquistar Sevilla, las principales autoridades hebreas, sabedores de que el rey abogaba por el entendimiento entre las distintas culturas, le presentaron la idea de Averroes. Y aunque Fernando llegó a sopesarla con verdadero interés, no sería él quién la resucitara.

Este honor recayó en su hijo, Alfonso X.

El Rey Sabio fue el verdadero fundador de la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo. Fue suya la idea de establecer la sede en esta ciudad y fue su firma la que rubricó los estatutos. Fue su interés el que dotó a la recién nacida escuela de recursos suficientes para asegurarse de que llevaban a cabo una labor sobresaliente.

Pero, se preguntarán, si esto es así, si la orden fue establecida por un rey tan importante como Alfonso X, ¿cómo ha podido desaparecer sin más de los libros de Historia?

La respuesta, amigos, está en la Iglesia.

La escuela, muy estimada por el clero secular, siempre apegado a la realidad del pueblo llano, encontró tantos seguidores como detractores entre las altas capas eclesiásticas. La Iglesia católica española reclamaba para sí toda la fe del pueblo. Y como los reyes,

castellanos y aragoneses, deseosos de constituir un legado fuerte y duradero en lo que entonces no eran más que un puñado de reinos mal engastados, veían innecesario un conflicto con la institución eclesiástica, simplemente obviaron a la escuela.

No es que dejara de existir, nada más lejos de la realidad. Simplemente, ya no gozaba de los favores reales. Pero se toleraba su existencia. Por suerte, la escuela poseía autonomía suficiente para subsistir por sí misma. Se sucedían los estudios. Se escribían libros por cientos, miles incluso. Los descubrimientos se producían a velocidad de vértigo. Realmente reseñable fue, por ejemplo, la formulación de una teoría sobre la magia que consideraba esta disciplina como el aprovechamiento en beneficio propio de la influencia elemental. Pese a todos los obstáculos, aquella fue, verdaderamente, la etapa dorada de la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo.

Entonces llegaron los Reyes Católicos.

Decididos a usar la religión católica como elemento unificador de los reinos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón dieron a elegir a sus respectivos súbditos entre la conversión forzosa o la expulsión. Ya sabemos los resultados. Miles de familias de sefardíes y moriscos hubieron de dejar la Península Ibérica. El resto abrazó la nueva religión con diferentes grados de entusiasmo. Y como la mayoría de ellos, de puertas para adentro, continuaron fieles a la cultura de sus ancestros, los reyes crearon la Santa Inquisición para juzgar y castigar a los mentirosos. La idea era fomentar un sentimiento religioso tan sincero como fuera posible. Esa era la idea. La realidad, bueno, ya sabemos cómo salió la cosa. El terror, la persecución, la constante sospecha… Y en un ambiente semejante, no es extraño que los enemigos de lo sobrenatural, que siempre habían recelado de la Escuela de Toledo, aprovecharan para ganar terreno. No fueron pocas las presiones para que los reyes clausuraran la escuela. Y tanto Fernando como Isabel, debemos decir, se mostraban inclinados a ello. El problema era que, entre los estatutos fundacionales sellados por Alfonso X, se incluía una cláusula de obligado cumplimiento por la que el recinto de la escuela era inviolable. Recuerden, el viejo sueño de Averroes: una orden alejada de fundamentalismos que sirviese por igual a toda la humanidad. Y bueno, a ver, no vamos a negar que los reyes, que para eso eran los reyes, podrían haber hecho caso omiso de la cláusula. Pero si algo fue su reinado es fecundo en acontecimientos. El descubrimiento de América, la conquista de Granada… Digamos que, ocupados en asuntos mucho más trascendentes, aduciendo el

cumplimiento de las antiguas leyes, pronto Isabel y Fernando o Fernando e Isabel, ya saben, tanto monta, monta tanto, relegaron lo sobrenatural a un segundo plano. Y hasta a un tercero. Ninguno de los dos mostró especial interés en atajar el asunto.

Imaginen el enfado de la Iglesia.

Ya hemos dicho que los principales detractores de lo sobrenatural pertenecían a los altos cargos eclesiásticos. Y dado que desde 1478 contaban con ese brazo armado de la fe que fue la Inquisición, no es de extrañar que decidieran tomar medidas a través de ella. Puede que los reyes no quisieran, o no pudieran, o ya no se sabía qué, tomar cartas en el asunto de forma directa, pero eso no significa que no pudiese hacerse de forma indirecta. La Cofradía surgió con la misión de diezmar la presencia sobrenatural hasta hacerla desaparecer por completo, dejando sin sentido y herida de muerte a la escuela. Nació como un orden secreta dentro del tribunal eclesiástico. Nadie fuera del entorno inquisitorial conocía su existencia. Hay quien dice que Fernando sí fue informado de su creación, y que decidió lavarse las manos. Eso, nos tememos, está aún por probar. Y como nada más lejos de nuestra intención que propiciar interpretaciones sesgadas de los hechos históricos, más vale no dar nada por sentado.

Que cada uno crea lo que quiera.

Es cierto, no obstante, que Felipe II sí fue plenamente consciente de su existencia y que, desde su reinado, el poder de la Cofradía varió dependiendo de las intenciones y las creencias de cada rey.

En cualquier caso, la feroz guerra secreta establecida entre ambos lados del espectro sobrenatural no bastó para menguar la actividad autónoma de una escuela que, por fuerza, aprendió a vivir cada vez más encerrada en sí misma. En sus pasillos seguía bullendo con igual intensidad la misma mezcla de seres humanos y seres elementales, pero hubieron de tomarse medidas que garantizaran su seguridad. Por ejemplo: desde entonces, nadie ajeno a la orden fue admitido en ella. Los intérpretes adoptaron así una especie de condición hereditaria que solo se rompió con la llegada de Sansón. Además, la sede se trasladó al subterráneo que ya conocemos, cuya situación se convirtió en un secreto compartido tan solo por los iniciados. Las medidas se mostraron efectivas. Pero, al mismo tiempo, presentaban una contrapartida que, a la larga, se mostraría fatal: la existencia de la escuela terminó velada por una especie de aura legendaria que la relegaba, forzosamente, al campo de lo mítico, tan cercano al olvido.

Así, la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo terminó

dando la espalda a la humanidad y nadie ajeno a ella cruzó las puertas secretas durante cientos de años.

Hasta el día en que un hombre herido traspasó el velo del secreto.

4

Y dejamos para el final el descubrimiento más importante de todos.

Después de años y años de vagabundeo, de confusión, de miedo, de correr sin llegar a acercarse nunca, Sansón Galavís se alcanzó por fin a sí mismo. Su verdad estaba allí, sepultada entre la montaña de conocimientos que se había derramado sobre él, nimia, insignificante, apenas una anotación al margen de otras mucho más trascendentes. Y, sin embargo, cómo lo cambió todo, cómo transformó de pronto la visión de su propia vida. No había descubrimiento, teoría o hipótesis capaz de rivalizar en importancia con aquel pequeño enunciado, con aquel sofisma que declaraba, sin posibilidad alguna de equivocarse, que Sansón Galavís era una fuente.

¿Cómo dicen?

Ah, claro. Tienen razón. Dicho así, puede no resultar nada verdaderamente impresionante. Pero ¿y si les aclaro que con dicho nombre denominaban los intérpretes a determinadas personas cuyas peculiares cualidades las diferenciaban claramente del resto? Seres humanos cuya existencia rozaba la verdad elemental. Nexos entre un mundo y otro. Tan materiales como espirituales. Y aunque en el exterior nada los separaba del común humano, el interior respondía a una realidad absolutamente diferente. Las fuentes poseen un espíritu tan fuerte que son como un faro para los seres elementales, que buscan alimentarse de una energía tan pura, tan poderosa.

Y eso explicaba tantas, tantas cosas…

Ahora bien, planteaba aquello otras cuestiones no tan fáciles de responder y que habrán de quedar, mucho nos tememos, siendo incógnitas. Es decir, ¿qué hace que alguien se convierta en fuente? ¿Qué causas conspiran para otorgar esa clase de poder, si es que puede llamarse así? En el caso de Sansón, ¿fue su nacimiento o la maldición paterna? Quizá una cosa y otra, porque recordemos que su familia ya era de por sí un tanto peculiar. Otra vez más, debemos decir: que cada uno piense lo que quiera. Lo que está claro, independientemente de todo, es que Sansón Galavís nunca fue, ni de niño, un ser humano normal. Recuerden su compasión, su extraña inclinación al altruismo, su insobornable determinación. Lástima que todo aquello haya quedado enterrado bajo capas y capas de miedo y confusión. Sí, hemos visto a aquel niño alzar la

cabeza de cuando en cuando, pero vuelve a bajarla enseguida, forzado por el hombre que, en el fondo, no deja de sentir pánico de sí mismo.

Porque, vale, Sansón había descubierto quién era.

Pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

A aquellas alturas, todavía no tenía muy claro qué debía pensar, ni qué debía hacer. Sabiendo lo que sabía podría abandonar la escuela, recorrer el mundo y aprovechar su condición para encontrar a Nicolasa. Con suerte, hasta podría curarla. De pronto descubría que la ayuda que tanto anhelaba estaba dentro de él. Solo tenía que dar el primer paso… Y, sin embargo, ¡cuánto le costaba! La sola idea de abandonar aquel santuario le producía un terror innombrable. Allí dentro podía camuflarse, podía ser uno más. Afuera, no habría manera de disfrazar sus verdaderos colores. Siempre sería distinto. Y ya sabemos que la mayor aspiración de este hombre siempre fue, precisamente, ser uno entre tantos.

¿Qué debía hacer?

Consumido por su terrible batalla interna, dejó pasar el tiempo sin tomar una decisión y sin llegar a ser consciente de cuántos días, semanas, meses o hasta años estaba dejando escapar de entre las manos.

Entonces el destino, harto de esperar, le obligó a escoger.

El ermitaño y el beso

1

Este es Zacarías Zayas, portero de la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo.

Sí, sé lo que piensan. Menuda combinación. Un concepto tan poético y una profesión tan prosaica no parecen casar bien. Pero, no se crean, no es un cargo baladí, ni una posición para tomarse a guasa. Dentro de esta autocomplaciente realidad, se trata de un honor y, al mismo tiempo, una responsabilidad. Y ambos recaen sobre este hombre de calva prominente y oronda figura, escasamente disimulada, todo sea dicho, por la túnica turquesa (vestimenta oficial de la orden, por si no lo habíamos aclarado antes). Y como resulta que la historia avanzará en gran parte gracias a él, o quizás sería más conveniente decir a través de él, qué más da, no estaría de más el dedicarle cierto tiempo a su persona.

Déjenme ponerles en situación.

La luz pardusca, viva a duras penas, indica lo temprano de la hora. El pasillo está sumido en una perezosa quietud. Al fondo reposa, plomiza, aburrida, la puerta de entrada a la escuela. Y aquí, en la pared de la izquierda, se abre el pequeño y sobrio despacho donde encontramos al señor portero, sentado tras su escritorio. Un par de paredes están recorridas por dos estanterías, no muy grandes, donde reposa una pequeña cantidad de polvorientos libros. Pero Zacarías no es mucho de leer. Lo suyo es escribir. Y ni siquiera por gusto. Es que va con el cargo. La Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo obliga a todos aquellos que ostentan una cierta posición a hacer de cronistas de su mandato. Y ya hemos hablado de la importancia de ser portero. Así que ahí está el nuestro, dejando por escrito el relato de su día anterior. No se preocupen, no interrumpiremos nada. Termina pronto. Un par de líneas y basta. Que sea un cargo importante no quiere decir que, a la fuerza, deba ser también el colmo de la emoción.

Quizá por eso el bueno de Zacarías es un soñador.

A él le hubiera gustado ser otra cosa, uno de esos investigadores que pasan la vida estudiando y catalogando las distintas especies de seres elementales, por ejemplo. Le consta que su día a día es un carrusel de idas y venidas, una sucesión de innumerables aventuras. Pero claro, él es hijo de un portero. Y como resulta que el cargo es hereditario, su destino inevitable era ser portero.

Y aquí está.

Y le gustaría, de verdad que le encantaría, dedicar a su labor tan solo la mitad de la pasión y la entrega con la que la desempeñó su padre.

Aún puede verlo, el día en que le pasó el testigo, siendo él todavía un jovenzuelo lleno de energía y de esperanzas. Estaba aquí mismo, en este mismo despacho, pleno de orgullo, como un rey mostrándole a su heredero los límites de sus dominios. Aunque en este caso resultaban ser bastante estrechos. Pero era igual. El orgullo era el mismo. Hagan un esfuerzo, retrocedamos veinte años atrás y los veremos a los dos junto a la mesa. Miren, el padre saca algo de uno de los cajones. Es un pequeño cofre de caoba que le tiende a su hijo con profundo sentido de la solemnidad. Zacarías lo toma algo desconcertado. «Ábrelo», le dice el padre. Él obedece y los ojos, abiertos como platos, se le llenan con un fulgurante brillo dorado.

Es una llave.

Una llave de oro.

—Ahí lo tienes —Explica Zenón Zayas—. El verdadero sentido de nuestro trabajo. El corazón de este lugar, que debemos custodiar como si se tratase del nuestro propio. La llave de la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo.

—¿La llave? Pero creía que la puerta estaba siempre abierta, y que por eso somos necesarios. Nuestro trabajo consiste filtrar las visitas. Primero conocemos el motivo, después, si nos convence, los conducimos al archivero, que verificará la veracidad de los documentos oficiales, en caso de mediarlos, y ya por último les permitimos el paso.

—Y así es. Me alegra saber que has prestado atención a mis lecciones. Pero escucha esto, hijo: llegará un momento en que la puerta habrá de cerrarse con llave.

—¿Y eso por qué?

—Porque nuestra orden se muere, Zacarías. El mundo elemental es cada vez más débil. La Cofradía gana terreno poco a poco. Si la situación se vuelve tan crítica que se haga imprescindible proteger la escuela, serán los hombros de nuestro linaje sobre los que recaiga la responsabilidad de hacerlo.

—Pero, no entiendo… ¿por qué una llave? Si he de proteger a la escuela… ¿no sería mejor una espada o un fusil? Quizá, si se me diesen unas lecciones de magia…

—Jovencito iluso… ¿Magia? Los porteros tenemos prohibida la magia.

—¿Por qué?

—Porque nuestra dedicación se debe por entero a la orden. Nuestro criterio no debe estar mediatizado por intereses ni ambiciones propias. Imagina que tuviéramos esa clase de poder. ¿Qué cosas dejaríamos entrar por la puerta? No, hijo, no necesitamos magia. La llave es, por sí sola, el arma más poderosa con la que podemos contar. Verás, estos pasillos, este edificio, son el corazón del mundo elemental. Y, como tal, no responde a las leyes del espacio y el tiempo del mundo real. Esa puerta, ahora, se abre a Toledo porque se ha establecido así, pero puede abrirse a cualquier lugar del mundo. Solo es necesario reubicarla. El proceso es complejo y no nos corresponde a nosotros hacerlo. Lo único que has de saber es que, llegado el momento, si la integridad de la escuela se ve comprometida, será necesario salvaguardar los secretos y los saberes que aquí se ocultan. Así que, a una orden del Gran Maestre, cerrarás la puerta con llave.

—¿Y eso qué implica?

—Que todos los accesos quedarán clausurados. Nadie al otro lado de la puerta sabrá cómo volver a entrar, porque habrán perdido cualquier recuerdo de la escuela. Nadie sabrá cómo encontrarla. Solo el guardián de la llave tendrá ese conocimiento.

—¿Y cómo se vuelve a abrir?

—Este lugar, hijo mío, como bien sabrás, se alimenta de emociones. Cuanto más poderosa es la carga emocional, más presencia tiene el mundo elemental. Y allí donde la presencia sea suficiente, aparecerá una puerta. Y solo tu llave podrá volver a abrirla.

Y, desde entonces, Zacarías Zayas no ha dejado de soñar con el momento en que, por fuerza del destino, se acabe convirtiendo en el salvador de los secretos de la escuela.

Solo que, después de veinte años esperando, ha terminado por aceptar que, con toda seguridad, ese momento no llegará jamás. Quizás cuando su hijo herede el cargo. O su nieto. Quién sabe. Lo único seguro es que él no vivirá para verlo. Y probablemente sea hasta mejor. A fin de cuentas, si termina por suceder, implicaría la existencia de un peligro tan grande para la escuela que lo más sensato sería no desearlo. Pero él no puede evitarlo. Qué se le va a hacer. Será que, como la orden hace tiempo que vive de espaldas al mundo, pasan días enteros hasta que alguien vuelve a llamar a la puerta.

Y Zacarías se aburre.

Y sueña con ser un héroe.

Y nosotros lo único que podemos decirle es que tenga cuidado con lo que desea porque, más a menudo de lo que se cree, los deseos acaban por hacerse realidad.

2

De pronto llaman a la puerta.

Sí, sí, como lo leen.

Los golpes resuenan como cañonazos en la atmósfera adormilada. Si aquí dentro hubiera pájaros, los veríamos levantar el vuelo en desbandada. La Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo despierta con un sobresalto.

Y ahí va Zacarías.

Anda excitado. Normal. No recuerda la última vez que tuvo la oportunidad de hacer lo que quiera que hagan los porteros. Cumpliendo con su labor, pregunta por la identidad del visitante. Y cuando recibe respuesta, la sorpresa es tan grande que los ojos parecen a punto de salírsele de las órbitas. Pero no es solo sorpresa lo que detectamos en su expresión. Hay también alarma y hasta un principio de pánico.

Así que corre.

Va tan deprisa como le permiten sus piernas.

Por fin se detiene sin resuello ante una puerta cerrada. Cuando ha recuperado algo de aliento, sin molestarse si quiera en llamar, tal es la urgencia, abre y se precipita al interior. Es un despacho. Bastante más grande y ostentoso que el suyo. Y el ocupante del mismo, la ocupante, mejor dicho, se incorpora de un salto ante la intempestiva entrada. Se trata, por cierto, de la gran maestre actual de la orden, doña María Lorenza de los Ríos, marquesa de Fuerte-Híjar y poetisa de cierto renombre. Ya la ven: una mujer de mediana edad cuyo porte y distinción se hacen evidentes incluso a pesar de la túnica turquesa. Nos alegra saber que en esta orden el sexo no influye a la hora de valorar los méritos. El origen social, por desgracia, es otra historia. Pero dejémonos de comentarios sociales. El caso, a lo que íbamos, es que doña María descarga sobre el portero una filípica bien merecida. A fin de cuentas, la estruendosa interrupción ha provocado un tachón en el volumen de las crónicas que a ella, como gran maestre, le corresponde completar. No obstante, no podrá terminarla. La regañina, queremos decir, porque Zacarías decide por su cuenta y riesgo saltarse el protocolo y anunciar así, de sopetón, la identidad del visitante, tan apremiante valora la situación. Y debe tener razón, y debe de tratarse de alguien sumamente importante, no en vano, ya que la marquesa adopta una expresión muy similar a la del otro y, con evidente

nerviosismo, le ordena llevarlo inmediatamente a su presencia.

Y ahí va Zacarías, corriendo otra vez hacia la puerta.

Cuando abre, descubrimos con sorpresa que no hay un solo visitante. Son dos. Uno es un hombre alto y de cierto garbo, vestido de forma sobria, aunque elegante. El otro es un tipo enjuto, de mirada poco clara y ostentosa vestimenta que denota su aristocrática procedencia social. Por cierto, ¿no les resulta familiar? No es que podamos ubicarlo, pero los rasgos de este hombre nos son extrañamente conocidos. En fin. Será una sensación sin importancia. Sigamos a lo nuestro. La cosa es que Zacarías los conduce al despacho de doña María. Esta los recibe con buena disposición y el hombre más alto, el del garbo, luego de alabar la labor de la marquesa en la Junta de Damas de Honor y Mérito, expone sin ambages el motivo de su presencia en este lugar. Y ciertamente es importante. Pero hay unas reglas que cumplir y estas indican que alguien debe acudir al archivero para que verifique los documentos legales que amparan la visita, si es que los hay. En este caso sí. Y muy gordos. El aristócrata se erige como encargado de acudir al archivero y sale del despacho acompañado de Zacarías, que hará las veces de cicerone. No se han internado todavía en la maraña de pasillo, cuando la marquesa reclama al portero en un aparte, fuera del despacho y alejado de los oídos del otro.

—Zacarías, tengo una misión para ti. Cuando lo hayas dejado en el archivero, ve a buscar al ermitaño.

—¿Al… ermitaño? Pero, doña María, ¿sabe usted lo que me está pidiendo?

—¿Tú qué crees?

—A ver, que no es que yo quiera cuestionarla. Si hay que buscarlo se busca. Pero es que no sabemos con seguridad dónde está. Nadie lo ha visto, o hablado con él, en años. ¡Hasta podría estar muerto y ninguno lo sabríamos!

—No está muerto, Zacarías.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque soy la Gran Maestre. Es mi deber saber todo lo que sucede dentro de la escuela. Podrás encontrarlo en la Biblioteca Principal.

—Pero, señora… ¡si hay quien dice que hasta podría ser un fantasma! ¿Para qué lo necesitamos?

—Déjate de tonterías de una vez. ¿Es que a estas alturas no sabes apreciar la diferencia entre un fantasma y un hombre? Pues debería darte vergüenza. Es un hombre, Zacarías, un hombre. El problema es que lleva tanto tiempo encerrado aquí que ha perdido

por completo la noción del tiempo. Y ya sabes el peligro que eso conlleva. El ermitaño es el miembro más veterano de la orden. Lleva más años que ninguno estudiando los escritos. Posiblemente sea el más sabio de nosotros. Y si hay algo que necesitamos en estas circunstancias excepcionales, es una sabiduría excepcional. Así que ve a buscarlo y tráelo a mi presencia.

Y allá va Zacarías.

Tiene suerte de que sea temprano. Los pasillos se encuentran relativamente vacíos, así que completa su camino en poco tiempo y sin necesidad de pegarse otra carrera, que, a estas alturas, el bueno del portero añora ya el ritmo pausado y monótono de su rutina diaria.

Ya lo tenemos aquí, frente a una gran puerta de doble hoja. El cartel colgado sobre el marco indica con grandes y majestuosas letras que nos encontramos ante la Gran Biblioteca Principal.

Zacarías suspira resignado. El encargo no le hace ninguna gracia. No ha sido tan insensato de reconocerlo ante la señora marquesa, pero el ermitaño le despierta escalofríos. Todas las demás criaturas que pueblan la escuela, por raras que puedan ser, están estudiadas y catalogadas. Sí, de cuando en cuando se descuelga alguna rareza desconocida y, durante un tiempo, sirve de pábulo para habladurías y alimenta terrores varios, pero es cuestión de meses o de un año como mucho, dos a lo sumo, el que sea entendida y su misterio se desvanezca como por arte de magia. Sin embargo, el ermitaño sigue siendo una incógnita. Y nunca nadie ha sido capaz de descifrarlo. Hombre, fantasma o quién sabe qué, su naturaleza no está clara. Tampoco su propósito. De cuando en cuando se le ve caminar ensimismado por los pasillos. Luego viene aquí, a la Gran Biblioteca, y desaparece durante décadas. Y ahora la gran maestre afirma saber qué es. E incluso, al referirse a él, trasluce en su voz una cierta carga de compasión. Y hasta puede ser que tenga sentido. Zacarías no le quita razón, que por algo es la gran maestre. Pero, con todo, la sola idea de tener que entablar contacto le despierta una salva de escalofríos. ¿Por qué tiene que tocarle a él?

Sí, sé lo que están pensando. Más o menos lo mismo que todos. Este hombre puede soñar cuanto quiera con ser un héroe, pero lo cierto es que no tiene madera de uno.

Qué se le va a hacer.

De cualquier manera, le guste o no, las órdenes son las órdenes y no tiene más remedio que cumplirlas. Así que hace de tripas corazón, empuja la doble puerta y se precipita al interior.

Echen un vistazo.

No sabemos si aquí dentro habrá signo de tan reverencial temor, pero lo cierto es que, de por sí, el sitio resulta bastante imponente, con su sempiterna penumbra y las colosales y polvorientas estanterías repartidas a modo de intrincado laberinto siguiendo los designios bien del más puro azar, bien de algún hermético sistema de catalogación cuyos códigos desconocemos. Fíjense, las estanterías son tan grandes que los estantes más elevados de algunas quedan velados por la oscuridad de un techo que, más que verse, de tan alto, se intuye. Los volúmenes se cuentan por cientos, quién sabe si miles, no tenemos tiempo ni ganas, la verdad sea dicha, de pararnos a contar. Y el silencio es tan profundo, tan inmenso, que los pasos leves y asustados del portero resuenan como martillazos. Nos sentiríamos inclinados a describir el lugar como siniestro de no ser porque, debemos reconocerlo, es esta una atmósfera imponente, suntuosa, casi de templo. Y, en cierta manera, nos asalta la duda de si, siendo como es la escuela el corazón de la misma creación, no será este el corazón del corazón, el núcleo primigenio donde se forjan las esencias de las ideas.

Pero no es momento de divagar.

Seguíamos al buen Zacarías. Allá va, con la respiración acelerada y el corazón redoblando en el pecho, los ojillos de cordero rebuscando entre las sombras, a uno y otro lado, como si temiera ser potencial víctima de alguna maligna aparición. Pero, al final, la cosa es más simple de lo que parecía. El portero tuerce una esquina y, de pronto, da un respingo.

Es el ermitaño.

Ahí, a los pies de aquella estantería, tenuemente iluminado por la fluctuante luz de una vela, encontramos la figura de un hombre. La enmarañada melena y la poblada barba nos impiden distinguir bien los rasgos. De lo que no cabe la menor duda, sin embargo, es de que mira fijamente a Zacarías.

Pueden hacerse una idea del susto que se lleva.

—Ho… hola.

Le ha costado, pero al final habla. Balbucea, al menos. Da igual. Se le entiende, que es lo importante.

—¿Quién sois?

La voz del ermitaño suena extraña. Entumecida. Desarticulada. Como si no hubiera sido usada durante muchos, muchos años.

—Mi… mi nombre es Zacarías. Zacarías Zayas. Vengo en nombre de la gran maestre. Me envía a buscarle.

—Pues aquí me tenéis. Pero habéis dicho «la».

—¿Perdón?

—Habéis dicho «la» gran maestre. ¿No sería más apropiado decir «el»?

—Bueno… lo sería si el gran maestre fuese un hombre.

—No es que yo lo conozca más allá del trato formal que siempre me he dispensado, y Dios sabrá qué oculta cada uno bajo su túnica, pero, hasta donde yo sé, don Alberto de Salazar lo es.

—Es que… bueno… don Alberto de Salazar ya no es el gran maestre.

—¿Ah, no? ¿Se ha producido un relevo? Por las barbas de Paracelso, ¿y cuándo ha sido eso? ¿Por qué no he sido convocado al cónclave? O quizá sí lo he sido y no lo recuerdo… No sería la primera vez, ¿sabéis? Suelo perder la noción del tiempo cuando leo. Una vez se me pasaron tres días enteros enfrascado en el *De elementorum naturae*, de Salustio el Segoviano. Buen compendio. Algo anticuado para mi gusto y demasiado excesivo en detalles, pero bastante esclarecedor. En cualquier caso, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. El nuevo gran maestre. ¿Quién es, si puede saberse?

—Doña María Lorenza de los Ríos, marquesa de Fuerte-Híjar.

—Válgame el cielo… ¿una mujer?

—Las cosas han cambiado un poco ahí afuera…

—Está bien. Imagino que es dama de méritos si ha sido escogida. Pero, decidme, ¿para qué me requiere? Si quiere darse a conocer, decidle que no es necesario. Acataré su autoridad sin reparo.

—No es eso. Me temo que el asunto es algo más trascendente.

—¿Trascendente?

—Eso me han dicho.

—En ese caso, no la hagamos esperar. Vamos allá. Debo reconoceros, sin embargo, que no termino de hacerme con la particular disposición de este sitio. Mucho me temo que habréis de guiarme, amigo Zacarías. ¿Puedo llamaros Zacarías?

—No veo por qué no.

—De acuerdo entonces. Yo soy el señor Galavís. Pero dejémonos de formalismos. Podéis llamarme Sansón.

3

Menuda sorpresa…

Es Sansón.

¡El ermitaño es Sansón!

Pero ¿qué le ha pasado? ¿Cuánto tiempo lleva encerrado? No lo sabemos con exactitud, pero, entre las explicaciones someras y algo superficiales de la marquesa y lo que ya sabemos de este sitio, podemos hacernos una idea de que no ha sido precisamente poco. Es de suponer que, en algún momento, atrapado de forma irremisible entre decisiones, Sansón Galavís se perdió en el flujo revuelto de su propia vida. Perdió la noción del tiempo, como dijo doña María. Para nosotros, eso quizá signifiquen algunos minutos que se nos van con el santo al cielo, un par de horas a lo sumo. Aquí dentro, mucho nos tememos, tan trivial circunstancia adquiere magnitudes bastante más colosales. Porque si bien para él no deben haber pasado más que un par de años, lo cierto es que en realidad han sido… Un momento, ¿cuánto ha sido? No lo sabemos. Quizás lo descubramos más tarde. En cualquier caso, no mucho, porque, pese a su aspecto, por debajo de las barbas y la melena, Sansón no parece haber envejecido ni un solo día.

Ahora sigamos a la extraña pareja que se reincorpora al flujo cambiante de los pasillos. Algo más tarde se detienen frente a las puertas del despacho que ya conocemos. Zacarías llama. No tarda en recibir permiso, así que abre. Dentro, la marquesa espera sentada a su escritorio. Al otro lado, sentado también, encontramos al más joven de los dos visitantes. Ya saben, el del sobrio talante y la mirada franca.

Cumplida su labor, Zacarías se despide para volver a su puesto.

Es el momento de los saludos.

—Encantada de conocerlo, señor Galavís.

—El honor es mío, señora marquesa. Dejad que os exprese mi más sincera enhorabuena por el cargo al que habéis accedido. Habréis de ser dama de grandes méritos para haberos convertido en sucesora de un hombre como don Alberto de Salazar. No hace falta decir que mis escasas cualidades, sean esas cuáles sean, están por entero a vuestra disposición, aunque no alcanzo a comprender qué es lo que podéis querer de mí.

—Le agradezco sus halagos, pero no soy la sucesora de don Alberto. No con exactitud, al menos. No obstante, esa es una

historia que es mejor dejar para otra ocasión. El asunto que nos ocupa es demasiado serio y demasiado importante como para retrasarlo. Y ya hemos perdido más tiempo del que querríamos.

—Pongámonos pues a ello.

—Señor Galavís, deje que le presente a don Agustín de Argüelles Álvarez, representante de la Junta Suprema Central de Sevilla.

Don Agustín tiende la mano a Sansón y este la estrecha con cierta suspicacia.

—¿La Junta Suprema Central? A fe mía que es la primera vez que oigo mencionar a semejante institución.

—¿Cómo? ¿Es que no está usted al corriente de los últimos acontecimientos?

—No os ofendáis, don Agustín, pero a veces me obceco tanto en mis estudios que me olvido de que existe un mundo más allá de las puertas de la escuela.

—En ese caso, déjeme decirle que la Junta Suprema es la legítima representante de la autoridad real.

—¿La autoridad real? Según tengo entendido, los reyes tienen vetado cualquier derecho sobre la escuela. Incluso el de acceder a ella.

—Así es, pero, como recordará, sin duda, los estatutos de la escuela incluyen una cláusula por la que los monarcas pueden hacer uso de su autoridad en caso de circunstancias excepcionales. Y ya me dirá usted si esta guerra con los franceses no entra directamente en tal supuesto.

—¿Guerra? ¿Estamos en guerra?

—Muy divertido, señor Galavís. Créame, soy el primero en apreciar una broma, pero el cautiverio de nuestro monarca en Francia no me parece una situación que se preste a demasiados chascarrillos.

—¿Felipe V, prisionero de los franceses? ¿Pero…?

—¿Felipe…? Señora Marquesa, ¿qué clase de teatrillo insiste en representar este hombre?

—Mucho me temo, don Agustín, que el desconcierto del señor Galavís responde a una terrible realidad. Realmente cree que nuestro monarca sigue siendo Felipe V.

—Pero… ¿cómo es eso posible?

—Un momento, señora marquesa, ¿qué está pasando aquí?

Doña María Lorenza de los Ríos suspira. Pareciera acumular las fuerzas necesarias para decir lo que dice a continuación:

—Señor Galavís, el mundo ha cambiado mucho más de lo que usted cree.

—¿A qué os referís?

—A que nuestro monarca, el que está prisionero en Bayona, es Fernando VII. A que hoy es 13 de diciembre de 1808.

1808.

¡1808!

¡Han pasado más de cien años desde la primera vez que vimos a Sansón! ¡Es mucho más tiempo del que nadie podría haber previsto en un primer momento! Más de setenta desde que llegara a la escuela. Y, consideraciones estéticas aparte, sigue pareciendo el mismo… Si a nosotros nos resulta una revelación impactante, imaginen a él. De pronto, un vértigo insoportable se apodera de su cabeza. Es como si la conciencia del lapso temporal hubiera desplomado sobre él todos los años transcurridos, forzando al cerebro a asimilarlos de golpe. Pero, claro, la tarea es difícil. Más que difícil, es prácticamente imposible. Al menos así, en cuestión de segundos. Sobre todo, cuando hacerlo significa lidiar con tantas y tantas implicaciones. Entre ellas, la más relevante, quizá la única verdaderamente importante: la suerte final de Nicolasa. Porque no le cabe la menor duda de que su muerte debió haber sucedido en algún momento de los últimos años, mientras él seguía encerrado en su burbuja, regodeándose en la cobardía que le había llevado a darle la espalda a todo y a todos. Incluso a la mujer que amaba y a la que había jurado ayudar. Y no puede más que estremecerse al pensar en cómo debió ser la agonía final de su existencia, convertida en un mero títere de la Cofradía.

No es de extrañar que la habitación entera le dé vueltas y que deba apoyarse contra la pared para no desplomarse.

—¿Qué he hecho…? —Solloza—. ¿Qué he hecho?

En estas, doña María, que no sabe de la misa la media, interviene para conminarle a superar el aturdimiento.

—Señor Galavís, créame, soy consciente del golpe tan duro que tamaña revelación ha de suponer para usted. Y aunque no puedo llegar ni a imaginar el alcance de lo que debe estar sintiendo, debo pedirle que haga un esfuerzo y trate de serenarse. Necesitamos de su sabiduría.

—¿Mi sabiduría? ¿Qué sabiduría? No soy más que un necio… Lo he perdido todo… para siempre… He dejado escapar más de setenta años…

Sin poder hacer nada para contenerlas, Sansón deja que un reguero de lágrimas le ruede por el rostro. Don Agustín lo observa estupefacto. Normal. Imaginen. Venía preparado para cualquier cosa, pero esto supera todas sus expectativas. ¿Un hombre que ha superado los cien años sin saberlo y que, para más inri, conserva el aspecto de la juventud? Es comprensible que se sienta tentado a

considerase una especie de pelele al que estos dos individuos han decidido tomar por tonto. Lo que pasa es que la seriedad de doña María, así como la genuina compasión que parece demostrar por el tal Galavís, le hace sospechar que puede ser que haya algo de verdad en el asunto. Y como, pese a todo, es un hombre de gran inteligencia, decide con admirable juicio adaptarse a la situación y esperar a ver qué saca en claro de este esperpento.

—Señor Galavís, lleva usted estudiando los escritos de la Gran Biblioteca muchos más años que ninguna persona que yo conozca. Nadie atesora tantos conocimientos como usted. Si hiciese el esfuerzo de aceptar eso, descubrirá que posee una sabiduría fuera de lo común. Y es eso lo que necesitamos ahora. No ya por nosotros, señor Galavís, sino por todo el país. Créame, la situación es así de grave. ¡Debe usted sobreponerse!

Sí, puede que la marquesa tenga razón, no vamos a negarle eso, pero ¿cómo se hace? ¿Cómo se tragan de golpe, sin atragantarse, tantas y tan descarnadas emociones? La culpa, la vergüenza, el miedo. Y, sobre todo, la repentina y abrumadora soledad vital que acaba de asimilarse a su alma, separándola para siempre del resto de la humanidad. No, lo que pide, ahora mismo, no está al alcance de Sansón. Puede que en algún momento de su existencia haya demostrado, de forma puntual, ciertos excepcionales rasgos de carácter, pero no lo es menos que jamás ha pretendido ser un héroe. Simplemente, carece de esa clase de fortaleza. Si algo siente Sansón Galavís, ahora y para siempre, es la imperiosa necesidad de volver a esconderse entre los libros y dejar que se escapen los años y los siglos.

Y hasta los milenios.

Pero no unos cuantos.

Todos ellos.

Y si no lo hace, si de alguna manera consigue sobreponerse a sus impulsos, es porque, justo en estos momentos, tiene lugar la vuelta al despacho de otro personaje. La puerta se abre y ahí está él. El otro visitante. El de ropa aristocrática y turbia mirada.

—Señores, después de comprobar de primera mano que la eficacia de la burocracia española alcanza hasta los subterráneos del reino y, háganme el favor de apreciar el sarcasmo, me complace decirles que todos los documentos están en regla —Anuncia—. Nuestra presencia aquí es perfectamente lícita.

No lo nieguen. El tipo nos sigue resultando tremendamente familiar. Qué incómoda sensación la de no ser capaz de ubicarlo. Y no debe ser solo cosa nuestra porque, fíjense, Sansón entorna los

ojos, receloso. Él también comparte nuestra esquiva corazonada. En su caso, la cosa es hasta más complicada. Tengan en cuenta el salto en el tiempo. La incógnita que representa este personaje termina relegándolo todo a un segundo plano. Entonces, doña María, en su desconocimiento, confundiendo el cambio de actitud con predisposición a colaborar, procede con las presentaciones.

—Señor Galavís, le presento a don Garcés Gris, Duque de Iblís y miembro del Consejo de España, que está aquí como representante de la Cofradía.

Maldita sea.

¡Ahora está todo claro!

Tanto que nos gustaría haber permanecido en la ignorancia. Este hombre es sucesor de Gaspar Gris. Es más joven que aquel, pero comparte, prácticamente, sus mismos rasgos. No hará falta que les refresque la memoria, ¿verdad? Lo conservamos todos en nuestro recuerdo. Evidentemente, también Sansón. Lleno de ira reacciona saltando sobre el aristócrata, agarrándolo por la chupa. Y a punto está de reducirlo de un puñetazo de no ser por la mediación de don Agustín, que consigue refrenar el ataque interponiéndose entre ellos.

—¡Señor Galavís! ¿Qué comportamiento inaceptable es este? ¡Haga usted el favor de controlarse!

El tal Garcés se recompone el atuendo y muestra a modo de sonrisa una inquietante mueca cargada de intención.

—Menudo recibimiento. Si llego a saberlo me hubiera quedado con esa momia de archivero. No es que su falta de energía resulte emocionante, pero al menos es segura. Me cuesta imaginarlo tratando de agredirme cuando apenas tiene fuerzas para mantenerse despierto.

—¡Este hombre pertenece a la Cofradía! ¿Qué clase de jugarreta es esta? ¿Qué os traéis entre manos, doña María? ¡Una verdadera gran maestre jamás permitiría la presencia de…!

—¡Señor Galavís!

El enfado de la marquesa es tan grande y la llamada al orden tan autoritaria que Sansón empieza a comprender que ha traspasado la línea.

—¡Le he dicho que el asunto es grave! ¡Y afecta a todos los españoles! ¡A todos! ¡En una coyuntura como esta, la presencia de la Cofradía no solo es entendible! ¡Es deseable! ¡Así que, en lugar de cuestionar mi autoridad y mis métodos, le invito a escuchar lo que estos hombres tienen que decirnos! ¡No me haga replantearme los miramientos que su peculiar circunstancia me ha llevado a tener

con usted porque le aseguro que podría hacer que todo se le complicase de forma inimaginable!

Y como ya las cosas son lo suficientemente difíciles para él, termina deponiendo su actitud, disponiéndose a escuchar. Pero, eso sí, no le pidamos peras al olmo. Una cosa es hacer como que colabora y otra muy distinta obviar la desconfianza visceral, primaria, que le despierta el heredero de Gaspar Gris, al que habremos de referirnos así, de manera genérica, hasta estar seguros de su verdadera filiación. El caso es que no le quita ojo. Y el otro, claro, se da cuenta.

—Querido amigo, ¿es tan serio su rictus como parece? Resulta difícil comprobarlo debajo de esa apariencia simiesca. ¿Es que acaso no conocen los beneficios del aseo por aquí abajo?

—Haga usted el favor, don Garcés. Ya nos hemos serenado todos. No sigamos echando leña al fuego.

—Lo intentaré, don Agustín, pero no puedo prometerle nada.

—Con eso bastará. Y ahora, señor Galavís, ¿está usted dispuesto a escuchar lo que el señor de Argüelles tiene que contarle?

Forzado por las circunstancias, Sansón afirma ante la marquesa con un leve movimiento de cabeza, carente por completo de entusiasmo.

—De acuerdo, entonces. Debido a sus especiales características, señor Galavís, creo que no estará de más hacer una pequeña recopilación de los hechos que nos han traído hasta aquí. Verá, como bien le ha dicho antes la señora marquesa, nuestro monarca actual es Fernando VII. Las circunstancias de su subida al trono son demasiado complicadas y tumultuosas como para detenernos en ellas, así que iremos directamente al grano. En estos momentos, tanto nuestro rey como su padre, el rey emérito, Carlos IV, se hallan en Bayona, prisioneros del emperador francés, Napoleón Bonaparte. Y por si todo eso no fuera poco, aprovechando el vacío de poder, las tropas imperiales se han hecho con el control del país. Napoleón ha tenido incluso la osadía de otorgar el trono a su hermano, José Bonaparte. Lo peor es que muchos de nuestros funcionarios, e incluso algunos pensadores, se han pasado al enemigo, apoyando sus ideas. Por oportunismo, más que nada, ya sabe cómo funcionan estas cosas. Otros, sin embargo, aun disintiendo en las formas y en la ilegitimidad del monarca impuesto a la fuerza, creemos que el cambio de dirección, bien enfocado, bien dirigido por Fernando VII, puede hacer mucho bien a España.

—Paparruchas.

La voz de Garcés resuena burlona y desmedidamente sarcástica.

Hiriente y un punto orgullosa. Don Agustín interrumpe su discurso para dedicarle una mirada reprobadora. Luego continúa.

—Como iba diciendo, la junta a la que represento está estudiando cuál debería ser el futuro de nuestro país una vez expulsado el invasor. Pero eso es una cuestión de futuro. Y hablábamos de pasado. Y de presente. Y el presente es la guerra. El pasado 2 de mayo, el pueblo de Madrid se levantó contra las tropas francesas. La rebelión fue duramente reprimida por el general Murat, pero su ejemplo sirvió para prender la mecha. La insurrección se extendió rápidamente. Y ahora estamos en guerra. Para llenar el vacío de poder, en cada ciudad levantada en armas se creó una junta local integrada por notables de cada municipio. La Junta Central, dirigida por el Conde de Floridablanca, surgió, precisamente, para aunarlas a todas. En estos momentos somos el principal órgano del país. La máxima autoridad. Y, como tal, nos corresponde a nosotros organizar las tropas que defenderán a nuestra nación. Y, créanos, hasta hace poco las cosas iban bastante bien. Tan bien que Napoleón, que se había desentendido de la marcha de la guerra, dejándola en manos de sus mariscales, decidió tomar el mando personalmente. Al frente de un ejército conocido como la Grande Armée, ha conseguido darle la vuelta a la situación y hacerse con el control de la guerra. Tal ha sido su avance, que la Junta Central se ha visto obligada a abandonar Madrid y refugiarse en Sevilla. Y las noticias que nos llegan, poco halagüeñas, auguran que, muy pronto, habremos de abandonar dicha ciudad y buscar refugio en otro sitio, una ciudad más defendible, tal vez Cádiz. El ejército español ha sido diezmado, señor Galavís. Las tropas francesas controlan casi todo el territorio. Llegar hasta aquí ha supuesto una tarea verdaderamente titánica. Como puede ver, España vive una situación extremadamente delicada. Estando las cosas como están, debemos echar mano de cualquier recurso que nos permita ganar algo de ventaja. Y es por eso que necesitamos la ayuda de los seres… ¿cómo le llaman ustedes? Ah, sí, elementales.

—Un momento, ¿decís que pretendéis que los seres elementales participen en la guerra? ¿A vuestro lado?

—¿A mi lado? No, no se equivoque, señor Galavís. A mi lado no. Al nuestro. Créame, de haber sido por mí, esta visita jamás habría tenido lugar. La Junta Central querría guardar tantas distancias como le fuera posible con un aspecto tan… controvertido… de la realidad española. Ni tan siquiera se había planteado romper los acuerdos de no ser porque la Cofradía nos hizo ver que era necesario. Don Garcés Gris, aquí presente, nos abrió los ojos a

nuestro error. Gracias a él comprendimos que el poder de los seres elementales podría ser el revulsivo que necesitamos para hacer frente a Napoleón. A fin de cuentas, todos somos españoles. Incluso ustedes. Incluso los trasgos, los duendes, las meigas y demás criaturas. España se encuentra en una encrucijada, señor Galavís, y su futuro depende de las decisiones que tomemos ahora. Para bien o para mal, el resultado de la contienda nos afectará a todos. Es justo, por tanto, que también ustedes participen en la guerra. Por eso estamos aquí. Por eso viene conmigo el señor Gris. Porque es la hora de dejar de lado las rencillas personales y los odios enconados para luchar juntos por el futuro de nuestro país. Por el bien común. Y eso, al menos desde mi punto de vista, está por encima de todas las cosas. ¿No le parece?

Parecerle le parece. Eso seguro. Y, sin embargo, se cuida mucho de responder. No hay una sola palabra, ni un gesto, que pueda dar una indicación clara de su pensamiento. Tiene sentido. Pese a las explicaciones de don Agustín, la presencia de Garcés Gris continúa despertándole infinitos recelos. Y no es solo por rencor personal. Va mucho más allá. Es una especie de alerta oculta de su intuición. Mírenlo bien. La tez lobuna y los ojos mezquinos no ayudan a calmar las aguas. Sansón está convencido de que el tipo esconde algo. Por eso quiere evitar definirse respondiendo de forma precipitada.

—Yo lo que sigo sin entender es para qué me han hecho venir.

—Verá, señor Galavís, se nos está pidiendo entrar en guerra. No es asunto menor. Y, pese a ser gran maestre, no soy tan necia como para creerme en posesión de todas las respuestas. Necesito su consejo. No pienso tomar ninguna decisión sin escuchar al miembro más antiguo y más sabio de nuestra orden.

Desde luego, no podemos criticar a doña María por semejante muestra de prudencia. Su actuación, desde el punto de vista del cargo, es impecable. Pero, pongámonos en el lugar de Sansón. Ya no se ven las cosas de la misma manera, ¿verdad? La responsabilidad de una decisión semejante es demasiado para una sola persona. Hay tanto en juego, tanto que depende de su criterio, que le resulta imposible contestar. La presencia de Garcés Gris, justificada o no, enturbia de tal forma todo el asunto que le cuesta pensar con claridad. Y así está. Bloqueado. Incapaz de pronunciar una sola palabra. Y la expectación no ayuda. Miren a don Agustín, o a doña María. Todos están pendientes de él. La respuesta, sin embargo, no llega.

Y no va a llegar.

No de su boca, al menos.

Pero ya sabemos cómo funciona el destino. Suele tener tendencia a precipitar las cosas, que terminan decantándose de la forma más insospechada posible.

En este caso, a través de Zacarías Zayas.

4

Aquí está, a salvo en la rutinaria seguridad de su despacho y de sus heroicos sueños.

De pronto, vuelven a llamar a la puerta.

El sobresalto lo saca de su ensimismamiento. Y ahí va otra vez, con aire de fastidio. Siguiendo el protocolo, pregunta por la identidad del visitante y la respuesta lo deja patidifuso. El pasmo es tan grande que esta vez casi roza el ataque de pánico. Por un momento casi llegamos a pensar que la boca y los ojos tan abiertos lleguen a desfigurarle para siempre los rasgos. Pobre Zacarías. Realmente no está acostumbrado a tanta emoción.

Esperemos que todo termine bien para él.

5

La puerta se abre de golpe. Por segunda vez en lo que va de día, el atribulado portero irrumpe de forma intempestiva en el despacho de doña María. Y, por segunda vez en lo que va de día, la riña de la gran maestre es interrumpida por la voz alterada de aquel.

—¡Los franceses! —anuncia jadeante—. ¡Están aquí los franceses!

A doña María, de pronto, la tez se le ha puesto blanca.

—Pe… pero… ¿qué estás diciendo, Zacarías?

—¡Lo que oís, doña marquesa!

—¿Y qué quieren?

—¡Quieren que la escuela se rinda y abramos las puertas! ¡Están acampados en el monasterio y nos dan hasta mañana por la noche o las tirarán abajo ellos mismos!

—Pero… ¡Dupont ya estuvo en Toledo y, a pesar de los destrozos que causaron, no encontraron la escuela! ¿Cómo es posible que ahora…?

—Me sorprende que les sorprenda. ¿Acaso no está ocupado todo el país? ¿Qué les hacía pensar que estarían a salvo? A lo mejor esperaban que los franceses se asustasen por cuatro fantasmitas y tres duendes mal encarados. Aunque, a decir verdad, a lo mejor todavía les queda una esperanza. En cuanto se den de bruces con las espantosas túnicas que llevan, se darán la vuelta, horrorizados. Que vienen de la capital de la moda, por el amor de Dios.

El tono cáustico de Garcés Gris le hace ganarse una mirada desafiante de doña María. Por mucha razón que pudiera tener, no era el momento. Las cosas como son. La sangre no llega al río, una vez más, por la mediación de don Agustín.

—Ahórrese el sarcasmo, señor Gris. No es momento para explotar nuestras diferencias, sino nuestras similitudes. La cosa es más grave de lo que pensábamos. Sabíamos que Napoleón pensaba ocupar Toledo, pero no que fuera a hacerlo tan pronto ni que llegase tan lejos. Doña María, no quisiera forzarla, pero ahora más que nunca se hace necesaria una decisión.

—¿Pretende que mande a mi gente a luchar?

—A su gente y a los demás. A los elementales. ¿Es que no tiene usted autoridad para eso?

—Claro que la tiene. ¿Para qué le sirve si no el cargo? Porque

para lucir modelito, desde luego, no va a ser. Ni por los lujos, eso está claro. La decoración de este sitio, en general, resulta bastante austera. Desagradable, incluso. No puedo negarle que, tratándose del despacho de la gran maestre, esperaba uno otra cosa. Resulta decepcionante. Pero tiene arreglo. Unas alfombras por aquí, una lámpara de araña por allá… ¡Y candelabros! Los candelabros son el último grito en París.

Ahora es Sansón quién le dedica todo su desdén. Y el hecho no pasa desapercibido, a juzgar por la arrogante sonrisa que recibe a cambio. La marquesa, por su parte, ha decidido sabiamente hacerle oídos sordos. Pesa ahora sobre sus hombros una responsabilidad tan grande que no deja espacio para ninguna consideración más. La mirada se le torna grave. Sombría incluso. El rostro ha perdido todo destello de optimismo.

—Dios sabe que jamás habría pensado verme en una situación semejante. Y dejarnos así al descubierto… Pero ¿qué opción queda? Quizás sea cierto y no nos queda más remedio que luchar…

—Pero válgame Cristo, ¿a qué vienen tantos remilgos? ¿Es que no son ustedes también españoles? ¿O es que la señora marquesa solo lo es para valerse del título?

—¡Señor Gris, por favor! Señora marquesa, le pido disculpas en nombre de mi colega, pero el tiempo apremia.

—No lo hagáis, doña marquesa —Interviene Sansón—. Os lo suplico. Las consecuencias pueden ser peores de lo que imaginamos.

El representante de la junta se vuelve hacia el ermitaño, inquisitivo.

—¿A qué se refiere?

—Los seres elementales son volubles. Su personalidad puede variar según las circunstancias. También según sus características propias, claro. Pero lo cierto es que pueden pasar de ser neutros a demostrar la más terrible de las crueldades. Darles rienda suelta, de esa forma… A la larga podría volverse contra nosotros. Para terminar un problema, habríamos creado otro más grande. Me habéis mandado a llamar por mi sabiduría. Pues bien, escuchad esto: conozco bien la naturaleza de los seres elementales y no nos conviene ponerlos en una situación tan extrema.

—¿Es eso cierto?

Don Agustín interroga a la marquesa con la mirada. La afirmación de ella es severa, pesarosa.

—Me temo que tiene razón.

A continuación, el representante se vuelve, suspicaz, hacia Garcés Gris.

—¿Usted sabía eso?

—Alguna idea tenía, sí.

—¿Y sabiendo eso nos ha hecho seguir adelante con el plan?

—¿Y qué quería que hiciera vuestra merced?

—¡No empeorar las cosas!

—¡Yo, don Agustín, ante todo soy un patriota! ¡Y ya bastante malo es para mí ver cómo los franceses tratan de despellejar el país que amo! ¡Es imperativo que ganemos esta guerra! ¿Es que no lo ven? ¡La violencia desatada de estos seres es nuestro camino a la victoria!

—¿A qué coste?

—¡El coste es irrelevante! ¿Qué son un centenar de vidas de campesinos y gentes de malvivir a cambio del alma de todo un país?

—Maldita sea, señor Garcés, yo tenía que haber sabido todo esto antes de venir. En nombre de la Junta Suprema, por la autoridad que me ha conferido y en base al más puro sentido común, me niego a permitir algo de tan imprevisibles resultados.

—Menudo atajo de cobardes…

—¿Disculpe?

—¡Lo que ha escuchado! ¡Son ustedes, todos, unos cobardes! ¡Y unos necios! ¿Qué se supone que hemos de hacer ahora? ¿Cómo piensan evitar que los franceses derriben las puertas?

—Trataremos de parlamentar —doña María se muestra ahora mucho más sosegada, mucho más segura de sí misma y de su control de la situación—. La escuela ha sido siempre una institución autónoma. Hemos estado por encima de reyes y guerras. Hasta los franceses tienen que entender eso.

—¿Y si no lo hacen? ¿Qué les hace pensar que esos mal nacidos respetarán este lugar, si no han respetado iglesias o conventos?

—Tendremos que intentarlo.

Garcés Gris dedica a don Agustín de Argüelles una mirada cargada de desprecio.

—Claro. Parlamentar con el enemigo. ¿Ese es el camino que quiere seguir la junta? ¿Así es como será España a partir de ahora? ¡Pues yo desprecio esa España! ¿Me oye? ¡La desprecio! ¡Y os desprecio a todos, necios estúpidos, por vuestra falta de valentía! ¡Esta escuela va a ser arrasada hasta los cimientos! ¡Los franceses os van a matar a todos! ¡Pero a Garcés Gris no lo cogerán! ¿Me oís? ¡Yo no voy a morir hoy!

Y, de pronto, echa a correr, abre la puerta del despacho y se pierde por el pasillo. La reacción del aristócrata es tan rápida, tan

visceral, que la respuesta de los demás, por muy voluntariosa que sea, no puede llegar a tiempo. Nadie es capaz de evitar la huida.

—¿A dónde ha ido? ¿Cómo piensa escapar de aquí?

—No se preocupe por eso, don Agustín. No creo que vaya a hacerlo.

—¿Qué queréis decir, doña María?

—Este lugar es… diferente. Con toda probabilidad se perderá en la maraña de pasillos. Podrían pasar años hasta que aprenda a orientarse. Quién sabe si no morirá antes.

—Hay una posibilidad que no hemos pensado. Quizá tenga muy claro a dónde va y qué va a hacer.

—Explíquese, Sansón. ¿Qué está pensando?

—En que hayamos sido engañados, don Agustín. Ese hombre pertenece a la Cofradía. Ya ha visto su reacción. ¿Y si sabe perfectamente a dónde ir y qué hacer? Imaginad, doña María. Un hombre de la Cofradía en el corazón de nuestros secretos… ¿Quién sabe qué podría hacer con todos esos conocimientos a su alcance? ¡Representaría un peligro tan grande como el ejército francés!

—Por dios… ¿cómo no lo hemos pensado? ¿Cómo he podido estar tan ciega?

—En este caso, doña marquesa, la responsabilidad recae en todos nosotros. El sentido patriótico nos nubló el juicio. Pero no debe ser momento de reproches, sino de decisiones.

—Tenéis razón, don Agustín, debemos encontrar a ese hombre cuanto antes y expulsarlo de aquí.

—Dejadlo de mi cuenta, doña María. Os juro que lo encontraré.

—Confío en usted, señor Galavís. Don Agustín y yo nos encargaremos del parlamento. Dios quiera que Garcés Gris se equivoque y no sea este el final de la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo.

6

Ya ven.

Al final las cosas siempre salen peor de lo que uno puede imaginar.

El destino, que no anda corto de maña a la hora de sobrepasar los límites de nuestra imaginación para hacer que todo salga mucho peor de lo esperado.

Pero el caso es que ahora no hay tiempo para lamentarse. Hay demasiado en juego. Así que no nos demoremos y vayamos tras Sansón mientras sigue los pasos de Garcés Gris. Por si lo preguntan, efectivamente, el tema del parlamento vamos a dejarlo de lado. Estas cosas no van tan rápido. Hay que figurarse qué se va a decir, hay que concertar un encuentro con el bando contrario… Imagínense. Podrían pasar horas hasta que viéramos los frutos de la iniciativa. Y, por otra parte, qué demonios, Sansón es nuestro protagonista. No vamos a dejarlo de lado así como así.

Ahí lo tenemos.

Recorre los pasillos con sorprendente determinación. Sin que le veamos rastrear pistas, da la sensación de saber perfectamente a dónde dirigirse. No pasa mucho hasta que se detiene ante una puerta que ya conocemos: la Gran Biblioteca Principal. Tiene sentido. Si lo que Garcés Gris persigue es robar los secretos ocultos de la escuela, ¿qué mejor lugar que hacerlo allá donde se esconden?

Veamos si Sansón está en lo cierto.

Empuja la puerta, que se abre lenta y ceremoniosamente. El crujir de la madera resuena como una advertencia, una especie de letanía destinada a enfatizar el carácter casi sagrado del lugar. Pero eso a él no tienen que recordárselo. Se ha pasado casi ochenta años vagando entre sus pasillos. Si alguien valora la importancia de este sitio es, precisamente, Sansón Galavís. Dentro, ya saben, ya hemos estado aquí: penumbra, polvo y el suntuoso silencio que acompaña a ciertos lugares de profundo significado. Fíjense cómo se alzan imponentes las estanterías, cómo se pierde su final en la noche perpetua del techo. Parecen gigantescos guardianes. Y en cierta manera, lo son, porque cobijan lo que cobijan. Y así se entiende la laberíntica disposición, el hermético abrazo con el que acogen los secretos. Suerte que vamos tras Sansón y que este conoce el camino. Si no, a estas alturas, ya habríamos sucumbido a la desorientación y al vértigo.

Qué silencio.

Qué majestuosa quietud.

Qué apabullante resulta seguir el eco de nuestros pasos mientras se pierden en el infinito.

Repentinamente, un ruido rompe en dos la pacífica atmósfera. Es más que un ruido. Son muchos. Es agitación. Trepidación que llega desde un recoveco entre estanterías. Sansón se dirige hacia allí y, al llegar, nos topamos con el enjuto aristócrata que, con movimientos rápidos, nerviosos, casi frenéticos, se encarama a los estantes y deja caer los pesados volúmenes. A través de la densa nube de polvo que levantan, lo vemos saltar al suelo, rebuscar entre los libros y arrancar algunas páginas en lo que parece una azarosa espiral de destrucción que, mucho nos tememos, tiene bastante de estudiado. El ermitaño, alarmado y asqueado, se abalanza hacia Garcés Gris y trata de separarlo de la estantería tirándole de la chupa. Pero el siniestro personaje se desembaraza de él con un inesperado revés. El manotazo da de lleno en la cara de Sansón y lo deja tumbado en el suelo.

—¿De verdad creías que ibas a sorprenderme, Sansón? Sabía que no tardarías en llegar. Te conozco mucho mejor de lo que crees. Lo suficiente como para anticipar tus reacciones.

Mientras habla, el aristócrata continúa arrancando páginas de libros, doblándolas y guardándolas en un bolsillo interno de la chupa. Ni siquiera se vuelve a mirar a Sansón. Pero no le hace falta para provocarle una punzada de pánico.

«¿Qué es lo que sabe de mí este hombre?», se pregunta.

Nunca se habían visto antes de hoy.

¿O sí?

Una ominosa posibilidad se abre paso entre sus pensamientos.

¿Y si…?

—¿Eres…? ¿Eres tú? ¿Gaspar Gris?

El aristócrata se detiene y deja escapar una sonora carcajada. Y ahora sí. Ahora se vuelve. Y casi hubiéramos preferido que no lo hubiera hecho. Así no habríamos tenido que experimentar la demencia cruel, inmisericorde, que se ha apoderado de su mirada.

—¿Crees que soy él? No, no. Menuda tontería… ¡No seas ingenuo, Sansón! Ya sabes que los cofrades nos valemos de la magia para nuestros fines, pero nunca llegamos tan lejos. Alargar la vida va en contra de lo naturalmente prescrito por Dios. Y nuestra labor no es socavar el orden establecido. Más bien preservarlo. Así que no, no soy tu viejo amigo Gaspar Gris. Él era mi abuelo. Pero sí sé todo lo que él sabía sobre ti en su momento. Nuestra familia es

algo… especial. Compartimos muchas cosas. Muchos recuerdos. No todos, pero los suficientes. Y hay quien dice que incluso el alma, o algo parecido. Pero yo no llego tan lejos. Estoy seguro de que defender eso sería casi blasfemia. Y yo soy escrupulosamente católico. Salvo en las orgías que tienen lugar de cuando en cuando en mis aposentos. Ahí la religión no tiene cabida. Pero eso que quede entre tú y yo, ¿estamos? Que, incluso en tiempos como estos, un aristócrata se debe a su reputación. Así que ya ves. No soy él, pero como si lo fuera. ¿Qué te parece?

Sansón no responde. A lo mejor porque no sabe bien qué decir. O puede que por estar ocupado rumiando una inmensa cantidad de rabia.

—¿Qué pasa? ¿Es que no dices nada? ¿Ahora te quedas sin palabras? Pues bien que hablaste antes, cuando nadie te lo había pedido. Si no llega a ser por ti, ahora mismo yo habría provocado una guerra, dando por finalizada mi misión. Lástima. Así sois vosotros, la chusma. Siempre tocando las narices. Pero no pasada nada, sé adaptarme a las circunstancias. A fin de cuentas, ¿quién hace una incursión en territorio enemigo sin guardarse un as en la manga?

Garcés Gris apila algunos de los libros caídos y toma asiento encima de ellos. Coge uno, pasa las páginas buscando algo y, cuando lo encuentra, arranca sin miramientos la hoja en cuestión. Luego sigue buscando. Y arrancando.

Sansón permanece inmóvil, expectante.

—Verás, posiblemente tú no te has enterado de nada, que para eso has encontrado la forma más infalible de hacerte el tonto, pero las cosas han cambiado ahí afuera. Más de lo que nos gustaría. Ya sabes, la guerra y todo eso. Pero, es que, para colmo, ahora hay quien escucha a todos esos idiotas franceses, esos ilustrados de pacotilla que hablaban del fin del absolutismo, de derechos sociales, de igualdad y de todas esas cosas. Para que lo sepas: hasta hicieron una revolución y le cortaron la cabeza al rey francés, Luis XVI. A la mierda la monarquía francesa.

Reconozcámoslo: todos hemos pensado, automáticamente, en el viejo Diego Torres de Villarroel, el Gran Piscator de Salamanca, ¿recuerdan? También Sansón. Al final, sí que era un adivino.

Pero recuperemos el hilo, que Garcés Gris sigue hablando.

Y arrancando páginas.

—Ahora, nuestro querido país vecino es una república. ¿Puedes creerlo? ¡Una república! Bueno, luego llegó Napoleón y se coronó emperador, pero eso es otra historia. Más o menos te haces una idea

de lo que quiero decir. El horror más absoluto. ¿Qué forma es esa de darle la vuelta a las cosas? ¿Igualdad ante la ley? ¿Derechos del hombre y del ciudadano? «Todos los hombres fueron creados iguales» y bla, bla, bla… ¡Mentiras! ¡Despreciables y ofensivas mentiras! ¡Las cosas son como son por una razón! ¡No hay motivo para dudar de ellas! Y ahora llegan aquí y tratan de hacer lo mismo con nosotros. A la fuerza. Y eso no es lo peor. Lo peor es que hay muchos en nuestro país que han aprovechado la falta del rey para impulsar cambios en ese mismo sentido. Ese necio de don Agustín, por ejemplo. ¿Y quieres que nos quedemos parados? ¿Sabes el asco que me provoca todo esto? ¡Al infierno con Francia y su maldita república! Pueden revolcarse en su propia mierda, como los cerdos que son, si es lo que desean. Pero España… ¡España es otra cosa! ¡Debe ser otra cosa! Mi plan… nuestro plan… era simple y efectivo. Una vez convenciéramos a la marquesita de la necesidad de entrar en guerra, el carácter voluble de los seres sobrenaturales haría el resto. Todos sabemos que se emplearían con más violencia de la necesaria y que, una vez desatados, incluso se cobrarían la vida de algunos de los nuestros. Y con eso mataríamos dos pájaros de un tiro. Por un lado, acabaríamos con la guerra y echaríamos de una vez por todas a los franceses de nuestra tierra. Por otro, cuando Fernando VII volviese al reino, convencido del peligro que supone el mundo sobrenatural, clausuraría para siempre la escuela y acabaría con las ínfulas reformistas de tantos politicuchos, pensadores advenedizos y revolucionarios de medio pelo que permitieron liberar a un mal semejante. España volvería a la senda absolutista que nunca debía haber abandonado. Eso era, claro, antes de tu intervención. ¿Quién se iba a imaginar que aparecerías de la nada para echar tierra sobre nuestros planes? Pero, como te he dicho, todo está atado y bien atado. Tu aparición solo ha supuesto un leve desvío. Los medios han de ser distintos, por fuerza, pero el fin será exactamente el mismo.

Miren a Sansón. Su expresión refleja la confusión que todos sentimos. ¿A qué viene este monólogo de villano de tres al cuarto? ¿Por qué revela de esta manera sus planes?

Y no le queda otra que preguntar.

—Pero… ¿por qué me cuentas todo esto si…?

—¿Si vienes a detenerme? ¿Si somos enemigos? Querido Sansón, si te lo cuento es, precisamente, ¡porque no puedes hacer nada! Los mecanismos ya se han puesto en marcha. Ahí afuera, en el monasterio, se ha iniciado el cambio. Nuestra victoria es inevitable. Y vuestra derrota irreversible. El destacamento francés está siendo

masacrado sin piedad y, a ojos del mundo, tamaña violencia será atribuida a vosotros. O más bien a vuestros protegidos. Ya sabes, a los gnomos, las mouras, las xanas y demás criaturas ignominiosas. Dios santo… es solo pronunciar su nombre y ya tengo arcadas. Si al menos hubieran sido creadas con cierta belleza… Vale, las xanas, las hadas, las encantadas o incluso algunas mouras poseen un innegable atractivo. Demasiado casto para mi gusto, he de confesar. Pero atractivo, al fin y al cabo. Pero ¿qué hay del resto? ¿Has visto una criatura más fea que un trasgo? ¿Y qué me dices de los ogros? Quien quiera que fuera su creador, posee un talento bastante limitado. O un sentido del humor ciertamente vulgar. Por cierto, que siempre me había preguntado cómo podíais mirar día a día a la cara a tales aberraciones sin perder la cabeza. Más todavía, quiero decir. Y ahora, leyendo estos libros, he descubierto la suerte que tenéis de que, aquí dentro, los elementales carezcan de forma física. Ya ves. Interesante. Despierta infinitas preguntas sobre qué es en verdad este lugar. Y apuesto a que las respuestas están en algún sitio de esta biblioteca. La Cofradía siempre sospechó de la existencia de estos libros. Por eso estoy salvando de la quema aquellos pasajes a los que podamos darle utilidad.

—¿La quema?

—¡Oh, cierto! ¡Se me ha olvidado decírtelo! Sí, efectivamente, has oído bien. La quema. Voy a prenderle fuego a todo. Es la única manera que se me ocurre de acelerar tanto como pueda el final. He intentado echar abajo las estanterías, pero pesan demasiado para mí. ¿A quién se le ocurre plantar aquí semejante monstruosidades? No quiero ni imaginar lo que debe haber sido limpiarles el polvo todos estos años. Supongo que por eso están tan sucias. El encargado debió dimitir hace tiempo. De habernos llevado mejor, podría haberos enviado a Marcela, mi criada. No tiene el menor resto de decoro en su carácter, pero es limpia como ella sola. ¡Ah, Marcela! ¿Qué habría hecho yo sin ella? Supongo que habría terminado catando mis primeros muslos de mujer mucho más tarde, en algún burdel de mala muerte. Siempre le estaré agradecido por haberme ahorrado la experiencia. Y el dinero. Y por todo lo que calla sobre mi persona. En fin. Que es un primor. Pero a ti todo eso te da igual, porque dentro de poco tú también vas a ser pasto del fuego. Así que ya ves, querido Sansón. La Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo tiene las horas contadas.

Sería difícil no sentirse ofendido por tamaña demostración de desprecio, reconozcámoslo. Nadie podría mantenerse impasible ante semejante arrogancia. Y menos Sansón, que lleva un rato

acumulando furia.

Le ha llegado el momento de estallar.

El ermitaño se abalanza contra su enemigo profiriendo un alarido de pura rabia. La embestida es tan brutal que Garcés Gris no puede hacer nada para evitarla y ambos caen rodando sobre la montaña de libros. Los dos hombres quedan enzarzados en una especie de maraña de golpes y gritos. Los puñetazos van y vienen. La fiereza es terrible. ¿No notan el impacto de los puños en la propia piel? Ninguno de los dos quiere dejarse someter y nosotros sentimos el impulso de intervenir a favor de Sansón. No podemos, claro. Y solo nos queda contemplar con impotencia cómo Garcés Gris agarra un libro y lo estampa contra la cara del ermitaño. El aristócrata se coloca encima de él, las rodillas sobre los brazos y la mano cerrada sobre la garganta. Los ojos crueles no dejan lugar a dudas: en este cuerpo delgado de apariencia retorcida, como las ramas de un siniestro árbol muerto, no hay cabida para la piedad. El aristócrata aprieta ahora con las dos manos. El rostro del ermitaño refleja su pánico, los ojos desorbitados se rebelan inútilmente contra la falta de aire.

Maldita sea, parece que Sansón está perdido.

¿Cómo podrá salir de esta?

De pronto, un crujido resuena en la estancia provocando el sobresalto del aristócrata, que afloja la implacable presa.

—¿Qué ha sido eso?

Miren, el tipo se muestra temeroso. Busca a su alrededor con desesperación. Quizás podemos entenderlo si pensamos en quién es y dónde está. Aquí dentro, Garcés Gris es un elemento extraño y, por tanto, espera que pueda pasar cualquier cosa. Y, con todo, el siguiente movimiento lo coge completamente desprevenido. Aprovechando el momento de despiste, Sansón se libera de la presa y descarga un cabezazo en la nariz de su enemigo. Este cae de espaldas, aturdido. Pero no queda ahí la cosa. Para nuestra sorpresa, justo en el momento en que un nuevo crujido agita la tensa atmósfera, el ermitaño echa a correr.

¿Pero qué…?

Un momento…

¡Fíjense!

¡Una de las estanterías que rodean la escena se viene abajo! Parece el tronco de un gigantesco árbol, lento y pesado, inevitable como el destino. La trayectoria la lleva a chocar contra la que está justo enfrente. La caída se detiene y, estamos seguros, durante un brevísimo instante Garcés Gris llega a sentirse a salvo.

No le dura mucho.

Ni tan siquiera tiene tiempo de huir antes de que le caiga encima una implacable lluvia de pesados volúmenes.

Cuando el polvo se asienta, comprobamos que la estantería se ha vaciado casi por completo. El cuerpo del aristócrata ha quedado enterrado bajo una verdadera montaña de libros. No hay movimiento. No hay tensión. La atmósfera del lugar ha recuperado la pacífica y solemne quietud que la caracterizaba. Y Sansón Galavís, contemplando con asombro la montaña de libros, se pregunta lo mismo que nosotros: ¿está muerto el aristócrata?

Por lo pronto, él suspira con alivio.

Una extraña paz se instala en su interior, aplacando antiguas inquietudes. Parece ser que el deseo de revancha contra Gaspar Gris o, mejor dicho, contra su estirpe era más profundo de lo que sospechábamos. ¿Cómo ha debido ser vivir todo este tiempo con tanta cólera retorciéndole las entrañas? Sí, para él, los ochenta años han ido y venido en un pestañeo. Pero incluso así, una rabia semejante debe dejar huella. Quizás por eso las facciones se le dulcifican, de pronto, y los ojos se le llenan de lágrimas. Tiene sentido. Después de tanto tiempo y de tantos sin sabores, Sansón Galavís se ha anotado una victoria. Pueden imaginarse cómo debe ser sentir eso. Tan profunda es su emoción, que no se plantea siquiera la posibilidad de remover los libros y buscar el cadáver. Ni por asegurarse. ¿Para qué? No contempla otro desenlace. Los libros son tan pesados y la montaña tan grande que es imposible que haya sobrevivido a la caída. Y aunque lo hubiera hecho, no sería por mucho tiempo. Difícilmente alguien podría librarse de esta prisión.

Así que no caben consideraciones temporales.

Ahora, o más tarde, el destino de Garcés Gris está sellado.

Sí, sigue quedando la cuestión del cómo. ¿Qué ha propiciado la caída de la estantería? ¿Debemos creer que ha sido un acto fortuito? Ni por asomo. Observen. Sansón otea las sombras y esboza una sonrisa. Y entonces lo comprendemos: el mueble era demasiado pesado para una persona, pero no para los seres elementales. Sean lo que sean las presencias que nosotros ni siquiera intuimos, y que él percibe con claridad en la oscuridad, no han hecho sino aquello que debían: proteger lo que es suyo.

Sansón saluda con la mano, a modo de agradecimiento, y se va.

Esto no ha terminado aún.

7

La puerta está cerrada.

Doña María, lívida, permanece quieta, con la mirada perdida en quién sabe qué consideraciones. Don Agustín pasea arriba y abajo, las manos a la espalda, el rostro desencajado y, cosa curiosa, pero no menor, completamente despeinado. También está Zacarías Zayas, sentado en el suelo, temblando de la cabeza a los pies y con evidentes deseos de hacerse un ovillo y tumbarse en un rincón. O de correr a su despacho, cerrar la puerta y olvidarse de todo.

Al ver llegar a Sansón, la gran maestre parece salir de su ensimismamiento.

—Señor Galavís… ¡Sansón! ¿Está usted bien?

—Sí, son heridas sin importancia.

—¿Qué ha sido de Garcés Gris?

—Ha dejado de ser un problema, don Agustín.

—¿Está muerto?

—Eso creo.

—¿Lo ha matado usted?

—No. Él se ha forjado su propio destino. Lo encontré en la biblioteca, destruyendo libros. Quería prender fuego a la escuela. Forcejeamos y provocamos la caída de una de las estanterías. La lluvia de libros lo aplastó.

—¿Una lluvia de libros? Pero… ¿cómo de grandes son esas estanterías?

—Mucho más de lo que imagina, créame.

—¿Y cómo consiguió usted escapar?

—Tuve suerte.

Sansón puede notar la mirada suspicaz de don Agustín sobre su persona. Sabe que ha mentido. Pero ¿qué otra salida tiene? Un hombre acaba de ser asesinado por seres elementales. De recurrir a la verdad, ¿cómo asegurarse de que no iban a empeorar su situación? De todas maneras, el político, ya lo hemos dicho, es hombre inteligente. No sería de extrañar que considerase apropiado dejar las cosas como están, en nombre del más puro pragmatismo. Y eso mismo debe haber decidido, porque el escrutinio termina en seguida.

Qué alivio.

—Pero, decidme, ¿qué ha sucedido aquí?

—El parlamento… ha sido un desastre… Dios mío…

Doña María se lleva la mano a la boca, ahogando un sollozo. El rostro pálido muestra las marcas de un profundo horror. Pero, con todo, hace de tripas corazón para seguir hablando.

—Cuando hemos salido a parlamentar, ya era de noche. Ya sabe usted cómo funciona esto… Tantas emociones… Hemos perdido el control y hemos dejado pasar demasiado tiempo. De habernos ensimismado más, podríamos haber corrido una suerte similar a la suya. Pero el caso es… que nos hemos encontrado con un panorama desolador. El destacamento francés, solo uno más de los que, al parecer, han tomado Toledo, se encontraba acampado en el monasterio. Los hombres borrachos jugaban, discutían, peleaban y hasta hacían sus necesidades en cada esquina, sin mostrar el más mínimo respeto por el lugar. Ni tan siquiera el general con el que debíamos haber establecido la negociación se encontraba en estado de lucidez. Podríamos haber sacado ventaja de eso de no haber sucedido lo que sucedió. Ebrio como estaba, empezó a burlarse de nuestras tradiciones, de nuestras costumbres y hasta de nuestros santos. Se jactó de la facilidad con que los galanes franceses se ganan los favores de nuestras mujeres y, jaleado por sus hombres, para hacer más honda la burla, se acercó a una de las estatuas que presiden el sepulcro de don Pedro López de Ayala y Guzmán, ya sabe. Las de él y su esposa, doña Elvira de Castañeda. Acercándose a la de esta última, jugó el papel de conquistador, como si pretendiera seducir a la dama. Hizo como que le ofrecía un sorbo del vino que bebía y en un alarde de arrogancia lo escupió a la cara de la estatua. Luego se acercó para simular un beso en los labios y… entonces… entonces… entonces sucedió algo espantoso. Estalló una ráfaga de viento terriblemente fuerte y el francés cayó hecho pedazos. Literalmente. Había trozos suyos por todas partes… La cara… la cara… Dios… Su cara era una especie de máscara desfigurada… Los ojos se le salieron de las cuencas… Se le veía la calavera a través de la piel desgarrada… Pero la cosa no ha quedado ahí. El viento seguía soplando. Era fuerte, como un huracán. Arrastraba los bancos, las figuras caídas, las piedras sueltas de las paredes… Y con cada ráfaga, un francés caía mutilado… Hay… hay sangre por todas partes… salpicándolo todo… Dios… N… no, no puedo…

Doña María calla para reprimir las náuseas. Suerte que don Agustín muestra algo más de entereza. No demasiada, pero lo suficiente para recoger el testigo.

—¡Nosotros habríamos sido los siguientes si no hubiéramos vuelto aquí! ¡El viento parecía tan afilado como la hoja de un sable!

Pero… ¿no será que la tensión nos ha jugado una mala pasada? ¿Es acaso posible algo así?

¿Que si es posible? Tanto que Sansón no lo duda. Inmediatamente encuentra respuesta al misterio. Seamos sinceros, hasta nosotros albergamos nuestras sospechas. Por eso entendemos que eche a correr sin mediar palabra directo al exterior.

—¡Señor Galavís! —grita don Agustín—. ¿A dónde va?

—¡Sansón, es una matanza! —Advierte doña María—. ¡Van a matarte!

No les escucha. ¿Quién de nosotros lo haría? Ahora mismo, hay toda una miríada de imperiosas necesidades imponiéndose a las advertencias y los dictados del sentido común. Sí, posiblemente sería más sensato no precipitarse. Pero, entonces, ¿qué historia contaríamos? Las historias, las buenas historias, se hacen a base de malas decisiones y errores de juicio. Son, al fin y al cabo, reflejos del más básico comportamiento humano.

Miren, ya ha salido por la puerta.

Ahora sube los escalones de dos en dos.

La lápida está abierta. En su prisa por conservar la vida, doña María ha olvidado cerrarla. Se comprende claro, no vamos a censurarla por eso. Por el hueco se filtran la luz brumosa de la noche y el rugido violento del huracán. Lleva recorrida la mitad de la escalera cuando le alcanzan los coletazos del vendaval. Es como una bofetada que le desordena el pelo, la túnica y la amalgama de sentimientos acumulados, amontonados unos encima de otros en una maraña imposible de deshacer.

Y aprieta el paso.

Porque le empuja la urgencia, el anhelo desesperado.

Le ciega la posibilidad de que ella haya vuelto para retomar su historia, justo donde la dejaron. Hablamos, claro, de Nicolasa Parejo. ¡Cómo cambiaría todo si resultase estar ahí afuera! Qué importan el cómo o el porqué. Qué importa la sangre. Qué cambia la violencia. Son cuestiones intrascendentes, un maquillaje, agrietado y reseco, que no puede restar brillo a la esperanza. Podría no ser ella. Han pasado muchos años y las probabilidades de que la Cofradía haya repetido con éxito el experimento de la posesión son bastante elevadas. Él lo sabe, no es tonto, ni está loco. Solo desesperado. Por eso elige creer que sí, que está ahí, al final de la escalera.

Y es que…

¡Cuánto sentido recobrarían las cosas!

¡Cuánto más fácil lo haría todo!

Pero nada es nunca tan sencillo, ya deberíamos saberlo. Y la certeza, mucho nos tememos, habrá de seguir siendo duda y habrá de atormentarle para siempre. Porque para cuando llega al final de la escalera, no hay ya rastro alguno del viento. Fuera lo que fuese, fuese quien fuese, se ha ido, llevando su ofrenda de destrucción a otras vidas y otros lugares. En el aire no queda más que el rastro de las posibilidades muertas y el acre y penetrante olor de la sangre. Una desoladora quietud cae sobre el monasterio y aplasta el corazón de Sansón. Y ante la espantosa visión de la pila de cadáveres amontonados en la nave central, se rinde, por fin, ante una terrible evidencia: Que está solo.

Que lo estará ya por siempre.

8

De pronto, todo había terminado.

Aquella noche significaba el final de tantas cosas que la ingrata tarea de asimilar suponía un sufrimiento casi insoportable. Quizás por eso, por no perder la cabeza, en base al más puro y simple sentido de la supervivencia, Sansón, consciente de la enorme trascendencia del momento y de todas las cosas que dependían de él, decidió relegar a un segundo plano sus emociones y volver bajo la lápida para ocuparse de lo más apremiante.

Garcés Gris había ganado.

El daño estaba hecho. El final era inevitable. Tarde o temprano, Fernando VII volvería y la suerte de la escuela estaría echada. Y la inminencia de un peligro semejante eliminaba tantas opciones que la menos deseada de todas resultó ser la única viable.

La Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo debía evacuarse de presencia humana. Las consecuencias eran claras, acuérdense, salvo el portero, en este caso nuestro buen amigo Zacarías Zayas, nadie volvería a conservar un solo recuerdo de aquel lugar o del tiempo que había pasado dentro. No obstante, el olvido era preferible a la destrucción, porque implicaba la posibilidad del recuerdo. Y aferrados a ese leve destello de esperanza, todos los miembros de la orden asumieron con sorprendente entereza su triste destino, esperando que el sacrificio no fuese en balde.

No lo fue.

Su legado, aun cuando desconocido, inspiró muchas cosas y provocó muchos cambios. Tomen como ejemplo, sin ir más lejos, a don Agustín de Argüelles Álvarez. Cuando volvió a Sevilla, sin conservar más recuerdo de los pormenores de su misión que una incómoda y borrosa sensación de desconcierto escondida ahí, en la parte de atrás de la mente, lo hizo con una idea mucho más firme y clara de cuál debía ser el futuro de España. Debía convertirse en algo distinto. Más libre. Mejor. El resto, ya lo saben. Las Cortes de Cádiz, la Constitución de 1812 y los ánimos eufóricos, exaltados por el viento del liberalismo. Sí, cierto, luego serían aplastados por Fernando VII cuando, a su vuelta, derogó toda la obra legislativa de aquellos valientes diputados para imponer de nuevo el más férreo y rancio absolutismo. Pero el arduo y difícil camino de nuestro país hacia la modernidad se había iniciado en aquel lugar subterráneo, gracias a la influencia del mundo elemental.

Es imposible imaginar una más gloriosa herencia.

Sin embargo, no es este momento, ni lugar, para disertaciones políticas. Si quieren saber más, acudan a los libros de historia.

Aquí lo importante es que Zacarías Zayas encontró por fin el momento para ejercer de héroe. Aun a su pesar, apelando a la memoria de su padre, aceptó sin rechistar la amarga responsabilidad de echar el cerrojo a la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo. Pobre Zacarías. Después de tanto anhelarlo, ¿quién iba a decirle que su gran momento, más que épico, resultaría desolador? Pero ahí lo tienen, introduciendo la llave en la cerradura con admirable firmeza. Gira la mano con aplomo y el cerrojo metálico resuena grave. Su eco denota una terrible trascendencia. El mundo se viste de gris, el futuro se tiñe de incertidumbre.

Y la vida de Sansón encara un nuevo requiebro.

Su existencia será desde este momento una constante búsqueda y su último sustento, el anhelo impaciente de volver a encontrar su sitio.

Realidad y rebelión

1

—¿El beso?

—¿Qué beso?

—El del general francés y la estatua. Es *El beso*, una de las leyendas de Bécquer. ¿Lo… lo conociste? ¿Es posible que se inspirara en ti? ¿En tu vida?

La lluvia repiquetea contra los cristales.

En la pequeña habitación, que es a la vez sala de estar y cocina, encontramos a un hombre y a una mujer. Están sentados uno frente a otro, con una mesa de por medio donde descansan, humeantes, dos tazas de té. Algo más allá, un radiador se esfuerza en secar la ropa echada sobre el brazo del sofá. Hay una ventana en la pared de la izquierda por la que se filtra la imagen espectral de esta noche perlada de luces. La lluvia la convierte en algo informe, pero nadie va a darse cuenta de ello.

Porque, aquí dentro, todo cuanto importa a estas dos personas empieza y termina en ellos mismos.

Hablamos, por supuesto, de Sansón Galavís e Irene Belchí, ambos vestidos, por cierto, con ropa de deporte que él ha tenido que rescatar del fondo del armario. A ella le queda algo grande y, si se fijan, eso otorga a su imagen, normalmente tan seria y distante, un aire cómico que es imposible pasar por alto y resulta, por qué no decirlo, hasta tierno. Por eso mismo se esfuerza más que nunca en mantener la fachada de invulnerabilidad. Dan ganas de decirle que no hace falta, que le vendría bien relajarse un poco. Pero ya sabemos que no escucharía. Si acaso, redoblaría el empeño. Y eso nos serviría para comprender, o mejor dicho para confirmar, que, efectivamente, se trata de una pose, de un mecanismo de defensa: mientras más grande es el impacto, mientras más vulnerable se siente, más visceral es su intento de protegerse. Y ahora, frente a este hombre y su increíble historia, debe sentirse extremadamente vulnerable.

Pero esto no es nada.

Esperen a que él responda a la pregunta.

—¿Que si se inspiró en mí? Es muy probable, sí. El bueno de Gustavo Adolfo y yo fuimos buenos amigos. Un tipo entrañable. Muy sensible. Y cargante, para qué vamos a decir lo contrario. Siempre enamorado de quien no debía… No sabes la de veces que le hice de pañuelo de lágrimas. Pero, eso sí, su maestría con la

pluma era innegable. Supo coger mis historias y embellecerlas de maneras que hasta a mí me resultan todavía sorprendentes.

De manera que sí, Sansón Galavís conoció a Gustavo Adolfo Bécquer.

Y lo dice así, como si nada. No es de extrañar la reacción de ella. Se pone en pie, camina arriba y abajo de la habitación, se desordena el pelo una y otra vez, se muerde el labio inferior y hasta arruga el entrecejo. No hace falta conocerla mucho, o ser un avezado conocedor de la psique humana, para reconocer los síntomas de un ataque de nervios. El disfraz, definitivamente, se le ha venido abajo. Y eso que lo ha intentado. La chica lo ha intentado. Ha hecho lo imposible por parecer fría y demostrar un dominio absoluto de sí misma y de la situación. Pero es que, maldita sea, pónganse en su lugar, esta situación pasaría por encima de cualquiera.

—Oye, ¿estás bien? —Le pregunta Sansón, preocupado.

—¿Bien? ¿Que si estoy bien? ¿Cómo voy a estar bien? ¿Cómo demonios voy a estar bien? ¡Estoy en las antípodas de estar bien! ¡Me va a reventar la cabeza! A ver… ¡estamos hablando del maldito Gustavo Adolfo Bécquer! ¡Tuve que hacer un trabajo sobre él en la universidad! ¿Y sabes cuál fue el veredicto de mi profesor, don José Luis Bonilla y Aranzabal? ¡Poco inspirado! ¡Que me había quedado en la superficie, que no había sabido llegar al fondo! Pero, joder, ¿quién hubiera podido hacerlo? Desde luego no usted, señor Bonilla, don estirado, con esa pose de intelectual de tres al cuarto, dejando siempre la novela que estaba leyendo situada estratégicamente en la mesa del profesor para que todos pudiéramos ver y admirar su impecable gusto literario… ¡Maldito panoli! ¡Nadie habría podido llegar al fondo! ¡Porque ahora resulta que todos los catedráticos de Filología Hispánica y todos los estudiosos de la obra de Bécquer estaban equivocados sobre la maldita profundidad! ¡Porque no estamos hablando de una piscina olímpica, por la parte que cubre, cuando dejas de hacer pie y te cuesta la misma vida mantenerte a flote removiendo las piernas con esa pose que es al mismo tiempo heroica y estúpida! ¡Estamos hablamos de una maldita fosa abisal! ¿Quién puede llegar al fondo de eso? ¿Quién puede llegar al fondo de nada? ¿Cuántas más cosas hay que damos por ciertas y de las que no tenemos ni puta idea?

—Vamos a ver, Irene. Creo que estás sacando las cosas un poco de quicio…

—¿Un poco? ¡Las estoy sacando totalmente! ¡Las he sacado tanto de quicio que el quicio ha saltado por los aires! ¡Estoy

flipando! ¡Es más, ahora entiendo el verdadero significado de la palabra flipar! ¡Flipar de verdad, como los Beatles cuando iban hasta el culo de LSD! ¡Pero, joder, a ellos por lo menos les servía para componer obras maestras y ahora son historia de la música! Pero a mí, ¿para qué me sirve? ¿Qué saco yo de todo esto? ¡Esto no es más que la prueba irrefutable de que estoy completamente perdida! ¡Hace dos años que mi vida está patas arribas! ¡Dos malditos años que no reconozco ni el suelo que piso porque todo a mi alrededor es extraño y aterrador! ¡Y cada vez es más extraño, y más complicado, y más aterrador! ¡Y yo ya no sé qué es real y qué no, ni qué debo hacer ni qué creer! ¡Y no me salgas ahora con la mierda esa de lo que me diga mi corazón porque te juro por mi madre que te doy un puñetazo!

Irene rompe a llorar. No quiere hacerlo, pero tampoco puede evitarlo. Es un llanto nervioso, descontrolado, acompañado de la respiración entrecortada que precede a los ataques de ansiedad. A Sansón le encantaría hacer algo. Maldita sea, a nosotros mismos nos encantaría hacer algo. Pero no podemos. Tampoco él. Bueno, él, poder, lo que se dice poder, sí que puede, o podría, pero como ha vivido mucho más que cualquiera de nosotros, y algo de experiencia en almas perdidas debe tener, entre otras cosas porque no ha habido nadie más perdido en trescientos años de la historia de España, sabe que lo mejor es dejarla tranquila. Es una mujer valiente. Poco a poco irá recuperando el control. Dicho y hecho. No han pasado ni dos minutos cuando empieza a calmarse. A ver, digámoslo claro, la serenidad no le va a llegar de pronto, ni va a ser total. No esperemos que, de golpe y porrazo, así como así, la invada una calma chicha, de esas galopantes que, de tan pacíficas, resultan hasta aburridas. Irene Belchí va a seguir estando perdida todavía un tiempo más. Pero, al menos, afrontará su extravío con dignidad.

O lo intentará, que ya es algo.

La chica se enjuga las lágrimas de las mejillas y vuelve a dejarse caer sobre la silla. Es el suyo un cansancio antiguo, infinito. Exhala un suspiro y enfrenta resignada la mirada paciente de Sansón.

—¿Estás mejor? —pregunta él.

—No… no lo estoy. Y dudo de que vaya a estarlo alguna vez. Pero esto ya no tiene remedio. Como decía mi abuelo, si te vas a meter en la mierda, asegúrate de meterte hasta el cuello. Así que vamos a ver si lo he entendido… Mi jefe, el actual líder de la Cofradía, Gabriel Gris…

—Sí, ¿qué ocurre con él?

—¿Tiene los recuerdos de todo su linaje? ¿Es que comparten una

especie de alma o de espíritu ermitaño? ¿Es memoria genética? ¿Qué demonios es?

—Pues la verdad es que no lo sé muy bien. Algo de todo debe haber. Me temo que no puedo ayudarte con eso.

—Entonces, nadie excepto Zacarías Zayas guardó el más mínimo recuerdo de la escuela.

—Así es como debería funcionar, sí.

—¿Y qué pasa con la Cofradía?

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Según has dicho, nació para enfrentarse a la escuela. Eso debe estar escrito en algún lado. Sin embargo, conozco sus archivos, porque es mi trabajo, y se menciona de pasada, como una leyenda. La única misión de la Cofradía es enfrentarse al mundo sobrenatural. Eso es lo que se menciona como el motivo de su fundación.

—Pues cambiaría también al cerrarse la puerta.

—¿Así como así? ¿Es que hay una especie de ser cósmico con la apasionante misión de ser archivero del universo? ¿Es él quien se encarga de cambiar esas cosas?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Todo cuanto puedo decirte es que el universo tiende a regularse a sí mismo. Es como un organismo. Si surge una herida, el sistema inmunológico actúa para cerrarla.

—O sea, que hay unas plaquetas cósmicas que se encargan de cambiar todo lo que está mal.

—¡No lo sé! ¡Es solo una hipótesis! No te lo tomes al pie de la letra.

—¡Ojalá pudiera tomarme algo al pie de la letra! ¿Es que no puedes darme nada seguro?

—¿A qué te refieres?

—¡A que no entiendo las reglas de tu mundo! ¡Y lo peor es que ahora también es mi mundo! ¡Y no puedes darme una sola explicación satisfactoria porque todas tienen agujeros! ¡Absolutamente todas! ¡Por ejemplo, tú!

—¿Yo? ¿Yo soy un agujero?

—¡Del tamaño del Estrecho de Gibraltar! Por ejemplo, te he visto con Gabriel Gris y en ningún momento dio muestras de que le sonases ni de haberte visto de pasada en la cola de un Starbucks. Gaspar Gris sabía quién eras. ¿No deberían recordarte sus descendientes? ¡Si no tienes nada que ver con la escuela! ¿Y por qué tú sí lo recuerdas todo sobre ella? ¿Puedes explicarme eso?

—Mira, Irene, siento no poder darte respuestas concretas, porque no las tengo. Nadie las tiene.

—Sí, mucho me temía que dirías eso. Pero alguna hipótesis tendrás, ¿no?

—La tengo, sí. No sé cuánto habrá de cierto, pero pienso que está relacionado con el tiempo que pasé allí dentro. Fue mucho. Demasiado. Más del que ningún otro ser humano ha pasado jamás. Eso debió afectarme de forma tan profunda que nadie podía haber imaginado las consecuencias. Creo que, de alguna manera, yo formo parte de la escuela. Por eso lo recuerdo todo. Por eso Gabriel Gris no sabe quién soy en realidad. Y por eso le mentí, por precaución. Tenía miedo de que su memoria siguiera latente en algún lado de su código genético o donde quiera que esté almacenada. No podía correr el riesgo de despertarla.

—Tiene sentido… Bueno, todo lo que puede tenerlo algo a estas alturas. Que no me parece mucho, te lo voy adelantando ya. A mí, por lo menos, me cuesta encontrárselo. Espera, espera… Se me ocurre… ¿es ese mismo el motivo de que no envejezcas?

—Eso es lo que creo, sí. Ya sabes que extravié mi propio flujo vital. Quizás todavía no lo he recuperado del todo, por eso el tiempo pasa mucho más lento para mí que para el resto.

—¿Mucho más lento? Eso es un eufemismo para decir que no pasa, ¿no? Porque han volado más de doscientos años y mirándote no parecen haber sido más de… ¿cuánto? ¿Cinco?

—Más o menos, sí. No lo he calculado exactamente. Tampoco tendría sentido hacerlo. Eso no va a cambiar que las cosas sean como son. Que yo sea como soy…

—Ya…

Irene calla. Sigue un segundo en silencio, tan tenso, tan cargado, que deja al descubierto todas sus cuitas internas. Se está planteando lo adecuado de formular la pregunta que, por pura lógica de la conversación, debería seguir ahora. Es el único misterio que queda por desvelar, y no sabe si quiere hacerlo. Miren a lo profundo de sus ojos negros, cargados de dudas, temblorosos como las estrellas en el cielo nocturno. «¿Estás segura?», parece preguntarse a sí misma, «¿de verdad quieres meterte ahí?». Querer, no quiere. Pero recuerda una vez más las palabras de su abuelo y comprende que no queda marcha atrás.

Ha llegado el momento de meter la cabeza en la mierda.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—¿Te refieres a qué es lo que pretendo? ¿Quieres que te cuente qué me traigo entre manos?

—Sí.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Tú que crees?

—De acuerdo. Te lo diré. O, mejor dicho, te lo mostraré. ¿Tu coche está aparcado cerca?

—Sí, pero…

—Mira, tu ropa ya está seca. Vístete. Vamos a dar un pequeño paseo.

A estas alturas, Irene ya ha resuelto dejarse llevar. Es lo mejor, si es que desea salvaguardar algo de la poca cordura que debe quedarle. Así que se levanta, coge su ropa y va camino del baño para vestirse.

2

Sansón conduce.

Irene le ha pedido que lo haga. Ya bastante tiene ella con mantener la cabeza encima de los hombros. Sería mucho confiar que la capacidad de atención del resto de conductores no se encontrase en un estado tan deplorable como la suya. Además, él sabe a dónde van. Y como eso le evita tener que andar pendiente de sus explicaciones, puede dedicar el viaje a dejar la mente en blanco. O a intentarlo. Que falta le hace.

Y a mirar por la ventanilla.

Tal vez se deba a la confusión. Tendrá algo que ver el batiburrillo de emociones, ideas inconexas y frustración mal digerida que ahora mismo es por dentro, pero lo cierto es que la ciudad parece distinta. Más sucia. Menos brillante. Sí, llueve, pero no se trata de eso. Hace ya un buen rato que el aguacero perdió intensidad. Ahora es un leve tul que desciende sobre el mundo en rítmicas oleadas mecidas por el viento. No hay nada sucio en eso. Es algo distinto, una especie de aura de tristeza que lo empaña de todo haciéndolo parecer vulgar y mundano. Los edificios se suceden idénticos, faltos de vida, como el reflejo infinito de dos espejos enfrentados. Hay árboles, y perros, y gatos y gente que pasea absorta bajo sus paraguas. Y, sí, todos son signos de vida, cierto. Pero no de esperanza, porque allí están los mendigos, los olvidados y despreciados que se acurrucan entre cartones en las entradas de las cajas de ahorro, los invisibles a las miradas cada vez menos humanas y compasivas. Esta noche, los grafitis, las grietas, los contenedores y la basura se revelan como la verdadera cara de la ciudad. La más sincera, al menos. Y las luces de la avenida, lánguidas y moribundas, no pueden hacer nada para combatir el desaliento.

«¿Qué me pasa?», se pregunta Irene.

Pero no obtiene respuesta, porque no quiere pensar en ello.

El coche sigue su camino. Han cruzado el río. Siguen hacia las afueras de la ciudad y se internan en la circunvalación. Otro brazo del meandro sirve de frontera entre el núcleo urbano y los municipios colindantes, fagocitados por el implacable avance del progreso, rebajados hoy, en la práctica, a meras zonas residenciales. El paisaje se dibuja a brochazos inconexos. Es una mezcla incongruente entre lo urbano y lo rural, sin llegar a ser ni lo uno ni

lo otro. Y se queda así, a medio camino de todo. Esparcidos de cualquier manera se suceden los centros comerciales, los polígonos industriales y las urbanizaciones de casas fabricadas con molde. Es un todo descompuesto, disfuncional y terriblemente impersonal, porque ahogado por las montañas de asfalto y hormigón, cualquier atisbo de identidad propia se ha diluido hasta desaparecer por completo. El coche se deja devorar por una de esas urbanizaciones. Como todos los pequeños pueblos de la zona han crecido hasta juntarse unos con otros, evitémonos el inútil esfuerzo de intentar orientarnos. No va a cambiar nada saber dónde estamos. Por fin, se detienen ante un edificio de aspecto rectangular, cerca de un pequeño complejo comercial en el que despuntan las estridentes luces de un Burger King.

Al mirar alrededor, Irene se da cuenta de que se encuentran al borde de una colina. El filo del acerado es como una frontera entre la civilización y lo salvaje. Algo más allá, en la ladera que desciende suavemente, nacen matojos, hierbajos y hasta asoma la cabeza algún olivo despistado. Al verlo resistir orgulloso los embistes de la urbanización desmesurada, uno quisiera achacar la suerte de su prolongada existencia en un entorno tan hostil a un arrebato de compasión de los constructores, fruto de la agónica epifanía del último momento que les hubiera hecho rendirse ante la majestuosidad de la naturaleza. Pero, en una realidad tan descarnada como esta urbanización, no hay espacio para tanta poesía. Todo es mucho más prosaico. Y con casi total seguridad, podemos asegurar que se trata, simplemente, de una cuestión de planificación. Su hora no ha llegado todavía porque las maquinas no han llegado a excavar allí. Pero lo harán, no nos quepa la menor duda.

En fin.

No sigamos ahondando en la desgracia, si les parece, que ya bastante negro tenemos el humor. Estábamos describiendo el entorno y no habríamos hecho bien nuestro trabajo si nos dejáramos en el tintero la formidable vista de la ciudad que allí, al fondo, ocupa toda la línea del horizonte. Asombrosa, ¿verdad? Desde aquí transmite una sensación diferente, mucho más serena. Y es que, como en el cielo sobre ellos las nubes se arremolinan nerviosas en torno al corazón mismo del caos, no es de extrañar que se nos antoje el último reducto de paz del universo.

—¿Qué hacemos aquí? Te reconozco que la vista es bonita, pero no sé si justifica el paseíto.

—Olvídate de la vista. Por ahora. Ya nos ocuparemos de eso

luego. Ese Burger King, sin embargo, me tienta, ¿te hacen unos *whoppers*?

—¿De verdad me has traído aquí por eso? ¿Es que no había uno más cerca?

—Tranquila, mujer, relájate. No, no te he traído aquí por eso. Pero no hemos comido nada en toda la tarde, no creo que tenga nada de malo llenar el estómago mientras observamos.

—¿Mientras observamos? ¿Qué es lo que tenemos que observar?

—La vida, Irene. La vida.

La muchacha fulmina a Sansón con una mirada impaciente.

—Está bien… Echa un vistazo a tu derecha.

Lo hace. Y lo que encuentra es, precisamente, el edificio al que antes hiciéramos alusión. Es una colmena maciza, de aspecto moderno. Los tres pisos parecen dividirse en dos apartamentos cada uno, a cuyas intimidades es fácil asomarse porque los propietarios no han considerado necesario echar las cortinas. «¿Para qué?», habrá sido el pensamiento generalizado, «¿quién va a venir a mirarnos aquí, en el confín del mundo?». La respuesta, totalmente inesperada, se encuentra abajo, en el Peugeot 206 gris metalizado que está aparcado junto a la acera. Pero a ver qué hijo de vecino podría haber llegado a prever, ni en el más portentoso ejercicio de imaginación, llegar a convertirse en el objeto de las inclinaciones voyeristas de una muchacha confusa y un tipo que ha vivido trescientos años.

—Un momento, un momento, no me estarás diciendo que vamos a espiar a esa pobre gente.

—Mujer, espiar, espiar… es una palabra muy fea, ¿no? Digamos, tan solo, que vamos a recrearnos un poco en sus vidas. Para aprender de ellos, más que nada.

—¿Aprender? ¿Qué quieres aprender? ¿A cometer un delito?

—¿Te quieres tranquilizar? Confía en mí. ¿Crees que te traería aquí por cualquier tontería?

—¿De verdad quieres que te conteste a eso?

—Mira, en serio, escucha lo que tengo que decirte, ¿vale? Tú respira hondo, limpia tu mente, abre los ojos y aprende a ver lo que quiero que veas.

—Está bien.

Irene obedece. Sin mucha convicción, pero obedece. Así que cierra los ojos, respira hondo y se esfuerza en mantener bajo control todos los recelos que pugnan por doblegar su voluntad.

Luego exhala y mira al edificio.

—Venga, dime, qué estoy mirando.

—Muchas cosas. Para empezar, un ejemplo de cómo funciona el crecimiento urbanístico, del alma despiadada de los promotores, constructores y políticos que sacan tajada descaradamente del asunto. Este edificio iba a ser la punta de lanza de la última fase de una cacareada urbanización de lujo. Exclusividad y bienestar al alcance de tu mano y bla, bla, bla. Ya sabes. Los eslóganes vacíos que usan las inmobiliarias para limpiar la cara de un proyecto manchado por la corrupción.

—Así que este era un terreno protegido que dejó de serlo en cuanto llegó el número de billetes correcto a las manos del político adecuado. Vale, como en tantas otras ocasiones. ¿Qué hace que esta sea especial?

—Si me dejaras terminar mi historia…

—¿Y quién te lo impide?

—Pues, como te iba diciendo, la urbanización no llegó a terminarse porque estalló la crisis económica y el sector se fue al garete. El proyecto se canceló y supongo que el dinero terminó en el bolsillo del promotor de turno. El caso es que el edificio se devaluó a marchas forzadas. Las viviendas de lujo pasaron a ser asequibles para la clase media. Y ahora está lleno de todo un muestrario de personas y vidas que han caído en la trampa en la que todos nos hemos dejado atrapar.

—¿Perdón?

—Lo entenderás enseguida. Mira, por ejemplo, ahí, en el primero, el de la derecha. ¿Qué ves?

—Es un perro. Un perro de agua, de esos lanudos. Está tirado junto a la ventana, ahí, tranquilito. ¡Espera! ¡Mira, levanta la cabeza y va hacia el fondo del salón! Supongo que acaba de llegar su dueño, aunque no puedo verlo bien… A ver… Ah, mira, sí, ahí está. Es un tipo joven, atlético, vestido de chándal y empapado de arriba a abajo. Debe venir de correr. Ahora se agacha para acariciar al perrillo, que se acurruca todo cuanto puede junto a él… Parece que se tienen mucho cariño. Es bonito, ¿no crees?

—Sí, lo es. Su amistad es sincera. Pero, dime, ¿qué más ves?

—¿A qué te refieres?

—Al muchacho, ¿cómo son sus ojos? ¿Cómo es su mirada?

—¿De verdad quieres que me fije desde aquí en su mirada? ¡Puede que tú seas Légolas, pero está muy lejos para el resto de las razas de la Tierra Media!

—Pues entonces fíjate en su cuerpo, en sus movimientos… ¿qué te transmiten? ¿Qué clase de persona crees que es?

—No sé… ¿un deportista?

—¿No puedes profundizar un poco? Fíate de tu intuición.

—¿Mi intuición? La última vez que me fie de la intuición, mi prometido me dejó tirada en el altar.

—No confundas la intuición con el anhelo. La intuición, Irene, es la forma de conocimiento más primaria. Es la que nos dice todo lo que debemos saber de alguien a los pocos segundos de haberlo visto por primera vez. Lo único que sucede es que no solemos escucharla. Tiene sentido, porque somos humanos y, si lo hiciéramos, la mayoría de las veces dejaríamos de probar, y eso es precisamente lo que nos define como especie. La curiosidad. Pero yo ahora te estoy pidiendo que escuches a tu intuición. Dime, ¿qué clase de persona es?

Irene se toma unos segundos antes de responder. Parece reflexionar, sopesar sus emociones. Y, por fin, habla:

—Triste… Creo que es un tipo triste.

—¿Cómo lo sabes?

—Míralo. Hay tanta tensión en ese cuerpo… Parece a punto de estallar, pero algo le impide hacerlo, y esa contención le produce una profunda tristeza. Es como un tigre enjaulado.

—Eso es exactamente lo que es.

—¿Qué sabes de él?

—Mucho. Su nombre es Paco Gimeno y tiene treinta y cinco años. Vive en ese apartamento con su perro y tres compañeros más porque con su limitado sueldo no puede permitirse pagar el alquiler.

—¿A qué se dedica?

—Esa no es la pregunta correcta.

—¿Y cuál sería?

—¿Qué quiere ser?

—Pues bueno… ¿Qué quiere ser?

—Quiere ser entrenador de un equipo de fútbol. Es para lo que se preparó. Es su pasión. Siempre lo ha sido. Desde muy pequeño tuvo claro que lo suyo era el deporte y a él le ha dedicado la mayoría de su vida.

—¿Y cuál es el problema? ¿Por qué no lo ha conseguido?

—Oh, lo ha conseguido. El problema son las condiciones. Entrena a tres equipos. Uno infantil y dos adultos que juegan en las categorías inferiores. En ninguno de ellos está dado de alta en la Seguridad Social y entre los tres no cobra ni ochocientos euros. Con ese dinero tiene que pagar su parte del alquiler y asegurarse de quedarse algo para vivir, pagar el seguro del coche, el agua, la luz y los gastos cotidianos que van surgiendo. Como esa no es forma de

vida para nadie, tiene que completar su sueldo haciendo de entrenador personal y soportando los caprichos de los pijos que quieren perder los kilos de más que luego reponen a base de cervezas y jamón. Esta suele ser la hora a la que llega a casa todos los días, al borde del agotamiento. Pero bueno, más o menos, va tirando.

—Y hace lo que le gusta, ¿no? Es decir, ¿por qué la tristeza?

—Porque tiene miedo. Mucho miedo. Está acojonado.

—¿Miedo? ¿A qué?

—A lanzarse. Al vacío. Por un lado, querría tener familia, pero la inestabilidad de su situación laboral le parece un escollo tremendo.

—¿Y por qué no busca algo más seguro? No sé, puede ponerse a trabajar en un gimnasio o algo así.

—Oh, lo ha intentado. De hecho, acaba de despedirse de uno porque le explotaban.

—¿Y por qué no abre el suyo propio?

—Te lo he dicho. Porque le asusta que algo salga mal y quedarse sin nada. Le aterra no sentir el suelo firme bajo los pies. Podría hacer tantas cosas… Incluso probar suerte en otra ciudad y llamar a puertas más elevadas. Tiene capacidad, preparación y pasión de sobra. Pero no lo hace. No hace nada. Porque le asusta. Y mientras, ahí sigue, atrapado en un bucle sin final, sintiéndose cada vez más pequeño. Porque los años pasan y él es cada vez más viejo. Sus hermanos y sus amigos avanzan y él se queda estancado. Porque tiene miedo. Tanto que está a punto de rendirse y conformarse con las migajas de una vida que, en el fondo, siente que no le pertenece.

—Vaya. Eso es muy triste, ¿no? Hacerse eso a uno mismo…

—Sí, pero toda la culpa no es suya. Por supuesto, la responsabilidad última le pertenece a él. Pero su entorno y la sociedad misma han contribuido. Nos hablan de pasión y de seguir los sueños, pero… ¿cuán difícil no es hacer eso? ¿Cómo vas a renunciar a la seguridad y pretender tener una vida más o menos estable? Hay que pagar impuestos y tasas, y contribuciones, y la factura del móvil, que a estas alturas parece que es imprescindible, y la factura de la luz, que sube cada vez más. Y ahora dime, ¿cuántos apoyos encontramos para hacer las cosas de manera distinta? ¿Quién nos encomia a probar un camino diferente? Nadie. Nuestra familia, nuestros amigos, nuestros vecinos… Con buena intención, no digo que no, pero ¿cuántos frenos les ponen a nuestros sueños? «Estás loco, cómo vas a hacer eso, qué pasa si no te sale bien…». ¿Cuántas veces escuchamos eso? Tantas que hemos

interiorizado ese discurso como verdadero. Al final, todos terminamos cargando con los miedos de los demás y si a eso le sumamos los propios, se vuelve una carga casi imposible de llevar, que nos paraliza por completo. Hace falta una dosis extraordinaria de valor para dejar caer ese peso. Y ya ves. Así nos luce el pelo. Lo tenemos todo para ser felices, pero ¿quién lo es realmente? Mira, por ejemplo, al piso de al lado. Dime lo que ves.

—Es una pareja joven… Están… ¿discutiendo?

—Conociéndolos, no me extrañaría.

—Ella lleva una botella en la mano, parece de ginebra. Me da que la discusión gira en torno a eso.

—Tiene muchas papeletas, sí. Esos son Ángel y Laura. Gente encantadora, afable y generosa. Tienen una hija preciosa, la pequeña Martita. Qué niña más adorable, se sabe de memoria las canciones de las películas Disney, ya sabes, de las buenas, de las antiguas, antes de que les diera por pasarse a la animación por ordenador. Se pasa el día cantándolas a voz en grito.

—¿Es que conoces a toda la gente de este edificio?

—Trescientos años de vida le dan a uno de sobra para perfeccionar su don de gentes.

—Bueno, ¿y qué pasa con ellos? ¿Vas a contarme también su historia?

—Iba a decirte por qué discuten.

—Eso es imposible, si no los escuchamos.

—Pero no es la primera vez que lo hacen. Esta escena se repite siempre que invitan a alguien a cenar a casa. Incluso a veces sucede delante de los invitados, cuando son de confianza.

—Entonces, ¿por qué discuten?

—Por la ginebra.

—¿Qué pasa? ¿Qué a ella le gusta con cardamomo y él considera que eso son mariconadas?

—Más o menos. No sé si a ella le gusta con cardamomo, pero a él, desde luego, la ginebra le sobra. Y le sobra el efecto que tiene sobre su mujer. Verás, Laura es una de las personas más cultas que podrás conocer. Es una lectora empedernida y una cinéfila sin igual. Pasar la noche con ellos supone un máster en géneros y autores de los que jamás habrías oído hablar por tu cuenta. Ama tanto el cine que durante un tiempo acarició la idea de convertirse en directora. Incluso rodó varios cortos con sorprendente resultado. La tía es buena. Muy buena. Tiene una gran sensibilidad y una imaginación portentosa.

—¿Y a esta qué le sucedió?

—Pues te puedes hacer una idea. Como toda buena hija, quería por encima de todas las cosas complacer a sus padres. Y sus padres, que son algo chapados a la antigua, le hablaban de formar una familia, de mantener un perfil bajo. Entonces conoció a Ángel, un hombre guapo y simpático, sin demasiadas aspiraciones, que se enamoró perdidamente de ella. Un año más tarde, estaban casados y Laura ya estaba embarazada de la pequeña Marta. Y claro, la cosa se complicó. Mantener a una familia es difícil. Él se colocó de teleoperador y ella es secretaria en una firma de abogados. Cobran un sueldo digno, pero las condiciones, como puedes imaginar, no son las mejores. No ven a su hija ni la mitad del tiempo que les gustaría y ambos viven con la sensación de desasosiego que da el sospechar que tu vida es un callejón sin salida. Porque Laura no ha vuelto a grabar nada. De cuando en cuando, esboza un guion, pero nunca pasa de los primeros compases. Su ordenador es un cementerio de ideas muertas antes de nacer. Y eso estaría bien si el sueño ya no fuera válido, si hubiera sido sustituido por otro mejor. Pero claro, eso no ha pasado. No me malinterpretes, adora a su familia, pero en el fondo le pesa todo lo que no ha sido capaz de hacer.

—Pero está a tiempo, ¿no? Es decir, todavía es joven. ¿No podría…?

—¿Arriesgarse? Sí, desde luego. Y él estaría dispuesto a seguirla. Sabe que podrían apostarlo todo a una sola película, una que demostrara su valía, porque no le cabe duda de que sería una obra maestra.

—¿Y por qué no lo…? Espera, no me lo digas. Por miedo.

—Exacto. Porque el peor miedo de todos es el que tenemos de nosotros mismos. A no dar la talla. A no cumplir con las expectativas. Así que ahí vive, encerrada en sí misma. Y por eso, cuando tiene oportunidad, ahoga la frustración en tanto alcohol como le permite el cuerpo. A Ángel no le gusta un pelo, como te puedes imaginar, porque cuando ella se emborracha pierde el control y siempre termina haciendo el ridículo. Cada cena con amigos se convierte en una amarga discusión que va minando poco a poco el amor que se profesan. Quién sabe cuánto durarán.

—Vaya. Qué halagüeño.

—Créeme, no lo digo por gusto. Me entristece pensar que podrían separarse. Pero me temo que es inevitable.

—¿Y no puedes hacer nada por ayudarlos?

—¿Yo? ¿El qué?

—No sé, arreglaste el matrimonio de tu compañero, ¿no?

—Mira, lo que yo hago… No sé muy bien cómo llamarlo… Me gusta pensar que es inspirar, ayudar a las personas a encontrar la fe que les falta para creer que existe una mejor versión de sí mismos. Lo que sí tengo claro es que no es magia. Hay casos y casos. Los métodos que sirven para unos son inútiles con otros. Me temo que el problema de Laura requiere una intervención mucho más directa de lo que mi relación con ellos me permite hacer. Quién sabe, quizá con algo más de tiempo…

—¿Y qué me dices de aquel?

—¿El del segundo derecha?

—Sí, ese.

—¿Qué le pasa?

—No sé… es que parece… distinto… Tan abatido, desanimado. Parece moverse de forma mecánica, casi por obligación, como si no le encontrara sentido a hacerlo. Y esa sonrisa… Dios, qué sonrisa tan lánguida, tan forzada, tan… poco sonrisa… ¿Por qué sonríe así?

—Porque es la única manera que tiene de recordarse que todavía puede hacerlo. Es José. Lleva ganándose el pan por sí mismo desde que tenía dieciséis años. Una familia complicada, ya sabes. Cuatro hermanos, el padre en paro, la madre enferma… Uno de esos casos de o te comes a la vida o la vida te merienda a ti, ya me entiendes. Consiguió pagarse una carrera trabajando de repartidor en un supermercado y desde entonces ha ido saltando de trabajo basura en trabajo basura. De una empresa de telefonía a otra. Y todas abusan de él mientras les sirve. Luego lo dejan tirado para ahorrar costes. A veces ha pasado años enteros en el paro. Este va camino de ser uno. Su último trabajo fue hace casi seis meses. La empresa prometía el oro y el moro, pero ponía como condición pasar un mes como período de prueba. El criterio, claro, eran las ventas. Él hizo más ventas que nadie. Y justo cuando creía que tenía el contrato en la mano, la empresa decide que la campaña es demasiado costosa y cierra el servicio dejándolos a todos en la calle. Pero eso no me preocupa. Es un tipo fuerte, saldrá adelante.

—¿Qué es lo que te preocupa, entonces?

—Que está solo. Muy solo. Lleva solo toda su vida y ya está a punto de cumplir cuarenta años. La soledad escogida, Irene, puede ser deliciosa. La impuesta es un auténtico castigo.

—Pero ¿no tiene amigos?

—Sí, los tiene. Y muchos. Es un tipo muy simpático. Pero no hablo de ese tipo de soledad. Hablo de la soledad en compañía. Hablo de sentirte diferente a todo el mundo que te rodea, de no tener una mano a la que aferrarte y que no ponga más condiciones

que la de ser tú mismo. Ese tipo de soledad te mata lentamente. Es como un puñal que se te clava cada día más hondo en el corazón. Él lo intenta. Claro que lo intenta. Pero no lo consigue. ¿Y sabes por qué?

—Déjame adivinar… ¿porque tiene miedo?

—Exacto. Tiene miedo. Ha pasado tantos años encerrado en sí mismo que le aterra encontrar algo distinto. Se ha acomodado en la seguridad de su miseria. Y aunque está muriendo por dentro, prefiere eso a sentirse rechazado.

—Vaya. Es curioso…

—¿El qué?

—Su desesperanza… Puedo verla… Es como una neblina que empaña los cristales. Como el sudor o el rocío. ¿Es que estoy perdiendo la cabeza?

—No, Irene. Al contrario. Eso significa que estás aprendiendo a escuchar a tu intuición. Significa que estás aprendiendo a ver las cosas como son y no como quieren que las veas. Ven, sal del coche.

Hace un rato que dejó de llover. Afuera huele a tierra mojada. El viento de la noche es frío y muerde sin compasión. Irene se arrebuja en su abrigo y se sitúa junto a Sansón.

—Este edificio no es sino uno de tantos. Las historias que te he contado son solo una de tantas. Y ni siquiera son las más descorazonadoras. Podría haberte mostrado tantas cosas… mucho peores, mucho más oscuras. Mira, dime qué ves.

Irene sigue la mirada de Sansón y se encuentra con la ciudad. Y se sobresalta al comprobar que la visión ha cambiado. «No», se dice, «no es la visión. Es mi percepción de ella. Es que ahora veo cosas que antes había pasado por alto». Quizá es que, efectivamente, como teme ella, ya haya perdido la cabeza. O quizá, como asegura él, es que esté aprendiendo a ver la verdad. La serenidad que antes percibiera se le antoja ahora extraña, antinatural. Es una inquietante falta de pulso, de vibración, de brillo. Esta paz no parece ya paz.

Es más bien la fría quietud de la muerte.

Eso la asusta tanto que se le forma un nudo en la garganta. Al hablar, no puede evitar que la voz suene rota.

—La… la ciudad… está distinta… Es como si estuviera… no sé… vacía… Como si le faltara algo… Es como un páramo… completamente estéril.

—Esta ciudad está enferma, Irene. Este país, este mundo, me atrevería a decir, están terriblemente enfermos. Les han robado el alma. Pero yo voy a devolvérsela. Por Paco Gimeno. Por Ángel y

Laura. Por José. Por Alba y David. Por ti. Por mí. Por todos aquellos a los que nos alumbra una luz diferente. Por todos los que nos atrevemos a ser diferentes, a pensar diferente. A vivir diferente.

—¿Qué? ¿Pero… cómo?

—He pasado los últimos setenta años protegiendo en secreto cuanto he podido del mundo elemental. De lo que queda de él. He intentado salvar de la Cofradía a tantos seres como me ha sido posible. Por eso me hice con aquel hotel. Era lo suficientemente grande como para cobijarlos a todos y, gracias a eso, sobrevivimos al franquismo. No fue fácil. Jamás la Cofradía tuvo tanto poder como entonces. Casi acabó por completo con todos nosotros. Se suponía que la llegada de la democracia iba a cambiar las cosas y, en un principio, creímos que había sido así. Pero era mentira. Mira cómo vivimos. Nos creemos libres y somos esclavos. Nos han hecho prisioneros del miedo, de las obligaciones, de la rutina. De las modas y el consumismo. Nos han hecho cínicos y, al mismo tiempo, insoportablemente crédulos. Nos han hecho sumisos y conformistas. Ya nadie se atreve. Ya nadie sueña porque nadie cree que sirva para nada. La Cofradía ha vencido. Y, en el momento en que fui consciente de eso, comprendí que no podía seguir dando la espalda al mundo. Hace meses tracé mi plan. Primero: dejarme coger. Era imprescindible que la Cofradía supiera de mi existencia. No hay mejor sitio para esconderse que en las narices de tu enemigo. Creyendo que me habían vencido, tu jefe dejó de prestarme atención.

—Entonces… no fue casualidad…

—No, no lo fue. Todo estaba preparado. La segunda parte ya la conoces: sembrar pequeñas semillas de emoción, predisponer a la gente a creer. Ya sabes que los seres elementales se alimentan de eso. Al mismo tiempo, mi ejército se ha extendido por la ciudad. No puedes verlos. Nadie puede. Pero están ahí, poblando las sombras, son como susurros entre los gritos de la multitud, como motas de polvo llevadas por el viento. No queda mucho para que esta ciudad se abra a creer en algo más que en su propio ombligo. Entonces se revelarán en todo su esplendor. Y la revolución habrá estallado. Recuerda las palabras de Zenón Zayas: allá donde la presencia de lo sobrenatural sea abrumadora, cuando el espectro emocional se desborde, aparecerá una puerta. Cuando la abra, lo elemental cobrará nuevas fuerzas. Y, en esta era de ciencia y razón, la imaginación y la emoción vendrán a equilibrar la balanza para llevar al ser humano a conocer un esplendor como jamás nadie había anticipado.

—Pero… ¿qué dices? ¿Cómo piensas abrir la puerta? ¿Es que tienes la llave?

—No. Pero confío en que los herederos de Zacarías Zayas la traerán hasta mí. Ya sabes que él fue el único que conservó los recuerdos intactos. Y, según los libros, su tarea es la de transmitir el conocimiento de generación en generación, anticipándose al momento en que un nuevo portero sea necesario. La aparición de la puerta será como una llamada para ellos.

—¿Y si no ha sido así? ¿Y si Zacarías no ha transmitido lo que sabe? ¿Y si su descendencia se interrumpió en algún momento?

Fíjense en Irene. ¿No les parece que de pronto se muestra terriblemente incómoda? Nerviosa, incluso. Y lo peor es que parece ir en aumento.

—Tendré que arriesgarme.

—¡Es un salto al vacío!

—Tal y como yo lo veo, es un salto de fe.

—Pero… ¿te has planteado si quiera que la aparición de la puerta podría devolver la memoria a Gabriel? ¡Es parte de su legado! ¡Está dormida en su interior! ¿Qué puede impedirle que despierte? ¿Qué pasará entonces? ¿También estás dispuesto a correr ese riesgo?

—¿Por salvar al mundo? Creo que merece la pena. Solo tengo que confiar en el destino.

—¿De verdad me estás hablando de fe, de salvar al mundo, del destino…?

—Sí… ¿Qué sucede?

—¡Que suenas como un fanático! ¿Qué pasa si el mundo no quiere ser salvado? ¿Te has parado a pensar en eso? ¡Dices que vivimos como esclavos, pero, si miro a mi alrededor, veo avance y progreso! Por supuesto que hay cosas que están mal, pero… ¿estás dispuesto a sacrificar todo lo que está bien por una quimera?

—No es una quimera…

—¡Lo es! ¡Es una quimera! ¡Es una jodida mentira! ¿Qué te asegura que todo vaya a salir bien? ¿El destino? ¿Esa es tu gran baza? ¿Ese es tu gran as en la manga?

—¿Qué tienes contra el destino?

—¡No tengo nada! ¡Porque no existe! ¡Creer en el destino es como creer en nada!

—¿Confiar en nada? ¿Eres capaz de decir eso después de todo lo que te he contado? ¡Fue el destino el que te trajo hasta mí! ¿Es que no lo ves?

El aire que llena el espacio entre ellos se ha crispado de pronto.

El lenguaje corporal de ambos cambia por completo, los movimientos se cargan de tensión. Lo que antes era complicidad silenciosa se ha tornado en nerviosa desconfianza.

—No, no lo veo… ¡Solo lo ves tú!

—¿Qué te ocurre? ¿De qué tienes miedo, Irene? ¿Por qué te cuesta tanto dejarte llevar? ¿Es que no te das cuenta de que nadie te ha forzado? ¡Has llegado hasta aquí tú sola! ¡Siguiendo un impulso que no puedes explicar ni concretar! ¡Eso es el destino! ¡El destino ha querido ponerte en mi camino porque es aquí donde tienes que estar!

Por segunda vez en lo que va de tarde, Irene rompe a llorar. Toda la tensión de la que antes hablábamos estalla de golpe y la deflagración deja a esta mujer desamparada, confusa, insoportablemente vulnerable.

—Pero… ¿por qué?

—No lo sé… Lo averiguaremos, créeme. Daremos con la respuesta si sigues junto a mí. Por supuesto, eres libre de hacer lo que quieras. Pero creo que cometerías un error dándole la espalda a todo lo que has descubierto, porque algo me dice que hay un papel importante reservado para ti en toda esta historia.

—Es que… me cuesta tanto… Yo soy como ellos… Yo también necesito sentir la tierra bajo mis pies… Necesito sentirme a salvo…

—Lo sé. Pero tranquila, no te preocupes. Es normal. Pero no tienes por qué temer. Yo voy a estar contigo. No voy a dejarte sola.

Y entonces, sin mediar palabra, Irene se abalanza hacia Sansón. Pero no para atacarlo. Ni mucho menos. Más bien lo contrario. Su única intención es, pásmense, plantarle un beso en los labios. Y lo hace. Él, que un principio trata de mantener las distancias, termina cediendo. Y ahí quedan los dos, abandonados a este arrebato de locura en el que hay mucho menos romanticismo que desesperación. El mundo se ha puesto patas arriba. Si hasta vuelve a llover. El gélido tacto de las gotas de agua termina con la magia, o el sinsentido, o lo que sea. El caso es que el momento termina. Sansón la aparta suavemente y clava en ella unos ojos tan cargados de emoción que resulta difícil distinguir lo que vemos. Compasión, tristeza, culpa y quién sabe cuántas cosas más.

—No… no puedo, Irene. Sé que estás perdida, pero esta no es la manera de encontrarte de nuevo. Voy… voy a estar contigo, puedes contar con ello, pero no así. Esto… es lo último que necesitas. Lo último que necesitamos los dos.

Irene baja la mirada, terriblemente avergonzada, sintiéndose al borde de la humillación.

—Por favor, no te sientas mal… Sería un error. Hace mucho que renuncié al amor… Me cansé de verlo morir una y otra vez mientras yo continúo atrapado en esta broma cruel e interminable. Y tú necesitas aprender a confiar en ti misma, a conocerte a ti misma y no verte a través de los ojos de nadie.

Irene no habla. La mirada sigue anclada en el suelo.

—No me dejes sola esta noche —dice, por fin—. Por favor… no quiero… no puedo estar sola.

Él acepta, claro.

¿Cómo no hacerlo?

Una promesa es siempre una promesa.

3

El salón está a oscuras.

En las tinieblas de esta extraña noche, el repiqueteo de la lluvia contra los cristales arranca desconcertantes resonancias. Es como si algo no fuese bien. Como si todas las cosas del universo, repentinamente, hubieran trastocado su lugar. La luz de la luna se filtra por la ventana teñida de un no sé qué distinto, especial. Puede que nosotros lo notemos, pero pasa desapercibido para el resto.

Sansón está dormido en el sofá, Irene en el dormitorio.

Ahí la tienen, acurrucada entre las mantas con los ojos abiertos de par en par. No podemos verlo, porque estamos a oscuras, pero lo intuimos. Los movimientos constantes de las piernas, que se revuelven nerviosas, no dejan lugar a dudas. La pobre chica no puede conciliar el sueño. Normal. Salvo a Sansón, acostumbrado como está, por fuerza, a procurarse reposo hasta en las más adversas circunstancias, nos pasaría a cualquiera. A ella le encantaría. Daría lo que fuera para que todo lo vivido se disolviese en la incierta consistencia de los sueños, pero es imposible. Ahora mismo, su mente zozobra en un mar revuelto. Y la tormenta no es chica. Los temores chocan con las suspicacias, las inseguridades con los reproches y, como resultado de todo ello, arrecia una crisis de identidad. La tempestad le ha hecho perder de vista, no solo quién es, sino quién debería ser. No tiene nada por seguro, salvo que no está segura de nada. Pueden hacerse una idea del formidable desasosiego que le desbarata las entrañas, del desamparo que le cala hasta los huesos, más adentro que la más torrencial de las lluvias. De manera que no está en condiciones de percibir si hay o no algo extraordinario en el ambiente. De estarlo, posiblemente, se ahorraría el sobresalto. Pero el caso es que Irene cambia de postura. Los ojos se fijan distraídamente en la ventana.

Y ahí está.

Fíjense.

¡Hay una mujer espectral plantada ahí, a los pies de la cama, mirando a través del cristal!

El grito es desgarrador y rompe la noche en dos.

Sansón no tarda en llegar, alertado. Enciende la luz y la fantasmagórica figura revela sus contornos. El pelo rubio, lacio, cae a ambos lados del rostro, sereno y pálido. Viste una túnica blanca, brumosa como un rayo de luna. Sí, podría decirse que es hermosa,

pero tiene su belleza algo, no sabemos qué, quizás una especie de aura invisible, que resulta espeluznante. Será el antinatural aplomo con el que, pese a la agitación circundante, mantiene fija la mirada en lo que quiera que le llame la atención al otro lado de la ventana.

Irene, como nosotros, está aterrorizada.

Sansón, sin embargo, se muestra más en su sitio. Preocupado, sí, pero no alertado. Tratándose de él, digámoslo claro, tiene poco mérito.

—Tranquila, Irene. No te asustes. No viene a hacernos daño.

¿Tranquilizarse? Sí, claro. Es más fácil decirlo que hacerlo. Ahora mismo, ella tiene el corazón en un puño.

—¿Co… cómo lo sabes?

—Porque no es la primera vez que me visita.

Reconozcámoslo, no es una revelación sorprendente. A estas alturas, de él podemos esperar lo que sea. Nos asombra un tanto, eso sí, escuchar hablar a la desconocida. Porque es la suya una voz extraña, una pura contradicción sónica. Dulce y distante a un mismo tiempo. Cálida y fría. Alegre y triste. Disonante y melódica.

Y, por encima de todo, familiar.

Muy familiar.

—Podría pasar la eternidad sin hacer nada más que contemplar a la gente. Nunca ha dejado de fascinarme la forma que tenéis de conduciros por el mundo. Es la vuestra una existencia fascinante. Una constante rebelión contra lo inevitable. Sabiendo lo que sabéis, lo fácil sería abandonarse. Y, no obstante, tomáis la decisión cada día de hacer frente a un destino adverso con la más grande de las dignidades. Es admirable. Y fútil.

La mujer se gira hacia Sansón. Podemos ver en plenitud su rostro.

Y el corazón nos da un vuelco en el pecho al reconocer a Elena.

Elena, ya saben, aquel primer amor de Sansón de cuando todavía era un muchacho y andaba con don Jacinto. La misma que le fue arrebatada por un horripilante desfile de muertos. Menuda sorpresa. Y se preguntarán, con razón, ¿qué hace aquí? ¿Es que en esta historia nadie permanece muerto?

Irene no la reconoce, porque nunca la ha visto. Pero no le hace falta para intuir, como nosotros, que las cosas están a punto de complicarse.

Las sorpresas todavía no han terminado.

Veremos a dónde nos lleva todo esto.

La misión
y
la dama que llega al alba

1

Qué amanecer tan acuoso.

Trazos de nubes grises fluyen sobre un cielo de acuarela. El sol está ausente, pero su luz y su calor se intuyen allá, en el horizonte, hacia el este. Una brisa fresca besa el rostro y templa el ánimo. Se agradece, a principios de julio, respirar un aire tan liviano. Sabe como una promesa. «¡Olvidad todas las preocupaciones!», parece decir el viento, así, con la voz del jefe de pistas de un circo, «¡hoy todo va a ir bien!». No dirán que no resulta tentador creerlo. Lo hacen, desde luego, a pies juntillas, los hombres y mujeres que viajan en la parte trasera de uno de los dos camiones que ven ahí, bajando y subiendo las lomas del camino flanqueado de prados. Hasta ahora, al menos, no encuentran motivos para mitigar su entusiasmo. Nosotros nos permitiremos mantener la cautela, que ya somos perros viejos, y sabemos que volver a encontrarnos con Sansón indica, con preocupante exactitud, la cercanía de una desgracia.

Eso significa, claro, que ahí, entre ellos, viaja él.

No quieran identificarlo, les sería imposible desde aquí. Ya tendrán tiempo de verlo más de cerca sin requerir dotes de observación rayanas en lo sobrehumano.

Mientras, pongámonos en situación.

Estamos en el verano de 1934. Otro salto, sí, así como quién no quiere la cosa. Pero, a diferencia del que ya hiciéramos, nuestro protagonista no ha dejado pasar de largo los años transcurridos en el medio. Los ha vivido. Y muy intensamente, habríamos de recalcar. No vamos a detenernos en ello, porque poco tienen que ver la historia que nos ocupa, pero tampoco estaría de más repasarlos por encima. Más que nada para hacernos una idea de cómo ha cambiado y de la clase de hombre en la que emergió convertido de su particular bajada a los infiernos.

Sansón Galavís carga a las espaldas más de cien años de dolor, penurias e incertidumbre. Y es que, después de salir de la escuela, se abandonó por completo al azar. Había un poco de todo en aquella decisión. Era, por un lado, una reacción contra el mundo mágico. Si evitaba la rutina, si se alejaba todo cuanto pudiera de su concepción de normalidad, lo sobrenatural no podría alcanzarle, porque no tendría vida que ir a destruir. Pero es que, además, pesaba sobremanera el estado miserable de su alma. Tras la pérdida

de Nicolasa, todos los momentos de felicidad pasada yacían a sus pies, quebrados en infinitesimales trozos de cristal. Y cada uno de esos trozos le devolvía la imagen grotesca de lo que era: una pantomima, apenas el esbozo de ser humano o de algo parecido a un ser humano, que ni eso tenía ya por seguro. El eterno exiliado. Un fantasma sin tiempo ni sitio. Fue borracho y vagabundo. Fue ladrón y pedigüeño. Fue de todo y no fue nada. Porque no permanecía. Se dejaba llevar por el viento. Y su presencia, tan inconsistente, apenas servía para dejar huella.

Hasta se planteó cortar el problema de raíz terminando con su propia vida.

La cobardía, no caben más excusas, fue lo que le impidió hacerlo. Así que resolvió alcanzar sus objetivos de forma indirecta. Para ello, se involucró todo cuanto pudo en la causa liberal. No le sospechen, sin embargo, un motivo altruista. Derrotar a la Cofradía era la última de sus intenciones. Le movía la posibilidad de que una bala perdida se llevase por delante, de una vez por todas, el recuerdo de sus penurias. Fue uno más de entre los conjurados a las órdenes de Torrijos. Fue soldado junto a Espartero, en la guerra contra el carlismo. Y hasta rebelde a las órdenes de Prim durante la Revolución Gloriosa de 1868. Pero no hubo suerte. La vida parecía haberse aferrado a él con obsesiva fijación. Quizá la maldición de su padre, además de convertirlo en lo que era, lo condenaba al repudio permanente de la muerte.

1868.

Se dice pronto.

Desde que saliera de la escuela habían transcurrido sesenta años. Lo que en términos normales supone, literalmente, toda una vida. Sesenta años de constantes luchas y revoluciones. De derrotas, renuncias, muertes y sin sabores. Qué formidable cansancio lastraba para entonces su alma. Cuán insondable el hastío que le enfangaba las ganas. Hubiera sido infinitamente más penosa su existencia si no hubiera cedido, justo por entonces, al viejo impulso de sentirse uno más. Harto de todo, se instaló en Madrid y abrió una librería. Pero la transformación no fue total. Aunque mitigado a fuerza de costumbre, el dolor persistía, y por eso renunció a toda vida social.

Traspasó de esta forma las puertas del siglo XX.

Una estirpe inventada, en la que el nombre y el apellido se perpetuaban sin que a nadie pareciera importarle, tan limitado fue su contacto con el resto de la humanidad, le sirvió para sortear la Restauración Borbónica, la Primera República y la Dictadura de Primo de Rivera. Ayudó bastante, habríamos de reconocer, el hecho

de que los encontronazos con el mundo sobrenatural se habían ido espaciando de forma considerable. Él intentaba no preguntarse nada al respecto. Se limitaba a disfrutar del merecido descanso. Pero en lo más profundo de sí mismo, en el rincón donde no miraba nunca, allí donde no podía esquivar su verdadera naturaleza, intuía la causa: habiéndose cerrado la puerta, mermado el flujo de lo sobrenatural, la Cofradía estaba ganando. En cualquier caso, aquel no era su problema. O tal vez sí. Pero él había decidido ignorarlo, no sabemos si sabiamente. Lo cierto, no obstante, es que a la larga fue dándole resultados. Y de esta manera acabó por bajar las defensas.

Después de tantos y tantos años, Sansón Galavís empezó a relajarse.

Y este es el Sansón con el que habremos de vérnoslas. Un tipo que cree haber triunfado en su empeño de matar definitivamente el pasado. No cometamos, sin embargo, el error de tomarlo por alguien feliz. Rara vez se alcanza la paz con uno mismo a base de esquivar los problemas. Si este Sansón Galavís es algo, es, sobre todo, un hombre confiado.

Y ya sabemos cómo funcionan estas cosas.

No hay estado de ánimo más propicio para que el Universo, o el destino, o lo que quiera que sea a lo que cada uno achaque la responsabilidad de las idas y venidas de la existencia humana, ensaye su caprichosa querencia por las contundentes lecciones de humildad.

Así que, evidentemente, algo habrá de salir mal.

A pesar de todo, les tranquilizo: esta versión de Sansón no está lejos de ser la misma de siempre. Sigue conservando, por ejemplo, el impulso de ayudar a otros. Por eso lo encontramos ahora, en el tercer año de la Segunda República, formando parte de una misión pedagógica.

2

Los dos camiones que mencionamos al principio se encaminan con rumbo firme y seguro hacia Ermules del Nonaya, un pequeño pueblo asturiano situado cerca de la Sierra de Bodenaya, no lejos de Salas y Cornellana. Ahí pueden verlo, por cierto, junto al curso del río del que toma el nombre y que baja de las montañas joven e impetuoso. El reguero de casas asciende la ladera como nacidas de la misma roca. Los hórreos de las casonas diseminadas alrededor destacan oscuros entre los bosques de castaños y robles o, más cerca de la ribera, entre los chopos, los fresnos y los sauces.

No es un sitio muy grande, cierto, pero no podrán negar que la panorámica es de ensueño.

Distinta será la cosa, mucho nos tememos, una vez entremos.

No, no nos equivocábamos. De cerca las casas revelan su tez polvorienta y agrietada. Son como cuerpos derrotados, ajados por un peso terrible que cuesta achacar a los años tanto como a las penurias de una vida de pobreza, incultura y hambre. La sensación se confirma en los rostros de los ermulanos, hirsutos y encogidos, instalados en un gesto de continuo y perplejo disgusto, con sus miradas vacías de futuro, sobrecargadas de pasado. Miran, sin embargo, fijamente, con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Menos mal que los niños alivian un poco la desoladora impresión y van corriendo tras los camiones entre un coro de alegres carcajadas. Se les ve sucios y no parecen estar bien nutridos. Pero son niños.

Habremos de dejar que sean alegres.

Los camiones se detienen por fin en una plaza formada por la apertura de los edificios. De uno de ellos, por cierto, surge un tipo bajito y delgado, ya entrado en años, cuyo porte es algo, pero solo algo, más distinguido que el resto, y entendemos que es el alcalde. Y el edificio, que tiene poco de solemne, el ayuntamiento. Quién lo hubiera dicho. Por cierto, que ya se apean los misioneros. Son seis. Cuatro hombres y dos mujeres, todos entre los veinte y los treinta. Y luego está Sansón. Pero claro, lo suyo no lo sabe nadie. Lo importante es que aparenta lo que aparenta. Aquí y ahora es uno más. Otro de estos urbanitas cuyo ingenuo entusiasmo contrasta de forma radical con el descreimiento resignado de los vecinos. Pero bueno. El caso es que ahí está nuestro protagonista. Por fin podemos echarle un vistazo. Mírenlo. Aunque no sea novedad, permítanme el señalar lo obvio, que no deja de resultar

extraordinario: no ha cambiado absolutamente nada. Bueno, sí, ahora no tiene barba y va escrupulosamente peinado. Pero ya saben lo que queremos decir.

Fíjense, qué sorpresa. El recibimiento es acogedor y cálido. La llegada de los forasteros parece funcionar como una especie de bálsamo momentáneo y los vecinos pronto dejan de lado las suspicacias para rodearlos y saludarlos con abrumadora hospitalidad. Los niños siguen a lo suyo, erre que erre, saltándose cualquier límite establecido por el pudor, subiéndose a los camiones y corriendo entre las piernas de los recién llegados. Estos responden con sonrisas pletóricas, estableciendo charlas primerizas, todavía tímidas y protocolarias, con las gentes cuyas vidas habrán de compartir durante casi una semana. Ya saben, el tiempo y esas cosas.

Mientras, el alcalde departe amigablemente con otro hombre, que se ha apeado del asiento del copiloto del segundo camión. Es alto, de porte refinado e impecable pulcritud, pese a la modestia que ha intentado imprimir a la vestimenta escogida para el día. Es don Alejandro Rodríguez Álvarez, a la sazón, Inspector de Primera Enseñanza y jefe de la misión. Después de los saludos de rigor, el alcalde, don Matías Acebedo, recibe de parte del misionero el programa para los próximos días. Este, que intenta adaptarse a las características del pueblo, reserva para las mañanas y las tardes las diversas actividades a realizar con los niños, ya de vacaciones. Por las noches, no obstante, siendo el momento en que, terminada las obligaciones laborales, puede acudir el grueso de los vecinos, se emplazan veladas culturales: charlas, coloquios, proyecciones de películas pedagógicas y de ocio, audiciones con gramófono… Don Matías confirma que el ayuntamiento cede el salón de plenos para llevar a cabo las veladas. Además, un vecino ha permitido que, en su casona, cercana al pueblo, se instale la exposición de reproducciones de las obras más significativas de la historia del arte mundial. Pero no queda ahí la cosa. La escuela rural albergará una biblioteca, abierta a todos los vecinos. Y, como colofón, los dos últimos días de la misión culminarán en esta misma plaza con representaciones del Teatro de Fantoches. Un programa, como verán, bastante completito, que servirá, o eso pretenden, para transformar con vocación de permanencia la vida de los ermulanos.

No obstante, don Matías no parece muy eufórico.

—Todo esto está muy bien —Dice, encogiéndose de hombros—. Pero a ver si somos capaces de terminarlo.

Puede que, como buen político, el pragmatismo le incline a pisar

con pies de plomo. No parece de los que tiran las campanas al vuelo antes de tiempo. Posiblemente prefiera esperar a ver el resultado. Algo de eso hay, seguro. Pero el resoplido que acompaña al comentario indica que no es lo único. Don Matías parece preocupado, y a don Alejandro se le pone la mosca detrás de la oreja. Hay algo que no le están contando. También puede ser que el alcalde sea una de esas personas acosadas por un perpetuo pesimismo existencial. Precisamente, si se fijan, da muestras de eso mientras se descargan los cuadros debidamente embalados del segundo camión. Mírenlo negar con la cabeza mientras supervisa al detalle el trabajo de los mozos.

—Que no, que así no, que se van a caer. Ya verás, ya verás como se caen. Al final, ni podemos montar la exposición, ni nada.

Esperemos que sí. Que haya exposición. Y que el poco espíritu del hombre sea, definitivamente, el único fundamento de su inquietud. En cualquier caso, don Alejandro indagará. Y nosotros no tardaremos en descubrir el resultado de sus pesquisas. Mientras, vayamos tras Sansón, que lo tenemos bastante abandonado. Pero antes, déjenme llamarles la atención sobre las pintadas que, ahora las vemos, adornan la fachada de tres de los edificios de la plaza. Son tres letras trazadas en pintura roja. «U. H. P», reza en cada una de las casas. Sea cual sea el significado, y alguno habrá que lo conozca, estamos seguro de ello, intuimos que no se trata de algo frívolo.

Y, sin saber muy bien por qué, nos estremecemos como ante el más elaborado de los murales.

3

Ahí está Sansón.

Va camino de la posada del pueblo. Don Alejandro los ha emplazado a tomar posesión de las habitaciones. Lleva poco equipaje, una pequeña maleta con las mudas suficientes para pasar la semana y algún que otro libro. La posada, ya lo ven, no es gran cosa. Sí, la casa es enorme, pero de no ser porque manejamos de antemano información sobre su condición de albergue, ni tan siquiera lo hubiéramos imaginado.

Pero, no nos pongamos tiquismiquis, que menos da una piedra.

Ya tenemos a Sansón en su espartano dormitorio, deshaciendo la maleta.

Repentinamente, la puerta se abre sin miramiento alguno, ni rastro de pudor, para dejar pasar a una chica joven, de mirada viva y paso alegre. La forma de vestir, indudablemente urbanita, la delata como una de las misioneras y la actitud desenfadada nos hace sospechar una cierta familiaridad con nuestro protagonista. Entonces se abalanza sobre él, lo besa apasionadamente y las sospechas se vuelven certezas. Evidentemente, hay algo entre ellos. Sansón se deja besar, que el chico no es tonto, pero cuando ella da muestras de querer pasar a otros menesteres, miren cómo empieza a sacarle la camisa del pantalón, la aparta con delicadeza.

—¿Qué haces? ¿Estás loca?

—¿Por qué? Tenemos una cama. Nunca hemos necesitado nada más.

—Claro, en Madrid.

—¿Y es que aquí es diferente?

—¡Pues claro!

—¿Por qué?

—¡Pues que puede entrar alguien!

—Anda ya, ¿quién va a entrar?

—La posadera, por ejemplo. Dijo que iba a traer sábanas limpias.

—¿Y qué más da? Que nos pille. Vas a ser mi marido. Tenemos derecho a ponernos cariñosos.

—Sí, cuando nos casemos. Mientras tanto, te recuerdo que, como misioneros, nuestra obligación es mantener una actitud intachable.

—Está bien, está bien. Tienes razón… Pero no sabes cómo me

fastidia que te empeñes en hacer siempre lo correcto. Es como si fueras un viejo encerrado en el cuerpo de un joven… ¿Es que nunca te ha dado por romper algún plato?

—Si yo te contara…

—Pues no cuentes y hazlo. O mejor, no. Porque entonces dejarías de ser tú y habrías perdido todo lo que me hace estar enamorada de ti.

Y como contra una declaración de amor semejante no hay argumento ni defensa posible, todas las reticencias de Sansón desaparecen como por arte de magia. Una sonrisita embelesada se apodera del rostro de nuestro viejo amigo. Quién iba a decirnos que lo encontraríamos así, entregado a una mujer que no es Nicolasa Parejo, ni se le parece. Donde aquella era oscuridad, esta es luz pura. Reconozcamos que nos alegra verlo compartir su vida con esta chica tan jovial, tan alegre, tan… positiva. Observen qué forma de reír. Si cada una de sus carcajadas vale por sí sola para iluminar el más oscuro de los rincones del averno.

No obstante, no vamos a negarlo: nos deja perplejos descubrir, de buenas a primeras, que está a punto de dar un paso tan serio como es el de pasar por el altar. Aceptar un compromiso semejante no es cualquier cosa. Requiere haber alcanzado un estado de entendimiento mutuo con los propios sentimientos. Sobre todo, en alguien de sus especiales características. Y ya sabemos que precisamente no es paz lo que inunda a Sansón por dentro. Así que, una de dos, o está engañándose a sí mismo, lo que no sería de extrañar, o las huellas de todas las vidas que han cabido en la suya le han enseñado a relativizar hasta los más trascendentales aspectos de la existencia. Pero mientras nos aclaramos o, mejor dicho, mientras se aclara él, dejémoslo vivir y disfrutar. Que teniendo en cuenta el beso que le planta a su futura esposa, no está por la labor de dejar de hacerlo. Cuánta pasión. Hasta está a punto de contradecir sus propias reglas y ceder a la tentación. Las manos se desbocan y buscan allá donde saben que encontrarán.

Sin embargo, no lo hacen.

Porque, justo en este momento, la puerta se abre de nuevo y don Alejandro hace su entrada en escena, sobresaltando a los dos amantes.

—Pero, vamos a ver, ¿qué os tengo dicho sobre estas cosas?

El tono no es severo. Más bien amable, como la riña de un padre comprensivo.

—Tienes razón, Alejandro. Discúlpanos. Te prometo que desde ahora no voy ni a mirarlo.

—Tampoco te pido tanto, Luisa. Solo que guardemos un poco la compostura. Y este no es el mejor lugar para ponerse a hacer arrumacos, ¿no crees? Y menos a estas horas.

—¡Madre mía! ¡Otro igual! ¡Pero si parece que estoy en un convento de clausura!

—Pero qué teatrera eres, chiquilla. Cómo se nota que eres actriz.

—Pues a ver si es verdad que lo va notando usted, don Alejandro Casona, insigne dramaturgo. Que para *La sirena varada* bien que me rechazaste por Margarita Xirgú. Con lo bien que hubiera quedado mi nombre anunciándome como protagonista en los folletos: Luisa Romero. Si hasta tiene su punto castizo. ¡Hubiera sonado mucho mejor! ¡Dónde va a parar!

—¿De verdad vamos a volver a discutir sobre eso? Ya te lo he dicho, eso fue cosa del director, no mía, y además eres demasiado joven para el papel. Una gran actriz se nutre de sus vivencias y a ti te faltan todavía algunas. Quizá en unos años, cuando…

—Pero no le hagas caso, Alejandro. ¿Es que no la conoces? Si lo hace a propósito, para enfadarte.

La advertencia de Sansón hace que don Alejandro perciba por fin el tono pícaro de la sonrisa de la actriz y suspire resignado.

—Y yo sigo picando, como un tonto…

—Pero eso no es culpa tuya. Es que eres hombre. ¡Ay, cuándo aprenderéis a reconocernos como vuestras superiores intelectuales!

—Desde luego. Tienes razón. Pero mientras llega ese momento, ¿qué tal si os pongo un poco al día?

—Claro, supongo que ya habrás elaborado el programa. ¿Empezamos esta misma noche?

—Sí, Sansón, en cuanto todo esté dispuesto. Los mozos ya están montando la exposición y algunos de los nuestros han ido a la escuela rural para habilitar la biblioteca con el párroco, el padre Mejías, que nos está siendo de mucha ayuda. Así que esta noche comenzamos con las charlas y las proyecciones. He pensado que primero irá la charla sobre la vida primitiva y el medio ambiente que dará José Carlos. Tú puedes ocuparte del proyector. Pondremos el documental, ya sabes, *En una isla del Pacífico*.

—¿Y yo?

—¿Qué pasa contigo, Luisa?

—Que qué hago yo.

—Pues como los del teatro no vienen hasta dentro de unos días, por ahora no te queda otra que esperarte. Si es que no sé para qué has querido venir tan pronto.

—Está claro. ¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad de pasar

unos días con mi futuro marido, rodeada de tanta sensualidad?

El tono de Luisa, por supuesto, es pura ironía.

—Claro, claro… mira, le iba a mandar a Francisca hacerse cargo del gramófono, pero creo que mejor te lo mando a ti. Que no quiero imaginarme el peligro que puedes tener aburrida.

—No lo sabes tú bien.

Ese último comentario, más jocoso de lo que estamos acostumbrado a escucharle, es de Sansón, que echa un brazo por encima de su prometida y la atrae hacia sí con dulzura, compartiendo con ella una mirada cargada de complicidad. Da gusto verlo así, tan relajado.

—Bueno, pues ya luego, comiendo, concretaremos un poco, que he venido a hablaros de otro asunto.

—¿Otro asunto? ¿De qué se trata?

—Verás, Sansón… Mucho me temo que las cosas no van a ser tan fáciles como parecía. Los demás son demasiado jóvenes y no sé hasta qué punto podría confiar en ellos si se presenta una situación de tensión. Pero a ti te conozco bien. He compartido muchas cosas contigo y siempre me ha admirado la capacidad que tienes para mantener el control incluso en las circunstancias más difíciles. Es como si una suerte de experiencia acumulada te diese ventaja sobre el resto. Parece que veas más allá. Y eso es justo lo que nos hace falta. Alguien que sea capaz de anticiparse.

—Me estás asustando, Alejandro, ¿tan grave es?

—Tranquilo, no era mi intención. Solo te pido que esta noche estés atento. Mirad, sabéis que estamos viviendo tiempos un poco… tumultuosos. La victoria de la C.E.D.A. en estas últimas elecciones ha puesto a todo el mundo un poco nervioso. Ya sabéis que el PSOE ha amenazado con la revolución. Solo esperan a que Gil Robles o alguno de los suyos entre a formar parte del gobierno de Lerroux para tener la excusa adecuada. Y, según parece, la convulsión se ha dejado notar hasta en este rincón apartado de la civilización, si es que lo que tenemos en esta España nuestra puede semejarse en algo a la civilización. ¿Habéis visto las pintadas de la plaza?

—Sí, U.H.P., o algo parecido.

—*Uníos Hermanos Proletarios*. Es la consigna que han adoptado la C.N.T. y la U.G.T. Parece ser que han firmado un acuerdo de colaboración.

—¿Socialistas y anarquistas trabajando juntos? Pero si no pueden ni verse.

—Pues parece ser que aquí sí, Luisa.

—¡Entonces la que se prepara debe ser gorda!

—Lo es. Con decirte que hasta don Matías, el alcalde, que es socialista, anda un poco preocupado.

—Pero hombre, eso tampoco tiene mucho mérito. El buen señor no parece precisamente la alegría de la huerta.

—No, desde luego, pero en este caso concreto creo que tiene sus razones. Según parece, desde hace días se deja caer por aquí una escuadra de falange. Y ya os podéis imaginar. Se pasean por el pueblo haciéndose los gallitos, intimidando a todo con el que se cruzan, buscando sindicalistas a los que quitarles a palos las ganas de revolución. Cuenta el alcalde que el otro día le dieron una paliza a un muchacho de aquí, un tal Juanillo, que ni es revolucionario ni nada, cuyo único delito fue fanfarronear delante de las muchachas diciendo que, si estallase la revolución, él solo podría hacerse cargo de una escuadra entera de falangistas.

—No me digas más, y ahora el alcalde teme que haya represalias.

—Dice que no puede garantizar que, si se dejan caer por aquí, no haya un ajuste de cuentas. Fijaros que hasta me ha recomendado que rece para que no suceda nada durante nuestra estancia.

—Lo que me sorprende es que el Patronato haya dado luz verde a la misión.

—Supongo que cuando se hizo la propuesta las cosas todavía no habían llegado a salirse de madre. Y ahora… aquí estamos, en mitad de esta absurda guerra ideológica.

—De todas formas, no creo que llegue a suceder algo estando aquí nosotros. Nuestra labor es independiente de la política.

—Eso lo sabes tú, Sansón. Y nosotros. Pero me temo que no es tan fácil. La política es como una enfermedad. Que tú decidas ignorarla no quiere decir que ella vaya a dejarte en paz. Y, además, sabes que ahora mismo las misiones tampoco pasan por su mejor momento. Estamos en el punto de mira desde que ganó la derecha. Un solo paso en falso y podrían mandar al garete todo nuestro esfuerzo.

—Bueno, no te preocupes, déjalo de mi cuenta. Estaré atento.

—Pues entonces venga, terminad de deshacer el equipaje, que nos vamos todos a comer a la taberna que hay un poco más abajo.

—Menos mal, que esto se estaba pareciendo cada vez más a un funeral.

Don Alejandro sale y cierra la puerta.

Suponemos que será porque se imagina lo que pasará una vez haya salido. Él puede haber dicho lo que quiera, pero los impulsos son los impulsos. Y los de estos dos amantes, nos tememos, son

demasiado fuertes. El portazo resuena como una especie de ensalmo, un conjuro que deja al mundo al otro lado. Aquí dentro no existe. Solo hay silencio, penumbra, y el redoble de los corazones acelerados. Sansón y Luisa se dejan llevar por la suerte de influjo gravitatorio que atrae inexorablemente a sus cuerpos, lanzándolos el uno hacia el otro.

Y ahí están.

Besándose.

Entregándose al acto de amar.

Esta vez Sansón no opone resistencia. ¿Para qué, si será completamente inútil? No le queda más remedio que dejarse llevar por lo que siente.

Digámoslo claro: ya estaba tardando.

4

La misión, propiamente dicha, empieza por la noche.

Tenemos suerte. El tiempo ha tenido a bien obsequiarnos con un cielo en perfecta armonía. Un reguero de gotas de leche guiña los ojos desde arriba. Nos tienta a echarnos en el prado y dedicarnos a observar. Simplemente a observar. Cualquier cosa que suceda allá arriba. El paso del universo, la danza eterna del cosmos. Elijan. En cualquier caso, no podemos. Tenemos hechos que narrar y cosas que ver. De manera que suspiremos y sigamos resignados hacia adelante. Refresca un tanto, pero eso no es molestia. Más bien al contrario. La atmósfera tan liviana invita al disfrute. Y tal vez por eso, además de por la curiosidad, la velada cultural es un éxito. El ayuntamiento está a rebosar. Los paisanos, adecentados, perfumados y vestidos con sus mejores galas asisten al inicio del evento con inaudito entusiasmo. Hombres, mujeres y hasta niños, con los que se hace hoy una excepción para permitirles asistir a esta ocasión única.

Hemos llegado a tiempo. Todavía no ha empezado el programa. Y todavía tardará un poco más en empezar porque, lo primero, como siempre, es la lectura del saludo inicial escrito por el impulsor de las misiones: Manuel Bartolomé Cossio, presidente del Patronato de las Misiones Pedagógicas.

Pero ¡silencio!

Que ya está aquí don Alejandro.

El jefe de misioneros toma el improvisado escenario (una tarima donde descansan un atril, una mesa y varias sillas) con una sonrisa afable en el rostro. Saluda con amabilidad, abre su cuaderno y lee:

«Es natural que queráis saber, antes de empezar, quiénes somos y a qué venimos. No tengáis miedo. No venimos a pediros nada. Al contrario: venimos a daros de balde algunas cosas. Somos una escuela ambulante que quiere ir de pueblo en pueblo. Pero una escuela donde no hay libros de matrícula, donde no hay que aprender con lágrimas, donde no se pondrá a nadie de rodillas, donde no se necesita hacer novillos. Porque el gobierno de la república, que nos envía, nos ha dicho que vengamos ante todo a las aldeas, a las más pobres, a las más escondidas, a las más abandonadas y que vengamos a enseñaros algo, algo de lo que no sabéis por estar siempre tan solos y tan lejos de donde otros lo aprenden, y porque nadie, hasta ahora, ha venido a enseñároslo.

Pero que vengamos también y, lo primero, a divertiros. Y nosotros quisiéramos alegraros, divertiros, casi tanto como os alegran y divierten los cómicos y titiriteros».

Espero no juzguen de poca educación ahorrarnos el resto del discurso, pero los acontecimientos se precipitan y nosotros, como Sansón, habremos de anticiparnos a ellos. No vamos a dejar que nos alcancen así, de sopetón. Baste quedarnos con la reacción entusiasta del público, el aplauso espontáneo que hace retumbar las paredes, para saber que los ermulanos han abierto sus brazos y sus mentes a los extravagantes forasteros que han venido a traerles cultura.

Da comienzo la primera charla. Ya saben, vida primitiva. José Carlos, al que antes mencionara don Alejandro, toma asiento y despliega sus papeles. Hubiera sido interesante escucharlo, seguro que sí. Y quizá en otro momento, más adelante, tengamos ocasión. Esta noche, desde luego, no va a ser. Porque justo cuando el ponente empieza la primera frase, la puerta de la sala de plenos se abre de sopetón. El golpe es tan rabioso que ahoga cualquier otro sonido y atrae todas las miradas de la sala.

Y ahí están, entrando como una manada de lobos en un corral. Altaneros, arrogantes, zafios, despectivos. Son nueve. Pistola al cinto, porras dispuestas en la mano. Botas militares, pantalones negros y camisa azul en la que puede distinguirse claramente el emblema del yugo y las flechas.

No hay duda.

Es la escuadra de falange.

Al final, los peores augurios de don Matías se han hecho realidad.

¿Quién puede imaginar cómo va a terminar esto? Solo nos queda esperar que no llegue la sangre al río.

Literalmente.

Menudo silencio ha caído sobre la escena. Expectante, tenso. El miedo lo contamina todo como una especie de niebla, convirtiendo el ambiente festivo y relajado, de pura concordia, en una cosa sucia, enrarecida y casi irrespirable. Qué pena. Los paisanos se agolpan, como buscando cobijo entre ellos, mientras los falangistas se despliegan en abanico por la sala.

—Bueno, bueno, ¿qué es esto? ¿Qué está pasando aquí?

El que así habla, con esa voz tan desdeñosa, tan ruda, es el jefe de la escuadra. Lo habrán reconocido por sus rasgos, ¿verdad? Efectivamente. Ese tipo de ahí, que parece el vivo retrato del primer Gris que conocimos. El hecho, a estas alturas, no nos sorprende, pero sí que nos despierta una cierta sensación de desasosiego. Ante

nuestros ojos, se llame como se llame, este nuevo Gris parece menos una persona que un concepto, una idea. La personificación viva del mal. Quizás, ese sea el secreto de la familia, ¿quién sabe? De todas formas, cometeríamos un error yendo a caer en maniqueísmos fáciles. Lo sensato sería dejar de lado nuestros pareceres y tomar como nuevo cada encuentro, fruto, sin duda, de las especiales características de cada tiempo histórico.

En fin.

El tipo sigue soltando palabras, a cada cual más despectiva.

—¿Qué cojones os traéis entre manos? ¿Qué es esta reunión de rojos? Porque os veo a todos muy bien vestidos como para que esto sea la revolución, panda de desarrapados.

Por cierto, hablando de don Matías, el buen hombre ha hecho acopio de su poco espíritu y ahí lo ven, surgiendo de entre la multitud para plantar cara a los intrusos. Si es que puede llamarse plantar cara a ese mantenerse en pie tambaleante, tembloroso. Es evidente que está haciendo de tripas corazón.

—Por favor… somos gente pacífica. Aquí hay mujeres y niños. Esto es una velada cultural que nos ha preparado la misión pedagógica y no tiene nada que ver con la política. Si ustedes quieren unirse, estaríamos encantados. Pero en ese caso, lo mejor sería mostrarse un poco…

—Aquí lo mejor es lo que le salga a Ginés Gris de los cojones. Y como Ginés Gris soy yo, me muestro como me dé la gana. Usted se calla y nos deja hacer lo que venimos a hacer o se llevará también su parte, ¿está claro?

Pues ya sabemos cómo se llama el personaje.

Ginés.

Ginés Gris.

La estirpe continúa perpetuándose. Cuánta alegría.

Y a don Matías, según parece, la cosa le queda meridianamente clara, porque en seguida se retira, encogido y convertido en menos que una sombra de sí mismo.

—¡Así que esto es una misión pedagógica! ¡Rojos convirtiendo a rojos! ¡Mierda sobre mierda! Lo mismo nos liamos a tiros con todos y limpiamos un poco el país, que falta le hace.

Las aberrantes risotadas del resto de la escuadra restallan como la punta de un látigo, haciendo de coro a las bravuconadas de su jefe.

—Por el momento me parece que me voy a conformar con que me entreguéis a los sindicalistas. Después ya veremos. ¡Damián Vázquez y Matías Roquero! ¿Dónde andáis? ¡La última vez os

escapasteis, pero hoy vais a caer como las ratas que sois!

—Mucho me temo que no vas a encontrarlos aquí a ninguno de los dos.

Un momento.

Esa voz nos resulta inconfundible.

Es Sansón.

Y ahí está él, abriéndose paso con sumo cuidado entre el gentío para confirmarlo. Lo que nos llama la atención es la firmeza que demuestra. Cuando se para ante Ginés Gris, distinguimos en su actitud un componente de desafío que, hasta ahora, hubiera sido difícil achacarle. Parece alzarse en defensor de esta gente. ¿Será posible? ¿Tanto ha cambiado en estos años? ¿Y por qué no? Ha vivido las suficientes vidas como para albergar en su interior cien versiones distintas de sí mismo. ¿Por qué no, en una de ellas, iba a ser tan valiente?

—¿Ah, no? ¿Y dónde cojones están? ¿Y quién coño eres tú? ¡Contesta o te reviento la cabeza!

—¿Qué pasa? ¿Qué cuando os dan el uniforme os quitan los modales? Tendrás tu respuesta cuando preguntes con más educación.

Ginés Gris esboza una mueca que ya conocemos demasiado bien. Maldita sea, de todos los atributos desagradables que son parte de esta estirpe, este es, con diferencia, el que menos nos apetecía volver a ver. Es su sonrisa. Esa sonrisa que nunca ha conocido, ni de lejos, una pizca de simpatía, y que, para colmo, se adereza con toda la crueldad del mundo. ¿Sienten el escalofrío que les recorre la espalda? Es como el relámpago que anuncia la tormenta. Algo está a punto de pasar. Y efectivamente, pasa. Solo que las cosas no salen como el falangista había pensado en un principio. Ginés Gris descarga un porrazo sobre la cara de Sansón, pero este nunca llega a impactar en su destino. El misionero, con sorprendente rapidez, en una sucesión de movimientos tan rápidos que resultan difícil de seguir, detiene el brazo atacante y lanza, a su vez, un puñetazo. El falangista, que no tiene tanta habilidad, recibe el golpe directo en la cara y cae de culo al suelo, desorientado y con el pómulo izquierdo al rojo vivo.

La multitud ahoga un grito mezcla de asombro y miedo. El acto de Sansón les parece tan osado, tan insensato, que lo natural es temer las represalias. Pero, si iban a llegar, parecen haberse perdido por el camino. Observen. El resto de los hombres de la escuadra han enmudecido y se revuelven inquietos, como planteándose qué hacer a continuación. No esperaban una reacción semejante, ni perder así

las riendas del asunto. Y ni tan siquiera el subjefe de escuadra, que contempla la escena perplejo, parece tener respuestas.

¿Qué va a pasar ahora?

Maldita sea, la expectación es terrible.

—Mira, las cosas funcionan así —dice Sansón—. El universo da lo que recibe. Si das educación, recibes educación. Si te portas como un imbécil… Bueno, no hace falta insistir. Ya lo has visto. Ahora eres libre de hacer lo que quieras, por supuesto. Pero si respondes y me atacas o le haces algo a esta gente, estarás cometiendo un gravísimo error. En primer lugar, porque aquí no vas a encontrar a los sindicalistas. Han salido hace unas horas hacia Oviedo, con uno de nuestros camiones, para recoger el resto del material que necesitamos. Los he contratado como operarios. Ahora son parte integral de esta misión. Si les atacas, nos estás atacando a nosotros. Y eso nos lleva directamente a tu segundo error. Nuestra actuación, que es completamente apolítica, está amparada por el gobierno de la república. Irrumpir como lo habéis hecho y acabar con la vida de gente inocente sería considerado un acto infame, casi de guerra. ¿De verdad te merece la pena meterte en un berenjenal semejante? No lo creo. Eres más listo que eso. Sabes que no saldrías bien parado. Así que sé inteligente, jura venganza con el puño en alto, retírate con dignidad y déjanos seguir con lo nuestro.

Ginés Gris se toma su tiempo para responder.

Primero se asegura de haber recuperado del todo el sentido. Luego se recompone, se pone en pie y se encara con Sansón. Es la suya una ira contenida. Tan, tan contenida que resulta infinitamente más temible, porque uno no puede evitar preguntarse a quién se llevará por delante cuando reviente.

—¿Jurar venganza? ¿Quién te crees que soy? ¿Un fanático del tres al cuarto? Yo no prometo, yo no juro. Yo actúo. En cuanto a vuestras preciosas misiones, disfrutadlas mientras podáis, porque tienen los días contados. Todo el mundo sabe que Gil Robles las detesta, precisamente, porque son lo que son: un criadero de rojos. Pura y nauseabunda propaganda. Y si él no se encarga de vosotros, ya lo haremos nosotros cuando España estalle y todo se vaya a la mierda. Porque no te quepa la menor duda de que va a estallar. ¿No sabes lo que dice José Antonio? Se ha acabado el momento de hablar. No hay más dialéctica admisible que la de los puños y las pistolas.

La amenaza, aunque susurrada, tiene la fuerza de un huracán y por un momento desordena la mente de todos los presentes, su ánimo y su entereza. Bueno, de Sansón no. Después de semejante

despliegue de valentía, hubiera sido un tanto decepcionante verlo venirse abajo. Pero al resto, gente sencilla, que no tienen la experiencia de cientos de años e incontables guerras, innegables forjadoras de carácter, se le aflojan las piernas. No obstante, es por poco tiempo. Con las mismas, Ginés Gris pliega alas. Ordena a sus hombres retirarse y, en un abrir y cerrar de ojos, desaparecen, devolviendo el salón a la normalidad. O a algo parecido a ella, porque lo que sigue es un momento de desconcierto que dura el tiempo que se tarda en digerir el miedo y relegarlo al olvido o, al menos, postergarlo a los momentos que suelen englobarse bajo el epígrafe de «ya se verá». Una vez terminado el proceso, la cosa cambia. La atmósfera se distiende, la realidad suelta el aire.

Y una lluvia abrumadora de reconocimiento cae sobre Sansón.

Ya se hacen una idea. Aplausos, felicitaciones, palmadas en la espalda… Don Matías le da las gracias en nombre de todos los habitantes del pueblo. Don Alejandro le dedica una sonrisa satisfecha. Sansón Galavís se acaba de convertir en una especie de héroe del pueblo. Quién lo hubiera dicho. A él no le hace mucha gracia. Ahí lo ven, recibiendo las muestras de cariño con evidente incomodidad, envarado y forzando la sonrisa. Es bueno saber que no ha perdido la humildad. Lo único que le importa es el abrazo de Luisa, que ha llegado hasta él haciéndose sitio con tal brío que cuesta imaginarse a alguien capaz de impedirle el paso.

Está claro.

Tal vez en otro tiempo fuera Nicolasa.

Pero, en estos momentos, en esta vida, para Sansón Galavís Luisa Romero es lo más parecido al hogar.

Y ahora, si les parece, dejemos que la velada continúe.

5

La atmósfera misteriosa de la noche cerrada, a ratos tenebrosa, a ratos romántica, se cuela por el ventanal de la habitación.

Inquieto o no, el pueblo duerme sumergido en sus sueños. Allá, al fondo, la masa oscura del bosque se adueña del silencio y susurra sus secretos. Sansón, que está sentado en la cama, completamente despierto, podría escucharlos. Pero no lo hace, porque es imposible prestar atención a nada externo cuando hay tanto ruido en tu interior. Luisa descansa desnuda a su lado. El abrigo de la noche, imaginamos, ofrece un momento más oportuno para este tipo de cosas. De todas formas, no crean, no es ella la que le desordena los pensamientos. O sí, pero de otra manera. Sus preocupaciones son otras. Mucho más lúgubres. Se ha esforzado en ocultarlas durante toda la velada, pero ahora que ella duerme no encuentra motivo para seguir haciéndolo.

¿Que qué le preocupa?

¿Ustedes qué creen?

Efectivamente, Ginés Gris. No, no son las represalias. No teme a las acciones de esa panda de gallitos de corral y su orgullo herido. Sabe que puede hacerles frente. El problema es otro. Y podemos hacernos una idea. No sabemos cuál fue la última vez que un Gris se cruzó en su camino, pero la sola presencia de este es suficiente para despertarle toda clase de certezas. No, sospechas no. Certezas. Todos los Gris que hemos conocido han sido miembros de la Cofradía. Y este, con seguridad matemática, también lo es. Eso significa que las intervenciones de la escuadra falangista esconden un motivo oculto, relacionado con el mundo sobrenatural. Posiblemente, los enfrentamientos con los sindicalistas no sean sino una mascarada. Una distracción para ocultar sus verdaderos intereses.

Y ese es el problema

La incertidumbre.

¿Qué persigue la Cofradía en este pueblo?

¿Cómo le afecta eso a él? Porque es evidente que le afecta. No puede ser casualidad que hayan coincidido tantos elementos relacionados entre sí en un mismo sitio. Ya ha vivido suficiente como para comprender que el universo suele medir mucho sus pasos. Así pues, ¿qué puede hacer? Es más, ¿debe hacer algo? ¿Quiere hacerlo? Porque hace mucho que se ha mantenido apartado

de esa parte de sí mismo. Tanto como le ha sido posible. Y ahora… ¿qué pasará ahora? ¿Debe involucrarse? ¿Y qué hay de Luisa? Todo esto le es ajeno. ¿Cómo le afectará a ella? No es la primera vez que ve a la felicidad, o lo que parece serlo, desmadejarse cuando lo sobrenatural irrumpe, haciéndolo saltar todo por los aires. ¿Y qué ha hecho antes para evitarlo?

Huir.

¿Eso es lo que debe hacer también en esta ocasión?

¿Salir corriendo?

Pero ¿tiene si quiera derecho a hacerlo?

Consumido por los nervios, le resulta casi imposible sostener sus propias riendas. A punto está de echarse a correr cuando, de forma fortuita, sus ojos se plantan en la hermosura desnuda de la mujer que duerme plácidamente a su lado. Y es tal la congoja que se apodera del corazón, alterándole los latidos, que comprende que no puede hacerlo. La sola visión de ella, su calor, que derrite los miedos más gélidos, le sirve para saber que no puede, ni quiere, dar marcha atrás.

Y toma una decisión.

Tan valiente como temeraria.

Venga lo que venga, lo enfrentará con ella. Eso implica ponerla al corriente de quién es en realidad. Y está dispuesto a hacerlo. Sí, cabe esperar toda clase de reacciones. Incluso la posibilidad de que huya despavorida. Pero ¿y si no? ¿Y si lo acepta? ¿No sería infinitamente más poderoso en ese caso? Se visualiza cogido de su mano y le parece contemplarse convertido en una especie de gigante, un coloso, un titán poderoso e invencible. Pero eso será mañana. Ahora la dejará dormir. No pasará nada por esperar solo unas horas más.

Eso está muy bien.

Pero, lo que no sospecha es que, sea lo que sea que viene hacia él, quizás no esté dispuesto a esperar tanto.

Miren.

Ahí, junto a la ventana.

Es una mujer vestida con una túnica blanca.

La tenue luz de la luna dibuja su espectral silueta con trazos delicados. Ya sabemos quién es. La hemos visto aparecerse hace bien poco, en circunstancias más o menos parecidas. Sansón, no obstante, es la primera vez que la ve. Y como se ha aparecido así, en un abrir y cerrar de ojos, sin un gradual materializarse, el sobresalto le hace dar un bote en la cama. Luisa se remueve, inquieta, pero vuelve a dormirse al sentir el cálido tacto de la mano

de su amante sobre la espalda. Pasada la sorpresa inicial, el susto de Sansón no ha ido a más. Son ya muchos años de experiencia. Todo cuanto vamos a percibir en su ánimo es curiosidad y algo de hastío. Eso, al menos, hasta que decide levantarse y desvelar el misterio de la presencia. Y entonces sí, entonces le sobreviene toda una avalancha de emociones para las que no está preparado y que le roban el control sobre sí mismo. A fin de cuentas, no hay experiencia que valga cuando encuentras frente a ti, más hermosa que nunca, a la primera mujer que amaste.

Mucho menos si ella debiera llevar muerta más de doscientos años.

Estamos hablando, por supuesto, de Elena.

—¿E… Elena?

—Hola, Sansón.

La voz de ella, la describimos en su momento, es extraña y escucharla provoca en él un repentino arrebato de desorientación. Se apodera de su ser un vértigo insoportable que le hace apoyarse en la cómoda para no caer al suelo.

—¿Acaso me he quedado dormido? ¿Estoy soñando?

La mujer muestra una sonrisa lánguida, los labios se moldean en una media luna triste.

—No, no estás soñando. Me temo que soy real.

—Pero ¿eres tú? ¿Cómo… cómo es posible? ¡Te… fuiste con los espectros! ¿Cómo puedes estar viva? Yo creía que…

—Mi estado… está muy lejos de poder considerarse vida. En muchos aspectos es justo lo contrario. No, no te equivocas. La Elena que conociste dejó de existir en aquella aciaga noche, pero su esencia sirvió para moldear al ser que ahora se presenta delante de ti.

—Entonces… ¿eres un fantasma?

—Quizás. No lo sé. No tengo muy clara mi naturaleza. Solo conozco mi propósito.

—¿Tú propósito? ¿Qué propósito?

—El de ser alivio de los desahuciados. Soy la Dama Blanca que ilumina el camino al otro mundo. Soy la última sonrisa de la vida que se va y el guiño tierno, amistoso, del otro lado. Mi misión es la de ser visión final del moribundo, confortarlo con maternal arrullo y hacerle saber que no hay nada que temer. Que todo saldrá bien.

Fíjense. Sansón abre los ojos como platos. Realmente creíamos que nada podría ya sorprender a un hombre que lo ha vivido y lo ha visto todo. Pero claro, la revelación no es cualquier cosa.

—Eres… ¡la muerte!

Elena vuelve a ofrecer su sonrisa. Qué desconcertante. Es preciosa, cierto. O lo sería, si ella siguiera siendo humana. Sin embargo, ¡cuánta aflicción trasluce en el gesto! Es como el rastro de una resignación infinita.

—Lo soy. Y lo seré hasta que la imagen que ves se haya consumido y no quede de mí más que una túnica sucia y raída, sostenida por un caballete de huesos.

De pronto, Sansón se enfrenta a la posibilidad de que haya venido a por él. ¿Es posible que su vagabundeo haya terminado? ¿Es este el final de sus pasos? Qué curioso. Han sido tantas, que no es capaz de contar todas las veces que ha rezado por este momento. Lo ha anhelado con cada fibra de su ser en infinidad de ocasiones, cuando el peso de la oscuridad que lleva a la espalda se hacía insoportable. Y ahora, sin embargo, se sorprende a sí mismo encarándolo con insospechado amargor. ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando está más cerca que nunca de ser algo parecido a la persona que siempre había querido ser? No es justo, se rebela, no lo es.

No, no lo es.

Hemos de darle la razón.

Pero miren, ella vuelve a esgrimir la sonrisa. Pareciera haberle leído el pensamiento. No sería de extrañar, siendo quien es. Por otra parte, la expresión en el rostro de Sansón ha sido tan elocuente que adivinar sus elucubraciones tampoco hubiera requerido dones más especiales que la intuición común a todo ser humano.

—Respira tranquilo. No eres tú a quién vengo a buscar. Habremos de encontrarnos al final de tu vida, cierto. Pero no será pronto, te lo garantizo. Me temo que tu camino todavía no ha terminado.

Sansón, qué inesperado, deja escapar un suspiro de alivio.

—Entonces… ¿qué haces aquí?

Otra vez la sonrisa.

La mujer se toma unos segundos para contestar. El silencio se llena con el rumor lejano de los árboles y, por un momento, podemos descifrar la canción del mundo. Y la descubrimos cargada de anhelos y añoranzas. Es un canto fúnebre. Un lamento por la fugacidad de los momentos que dejamos escapar y se hacen ceniza entre nuestras manos.

—No conozco todos los pormenores de mis misiones. Mis pasos están marcados en los libros. Así es como funciona el universo y no me corresponde a mí cuestionarlo. Me limito a obedecer lo que leo en ellos. Y nunca son demasiado explícitos. Sé a dónde debo ir y hay ciertos detalles que me llevan a inferir a quién debo

acompañar. Rara vez me equivoco. Pero, hoy… hoy no termino de entenderlo. El mensaje es confuso. Hay algo que interfiere en mi visión. Durante toda la tarde he sido presa de la incertidumbre. Y una sensación semejante, tan ajena a mi ser, me hace sentir desamparada. He vagado, indecisa, sin rumbo fijo ni idea alguna de qué hacer. Y entonces te he visto. Y todo se ha vuelto mucho más extraño, porque se ha apoderado de mí una sensación desconocida. No me gusta, no puede gustarme, y lo rechazo con cada fibra de mi ser, pero los hilos de la mujer que forjaron mi esencia siguen vibrando, a mi pesar. Sus recuerdos son como una losa, sus emociones son una cruz. Y nunca han vibrado tan fuerte como ante ti, Sansón Galavís. A la mujer que fui, que sigo siendo de una manera extraña, de una forma que la limitada capacidad de los mortales jamás podrá entender, le atormenta tu efigie, le perturba tu presencia. Yo, que soy fuente de melancolía, me he visto invadida por ella y he sentido el rechazo propio de quienes afrontan su mortalidad. Me asaltan reproches. Me acosan visiones de cuáles habrían debido ser mis pasos, de la vida que pude llevar a tu lado. Sé, no obstante, que es algo pasajero. Ha de serlo. Y, en todo caso, todo cuanto debo hacer es aprender a vivir con ello. Pero también sé que la única manera de aliviar la pesadumbre que siento aquí, en el pecho, donde hubo de latir el corazón, era venir a verte. No planeaba que nos encontráramos, no obstante. Esperaba que estuvieras dormido. Yo vendría y me iría, como una sombra furtiva más de cuantas acechan en la oscuridad de la noche. Y sin embargo…

—Elena, yo…

Sansón no sabe qué decir. Qué puede decir, por otra parte. ¿Qué diríamos nosotros? ¿Cómo se consuela lo inconsolable?

Qué encuentro tan extraño, ¿no les parece?

Puede que no sea producto del sueño de nadie, pero todo parece velado por una neblina de irrealidad.

—No hace falta que digas nada. Solo contesta a mis preguntas.

—¿Qué quieres saber?

—¿Alguna vez me añoraste?

—No ha pasado un solo día desde aquella noche en que no me haya recriminado el no haber hecho las cosas de otra manera. A veces, cuando todo es oscuro, tu recuerdo es más fuerte. Cuando hay más luz, es como un eco lejano. Pero ten por seguro que siempre está presente.

—Supongo que habré de conformarme con eso. Y dime, ¿qué hay ahora en tu vida, luz u oscuridad?

Sansón observa el plácido dormitar de Luisa y los ojos se le llenan de ternura.

—He vivido en la oscuridad mucho tiempo. Y ahora… ahora creo que por fin empiezo a ver la luz.

—Entonces desapareceré. Es lo justo. Debes dejar de escuchar ese eco. Que no te impida ser feliz.

Sansón muestra el amago de una sonrisa compasiva.

—Pero, dime, ¿y tú? ¿Eres feliz?

Elena no contesta. Y con eso, todo está claro. Se limita a mirar por la venta y la expresión del rostro se torna grave.

—Me equivocaba. No siento alivio. No he vuelto a ser quien se supone que debo a ser.

—Quizá no vuelvas a serlo hasta que veas las cosas con claridad. A veces… a veces, cuando las cosas se ponen difíciles, nos perdemos a nosotros mismos.

—Puede que sea así con vosotros, los mortales. Pero yo estoy por encima de tales debilidades. Debo estarlo.

—Y posiblemente sea así, en otro momento. Pero hoy, aquí… creo que tu parte humana, la parte de ti misma que es Elena, te ha ganado la partida. No te va a quedar más remedio que aceptarlo.

—¿Y qué debo hacer?

—No lo sé, pero tal vez yo pueda ayudarte…

Lo más probable es que no. Es decir, aun bajo circunstancias tan peculiares, ella no deja de ser quién es. Un ser cósmico. La personificación de una verdad universal. ¿Qué va a poder nadie hacer por ella? No obstante, en una situación tan inusual, ¿qué se puede dar por sentado? Sansón no puede dejar de verla como Elena.

Y claro, se siente inclinado a hacer algo por ella.

Como si eso pudiera, de alguna manera, enmendar el fatal final de su breve idilio.

—¿Cómo ibas a ayudarme, Sansón Galavís?

—He descubierto que, en ocasiones, hablar con alguien ayuda a poner las cosas en perspectiva. Dime, ¿qué sabes de tu misión?

—Poco. Sé que tiene algo que ver con aquella casa, la que tiene las luces encendidas allí, a lo lejos, junto al río. Y con una mujer que está a medio camino de todas las cosas. Una mujer que se disuelve como arena en el viento. ¿Sabes acaso qué significado tiene todo esto?

Lo sabe.

Claro que lo sabe.

¿Cómo no hacerlo?

Es imposible ignorar la punzada que acaba de atravesarle el

corazón como un puñal, dejándolo deshecho en temblores que empeña toda su voluntad en ocultar.

Es Nicolasa.

¡Está hablando de Nicolasa!

De alguna manera está viva y está aquí.

Y puede ser que muera esta misma noche.

Parece que este no va a ser el único encuentro con el pasado que tendrá hoy. Es increíble cómo el velo de irrealidad que mencionáramos antes ha adquirido inquietantes tonalidades. Se perciben trazas de ominosa premonición. Todo aquel en su sano juicio podría anticipar un desenlace trágico. Y, sin embargo, a Sansón le da igual. Será que ahora mismo su juicio, bueno o malo, está completamente cegado. Así que se pone en pie y se viste ante la mirada indiferente de Elena.

No va a dejar pasar un minuto más sin desvelar el misterio.

—¿A dónde vas?

—A la casa. Tengo que llegar al fondo de este asunto.

Elena, o como se llame ahora, vuelve la vista de nuevo a la ventana.

—Es extraño… Ahora me pregunto si es posible que nada de esto sea fruto de la casualidad. Rara vez hay cabida para ella en el plan universal. Quizá nuestro encuentro estaba planeado. Tal vez, de tener despejada la mirada, habría podido anticiparlo. Pero no puedo. El aire arrastra tanta muerte que bloquea mi visión. Se avecina algo. Allá, en el horizonte, acecha tormenta. Algo está a punto de cambiar para siempre.

No habla para Sansón.

Las palabras parecen dichas para sí misma. Es como si ya no fuera consciente de todo cuanto le rodea, como si su mente hubiera volado hacia otro lugar. El cuerpo permanece, pero ella ya se ha ido. Mientras termina de hablar, la presencia pierde consistencia.

Y para cuando llega al final, ya no está, y todo cuanto queda es la advertencia flotando en la atmósfera, ahogando los corazones con temor.

6

En la distancia, solo se distinguen los ojos rectangulares, inyectados en luz, de las ventanas del primer piso.

Al acercarnos, la mole va adquiriendo relevancia. Y aunque las líneas, veladas por la noche, no terminan de definirse nunca, al final se aparece ante nosotros la silueta de una majestuosa casona de indiano. Lástima de oscuridad. Hubiera sido interesante detenerse a observar los detalles. Sansón se detiene ante la verja del muro exterior y comprueba que no está cerrada. El aire mece una de las hojas y, entre quejidos y choques metálicos, la chirriante sinfonía inquieta la noche. El misionero se lo piensa antes de entrar. Y es que no sabe cómo justificarse. ¿Qué va a decir? Solo cuenta con las visiones inconexas de una aparición. No es excusa suficiente para evitar acusaciones de locura o salvarle del disparo a bocajarro de una escopeta de caza. Sin embargo, como esperarse en un rincón a que el destino tenga a bien ponerle a Nicolasa por delante no parece ser una alternativa muy fiable, termina traspasando los límites del jardín.

Antes de seguir, detengámonos un momento, si les parece, a considerar la situación de Sansón. Muy grande debía ser su sospecha, o su anhelo, no sabemos cuál de las dos, para lanzarse así, a la aventura, con indicaciones tan vagas. Que sí, que podrían referirse a Nicolasa, pero ¿y si no? En su mundo plagado de seres y hechos extraños, muchos de ellos inconcebibles para nuestra concepción de la realidad, la posibilidad de que se trate de alguien distinto es enormemente alta. Y eso nos lleva a preguntarnos si en algún momento llegó a olvidar de verdad a la mujer. Qué vínculo tan fuerte debió ser el que los unía, qué amor tan profundo el que se profesaban. Cientos de años después y, aun de forma involuntaria, se mantiene intacta la llama de la esperanza. Abruma, sorprende, enternece y hasta nos admira, reconozcámoslo.

Pero, entonces, ¿qué pasa con Luisa?

No tenemos respuesta. Posiblemente ni tan siquiera él la tenga. Lo más seguro es que no haya llegado a plantearse cómo integrarla en toda esta vorágine sin sentido. Ya lo hará en su momento.

Ahora, las urgencias son otras.

Volvamos, pues, al relato.

Ahí tienen a Sansón, ascendiendo el camino empedrado que cruza el jardín y lleva directamente a la entrada de la casa. No ha

cubierto todavía la mitad cuando la puerta se abre. Una silueta en sombras, grande y corpulenta se recorta en el marco. No vemos los detalles de la figura, pero sí los gestos rápidos, enérgicos, con los que carga la escopeta y encañona al intruso, que se queda clavado en el suelo, como petrificado.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¡Más le vale tener una buena excusa para venir a molestarnos a estas horas! ¡Hable o le vuelo la tapa de los sesos!

La voz es ronca, grave. Dura. No cabe en ella la menor vacilación. El tipo no miente sobre sus intenciones. Sería capaz de disparar con pulso firme directo al corazón. «Quizá sea lo mejor», piensa Sansón en un rincón pequeño y olvidado de su cerebro.

Así terminaría con todo esto de una vez por todas.

—¡Buenas noches! Disculpe la hora y las molestias, amigo. Yo solo quería… Bueno, mire, no sé si sabe de la misión pedagógica que ha llegado esta mañana al pueblo.

—Algo he escuchado, sí. ¿Qué tiene que ver con usted o conmigo?

—Yo soy uno de los misioneros. Me envía el jefe de la misión, don Alejandro Casona, quizás haya usted oído hablar de él.

—Es un escritor, ¿no?

—Sí, eso es. Él es de por aquí. Paisano suyo. El caso es que no le hemos visto esta noche, en la velada cultural. Y a él le gustaría… bueno, a todos nos encantaría, la verdad, que participasen con el resto del pueblo. Solo vengo a eso, a invitarlos. Ha sido una noche divertida y creo que merece la pena no perderse los actos que vamos a realizar a partir de mañana.

—En esta casa no cabe la diversión desde que murió mi nieta. Ni tenemos motivos, ni ganas para la risa. En el pueblo lo saben. Le agradezco mucho la invitación, pero hágase a la idea de que no va a vernos participando en nada. Y ahora dese la vuelta y largo de aquí, antes de que me arrepienta de no haber disparado primero.

Dicho y hecho.

Sansón desanda sus pasos y vuelve al lado exterior del muro.

Seamos sinceros: nos ha sorprendido mucho la forma en que ha sorteado una situación potencialmente peligrosa. Suponemos que, con los años, se ha acostumbrado a pensar rápido. Bien por él. Pero eso no le libra de estar como antes. Vale, ha descubierto que esta familia se encuentra profundamente dolida. Seguramente incluso sigan guardando luto. No obstante, ¿de qué le sirve eso? La idea de esperarse en un rincón ya no parece tan mala.

Entonces sopla el viento.

Más de lo normal, queremos decir.

Es como una explosión, una repentina deflagración de aire. El huracán que se genera de forma espontánea junto él desata una violencia tan grande que, al golpearlo en la cara, lo desplaza metros y metros en dirección al río. Cae aturdido entre la maleza. Pero, incluso en su estado, le asalta la certeza de la escasa naturalidad del fenómeno.

Y lo sabe.

Sabe lo que acaba de suceder.

Cualquier secuela del golpe se hace nada ante el impacto de su corazón redoblando.

Y sonríe involuntariamente al pensar en la maldita gracia del destino, empeñado siempre en llevar la contraria. Justo pensaba que no tenía nada que hacer y ahí está, de pie ante él, observándolo con una mezcla imposible de emoción y desconcierto.

Nicolasa Parejo está viva.

Y lo ha encontrado.

Fíjense. Sobrepónganse al pasmo y obsérvenla bien. Tampoco ella parece haber envejecido ni un solo día desde la última vez que la vimos, justo al caer en las garras de Gaspar Gris. Su sobrecogedora belleza sigue intacta. Al igual que sucede con Sansón, las ropas, propias de una señorita elegante de ciudad, son lo único que nos salvan de caer en el vértigo y perder la noción del tiempo. Porque aquí, entre estos dos seres para los que los años son un mero trámite, el mundo bien podría haberse detenido en 1734.

Digámoslo claro: salvo sorpresa mayúscula, o avance supino de la ciencia, ninguno de los que nos congregamos en torno a estas líneas podrá experimentar jamás la sensación de reencontrarse con alguien doscientos años después de la separación. Una década, a lo sumo, marcaría el límite de la experiencia más parecida. Así que nunca podremos describir en toda su profundidad el infinito marasmo de emociones que debe estar convirtiendo el interior de este hombre, y de esta mujer, en un auténtico cajón desastre. Deberemos conformarnos con dejar a nuestra intuición inferir todo cuanto sea capaz de las reacciones de ambos. Porque, miren, mientras el viento se aplaca y el mundo recupera la cordura, a Nicolasa Parejo, que nunca en su vida, al menos en la que conocemos, fue amiga de dejar traslucir sentimientos, se le escapa una expresión que está mucho más allá del asombro. Mucho más allá del desconcierto o de la impresión. La de él, pueden imaginarse, no le va a la zaga. Perlas de lágrimas contenidas pintan en los ojos de ambos la imagen del otro con trazas impresionistas, mientras se

atreven a recortar la distancia que los separa. Los movimientos son lentos, torpes, pero no por suspicacia o por prudencia. No hay atisbo de nada parecido en sus ánimos. Es, más bien, consecuencia de la conmoción sentimental que bloquea casi por completo sus voluntades. Imagínense. Doscientos años de frustraciones, de contenciones, de resignaciones y de pérdidas se derrumban de golpe sobre sus maltrechas almas. Más o menos estamos al tanto de la historia de Sansón, pero ¿y ella? ¿Qué habrá sido de ella? ¿Cuántas desventuras habrán sembrado su camino hasta este mismo momento? ¿Es de extrañar que, de pronto, ninguno de los dos sepa cómo enfrentarse al otro? Son tantas las implicaciones que, ahí están, vacilantes, indecisos.

Sansón extiende la mano, como queriendo aferrar la imagen de ella, temeroso de verla convertirse de pronto en el polvo que tantas y tantas veces ensució sus sueños. Nicolasa extiende la suya, temblorosa. Los separan escasos centímetros. Casi pueden notar el calor tan familiar, tan anhelado, de la otra piel a la que en secreto han sentido pertenecer durante tantos años, prácticamente desde el principio de sus vidas.

Y entonces, Nicolasa se derrumba.

La mujer se tambalea y cae de rodillas a los pies de Sansón.

Este, ni corto ni perezoso, se apresura a socorrerla.

Una voz femenina resuena desde lejos, autoritaria.

—¡No la toques!

El misionero levanta la vista y encuentra acercándose a la carrera a una chica joven. Curioso. De no ser porque la hemos escuchado hablar, y a pesar de sus formas estilizadas, hubiera sido fácil confundirla con un chico. Lleva el pelo corto y ropa de hombre. Cuando llega junto a Nicolasa, aparta a Sansón de un empujón y se interpone entre los dos con actitud desafiante.

—Ana… tranquila —dice Nicolasa con evidente esfuerzo—. Es amigo… Es… es… Sansón…

La revelación provoca en la chica un instante de asombro que, en seguida, queda velado bajo el frío acero de su mirada. Es curioso, la postura, lejos de relajarse, incluso parece haberse tensado todavía más. Se diría que siente la necesidad de presentar defensa, aunque no tenemos claro por qué ni contra qué. Y con todo, su hostilidad se desvanece cuando Nicolasa, de pronto, entorna los ojos y pierde la consciencia. Sansón vuelve a dar un paso al frente, dispuesto a ayudarla. Y vuelve a ser apartado con desdén.

No hace falta mucho más para hacerle entender que tampoco

esto va a ser fácil.

Lástima.

Por una vez, creemos, no habría pasado nada.

7

—Sé quién eres. Ella me contó todo sobre ti.

Relajemos el ánimo, si les parece.

El episodio anterior ha supuesto tal choque emocional que, si están ustedes comprometidos con la historia, más les valdría tratar de serenarse, porque no son pocas las cosas por venir. Vale, la afirmación que nos ha servido de entrada, puesta en la boca de la tal Ana, no ayuda demasiado a conseguirlo, es cierto. Pero hagamos un esfuerzo. Centrémonos en otros aspectos de la escena. Por ejemplo, en el paisaje. Este, nuestro *locus amoenus* particular, sí que invita a la laxitud. Aquí, echados en la hierba, al lado del río, arrullado por el murmullo de su discurrir bajo la luna llena, plácida y reconfortante, de esta noche de verano… A quién queremos engañar. Queremos saber qué sucede. Nos urge encontrar respuestas. Así que no nos queda otra que continuar involucrados.

Atentos.

Nicolasa sigue desmayada. Ana le sostiene la cabeza en el regazo y le acaricia el pelo con insospechada ternura. Sansón está frente a ellas, atrapado en un incómodo *impasse* sentimental. Es imposible describir sus sentimientos, principalmente porque ni él mismo es capaz de distinguirlos. La euforia del reencuentro se ha visto coartada, de pronto, por las miradas asesinas de este tercer personaje que, mientras se deshace en cariñosas atenciones hacia Nicolasa, lo mantiene a él a raya con manifiesta hostilidad. Para colmo, acaba de reconocer que lo sabe todo sobre su vida. Y las cientos de incógnitas que eso plantea, así como sus previsibles o imprevisibles respuestas, no hacen sino aumentar la tensión.

—¿Qué te ha contado? —Pregunta, suspicaz.

—Todo, ya te lo he dicho. Todo lo que ella sabe, claro. Todo lo que os unió hasta que la dejaste caer en manos de la Cofradía.

—¿Qué yo la dejé…? Creo que no has entendido bien la historia.

—La he entendido perfectamente. Puede que directamente no sea culpa tuya, pero podrías haberlo impedido.

—¿Sabes lo que supuso aquello para mí, el infierno que pasé tan solo para poder ayudarla?

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Es largo de contar. Y extraño…

—No me tomes por imbécil, ¿quieres? Si soy capaz de aceptar sin volverme loca que dos personas que deberían llevar muertas

cerca de dos siglos estén frescos como la lechuga, seré capaz de asimilar cualquier cosa que me cuentes, por rara que te parezca. Así que dime, ¿por qué no la ayudaste?

—Yo también tengo mi propia historia que contar. Pasé mucho tiempo encerrado. Cuando salí, habían pasado ochenta años, y di por sentado que ella había muerto.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo para poder dormir por las noches? ¿Con eso te justificas? Tienes cientos de años, por amor de Dios. Estoy segura de que has sobrevivido a toda clase de porquería. ¿Tan difícil era tener fe en que ella también lo hubiera hecho? ¿Me vas a decir que, sabiendo las clases de cosas raras que suceden en vuestro mundo, nunca has tenido si quiera la sospecha de que ella podría estar por ahí, en algún lado, esperándote?

—Bueno… hubo una vez…

—¿Y por qué no hiciste nada?

—¡Era solo una sospecha! Y desapareció tan pronto que…

—¡Podrías haberla buscado! ¡Podrías haber removido cielo y tierra hasta dar con ella! Pero no lo hiciste. ¿Por qué?

Tiene razón. Por mucho que le contraríe reconocerlo, sabe, en el fondo de su corazón, que tiene razón. Pero ¿qué va a decirle? ¿La verdad? ¿Que procuró olvidarse de todo lo relacionado con su antigua vida, incluida Nicolasa, en un desesperado y patético empeño de ser normal? Lo último que siente es la necesidad de justificarse ante ella. Ya bastante vergüenza le produce hacerlo ante sí mismo.

De manera que calla.

—¿Qué pasa? ¿No respondes? Claro, porque eres un cobarde. Tú nunca la has merecido.

Sansón baja la mirada y se limita a rumiar los ataques.

—¿No dices nada? Así que es verdad, eres un maldito cobarde. Me das asco. Más te valdría largarte antes de que despierte.

A todos nos encantaría hacerle tragar tamaña insolencia. A él también. Y a punto está de hacerlo. Pero entonces se acuerda de la muerte, quién podría olvidarla, y decide que no merece la pena. Si quiere llegar al fondo de este asunto, y si es verdad, como parece, que existe algún tipo de vínculo entre las dos mujeres, no le parece buena idea legitimar el infundado rechazo de la chica.

Así que respira hondo y contesta realizando un acto supremo de contención.

—Mira, si lo sabes todo sobre mí, sabrás también que durante mucho tiempo Nicolasa fue la parte más importante de mi vida. En cierto sentido, toda mi existencia ha girado en torno a ella. No

puedes pedirme que me vaya de aquí y me olvide de todo así como así.

—Claro que puedo. Y si no fuera porque tengo que cuidarla ya te habría echado yo misma a patadas.

Vaya, la chica lo pone difícil.

—Ana, escúchame. Están pasando cosas que van más allá de tu comprensión. Hoy he recibido una visita un poco peculiar.

—¿Y a mí qué me importa?

—Te importa, porque era la muerte…

—¿La muerte? ¿La de la guadaña?

—Más o menos, sí.

—¿Me tomas por tonta?

—Si tan difícil te resulta de creer, a lo mejor deberías replantearte tu postura.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotras?

—Sé cómo suena esto, pero está confusa. Tiene una misión que no termina de comprender en la que esta casa juega un papel importante. Por eso he venido hasta aquí.

—Un momento, ¿me estás diciendo que vamos a morir? ¿Eso es lo que me estás diciendo? No me estarás amenazando…

—¡Lo que estoy diciendo, quieras entenderlo o no, es que va a morir alguien! ¡Y que sea lo que sea que vaya a suceder tiene que ver con vosotras! Así que, por favor, dime qué le pasa a Nicolasa. Explícame todo sobre vuestra situación. Es la única manera que tengo de poder ayudaros.

—¿Ayudarnos? ¿Pretendes que acepte tu ayuda? ¿Sabes lo que significa para mí tenerte aquí delante?

—¡Pero si ni siquiera te conozco!

—Puede que tú a mí no, pero yo te conozco de sobra. Y te detesto, Sansón Galavís. No tienes ni idea de lo que supone tener que competir contra un fantasma. Ella te ama. Nunca ha dejado de amarte, ¿sabes? Da igual lo que yo haga, da igual cuánto me esfuerce… Jamás será suficiente. No me dice nada, pero no hace falta, esas cosas se notan. Cuando eras tan solo un recuerdo, no me importaba tanto. Escocía, pero, a fin de cuentas, ¿qué daño puede hacer un recuerdo? Y ahora, de pronto, estás aquí… ¡Maldita sea! ¡Estás aquí! ¡Estás vivo! Y yo no puedo evitar odiarte. Pero, escúchame bien, no pienso dejar que te la lleves. ¿Te queda claro? Da igual si vives o no. Eres el pasado. Y yo soy su presente. Estoy a su lado y no me voy a ir jamás. Así que puedes meterte tu ayuda por dónde te quepa.

Quién lo iba a decir.

El resentimiento de Ana sí que tiene un motivo.

Sansón no ha podido evitar estremecerse. En parte por sentir una lejana punzada de responsabilidad, cierto. Pero también, sobre todo, seamos sinceros por Nicolasa. Después de haber pasado por tanto, después de haberse obligado a dejarla en el olvido, después de convertirse en una persona distinta, esta nueva confirmación, ya saben, que ella sigue amándolo con igual intensidad, amenaza con echar por tierra sus esfuerzos. Las entrañas se le remueven y su antiguo yo se revuelve en la tumba. «Eh», grita, «que a lo mejor me enterraste demasiado pronto. Podrías haberte asegurado de que estaba muerto antes de hacerlo». El eco de los viejos sentimientos resuena vigoroso. Y un formidable desbarajuste se le instala, no solo en la cabeza, sino también en el corazón. Nicolasa y Luisa, ayer y hoy, confunden los rostros, las voces, los cuerpos y los besos. Giran sin parar en una especie de danza enloquecida, una vertiginosa espiral que no tiene final ni tiene intención de ir a detenerse pronto.

Pero no queda ahí la cosa.

Todavía va a ponerse un poco más difícil: Nicolasa despierta. La mujer abre los ojos y se incorpora con dificultad. La mirada cansada y los miembros temblorosos muestran su debilidad. Sansón hace amago de acercarse, pero algo lo retiene. No, esta vez no se trata de un matiz displicente en la voz de Ana o una sobrecarga de desdén en la mirada. Es un gesto tan simple, tan elocuente y a la vez tan chocante, como el beso en los labios que comparten las dos mujeres. El misionero observa pasmado el roce de las bocas y, aunque no pasa desapercibida la diferencia de intensidad (Ana se entrega apasionadamente, Nicolasa se muestra más recatada), tampoco puede ocultarse la naturaleza de su unión. A decir verdad, el último discurso de la chica ya nos había dado alguna pista. Esto, a fin de cuentas, no hace más que confirmarlo. Y a Sansón le molesta, claro. Pero no se confundan. No es en base a ningún prejuicio moral. Ninguna vida se dilata tanto sin experimentar ciertas cosas que conllevan, inevitablemente, una saludable apertura de mente. El sinsabor que experimenta se debe, simple y llanamente, a los celos.

Sí, celos.

Completamente fuera de lugar a estas alturas, es cierto.

Pero así funciona el corazón humano: la teoría está muy clara, la práctica, por desgracia, no tanto.

—¿Cómo estás?

La voz de Ana presenta ahora tanta dulzura que da la sensación, en contraste, de sufrir algún tipo de trastorno de personalidad.

—Bien… Pero tengo frío.

—Tienes que tener el cuerpo cortado. Siempre te pasa igual, te baja mucho la temperatura. Pero no te preocupes, sé cómo colarme en la leñera. Cogeré algunos troncos y haremos una hoguera. Entraremos en calor mientras decidimos qué hacer. ¿De acuerdo?

Nicolasa responde con una sonrisa lánguida. Ana se pone en pie, pero antes de alejarse se vuelve de nuevo hacia ella.

—Nico, ¿estarás bien?

No hay que ser muy avispados para entender a qué se refiere. No le hace ninguna gracia dejar solos a los dos antiguos amantes. No obstante, Nicolasa, o Nico, la tranquiliza con otra sonrisa y ella sigue andando con escaso convencimiento.

Así que es este. El momento que esperábamos desde hace mucho tiempo. Sansón no, las cosas como son. Él lo pensaba imposible, pero eso no le impedía imaginarlo en infinidad de ocasiones, en cientos de miles de diferentes versiones que poco, o nada, tienen que ver con esta. Sin embargo, contra todo pronóstico, el sueño se ha hecho realidad. Aquí están, el uno frente al otro.

Y es como si doscientos años hubieran volado en un soplo.

Qué situación tan extraña.

Al principio, nadie habla.

No hace falta. Hay tantas cosas por decir que todo queda implícito en este silencio, cargado de miradas nerviosas y amargos esbozos de sonrisas. Sansón evita cruzar los ojos con los de ella. Porque duele. No solo por todo lo que ya sabemos. La culpa y todo eso. Duele porque es hermosa. Tanto que corta la respiración. Los ojos, tan azules, tan fríos, antes custodios de todo un mundo privado, esconden ahora un universo. Y a él le es imposible no volver a sentir el viejo impulso de sumergirse en ellos, y navegarlos, y naufragar incluso, si hiciera falta, para dejar al descubierto hasta el más oscuro de sus secretos. El muerto ya sale de la tumba. Los brazos asoman entre la tierra. Será cuestión de tiempo que ande otra vez entre los vivos.

Es la forma más elocuente que se nos ocurre de aseverar lo que todos ya imaginábamos: que Sansón Galavís nunca ha dejado de amar a Nicolasa Parejo.

—Di… di por sentado que habías muerto.

¿Notan la emoción en la voz del misionero? Incluso le ha temblado hacia la mitad de la frase. No estaba preparado para hablar, pero alguien tenía que hacerlo primero. Nicolasa responde con otra sonrisa. Parece sonreír con más facilidad que antes. Otro motivo más para Sansón, y van ya unos cuantos, por el que maldecir la fastidiosa tendencia del destino a creerse más gracioso

de la cuenta.

—Yo también lo creía de ti.

—Pero… ¿qué te ha sucedido? ¿Cómo es posible que…?

—No lo sé. Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Creo que todavía ando intentando averiguarlo. Pero bueno, yo podría preguntarte lo mismo.

—Y te responderé encantado, pero antes necesito saber qué fue de ti. Necesito que me perdones…

—¿Perdonarte? ¿Por qué?

—Debería haber hecho más… Debería haberte buscado…

—Tranquilo, Sansón. Estoy segura de que has pasado doscientos años torturándote y que vas a seguir haciéndolo te diga lo que te diga. Pero no hace falta. No tengo nada que perdonarte, porque no podías haber hecho nada. Estaba tan confusa, tan hundida, que me dejé atrapar. No voy a negarte que al principio te guardé cierto rencor, pero con el tiempo he aprendido a aceptar que soy la única responsable de mi destino.

No, de pronto, Sansón no experimenta un gran alivio, ni es como si se hubiera desembarazado de un enorme peso. Es él, conociéndolo como lo conocemos, podemos hacernos una idea de que ni tan siquiera el perdón es suficiente para conjurar su culpa. Le gusta regodearse, qué le vamos a hacer. No obstante, lo cierto es que algo cambia en su manera de mirar a Nicolasa. Los ojos le brillan con algo parecido al asombro.

A la admiración.

—Pero, dime, ¿qué fue de ti durante todo este tiempo?

—¿No quieres hablar de algo más alegre? —Apunta Nicolasa con sorna.

Un toque de humor, eso sí que nadie lo esperaba de ella.

—He sido prisionera de la Cofradía hasta hace bien poco —explica por fin—. Poco menos de un año.

—¿Qué te hicieron?

—Anularon mi voluntad. Me usaron como arma en su guerra. Me utilizaron para influir en el curso del país, para reconducir su evolución hacia un camino más acorde a sus intereses. No sabes… no te imaginas… las cosas que he tenido que hacer, la gente a la que he tenido que matar…

Fíjense. Hay otra cosa distinta en Nicolasa. La desesperación y la oscuridad, sin haberse borrado del todo, parecen haberse matizado. De alguna manera, da la sensación de haberlas aceptado como parte de su ser. Y aunque asume la responsabilidad por la sangre derramada, no se castiga por ello.

—¿Y por qué hasta hace poco menos de un año? ¿Qué pasó entonces?

—El control que ejercían sobre mí se debilitó. La llegada de la república ha sido un revés demasiado grande para ellos. Están aturdidos y usan toda su fuerza en preparar algo, un golpe tan grande que les consume todos los recursos. Sin quererlo, dejaron de prestarme atención por un tiempo y, aprovechando su despiste, me liberé. Conseguí recuperar la voluntad y escapé. No fue fácil, te lo aseguro. Pero esa es una sangre que no me pesa haber derramado, porque era necesaria…

Pobre Sansón. Miren cómo le tiemblan los ojos al mirar a Nicolasa. Los sentimientos que le desbordan son tan básicos, tan puros, tan primarios, que no puede contenerlos por sí solo.

Ni lo intenta.

—No sabes cuánto me alegra saber que estás viva y a salvo.

—Viva quizás. A salvo… eso ya es otra historia. Me pisan los talones muy de cerca y no tengo la suficiente fuerza como para plantarles cara. Los hechizos que lanzaron para doblegarme tardan en desaparecer, su influencia sigue tirando de mi alma. Ocupo casi toda la energía que me queda en luchar contra ellos. Usar mi poder supone un esfuerzo tan grande que mi cuerpo se colapsa. Ya lo has visto.

—¿Y Ana?

Nicolasa tarda en contestar. Quizás sea por pudor, quizás sea algo más. No lo tenemos claro. La mujer, ya lo sabemos, siempre ha sido muy hermética.

En eso sí que no ha cambiado.

—Ana ha sido mi salvación —dice por fin—. La conocí al poco de haber escapado y desde entonces no se ha separado de mí. Ella es… diferente. Y me hace sentir diferente. Me gusta tenerla de mi parte. Es como si a su lado tuviera mucho más control de la situación y de mí misma.

—Entonces, también es una fuente.

—¿Una qué?

—Olvídalo, es largo de explicar. Es solo que creo que ella y yo nos parecemos más de lo que le gustaría admitir.

—Puede ser. Pero ella no tiene miedo de sí misma. Y, ahora mismo, eso es justo lo que necesito para sobrevivir.

Ahí está.

El golpe de pala que devuelve al muerto, avergonzado, a la fría oscuridad de la tumba. La frase que Sansón necesitaba oír para volver a su sitio. Ya sabemos que él solo no habría sido capaz de

hacerlo. El comentario no llevaba ninguna intención, Nicolasa no pretendía hacerle daño, pero, sin quererlo, lo ha enfrentado a su reflejo y, por primera vez, le ha sido imposible desviar la mirada. Ha visto la verdad tal y como es. Hiriente y descarnada. Efectivamente, Sansón siempre ha tenido miedo de sí mismo. Eso no vamos a descubrirlo ahora. Sin embargo, ahora lo entiende: jamás podrá estar con Nicolasa, porque nunca podrá ser lo que ella necesita. Su amor siempre será mezquino y cobarde. Y no le queda más remedio que aceptar los cambios. Es un mundo completamente distinto. Ellos son completamente distintos. Su sitio ahora le pertenece a Ana.

Y él debería estar junto a Luisa.

—Oye, antes… ¿por qué me atacaste?

—Creíamos que eras de la Cofradía. Pensábamos que habías ido a la casa a buscarnos.

—¿Y por qué tendría que ser así? ¿Qué tenéis que ver con esa casa?

—Es la casa de la familia de Ana. O lo era. Para ellos, está muerta.

—Espera, espera, ¿es por ella que guardan luto?

—Sí.

—Pero ¿cómo es posible?

—Solo sé lo que ha querido contarme. Por lo visto, es más fácil tener una hija muerta que desviada… Ya me entiendes.

—Sí, pero ¿entonces? ¿Por qué ha vuelto?

—Porque es nuestra última oportunidad. Hemos huido por todo el país, Sansón, y no nos queda donde ocultarnos. Queremos atravesar la frontera de Francia, pero para conseguirlo necesito recuperar fuerzas. Si la Cofradía nos alcanza por el camino, tengo que ser capaz de hacerles frente. Ana cree que su familia podría cobijarnos por un tiempo.

—¿De verdad crees que es una buena idea?

—No he dicho que lo sea. En todo caso, es una idea desesperada, pero es nuestra única opción.

—Es una auténtica locura, eso es lo que es. Pedir refugio en esa casa solo empeorará las cosas, créeme. La rechazaron una vez, ¿qué le hace pensar que van a aceptarla ahora? Lo siento, pero no puedo dejar que lo hagáis.

—¿Y quién eres tú para impedirnos nada?

Ana ha vuelto.

La joven está ahí, plantada frente a ellos, los brazos repletos de leña. Y no le gusta nada lo que ve. Normal, siendo sinceros, la

complicidad entre los dos antiguos amantes es tan grande que trasciende las palabras. Tal vez del incendio no queden ya más que rescoldos, pero son suficientes para inflamar el aire estival. En un acceso de furia, la chica tira los troncos al suelo. Los ojos temblorosos dejan entrever su miedo y su rencor.

—¿Por qué crees que nos importa algo tu opinión?

—Ana, escucha. Escuchadme las dos. Hay una escuadra de falange causando problemas en el pueblo y tengo la absoluta certeza que pertenece a la Cofradía.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por su líder.

—¿Quién es?

—Un auténtico bastardo, Nicolasa. Un tal Ginés Gris.

—¡Maldita sea! ¡Es el que nos ha estado persiguiendo! ¡Nos ha encontrado, Ana!

—¿Y qué? Hasta ahora siempre hemos escapado de él y volveremos a hacerlo. Las dos solas.

—¿Es que no lo entiendes, chiquilla? ¡Esta vez estáis perdidas! ¡Están aquí por vosotras! ¡Es cuestión de tiempo que se acerquen a la casa! ¿Y qué pasará entonces? ¿Qué será de tu familia?

—Me importa muy poco lo que pase con mi familia. Solo me importa Nicolasa.

—¡Pues más razón todavía para confiar en mí! Ana, no tenéis escapatoria. Te guste o no, soy vuestra única salida.

—¿Ah, sí? ¿Y qué puedes hacer tú por nosotras?

—Por lo pronto, llevaros a Francia.

8

Es increíble cómo se han complicado las cosas.

En un abrir y cerrar de ojos, el mundo perfecto de Sansón Galavís se ha venido abajo. La mentira se ha hecho tan trasparente que lo oculto ha salido a la luz. Y ahí está él, empeñado en hacer malabarismos para salvar cuanto pueda del naufragio. No se explica de otra forma su decisión de llevar a las mujeres a Francia. Es su manera de cerrar el círculo, suponemos, hacer las paces con el pasado para poder encarar el futuro.

El plan parece sencillo. No debería darles el menor problema. Primero hacerse con las llaves del camión sobrante. Esa es la parte fácil. Un paseo sigiloso por la habitación del conductor y aquí paz y después gloria. Son años de práctica, es normal que el tipo no se haya coscado de nada. Dejémoslo ahí, roncando plácidamente. La parte complicada viene cuando, una vez todos acomodados en el vehículo, a él le sobrevienen los remordimientos. Que son hasta lógicos, ya puestos. ¿Qué pasará si, al día siguiente, Luisa despierta para encontrar que él no está? El camino a Irún es largo, no volverá, como muy pronto, hasta pasado el mediodía. ¿Cómo dejarla con semejante incertidumbre? No puede, claro. No hay por qué abocarla a un sufrimiento innecesario. Así que demora un tanto la salida, deja a las dos mujeres en el camión y vuelve a la posada para hacer las cosas como deben hacerse.

No obstante, una vez ante Luisa se reafirma en su decisión de no despertarla.

Lógico. Mírenla. Su respiración es tan sosegada, su descanso es tan profundo, que es casi un crimen interrumpirlo. Sí, claro. Pero no nos engaña. No es solo eso. La mirada turbia y la mandíbula apretada nos hacen intuir que nubes más oscuras le oscurecen el ánimo. No se ve capaz de mantener ahora una conversación tan trascendental. No es momento, ni él está en condiciones. Las escasas explicaciones, posiblemente embrolladas por la premura, no harían más que causar en la mujer una impresión equivocada. Para evitarle el sufrimiento le habría provocado otro peor. Por incomprensible, sobre todo. Y aunque estaba dispuesto a revelarle la verdad sobre sí mismo, ahora cambia de opinión. Comprende, o eso se dice, que no es necesario. Una vez hecho esto, una vez haya quedado todo atrás, ¿qué necesidad hay de invocar a los fantasmas? Entonces será libre para ser el Sansón Galavís que ella cree que es. Y todo estará bien.

Solo necesita una excusa para cubrir su ausencia. De manera que resuelve despertar a don Alejandro. Se inclina sobre la mujer, la besa en la mejilla con delicadeza y se da la vuelta para encarar la puerta.

Y ahí está ella, fino tajo de plata en las sombras.

La muerte.

Es tan hermosa que cuesta llamarla así. Pero es su nombre, no tendría sentido disimularlo con epítetos banales. Ni qué decir tiene que la repentina aparición nos arranca un sobresalto. A Sansón no.

Pero bueno, eso ya lo esperábamos.

—Sé lo que pretendes —Avisa, conciliadora—. No puedes engañarme.

—No lo intento. Siendo quien eres, lo consideraría una estupidez. Pero también sabrás que no puedes impedirme que lo haga.

—Solo intento avisarte. No saldrá bien.

—Tengo que intentarlo. Después de todo lo que ha pasado, Nicolasa se merece una vida. Las dos se lo merecen.

—Como quieras. Pero recuerda esto: puede que mi visión siga sin ser demasiado clara, pero mis ordenes son precisas. Al amanecer deberé marchar de aquí con alguien.

—Y recuerda tú esto: no serán ninguna de las dos.

La muerte desaparece. Ya saben cómo va. Estaba y, de pronto, ya no está. Si deja o no algún tipo de rastro en el aire, una vibración en la atmósfera o un leve arañazo en el tejido de la realidad, no vamos a tener tiempo de comprobarlo. Sansón sale enseguida al pasillo, sin prestarle la menor consideración a lo sucedido, y nosotros vamos con él.

Apenas un minuto más tarde ya estamos ante la puerta de don Alejandro. Sansón llama sin demasiados miramientos y, segundos más tarde, la voz adormilada del escritor contesta desde el otro lado.

—¿Quién es? ¿Qué sucede?

—Alejandro, soy Sansón. Disculpa que te despierte así, en mitad de la noche. Pero tengo que hablar contigo. Es importante.

En los segundos de silencio que siguen, se intuye el forcejeo con el sueño del jefe de la misión para poder llegar hasta la puerta sin tropezar. Lo consigue, por fortuna, y abre para dejar pasar a Sansón. Verlo así, en pijama, con el rostro adormilado, nos despierta cierto pudor. Menos mal que en la habitación no hay más luz que la de la luna, y eso le permite mantener todavía una cierta intimidad.

—Pero, Sansón, ¿qué pasa?

—Verás… a ver cómo te lo explico… Ha sucedido algo inesperado y no tengo más remedio que marcharme.

—¿Marcharte? ¿Así como así? Pero ¿a dónde? ¡Explícame algo, hombre, que me tienes en ascuas!

—No puedo contarte demasiado. Solo puedo pedirte que confíes en mí.

—¿Qué confíe en ti? ¡Ahora eres tú el que me estás asustando! ¿Le ha pasado algo a Luisa?

—No, no, Luisa está perfectamente. Está dormida en mi habitación.

—¿En tu habitación? Vaya, me encanta ver cómo hacéis caso de mis consejos. Menos mal que os dije que guardarais las formas… Pero bueno, no es momento para eso. Ya tendré tiempo de cantarte las cuarenta. Ahora, dime, ¿tan importante es ese asunto? ¿Es que no puedes esperar a mañana?

—No, no puedo. Tengo que irme. Y me llevo uno de los camiones.

—¿Qué? Pero ¿qué dices?

—Tranquilo, estaré de vuelta al mediodía. Y por eso necesito tu ayuda. Tienes que cubrirme con Luisa.

—¿Con Luisa? ¡No, hombre, no! ¡A mí no me metas en vuestros asuntos!

—Por favor, Alejandro. Eres mi amigo, me conoces bien. Sabes que no te lo pediría si no fuera importante.

—Pero ¿y qué quieres que diga?

—No lo sé, ¿no eres escritor? Invéntate algo. Dile que me has enviado a buscar a los sindicalistas. Algo por el estilo.

Alejandro no parece convencido. Los rasgos se le han despertado a la fuerza y ahora son el fiel reflejo de su contrariedad.

—No sé, Sansón, yo…

—Alejandro, es importante. Por primera vez en mucho tiempo tengo la posibilidad de alcanzar la paz con mi pasado.

—¿Alcanzar la paz con tu pasado? ¿Aquí, en mitad de la nada?

—Créeme, yo estoy tan sorprendido como tú. Pero la vida es así, ¿no? Siempre te da lo que menos esperas. Ha sucedido y no voy a cuestionar cómo ni por qué. Lo único que me importa es que tengo la posibilidad de subsanar un terrible error. Dime, ¿qué harías tú?

Alejandro escudriña la escasa luz para identificar en el rostro de su amigo algún gesto, alguna mueca involuntariamente burlona que delate sus verdaderas intenciones. Querría confirmar que esto no es más que una broma. De gusto discutible, pero broma al fin y al

cabo. El problema es que no encuentra nada de eso. La mirada de Sansón es grave, su mohín, serio. Le guste o no, parece sincero. Y lo cierto es que, hasta ahora, el misionero siempre ha respondido cuando ha necesitado de él.

De manera que, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Está bien —dice por fin, suspirando—. Lo haré. Mentiré por ti. Solo espero que sepas lo que estás haciendo.

—Gracias. Gracias, de verdad.

Una sonrisa y la mano puesta en el hombro de Alejandro son gestos suficientes para enfatizar la gratitud de Sansón. Luego se despide con un movimiento de la cabeza y se va.

Afuera, el pueblo adormilado lo recibe ignorando su presencia. Es como un fantasma caminando por la plaza vacía. No obstante, a ojos del universo, se siente señalado. Hay algo nuevo en el aire que separa este momento de los anteriores, revistiéndolo de inusitada importancia.

Al otro lado de la plaza espera el camión. Las dos mujeres deberían aguardar acomodadas en los asientos, pero, para su sorpresa, Nicolasa está a pie de calle. Al verlo acercarse, camina hacia él. Los antiguos amantes se encuentran en mitad de la plaza y a él le sobreviene un escalofrío cuando el recuerdo irreprimible de la niña hermosa y desesperada que fue una vez interfiere en su visión del presente. Por una décima de segundo, se encuentra transportado atrás en el tiempo a aquella noche fatídica, tan lejana, en la ruinosa ermita y le abruma el peso de todo cuanto los ha separado desde entonces. Tantos años, tantas luchas, tanto sufrimiento y se encuentran, aquí y ahora, solo para ir a separarse de nuevo.

¿Qué sentido tiene?

—¿Ocurre algo, Nicolasa?

—Nada especial. Quería hablar contigo a solas. A Ana no le ha hecho demasiada gracia, ya te puedes imaginar. Pero creo que te debía una despedida.

—Nos queda un largo camino, ¿no crees? Ya llegará el momento de despedirnos.

—Puede. Pero necesito decirte algo.

—¿Y qué es?

—Antes te he mentido. Bueno, no exactamente. Pero no he dicho toda la verdad. Cuando te dije que me había liberado sola… Sí, bueno, es cierto. Pero hubo alguien que me ayudo.

—¿Quién?

—Tú.

—¿Yo? Pero ¿cómo…?

—El tiempo que pasamos juntos fue el más feliz de mi vida, Sansón. Tú me hiciste verme de una manera que jamás me había visto. Y aunque al final lo eché a perder… el recuerdo de aquellos meses siguió vivo en mi interior. No pudieron arrebatármelo. Y creció. Lento, pero imparable. Y al final era tan fuerte, tan irresistible, que me dio las fuerzas que necesitaba para enfrentarme a ellos. De no ser por ti, por lo que fuimos, jamás habría podido romper las cadenas. Y no sabes cuan agradecida te estoy por ello. Nos depare lo que nos depare la vida, y aunque espero que seas muy feliz, y espero serlo yo también, jamás podré olvidarte ni podré olvidar lo que hiciste por mí.

Sansón la mira fijamente.

Por reiterativo que resulte, no deja de maravillarse ante su belleza.

Puede que todo cambie, puede que el mundo se vaya al infierno, pero su hermosura permanecerá inmutable, como una verdad universal. Y no se trata solo de la armonía de sus rasgos, o las formas perfectas de su cuerpo. Lo que la hace tan especial, tan sublime, trasciende toda clase de percepción física. Es algo mucho más subjetivo. Se refiere a lo que quiera que la hace ser Nicolasa Parejo. Llámenle alma, llámenle esencia. Elijan ustedes. El resultado no cambia: Sansón comprende que la amará siempre. No importa donde estén ni cuál sea su existencia. La amará siempre. Y hará cuanto esté en su mano para hacerla feliz.

Cómo dejarla marchar a Francia al lado de otra persona.

Nicolasa le acaricia el rostro y le besa los labios. Sí, el beso tiene un regusto amargo. Para él y para nosotros, no vamos a decir lo contrario. Porque sabe a despedida. Pero le ha dado a Sansón su respuesta. Efectivamente, todo tiene sentido.

Esto hace que merezca la pena.

Bonito momento, lástima que no vaya a durar.

Escuchen: un ruido retumba entre las calles. El eco invasor sobresalta al pueblo. Es un disparo, no cabe la menor duda. Y, para terminar de verificarlo, ahí está la prueba definitiva: la bala impacta en el hombro de Sansón. La rabiosa mordedura lo hace caer de rodillas al suelo, aturdido. Y todo se descontrola. Nicolasa no tiene tiempo de reaccionar cuando se encuentra aprisionada por dos pares de brazos. Son los hombres de Ginés Gris, que hacen su aparición en escena.

Y ahí está el susodicho, pistola humeante en la mano, inclinándose victorioso sobre el herido.

—Te dije que actuaría. ¿Te lo dije o no te lo dije?

La sonrisa lobuna, marca familiar, muestra los dientes como fauces ensangrentadas. Un puntapié en la cara, humillante como un escupitajo, tumba del todo a Sansón.

Ginés Gris le pone el pie en el pecho y apunta a su cabeza con el arma.

—Y bueno, aquí estoy, actuando. ¿Ahora qué, qué vas a hacer, pedazo de mierda? ¿Dónde están tus truquitos baratos? Muy efectivos, sí, pero ahora ¿quién se ríe de quién, gilipollas? Tuve la impresión de que tenías algo que ver con esta zorra y, mira por donde, no me había equivocado. Mucho mejor, así mato a dos pájaros de un tiro. Y nunca mejor dicho, porque te voy a reventar la cabeza. ¿Qué te parece? ¿Estás de acuerdo? ¿No? Bueno, qué más me da. Es lo bonito del asesinato. Puedes matar sin necesitar el consentimiento de la víctima.

Ginés acciona el percutor. Nicolasa se revuelve en vano. Nosotros contenemos la respiración, porque no somos capaces de imaginar cómo puede terminar esto.

Y Ana nos da la respuesta.

Alertada por el disparo, salió del camión. Al ver la situación juzgó, con admirable sangre fría, esconderse y esperar el momento propicio para actuar. Y no podía haber sido más oportuna. De pronto el motor del camión relampaguea y el vehículo da marcha atrás, cayendo sobre los falangistas como una avalancha. Ana consigue llevarse a unos cuantos por delante. Ginés se distrae y, en ese momento, Sansón se libera propinándole una patada en la entrepierna. Y todavía queda la guinda del pastel, porque, obviando su debilidad, despreciando su bienestar, Nicolasa activa toda la fuerza terrible de su poder. Toda la que le queda, al menos, y, aunque segundos más tarde cae desmayada al suelo, el vendaval que levanta es suficiente para arrasar con los hombres de Ginés, que quedan reducido a pulpa sanguinolenta. Este, mucho más experimentado, consigue ponerse a refugio entre las calles.

Ana ha bajado y recoge a Nicolasa, que ya estaba siendo atendida por Sansón. Este se retira, dejando a las dos mujeres solas.

—¡Llévatela de aquí! —le grita—. ¡Corre! ¡Cuida de ella!

Los ojos de Ana son dos interrogantes. Si mirase al otro lado de la plaza, no obstante, comprendería el motivo que impulsa al misionero, porque ahí está el enemigo, repuesto, apuntando con la pistola no se sabe muy bien a quién. A cualquiera, suponemos.

Y ahí va Sansón, cayendo sobre él como un ave rapaz.

Los dos hombres forcejean en el suelo. La pistola los apunta a

uno y a otro, alternativamente. Mientras, el camión abandona la plaza y se pierde entre los recovecos de las calles. Por cierto, si se fijan, los vecinos comienzan a llenar la plaza. El disparo los ha despertado. Asisten horrorizados a la refriega, aguardando el desenlace, rezando porque les sea favorable.

El problema es que Sansón está herido.

Y Ginés aprovecha su ventaja para aturdirlo y apuntarle otra vez a la sien.

Esta vez sí, todo parece acabado.

Entonces Luisa llega por la espalda del falangista y le hace una presa en torno al cuello, apartándole el brazo para evitar el disparo. No obstante, Ginés es mucho más fuerte e infinitamente más marrullero y un cabezazo en la nariz es todo cuanto necesita para desembarazarse de ella. Luego se vuelve y le descerraja un disparo en el estómago.

Un momento.

¿Somos conscientes de lo que acaba de pasar?

Ha sucedido todo tan rápido que…

¡Ginés ha disparado a Luisa! ¡Mírenla ahí, encogida, llevándose la mano al estómago mientras se desangra sobre la plaza!

¿Cómo ha podido suceder esto?

Sansón lo embiste, enfurecido. Pero el golpe que intentaba darle se queda congelado en el aire. El desenlace no vendrá de su mano. Surge de la multitud. Un disparo de escopeta impacta a Ginés en la espalda. Otro en la cabeza, esparciendo sus sesos. El falangista queda tumbado entre convulsiones, no lejos de donde está Luisa.

Sansón no se molesta en localizar la escopeta.

No puede importarle menos.

Ahora mismo, todo palidece ante la urgencia de taponar la herida de Luisa. Se arrodilla a su lado, se empapa con su sangre, le busca el rostro, compungido.

Pero ha llegado tarde.

Ni tan siquiera puede alcanzar el último suspiro.

Luisa ha muerto.

Si mirase a donde debe, vería la escopeta en manos de don Matías, el alcalde timorato. Leería en los ojos hundidos y el gesto oneroso la rendición de este hombre resignado a aceptar la violencia como única salida. Y en el amargo regusto de la sangre derramada anticiparía el fatídico futuro de un país dividido.

Pero todo cuanto ve es el espíritu de Luisa, alejándose junto a la Dama Blanca hacia el alba que estalla sucia y violenta en el horizonte.

9

—Sea lo que sea que te traiga por aquí, más te vale ahorrarte el suspense y revelarlo cuanto antes. No estoy de humor para rodeos.

—No tienes motivos para hablarme así. Yo no hago las reglas, me limito a hacerlas cumplir.

—Lo sé. Pero entenderás que no te reciba con los brazos abiertos. Tu última visita se cobró un precio demasiado alto.

—La vida y la muerte son dos caras de la misma moneda. La meta de toda existencia es alcanzar su final. No debería ser un trago tan amargo. Debería ser hermoso.

—¿Y se supone que eso es un consuelo?

—Tendría que serlo. Y, sin embargo, no lo es. Nunca lo es. Pero yo no soy vuestra enemiga.

—Claro. Es fácil verlo así, desde tu punto de vista. El tiempo no tiene secretos para ti. Conoces los secretos de lo que quiera que nos espere más allá. Pero las cosas son un poco distintas a este lado, ¿te has parado a pensarlo?

—Lo he hecho. Te recuerdo que una vez fui humana. Conozco vuestro miedo, no ignoro vuestra angustia. Pero ¿acaso no es de agradecer una mano amiga que aligere la dificultad del trago? ¿Sabes cuán difícil es experimentar vuestro rechazo?

—No, no lo sé. Pero no creo que hayas venido a disertar sobre los secretos de la vida y la muerte. Así que dime, ¿qué quieres?

—Vengo a hacerte un regalo.

—¿Un regalo? ¿A mí?

—¿Tanto te cuesta aceptar que pueda estarte agradecida? La última vez que nos vimos me fuiste de gran ayuda. Me enseñaste a ser paciente con mi parte humana. Gracias a ti aprendí a confiar en que, al final, todo termina como debe. El último grano de arena, más pronto o más tarde, siempre acaba decantándose. La parte de mí que una vez fue Elena, la misma que vibra ante ti como las cuerdas de un laúd al ser tocadas, ha estado esperando el momento de devolverte el favor. Y ahora, el momento ha llegado.

—¿Ahora? ¿Por qué?

—Vuelvo a estar en crisis. Se avecina tormenta. Las aguas de lo sobrenatural están agitadas. Va a pasar algo grande y, como la otra vez, la premonición satura mis sentidos. No me preocupa demasiado. Ahora sé que al final la respuesta se mostrará por sí sola. Pero hay un elemento familiar en mi visión que me inquieta.

—¿A qué te refieres?

—A una mujer que se disuelve como arena en el viento.

—No… no puede ser…

—Pero es. Todo vuelve a girar en torno a ella. Esa mujer y tú compartís un vínculo único en el universo. Representáis el matrimonio de dos mundos contrapuestos. Sois la excepción a tantas cosas que las normas no sirven para vosotros. Vuestra existencia se regla por patrones distintos. Vuestra vida y vuestra muerte es una. Mientras uno viva, el otro lo hará también. Cuando uno muera, el otro marchará con él. Os necesitáis, Sansón. Y tú llevas huyendo de eso demasiado tiempo.

—Entonces… ¿está aquí? Pero… ¿por qué ahora? ¿Por qué no avisarme antes?

—Por desconocimiento. No obstante, ahora lo sé. Y por eso he venido. Como te he dicho, mi misión gira en torno a ella. Y aunque no puedo distinguir los detalles, sé que está sola. Sé que está perdida. Aterrorizada. Como nunca lo ha estado. La acecha un terrible peligro. No sé bien cómo terminará todo y, aunque contravenga quién sabe cuántas normas al hacer esto, déjame advertirte de algo, porque este es mi regalo hacia ti. Mi consejo. Búscala. Sé feliz. No desperdicies ni un segundo más. Nadie sabe nunca cuánto va a durar el tiempo que se le otorga para la dicha.

—Pero… ¿por dónde empiezo? ¿Qué le sucede…? ¿Por qué…?

—Sansón… ¿a dónde ha ido? ¡Ha desaparecido!

—Se… se ha ido, Irene. Ya ha dicho lo que venía a decir.

—¿Quién era? ¿De qué hablaba? ¿Una mujer que se disuelve en el viento? ¿Se refiere a…?

—A Nicolasa.

—¿Nicolasa? ¿Está viva? ¿Y qué vas a hacer?

—Encontrarla.

—Pero…

—Un momento, ¿escuchas eso?

—Es mi móvil… Es un mensaje del señor Gris… ¡Quiere verme de inmediato! Habla de una urgencia. Maldita sea, he pasado demasiado sin establecer contacto… ¡Sospechará!

—Tranquila. No tiene por qué si haces lo que debes. Acude a verle. Actúa como si nada hubiera cambiado.

—Pero quiero ayudarte…

—Así es como mejor lo haces. Aléjalo de mí. Mantenlo ocupado con esa urgencia.

—Está bien… Pero ¿estás seguro de lo que haces?

—Lo único que sé es que una vida rara vez da tantas

oportunidades. La mía, larga y amarga como ha sido, me ha dado muchas. Esta podría ser la última. Y no voy a desaprovecharla. Esta vez no.

El desplazado
y
diferentes tonos de gris

1

Ahora que hemos alcanzado esta altura del relato, estando la resolución a la vuelta de la esquina o de un puñado hojas, como prefieran, es momento de ir a fijarnos en un aspecto por el que hasta ahora hemos pasado de puntillas.

Hablamos de Gabriel Gris de Santamaría. El tipo es parte de esta historia prácticamente desde el principio y lo será también al final. ¿No les sorprende lo poco que sabemos de él? Y como jugará en el desenlace un papel sumamente importante, capital, habría que decir, no estaría de más profundizar algo más en su persona.

De manera que dejemos al atribulado Sansón en su piso, enfrentándose a sus demonios personales, y vayamos directamente a otra parte de la ciudad.

No lejos del barrio de Santa Cruz, junto a los Jardines de Murillo, se encuentra la Plaza de los Refinadores. En uno de sus lados, frente al lienzo de muralla y las copas de los árboles que sobresalen por encima de la verja del parque, bajo la estricta vigilancia de la estatua de don Juan Tenorio, se encuentra la casa que ha sido residencia de la familia Gris desde hace años. Mírenla. Las líneas de la fachada claramente italianas, el portón de madera claveteada, las persianas de esparto… No es cualquier cosa, ¿verdad? Incluso bajo este aguacero, destaca por el aire innegable de soberbia y elegancia.

La oscuridad apocalíptica que engulle el cielo nos impide darnos cuenta, pero tercia ya el amanecer. Y en esta primera hora robada al alba, la única luz presente en la plaza es la del despacho de Gabriel, situado en el tercer piso. Sigámosla, colémonos por la ventana y encontrémonos con él. Ahí lo tienen, perfectamente trajeado, pese a la hora tan temprana, sentado al escritorio. Si nos lo permiten, nos ahorraremos la descripción de la estancia, por innecesaria, y dejaremos campo libre a la imaginación de cada uno. Baste decir que en esta habitación el delicado equilibrio entre la distinción y la ostentación se ha decantado claramente por esta última. Solo una advertencia, fíjense en el suelo. Efectivamente, esa es la alfombra persa que Gabriel Gris refiriera en su momento. Háganme un favor, contengan las inclinaciones más morbosas y eviten, en nombre del decoro, buscar las manchas de sangre.

Pero vamos con el personaje.

Como decíamos, está sentado en el escritorio, comprobando

documentos con aire de hastío. De pronto, los deja sobre la mesa, se pone en pie y camina circunspecto hasta el espejo que cuelga de una de las paredes. El marco es de oro, pura cornucopia, pero ni siquiera su brillo puede mitigar el efecto que el reflejo de su propia efigie le produce.

Gabriel Gris de Santamaría se está haciendo viejo.

La altiva mirada recorre con pesadumbre los estragos del tiempo en su piel. Las arrugas, las bolsas en los ojos, el pelo ralo… Y una furia ciega se apodera de él. La imagen, y el cristal, se quiebran bajo su puño. Los nudillos rompen a sangrar, pero él no da muestras de dolor. Va hacia el escritorio, abre uno de los cajones, saca un pequeño botiquín y procede a curar las heridas. Mientras lo hace, fijémonos en él con detenimiento. Estudiemos los detalles del rostro. ¿No les resulta conocido? Sí, cierto, todos los Gris a los que hemos conocido nos han despertado la misma sensación de familiaridad. Todos comparten rasgos similares. Y, sin embargo, esta vez… esta vez la sensación es abrumadora. No es el eco de una semblanza. Es la certeza, pura y dura, de estar en presencia de alguien a quien hemos conocido mucho antes, en otras circunstancias.

No voy a engañarles: aquí hay gato encerrado.

¿No les extraña que hasta este mismo momento hayamos evitado una descripción física? Hagamos un ejercicio de imaginación. Quítenle años. Alisen las arrugas, añadan cabello y eliminen las bolsas de los ojos. ¿Qué nos queda?

Efectivamente.

Es él.

No, no se trata de una broma.

Gabriel Gris es, en verdad, su propio antepasado.

El mismísimo Garcés Gris.

«Pero ¿cómo es posible?», se preguntarán. ¿No había muerto en la Biblioteca Principal? ¿No se encontraba su cadáver enterrado bajo una montaña de libros? Así lo habíamos dejado, es cierto. No obstante, si algo debíamos haber aprendido en esta historia es que las cosas nunca son lo que parecen.

Ni siquiera la muerte.

Pero, miren, estamos de suerte. Justo ahora, distraída con la tarea, la mente de Garcés revive los episodios de su propia vida, las etapas que le llevaron justo a donde está. Irene tardará todavía un poco en llegar. Mientras lo hace, si les parece, aprovechemos las ventajas que ofrece la posición de narrador y colémonos en sus recuerdos.

A ver con qué nos encontramos.

2

Aquí estamos otra vez.

La penumbra, la atmósfera solemne, las gigantescas estanterías que se pierden en un techo ausente… Es la Biblioteca Principal. Estamos en la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo.

Un momento.

¿Qué es ese estruendo?

Viene de allí, del interior del laberinto. Corramos, adentrémonos en él y sigamos el eco que convulsiona la estancia. ¡Miren! ¡Ahí delante! La estantería caída, la montaña de libros… Y Sansón, con la melena y la túnica, cuando era conocido como el ermitaño, el extraño habitante de este lugar. Estamos justo en el momento posterior a la refriega con Garcés Gris. Ahora se va, ¿se acuerdan? A encontrarse con don Agustín, con Zacarías y con doña María. Sabemos cómo termina esto. Ya sale por la puerta. Al cerrar, el portazo agita el polvo. Todavía tardará un rato en posarse. Las moléculas caen sobre los libros como gotas de lluvia infinitesimales, tan pequeñas que no afectan al entorno.

Nada se inmuta.

Nada se mueve.

La quietud silencia toda agitación.

Pasan las horas y nada cambia. A estas alturas, Zacarías Zayas ya debe haber cerrado la puerta con llave. O está a punto de hacerlo. O lo está haciendo. ¿Quién sabe? Aquí dentro, el tiempo fluye tan lento o tan rápido, tan pesado o tan ligero, tan enrevesado, a fin de cuentas, que es imposible saber qué viene antes y qué después. Lo único claro es que, en algún momento de los próximos minutos, o de los que acaban de pasar, la Escuela de Intérpretes queda clausurada.

Y más o menos a la vez, una mano surge de entre los libros.

Garcés Gris se libera con dificultad de la tumba de pergamino y cuero. Ya vemos el rostro emerger sucio y arañado. La respiración agitada, la urgencia por llenar los pulmones de aire… Haciendo un agónico esfuerzo, derrumba parte de la montaña. El cuerpo se arrastra y escapa. Está libre. Y vivo, aunque a duras penas. El intento de ponerse en pie requiere más fuerzas de las que tiene. Las piernas le fallan y cae de bruces. La cabeza le da vueltas. Un vértigo insoportable tira de él hacia las profundidades de sí mismo. Sin poder hacer nada para evitarlo, Garcés Gris se desmaya.

Y abre los ojos en un lugar completamente distinto.

Estamos en la Plaza de los Refinadores, bajo la estatua de don Juan. Es una media mañana soleada, posiblemente de primavera, y la temperatura, tan agradable, invita al abandono, al relajo. Si no eres Garcés Gris, claro. Imaginen despertar sobresaltado en un sitio extraño. El estruendoso clamor que te ha hecho abrir los ojos, revienta los tímpanos sin descanso. Son circunstancias que no parecen predisponer al mejor de los ánimos. El hombre, el traje hecho jirones, la peluca caída y despeinada, cree estar viviendo una angustiosa pesadilla. Otro más poca cosa, quizá, se habría dejado caer en un rincón de la plaza, hecho un ovillo y habría esperado a que todo terminase. Pero esa no es la condición de este hombre. Es Garcés Gris, por amor de Dios. Pertenece a la familia que ha llevado las riendas de la Cofradía durante generaciones. Y, por ende, de España. Él no siente miedo. Lo inflige. Así que, pese a su desorientación, se pone en pie y sigue el rastro del ruido.

Y se encuentra con una avenida repleta de extraños carruajes metálicos y sin caballos que parecen atrapados en una especie de aglomeración.

Fíjense, ¡son automóviles! ¡Es un atasco! Pero ¿cómo es posible? ¿Qué ha pasado? Si nos extraña a nosotros, pónganse en el lugar de él, que ni siquiera sabe en qué época estamos. Nosotros, por la pinta de los coches, podemos hacernos una idea, así, a ojo de buen cubero, y aventurar que estamos en algún momento de los años ochenta. Pero él no tiene ni idea. A su alrededor todo es extraño. La gente es extraña, sus ropajes son extraños. Hasta el aire que respira es extraño. De pronto, por una de esas cabriolas del destino, un hombre mayor tiene a bien tirar en una papelera cercana el ejemplar de un periódico. Vaya usted a saber por qué. A lo mejor ya lo ha leído y no le ha gustado algo. El motivo, realmente, nos da igual. Lo que importa es que algo llama la atención de Garcés. Quizá sea la foto de portada, no sabemos. Lo cierto es que se acerca a la papelera y lo recupera.

Es el ABC. En portada, en letras blancas, el titular reza: *el 60 por ciento de los médicos rechazan el aborto*. La foto, en blanco y negro, muestra una multitudinaria manifestación. A la cabeza destaca la pancarta, con su eslogan antiabortista. Pero todo esto a él, realmente, le da igual. Porque no lo entiende. Ni tan siquiera sabe qué es el panfleto que sostiene entre sus manos, cuál es su función o qué artista del dibujo ha podido realizar un grabado con tal nivel de maestría. Realmente, lo único que entiende, lo único que le provoca un verdadero impacto, son el lugar y la fecha.

Sevilla, martes 12 de abril de 1983.

¡1983!

No hay duda, teníamos razón en nuestras suposiciones. Él no va a felicitarnos por ello. Ya bastante tiene con asimilar cuanto le está pasando. Ya lo hemos dicho antes: no es hombre dado a amedrentarse. Las situaciones adversas no hacen sino retarle. Así que, lejos de deshacerse en exagerados ademanes o de sufrir un ataque de pánico, resuelve devolver el periódico a la papelera y buscar sin descanso la respuesta a este dilema.

Solo que no sabe por dónde empezar.

Y, además, ahora se percata, su apariencia llama demasiado la atención. No solo por las heridas. Es el traje, la peluca… Lo es todo. Su incongruencia temporal salta a la vista. La gente lo mira de reojo, las madres apartan a los niños e incluso hay quien masculla por lo bajo protestas que no puede entender. Algo sobre un tal Franco, con el que, por lo visto, este tipo de cosas no pasaban. Será mejor, por tanto, que busque la manera de pasar desapercibido. Lo mejor sería encontrar la ropa adecuada, pero, mientras lo hace, la plaza le parece un lugar más discreto en el que detenerse a pensar.

De manera que vuelve hacia allí.

Y en el camino le asalta otra sorpresa.

Bajándose de un coche aparcado, Garcés Gris se encuentra sí mismo. Bueno, no exactamente a sí mismo. Pero, sea quien sea, se le parece bastante. Las diferencias podrían saltar a la vista para alguien más familiarizado, como nosotros, pero el común de los mortales los tomaría por hermanos gemelos. No hay duda: el tipo pertenece a la familia Gris. Ahí lo tienen, prácticamente igual a él, hasta en edad, pero con un aspecto mucho más aseado y, sobre todo, actual. Viste de traje y va perfectamente peinado, el cabello fijado con gomina y los rizos acumulados a la altura del cuello. Pásmense. ¿Qué probabilidades había de que sucediera algo semejante? Deben ser tan bajas que empezamos a sospechar que el encuentro no es fortuito. Lo curioso es que podría haber resultado en una intrascendente anécdota de no ser porque el Gris contemporáneo, que todavía andaba en la inopia, levanta la mirada. Es como si respondiese a una llamada. Como si actuase siguiendo los dictados de una especie de ser superior que hubiera planeado esto y no fuera a dejar en manos del azar, de ninguna de las maneras, el desenlace de tan inusual confluencia de destinos.

Y al encontrarse frente a la visión del otro Gris, nota cómo se le corta de golpe el aliento.

La reacción, tratándose de quién se trata, puede parecer una muestra indudable de debilidad de espíritu. Pero la sangre termina pesando y el hombre se sobrepone a la impresión actuando con sorprendente rapidez. Es evidente, incluso desde su perspectiva, que algo raro sucede. Así que abre la puerta de la casa ante la que había aparcado y, con un gesto de la cabeza, invita a pasar a su desconocido pariente.

El misterio debe desentrañarse cuanto antes y, si es posible, evitando los escándalos.

3

¿Reconocen el despacho?

Es el mismo en el que encontramos, al principio del capítulo, más de treinta años después, al envejecido Ginés Gris oculto bajo un nombre falso. Saltan a la vista, no obstante, notables diferencias. La alfombra ya está aquí, pero falta el espejo, cuyo lugar lo ocupa un cuadro, la reproducción de un lienzo de Picasso. *Paul vestido de Pierrot*, para ser exactos. Sé lo que piensan. Choca en un Gris, no solo el refinado gusto artístico, sino la sensibilidad asociada a la ternura que desprende la tela. Y no es lo único que sorprende. Fíjense: la habitación no es ni la mitad de ostentosa. Todo está mucho más equilibrado.

Pero no nos detengamos en detalles innecesarios.

Lo importante es que el Gris del siglo XX toma asiento tras el escritorio y ofrece una silla al otro, que agradece en el fondo poder dar un descanso a su maltrecho cuerpo.

—Bien, supongo que no vamos a perder el tiempo con rodeos. Dígame quién es usted y qué quiere.

—Vaya. No voy a ser yo el que niegue las ventajas de un estilo tan directo, pero no estaría de más que mostrase un poco de cordialidad, ¿no cree? ¿Dónde ha quedado la cortesía? A fin de cuentas, somos familia.

—¿Cómo está tan seguro de ello?

—Lo que me extraña es que usted no lo crea.

El Gris contemporáneo dedica a su pariente una larga y valorativa mirada. Por fin, habiendo llegado a una conclusión, sea cual sea, deja entrever una media sonrisa, se pone en pie y camina hasta un pequeño mueble bar.

—¿Quiere beber algo?

—Vive Dios que sí. Pero algo me dice que es posible que mis gustos pueden haber quedado un tanto desfasados. Así que le concedo la libertad de decidir por mí.

El Gris moderno prepara dos copas, vierte el contenido de otras tantas botellas en una coctelera y la agita. Llena las copas y le tiende una a Garcés. Este da un sorbo y el rostro se le contrae en una mueca de disgusto.

—Qué sabor tan extraño… Amargo y, sin embargo, con cierto regusto dulce.

—Martini Seco. No los preparo muy bien, si le digo la verdad.

Normalmente se encarga de eso Alfredo, mi secretario, pero todavía no ha llegado. Disculpe lo de la aceituna.

—¿El qué?

—La aceituna. Que no se la he puesto.

—Ah… claro, claro…

—Oiga, mire. Ya le he concedido lo que quería. ¿Cuánto más cortesía he de mostrarle para que decida aclararme lo que está sucediendo aquí?

—Por ejemplo, debería decirme su nombre.

—Está bien. Me llamo Gabriel. Gabriel Gris de Santamaría.

—Encantado, Gabriel. Yo soy Garcés. Garcés Gris. Nuestro parentesco debe haber quedado ya fuera toda duda.

—Mire, sé bien cómo funciona nuestra familia. Siempre hemos sido un tanto… especiales. Lo suficiente para suponer que unos rasgos tan parecidos indican indudables lazos sanguíneos. El problema es que, si algo identifica a la familia Gris, aparte de nuestra especial capacidad para heredar la memoria de nuestros antepasados, la evidente fuerza de los genes y un gusto bastante exasperante por los circunloquios, es su tendencia sectaria. Si eres un Gris, eres un Gris. Eso significa acudir a todas y cada una de las reuniones familiares que se producen en el año. Más siendo el primogénito, como es mi caso, el heredero del legado familiar. A pesar de mi juventud, soy como una especie de patriarca.

—Y con eso quiere decir que…

—Con eso quiero decir que conozco a la perfección, incluso más de lo que me hubiera gustado, cada rama de la familia. Y a usted no lo había visto en mi vida. Así que necesito que me ayude a saber cómo encajarlo en todo esto.

—Entiendo sus reticencias, pero imagino que, habiendo heredado el espíritu ermitaño que caracteriza a nuestra sangre, como imagino que lo ha hecho, habrá de conservar algún recuerdo mío.

—Pues no. Lo cierto es que no.

—¿No?

—No.

—¿Y cómo es eso posible? Se supone que… Un momento… ¡Claro! ¡No he muerto! Mi hijo nunca heredó mis recuerdos. ¡Debió iniciar su propia estirpe!

—¿Perdón? ¿Puede elaborarlo un poco?

—¿De verdad se puede ser tan obtuso?

—¿Disculpe?

—Digo que está bastante claro. Que somos familia. Lejana, pero

familia.

—¿Cómo de lejana?

—Nos separan casi dos siglos, concretamente.

—¿Dos siglos? ¿Qué está diciendo?

—Que vengo de 1808.

—Ya…

—¿Qué pasa, no me cree?

—Ha de admitir que resulta difícil hacerlo. Tengo la incómoda sensación de que me está tomando usted por imbécil.

—Y ciertamente es lo que haré, si no deja de comportarse como tal.

—Escuche, familiar o no, no le tolero que me hable de esa forma. Está usted pasándose de la…

—¡No, escuche usted! ¡Después de lo que me ha sucedido, ando tan escaso de paciencia que más le vale no tentarla! ¿Estamos? ¡Es usted el Gris reinante! ¡Es heredero del legado de la Cofradía! ¿Cómo puede no entender lo que le estoy diciendo?

—¿La Cofradía? ¿Ha mencionado usted a…?

—A la Cofradía, sí.

—Entonces es cierto…

—¡Alabado sea Dios! ¡Un poco de luz en ese agujero de oscuridad que tiene por cabeza!

—Pero… 1808… ¿Dónde se ha metido usted todo este tiempo?

—Es difícil de contar…

—Hable, que ya me encargaré de aligerarle con martinis el sufrimiento.

—Pues verá, Gabriel. Lo cierto es que todavía no termino de entender qué me ha sucedido. Solo sé que hace un rato he abierto los ojos para encontrarme aquí y ahora.

—¿Así como así? ¿Estaba durmiendo y de pronto…?

—No estaba durmiendo. Estaba… encerrado. Permítame ahorrarme los detalles. No es necesario saber el porqué. El dónde, no obstante, puede haber jugado un papel determinante. A fin de cuentas, la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo se rige por reglas distintas a…

—Espere, espere… ¿La Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo? ¿Dice que estaba encerrado allí?

—Sí, claro. ¿Qué sucede?

—Que es imposible. La escuela es un bulo. Una leyenda mil veces desmentida por la Cofradía. No existe, jamás ha existido la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo. Nuestros investigadores lo han corroborado en multitud de ocasiones.

—La línea que separa la incredulidad de la necedad es muy fina, Gabriel, y usted la está rebasando de sobra. ¿Cómo puede negar la existencia de la escuela? ¡Yo he estado allí! ¡La he visto con mis propios ojos!

—No sé qué es lo que habrá visto, Garcés, pero la escuela no. Eso seguro.

—Acabe ya con esta ridícula bufonada, sabe bien que tengo razón. ¿De dónde he sacado si no esto?

Garcés Gris saca del bolsillo de la chupa las hojas arrancadas que fue guardando en su impulso destructor y le tiende una a Gabriel. Este la toma, la desdobla y comienza a leer.

—¿Qué demonios…? ¡Se suponía que estos libros no existían!

—Dios bendito, ¿de esta manera se ha rebajado nuestra sangre? ¿A esto ha quedado reducido nuestro linaje? ¡Demuestre un poco de inteligencia! ¿Cómo no van a existir? ¿Es que no ha leído nuestro documento fundacional? ¡Ahí se menciona claramente que nuestra principal misión es la de combatir a la escuela y acabar con sus impíos estudios!

—Garcés, he leído ese texto. Juré el cargo sobre él. Lo conozco de memoria. Y en él no se menciona a la escuela.

—¡Válgame Cristo! ¿Cómo puede ser que haya llegado usted a su posición? Si esto es lo mejor que puede ofrecer hoy en día nuestro apellido, no quiero imaginarme el resto. ¡Vamos! ¡Enséñeme los archivos! ¡Y esperemos que todo esto le sirva de lección!

Gabriel Gris, a estas alturas de su vida, parece un hombre sorprendentemente templado. ¿Qué debió sucederle para convertirse en el insolente autoritario que conocemos? Aquí y ahora, su actitud es radicalmente diferente. Ha aguantado estoicamente los insultos de Garcés. No obstante, ya ha tenido demasiada paciencia. El hombre desplazado en el tiempo es tan arrogante, tan soberbio, que termina por entrar en su juego. Nos habría pasado a cualquiera. El caso es que se pone en pie y sale indignado del despacho, conducido por el orgullo y las ganas de hacer callar al otro de una vez por todas.

—¿A qué está esperando, Garcés? ¿Viene o no?

Y Garcés lo sigue, claro que lo sigue.

¿Cómo va a desperdiciar la oportunidad de ganar la pelea de gallos en la que se ha convertido el encuentro?

El Gris reinante lo conduce por los recovecos de la casa palaciega. Los detalles, ya lo saben, nos los ahorramos. Demasiados para considerarlos a todos. Sírvanse, una vez más, de su propia imaginación y ordenen como quieran los distintos elementos. Solo

mencionaremos, aunque no haría falta, porque ya lo hemos hecho antes, el buen gusto y la falta de estridencias.

Sigamos bajando escaleras.

Pasmémonos con el tamaño de la casa. Ya hemos rebasado el nivel del suelo y continúa el descenso. Nos adentramos ahora en un sótano, húmedo y oscuro. Fíjense, Gabriel empuja uno de los ladrillos vistos que conforman la pared de la derecha y acciona algún tipo de mecanismo. El ruido de motores es inconfundible. Segundos más tarde la pared entera se ha hecho a un lado, dejando al descubierto una vasta sala repleta de estanterías. La iluminación artificial se pone en funcionamiento automáticamente, revelando las cajas y archivadores que contienen todos los documentos de la Cofradía. Gabriel Gris entra en la sala y elige uno de los archivadores. Busca en su interior y extrae un ajado pergamino al que solo el plastificado salva de convertirse en una valiosa nube de polvo. Garcés toma el documento con cuidado y lee entornando los ojos la borrosa tinta de la inscripción. Luego levanta la cabeza y, por primera vez desde que lo conocemos, muestra una dosis preocupante de turbación.

—Pero… ¿cómo es posible…? Yo… he leído este documento… Juré sobre él… ¡Exijo una reunión del cónclave!

—El cónclave ya no existe, Garcés.

—¿Qué? Maldita sea, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué clase de broma es esta?

—Me temo que no es ninguna broma.

—Pero si no existe el cónclave, la Cofradía…

—La Cofradía fue clausurada. Sus funciones fueron puestas en suspenso. Yo mismo di la orden.

—¿Qué? ¿Sabes lo que has hecho, maldito traidor? ¡No hay nada que justifique eso!

—Sí, sí lo hay.

—¿El qué, dime? ¿Cómo vas a justificar tu ignominia?

—No voy a hacerlo yo.

—¿Y entonces quién?

—Un mundo muy diferente al que conociste.

4

La luz del televisor enmarca al rostro de Garcés Gris en un aura mística, como de revelación divina.

Revelación es, sin lugar a dudas.

Lo de divina, no obstante, será más cuestionable. Sobre todo, si le preguntamos a él. Las imágenes del telediario de sobremesa asaltan sin compasión, a sangre y fuego, las desamparadas retinas. Los sonidos le invaden los oídos, le trastocan la concepción del equilibrio. Felipe González habla en el Congreso sobre la expropiación de Rumasa, ETA amenaza a los empresarios vascos, la Iglesia protesta contra le ley del aborto y un montaje con colchón sonoro de Alaska y los Pegamoides (*Bailando*, para ser más exactos) muestra los hábitos nocturnos y los excesos estéticos de la juventud española. Cardados, hombreras, maquillaje y desinhibición. Todo un dechado de virtudes de la vida en la España de los años 80. Demasiado para cualquier mente moderna. Imaginen, entonces, los estragos que pueden causar en este desplazado en el tiempo, firme creyente en las estructuras de lo que, tras la Revolución francesa, se dio en llamar Antiguo Régimen. Si le preguntáramos a él, decíamos antes, más que una revelación divina le parecería un exabrupto surgido de la caverna más profunda y hedionda del infierno.

Las uñas se clavan en los brazos del sillón del despacho donde ha ido a acomodarse. La mandíbula apretada atestigua la furia incontenible que se adueña de cada fibra de su ser. Esto solo puede terminar de dos maneras.

O queda fulminado en el instante, incapaz de asimilar la nefasta realidad, o el estallido de ira que sobrevenga amenazará con llevárselo todo por delante.

—¿Qué… qué malsana abominación es esta? ¿Qué clase de mundo desquiciado y decadente…? ¿Cómo… cómo habéis podido permitir que esto suceda?

—No hemos permitido nada, Garcés. Las cosas han evolucionado por sí solas. La Cofradía se empeñó tanto en pastorear los destinos de España que se olvidó de contar con la naturaleza indomable del espíritu humano. Las sociedades suelen encarrilarse siempre, tarde o temprano, por el camino más acorde a sus deseos. Nuestra influencia es menor de lo que pensábamos. Siempre nos creímos más importantes de lo que en realidad somos. Luchamos durante siglos una guerra que solo nos importaba a nosotros. Y ya se ha

terminado. España ha elegido.

Garcés, furibundo, se vuelve hacia su descendiente que está detrás de él, sentado en el tablero del escritorio de forma informal, insultantemente relajada para los gustos de un aristócrata de hace casi doscientos años.

—¡Vaya, de manera que tenemos aquí a todo un filósofo! ¡Cuánto honor descubrir que mi estirpe engendrará grandes pensadores! Déjate de análisis sociológicos, Gabriel. Ahórrame la vergüenza de ver cómo pones el apellido Gris en ridículo. Ya bastante lo has arrastrado por el fango.

—Mira, Garcés, entiendo que esto pueda resultarte chocante, pero España ha elegido ser una democracia. Nos guste o no, tenemos que acatarlo.

—¿Chocante? ¿Chocante dices? ¡Es mucho más que chocante! ¡Indignante es lo que me parece! ¿Dónde están los estamentos, dónde queda la autoridad de aquellos a los que la naturaleza ha escogido superiores? ¿Qué hay del temor a Dios? ¿Y el respeto al Rey? ¿Y las mujeres? ¿Qué hacen disfrutando de tantas libertades? ¿Cómo pueden siquiera pensar en igualarse a los hombres? ¿Qué es esa libidinosa conjunción de los sexos? Este mundo… este horripilante purgatorio… ¡es despreciable! ¡Es una afrenta a todo cuanto hemos defendido siempre! ¡Al orden natural! ¡Las cosas siempre han sido como son, Gabriel Gris! Y esto… esto… ¡esto es una derrota! ¡Hemos sido derrotados!

—Depende de cómo lo veas. Si lo miras bien, a su manera, es una victoria. Lo único que hemos hecho es adaptarnos. La nueva sociedad no necesitaba de nuestra guía.

—¡Todas las sociedades lo necesitan! Sin nosotros, el mundo se convertirá en un caos. Se convertirá en… ¡en esto! —dice señalando al televisor—. ¿Qué pasará ahora con los elementales? ¡Juramos defender a España de ellos y ahora… camparán a sus anchas!

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¿Que qué tiene de malo? —pregunta Garcés, superado por el estupor—. ¿Cómo… cómo puedes si quiera preguntar eso?

—Porque creo que, si fuimos algo, fue un estorbo. La relación de la humanidad con los seres sobrenaturales siempre fue mucho más orgánica de lo que nosotros nos empeñamos en creer. ¿Es que no lo ves? No han necesitado nuestra intervención para dejarlos relegados a un segundo plano. Maldita sea, si hoy en día casi nadie cree en Dios. Imagínate en fantasmas, ondinas y ogros. ¿Qué tiene de malo que de cuando en cuando influyan y potencien el avance de la ciencia, de las artes o de las letras? Eso es beneficioso. Facilita la

felicidad de la gente. En este país la gente ha sido infeliz durante mucho tiempo, y ahora, por fin, encara el futuro con optimismo. Y, al final, ¿no se trata de eso?

—¿De… de qué?

—¡De la felicidad de la gente! ¿No es el objetivo final de cualquier contienda? Puede que cada bando tenga ideas contrapuestas del cómo conseguirla, pero, al final, el objetivo es el mismo. Todos quieren lo mejor para el país. Y en este caso, lo mejor era que nos quedásemos a un lado. Y no me arrepiento de ello. Cuando uno hace lo que tiene que hacer… Bueno, es… es como quitarse un enorme peso de encima, ¿sabes lo que quiero decir?

Lo sepa o no, es algo que vamos a tener que interpretar, porque decirlo, desde luego, no lo dice. Garcés Gris ha adoptado el papel de silencioso observador. Fíjense, tiene los labios tan apretados que se han convertido en una línea, de tan fina, casi imperceptible. Posiblemente su mutismo se deba a que a las palabras les cuesta escapar de una cárcel tan férrea.

—Mira, lo cierto es que es una cuestión de inteligencia, de adaptarse al cambio. Es la única manera de sobrevivir. Y, qué quieres que te diga, a mí no me ha ido tan mal. Mi estatus no se ha visto afectado. Sigo siendo alguien importante, ¿sabes? La Cofradía ya solo existe nominalmente, como una especie de órgano consultivo del presidente del gobierno. Mantengo contactos con él de cuando en cuando para asesorarle, en caso de que surja algún tipo de problema con… ya sabes, la gente elemental, como tú los llamas. Y tengo una empresa: Construcciones Gris. Y va viento en popa. Acabamos de hacernos cargo de la última fase de una urbanización de lujo en Marbella, ¿sabes los beneficios que me ha reportado eso? Así que me dedico a vivir la vida. A disfrutar. Por eso volví a instalarme en la casa de mis padres. Aquí, en esta ciudad, soy más importante que en ningún otro sitio. Es el lugar perfecto para la gente como yo… Como tú… Aquí podemos seguir manteniendo cierta posición. Balcón en Calle Sierpes en Semana Santa, caseta privada en la Feria de Abril, palco en la Maestranza… Tengo todos los privilegios y ninguna de las responsabilidades.

Mientras Gabriel habla, Garcés se pone en pie y da un rodeo parsimonioso por la habitación, contemplando con detenimiento los detalles. ¿No les escama, de pronto, tanta introspección? ¿Es posible que las palabras de su descendiente hayan prendido la mecha de la reflexión? ¿Se estará convenciendo de que tiene razón? Ahora se detiene ante el escritorio, junto a Gabriel. Las manos se entretienen jugueteando con un abrecartas dorado.

¿Quién sabe qué le pasará por la mente?

—Piénsalo, Garcés. Quizá esto que te ha pasado… Este salto temporal… Es la manera que tiene el universo de decirte que pares. De hacerte comprender que tu guerra es absurda y no va a llevarte a nada bueno. Quizá tengas que adaptarte tú también. Este mundo nuevo puede resultarte extraño, Garcés, pero tiene muchas cosas que ofrecer. Solo se trata de encontrar tu oportunidad, aferrarte a ella y no dejarla escapar. Yo puedo ayudarte con eso.

—¿Con qué?

—Con tu oportunidad. Puedo enseñarte a moverte por esta nueva sociedad. En poco tiempo habrás dejado atrás el siglo XIX. Será como si te hubieras convertido en otra persona.

—Oh, no te preocupes por eso. Ya me has ayudado.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Como tú dices. Me has dado una oportunidad inmejorable para convertirme en otra persona.

Gabriel interroga a su antepasado con la mirada. La declaración ha sido tan desconcertante que le despierta una cierta desazón. Aquel le ofrece una sonrisa enigmática, inquietante. Porque no hay el más mínimo ápice de simpatía en ella. Ya saben. La vieja sonrisa familiar.

Y entonces, nosotros comprendemos cuáles son sus intenciones.

Gabriel no lo conoce tan bien. Lástima. De haberlo hecho, habría sabido anticiparse a lo que se le viene encima. Pero ya es tarde. Para cuando quiere darse cuenta, ya tiene el abrecartas hundido en el pecho.

Intenta rebelarse.

Sin embargo, de poco va a servirle. Falto de fuerzas, no puede evitar que el otro lo sostenga para asegurarse el blanco certero de todas las puñaladas que piensa asestarle. Y lo hace. Con saña. Sin miramientos. Convirtiendo sus movimientos en una descarga de furia animal en la que no hay el menor rastro de raciocinio. Es puro instinto asesino. Fíjense, la sangre, que es casi suya, le salpica el rostro a borbotones. En poco tiempo queda cubierto por una máscara roja que deforma todavía más la sonrisa, convirtiéndola en un gesto sádico, terrorífico. Solo contemplarlo nos despierta una salva incontenible de escalofríos en la espalda y una desagradable sensación de desamparo en el estómago. Ya lo advertimos: o se le paraba el corazón o el estallido iba a llevarse a alguien por delante. Y debimos haber entendido que la soberbia de Garcés Gris no iba a permitir que sucediese lo primero.

Cuando el cuerpo sin vida cae sobre la alfombra, el hombre

desplazado deja escapar un obsceno suspiro de alivio.

—Tenías razón. Es como quitarse un gran peso de encima.

En un derroche de desprecio, empuja el cadáver con el pie hasta sacarlo de la alfombra.

—Quita, que vas a llenarla de sangre. Y es prácticamente lo único que me gusta de este despacho.

Garcés Gris echa un vistazo alrededor, los ojos instalados en una mirada cruel y demente.

—¿Sabes? No creo que debieras preocuparte por nada. Voy a dejar bien alto tu nombre. Voy a ser mejor Gabriel Gris de lo que tú lo has sido en toda tu vida.

Maldita sea.

Ahora nos explicamos tantas cosas…

Recojan la mandíbula del suelo y sigamos, si les parece.

5

Convertirse en Gabriel Gris no fue cosa de un día ni de dos.

Usurpar la personalidad y el sitio de su descendiente le llevó cerca de dos años.

Lógico, sopesen todas las cosas que hubo de aprender. Por muy maquiavélico que se crea, Garcés Gris no dejaba de ser un hombre de 1808 perdido en un tiempo que no era el suyo y que no comprendía en absoluto. Así que hubo de poner todo su empeño en ajustarse a la nueva situación. Cualquier mínimo chirrido habría echado por tierra todo el disfraz.

Los primeros días apenas salió de casa.

Una vez oculto el cadáver en un armarito del archivo, se aseó, se vistió como Gabriel y, realizando un soberano esfuerzo de interpretación, muy por encima de sus posibilidades en aquel momento, trató de convencer a Alfredo, el secretario, de que no se encontraba bien y de que por prescripción médica debía cancelar todos sus compromisos para los próximos meses. El farol podía haber fallado de mil maneras distintas, pero lo cierto es que coló. Llamémosle suerte, destino o insospechadas habilidades para las artes escénicas, pero lo cierto es que funcionó. Garcés Gris había ganado tiempo para convertirse en un convincente Gabriel Gris.

Lo primero que hizo fue estudiar a fondo el archivo. Y aunque no encontró respuesta al porqué de los cambios en el documento fundacional, ni por qué la escuela parecía haber sido borrada, no solo de la faz de la Tierra, sino de todas las crónicas, al menos se puso al día en lo referente a la historia de la Cofradía y de España desde su propia desaparición. En los años que habían transcurrido en ese guiño de ojos que fue su salto temporal, muchas cosas habían cambiado. En una cosa tenía razón su descendiente: la evolución de España, aunque tortuosa, había sido inevitable. Y aunque se encontró a sí mismo anhelando haber conocido la etapa justamente anterior, esa que llaman franquismo, comprendió que, en el escenario europeo y mundial, la llegada de la democracia habría sido cuestión de tiempo. En lo único que se había equivocado ese zángano irresponsable de Gabriel Gris era en la forma de encarar las circunstancias. La nueva democracia no exigía la desaparición de los suyos. Exigía una transformación de los métodos y las formas. No había que ser muy listo, ni haber nacido propiamente en este siglo, para comprender que había mil maneras distintas de seguir

ejerciendo el papel de guía para conducir el sistema justo hacia donde a él le interesaba que fuese. Es lo bonito del capitalismo. Corrupción, estafas, sobornos, partidismo… Solo tenía que hacerse un hueco, jugar bien sus cartas y el paraíso de la libertad y la igualdad se revelaría como la más inexpugnable de las jaulas. Sutil y adornada, pero jaula al fin y al cabo. Para ello, antes que nada, debía volver a convertir a la Cofradía en un instrumento imprescindible para el Estado.

Y trazó un plan…

Entre medias, descubrió el porqué del salto en el tiempo.

O al menos se hizo una idea. Recurriendo a las hojas robadas de los libros, que habían sido escogidas meticulosamente, comprendió las consecuencias de que la escuela se cerrara con llave. Y no había que ser muy listo para sumar dos y dos y entender que eso era lo que la había borrado de las crónicas. Posiblemente, al clausurarse, la escuela expulsó de su interior a toda forma de vida no elemental. Garcés, claro está, encajaba a la perfección en dicha categoría. Lo que se le escapaba, eso sí, era la elección del sitio y el momento. ¿Por qué aquí? ¿Por qué ahora? Quizá tenía que ver el hecho de que Sevilla fue el primigenio emplazamiento de la escuela. O tal vez, quién sabe cómo funcionan estas cosas, para hacer menos traumático el salto, la escuela pretendió acercarlo a su ámbito familiar. Y lo había hecho. Lo había llevado a la casa de un Gris. El problema era que había equivocado el cuál y el cuándo. Aunque sabiendo cómo fluye el tiempo en aquel lugar, quizá el desfase no fuera de extrañar. Se trató de dos siglos, pero lo mismo podían haber sido dos años. O dos minutos. En cualquier caso, el nuevo Gabriel Gris había resuelto dejar de darle importancia. Para bien, o para mal, estaba donde estaba.

Y aquí debía sobrevivir.

La televisión, la radio y la prensa le sirvieron para ponerse al día de las maneras y las formas del lenguaje, de las modas y creencias, o las faltas de ella, y, en general, de los aspectos más cotidianos de esta España nuestra. Le molestaba tener que exagerar tanto el acento. Pero era lo de menos. Poco antes de que se cumplieran los dos meses, el nuevo Gabriel Gris ya estaba listo para tomar las riendas de su nueva vida y convertirla en lo que siempre debía haber sido.

Hablábamos antes, por cierto, de un plan.

La idea era convencer al presidente de gobierno de la necesidad de reimplantar a la Cofradía como instrumento del Estado. No fue difícil. Le llevó tiempo, eso sí, porque no quería precipitarse. Todo

debía funcionar a la perfección. El más pequeño error podría echarlo todo a perder. Fueron, en total, casi dos años lo que ocupó en localizar al basajarau en las montañas del Pirineo Aragonés y capturarlo. Hasta ahora, el viejo espíritu de las montañas y la Cofradía habían mantenido una especie de tregua: él se mantenía recluido en sus bosques y, a cambio, lo dejaban en paz. Un trato beneficioso para ambas partes, a fin de cuentas, el peludo gigantón solo aspiraba a que lo dejasen en paz y los otros se evitaban la engorrosa dificultad de tener que vencer a un ser de fuerza tan legendaria. Que se haría cuando hiciese falta, pero dado que tampoco resultaba un peligro inminente, y el cálculo de daños colaterales vaticinaba un potencial desastre, ese cuándo se alargó durante años y siglos. Hasta la década de los ochenta. Hasta que, recién estrenada su nueva identidad, Garcés Gris resolvió utilizarlo para sus fines soltándolo una noche de julio ante el Palacio de la Moncloa.

Pueden hacerse una idea.

Menudo espectáculo.

El titán lanudo, cubierto por la espesa melena, angustiado por el calor madrileño, la desorientación y el haber sido engañado como un tonto, tuvo a bien dar rienda suelta a toda su terrorífica cólera a porrazo limpio, arrasándolo todo con su recio cayado. Que sí, que en cierta forma nos sentimos inclinados a sentir compasión por él, pero, al mismo tiempo… qué espanto. No nos hubiera gustado encontrarnos en medio de su senda destructora. Como no le gustó al presidente, Felipe González. Ahí lo ven, envuelto en el batín que le cubre las presidenciales vergüenzas del pijama de verano. Pobre hombre. Rodeado de su escolta personal trata de mantenerse entero, de dar la estoica imagen que se le supone a todo un presidente del gobierno. Pero claro, es prácticamente imposible. Tiene el rostro pálido, los ojos desencajados y un temblor incontrolable haciéndole chocar entre sí las rodillas.

Tan lamentable estampa termina poco después, cuando Gabriel Gris aparece de la nada para salvar el día y derrotar al gigante con trucos mágicos y la afilada hoja del cuchillo que ya le vimos usar una vez. También ahora, por cierto, tuvo el escaso gusto y la nula piedad de decantarse por cortarle en dos el cuello. No teman por la vida del gigante, no obstante. En este tipo de seres la muerte suele ser un estado pasajero. A buen seguro no tardó mucho en volver a recorrer los bosques aragoneses. En cualquier caso, el plan funcionó y el resultado ya pueden imaginarlo: infinitamente agradecido por la intervención de Gabriel, convencido del peligro que supone el

mundo sobrenatural y de que bastante tenía él con aguantar los mucho más terrenales de las intentonas de golpe de estado que, por aquella época, en más de una ocasión, a punto estuvieron de acabar con su vida, restaura la Cofradía e incluso desvía una partida secreta de los presupuestos generales a sufragarla.

Y mientras, Gabriel, o Garcés, el hombre desplazado en el tiempo, se relamía en su despacho sevillano mientras saboreaba uno de los martinis secos preparados por Alfredo.

Al final, la jugada le había salido redonda.

Podría ser, cierto, que echen ustedes en falta detalles. Sí, la historia daba para más. A todos nos hubiera encantado vivir con toda la intensidad del momento la captura del basajarau y detenernos un poco más en la noche fatídica que, a buen seguro, muy en secreto, ninguno de sus protagonistas olvidará jamás, incluido cierto presidente del gobierno ya retirado. Pero ya saben que no dependemos de nosotros mismos. Remontamos, furtivamente, la memoria de Garcés y, por tanto, no podemos imprimir nuestro propio ritmo. Él, que se conoce de sobra la historia, ha decidido obviar los pormenores. ¿Qué podemos hacer al respecto?

Además, el fogonazo de un relámpago nos secuestra los sentidos y espolea la cadena de recuerdos a la que andamos sujetos, y para cuando llega el trueno ya estamos en otra noche de tormenta.

En el mismo sitio, pero algunos años antes.

6

No sabemos cuánto tiempo ha pasado, pero aquí estamos, en el despacho.

Ya podemos decir que es exactamente el que conocimos al principio.

Fíjense, la balanza se ha decantado, indudablemente, hacia lo estridente. Y con todo, como ahora mismo está solo, casi nos parece encontrar una suerte de equilibrio entre sus líneas. Entonces la puerta se abre de golpe, la entropía desordena la atmósfera y comprendemos que todo había sido un espejismo.

Dos hombres corpulentos y mal encarados sostienen a un tercero, de aspecto demacrado, que juzgaríamos al borde del colapso. Los pies le arrastran por la brillante tarima del suelo mientras lo conducen a una de las sillas de este lado del escritorio. Cuando lo dejan caer allí, podemos echarle un vistazo más detallado y sus rasgos nos llaman poderosamente la atención. Detectamos en ellos un razonable parecido con Garcés Gris. A ver, no es que sean dos gotas de agua. Hemos conocido en este relato semejanzas mucho más sorprendentes. Pero la semblanza es indudable. Eso sí, este tipo, sea quien sea, deja una impresión distinta, menos arrogante, mucho más vulnerable. Y no es solo por su estado. Es su escuálida complexión. Es su frágil apariencia de ratón de biblioteca, gafas incluidas. Son detalles, al fin y al cabo, que nos llevan a concluir que, de alguna manera, representa el contrario absoluto de Garcés. Queda aparte, como decíamos, lo de su estado. La palidez mortecina del rostro, la mirada perdida, el temblor incontrolable de las manos… El pobre está para el arrastre. Transmite una opresiva sensación de desesperación que raya la demencia.

Y aquí está Garcés.

Justo ahora entra en el despacho, sensiblemente envejecido. Reconocemos ya al tipo que vimos descargar su furia contra el espejo de un puñetazo. Es casi un anciano. No obstante, es curioso, no detectamos en él la más mínima huella de la resignación propia de aquellos que han dado por perdida la batalla contra el tiempo. Se reconoce todavía en sus movimientos el eco de una arrogancia que tiene mucho de juvenil. Puede que encontremos grandes dosis de frustración en el fondo de su mirada, pero este hombre está muy lejos, desde luego, de darse por vencido.

Y, además, está terriblemente enfadado.

—¡Dejadnos solos!

Los porteadores responden de inmediato a la orden y salen de la habitación como almas que lleva el diablo, cerrando la puerta de paso.

—¿Se puede saber qué coño has hecho, desgraciado?

La pregunta, más que una pregunta, es un escupitajo, sucio, despiadado e implacable. Y como el tipo, de tan nervioso, demora entre balbuceos la respuesta, Garcés, o Gabriel, que desde el incidente del salto en el tiempo anda muy corto de paciencia, tiene a bien combinarlo con una bofetada directa a la cara. El golpe restalla en la piel como la cola de un látigo. El muchacho se tambalea, y a punto está de caer de la silla. Pero no lo hace. Porque, aunque dudamos que esa fuera la intención, la bofetada sirve para arrancarlo de cuajo de su ensimismamiento y ganar cierta entereza. La suficiente para poder contestar.

—¡Te he hecho una pregunta! ¡Responde, cojones!

—¡He… he ido a enfrentarme con la serpiente!

—¿Qué? ¿Tú? ¿Para qué?

—¡Quería matarla! ¡Quería…!

—¡Pero serás gilipollas! ¡Tú no estás preparado para eso! ¡Eres una puta rata de biblioteca! ¿Cómo se te ha ocurrido levantar la cabeza de los libros? ¿Sabes lo que has conseguido actuando como un imbécil? ¿Lo sabes? ¡La has asustado! ¡Has echado por tierra un año entero de preparación! ¡Un año! ¡Ahora tengo que empezar de nuevo! ¡Te juro por lo más sagrado que si no te reviento la cabeza a ostias es para no manchar de sangre la alfombra!

—No te preocupes. No tendrás que buscar muy lejos. Se ha ocultado en el Cementerio Inglés…

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la vi marcharse…

—¿Y no se te ocurrió hacer nada para evitarlo?

—¡No podía! ¡Estaba paralizado!

—¿Paralizado? ¡Acojonado querrás decir! Puto cobarde de mierda…

—¡Tú no sabes lo que ha pasado! ¡Tú no sabes lo que he visto!

—¡No me hace falta saber nada! ¡Ya puedo imaginármelo solo! Una cosa es leer sobre un bicho de esos y otra verlo de frente. ¡Para eso hay que tener los cojones en su sitio! Y tú…

—¡Te equivocas! ¡Me enfrenté a ella! ¡Te juro que me enfrenté! Y entonces… cometí el error de mirarla a los ojos… Y vi… ¡vi mi propia muerte! ¡Vi cómo tú me matabas en este mismo despacho!

¡Me volabas la cabeza de un disparo!

Un momento.

Miró a los ojos de la serpiente y vio su propia muerte… Ya conocemos a este tipo. Al menos hemos oído hablar de él. ¡Es Eladio Giménez! Ya saben, el secretario anterior a Irene, el que se disparó en la cabeza después de haber intentado cazar él solo a la serpiente con cabeza humana.

¿Estaremos presenciando tan terrible momento?

—¿Y qué? ¿Por qué te perturba eso? ¿Qué clase de desgraciado se deja intimidar por una posibilidad? ¡Porque no es más que eso! ¡Una puta posibilidad!

—No es eso… es…

—Ya. Soy yo, ¿no? El problema es que yo empuño la pistola.

Eladio, vamos a tomarnos la libertad de llamarlo por su nombre, no contesta, pero no hace falta. La lastimera mirada es respuesta más que suficiente.

—Serás maricón… ¿Tanto tiempo después y sigues con lo mismo?

—¿Maricón? ¿Sabes si quiera por qué he hecho esto?

—¡Claro que lo sé! ¡Lo sé demasiado bien! ¡Llevas años sin decir otra cosa!

—¡Pues vas a tener que escucharlo de nuevo!

—Pero ¿de verdad crees que me importan una mierda tus lloriqueos?

—¡Si he hecho esto ha sido por ti! ¡Porque llevo toda la puta vida buscando tu aprobación! ¿Sabes lo que es crecer junto a tu padre sin recibir de él una sola mirada de cariño, o de compasión, a lo sumo? ¿Sabes lo que es sentir que no mereces más que odio y desdén? ¡Ni quiera me dejas llevar tu apellido! ¡Ni siquiera puedo llamarte padre!

Pero… ¿qué demonios…? ¿Hemos leído bien? Porque si lo hemos hecho, acabamos de descubrir que Eladio Giménez era un Gris.

¡Era hijo de Garcés!

—¿De verdad me estás diciendo que es mi culpa el que hayas hecho el imbécil de esta manera? ¿Intentas achacarme la responsabilidad de que te hayas humillado hasta el punto de perder la poca dignidad que pudiera quedarte? ¡No me jodas, Eladio! ¡No me jodas! ¡Sé un hombre y acepta la responsabilidad de tus acciones! ¡Si has hecho el gilipollas es solo cosa tuya!

—Lo sé… La decisión ha sido mía… Solo mía… No sé a quién quiero engañar… Tú me hablabas de la sangre de ese monstruo y de

cómo podía garantizarte la vida eterna… Y yo me sentía como una mierda, porque pensaba que era el mayor desprecio que podías hacerme. Negarme la herencia familiar. Si vives para siempre, yo jamás heredaré tu espíritu. Y pensaba, joder, este hombre… mi padre… realmente no me quiere en su familia… Detesta cada gota de sangre que compartimos… Y, aun así, como un gilipollas, decidí que no me importaba. Que todo cuanto quería de ti era que me mirases con orgullo, por una vez en tu vida. Pensé que, si vencía al monstruo, si te ofrecía su sangre, si conseguías la inmortalidad, llegaría un momento, un insignificante momento, ínfimo, minúsculo, apenas una décima de segundo de toda tu eternidad, en que habrías de reconocer que seguías vivo gracias a mí. No necesitaba más… Me conformaba con eso… Dios, mírame, tienes razón. Siempre has tenido razón. Soy patético…

Eladio rompe a llorar.

Desconsoladamente. Tanto que verlo nos parte el corazón. Es increíble que este hombre, tan sensible, tan frágil, pueda pertenecer a la misma estirpe del resto de los Gris. Caprichos de la genética, suponemos. Pobre tipo. No podemos ni empezar a imaginarnos lo que ha debido ser crecer a la sombra de un malnacido como Garcés Gris. Y con todo… Fíjense. Algo ha cambiado en el hombre desplazado. No sabemos si es el llanto de su hijo o la ominosa posibilidad del triste sino del que sería, lo acepte o no, último responsable. Pero lo cierto es que ya no lo mira igual. Un velo incierto cae sobre los ojos. El semblante se torna impenetrable. No hay forma de saber qué está sintiendo. Es una expresión tan neutra que podría esconder lo mismo un arrebato de compasión que el más despiadado impulso asesino. Esperemos, por el bien de Eladio, que sea lo primero, que el corazón de piedra de Garcés Gris haya arrancado a latir de nuevo, aunque sea solo una vez, al mojarse con las lágrimas de su hijo. Que sabiendo lo que sabemos de él, teniendo en cuenta cuál será su final, nos gustaría pensar que sus últimas horas no van a ser en balde.

—Mira, Eladio. Hay ciertas cosas sobre mí que desconoces. Y quizá haya llegado el momento de contártelas. No esperes que cambie nada entre nosotros. Pero creo que si te debo algo quizá sea eso. La verdad.

Eladio levanta la mirada hacia su padre, intrigado. Nosotros también lo estamos, para qué vamos a negarlo. No esperábamos en Garcés tan repentino acceso de consideración. Pero, bien pensado, ¿por qué no? ¿No es él también, a fin de cuentas, salto en el tiempo y espíritu ermitaño incluidos, un ser humano?

—Verás, no voy a negarte que no siento el menor apego hacia ti. Eres débil, sensible, frágil… Todo lo contrario a lo que se espera de nuestra familia. No eres un verdadero Gris. Nunca lo serás. Y debes afrontar eso. Jamás serás digno del espíritu ermitaño. Pero no es culpa tuya. Tú solo has heredado el carácter degenerado de tu padre, la falta de fortaleza que había llevado a nuestra estirpe a un callejón sin salida.

—¿Qué… qué estás insinuando…?

—Lo que digo es que yo no soy el verdadero Gabriel Gris. Yo no soy tu padre.

Una indescriptible expresión se apodera del rostro de Eladio. No podemos ni empezar a imaginar cuán destructiva debe ser la explosión de asombro y confusión que le arrasa de golpe las entrañas.

—Él había dejado embarazada a tu madre poco antes de morir. Ni siquiera era su pareja. Era una zorra cualquiera que había conocido en no sé qué fiesta. Un día, cuando yo ya había suplantado su personalidad, se plantó ante mí, ahí, justo donde tú estás, lloriqueando con su cara de puta barata, pidiendo que te reconociera, porque ella no podía hacer frente a los gastos de criarte. Ya ves. Menuda aprovechada. De buena gana la habría echado de mi casa a patadas, pero no pude hacerlo. Me tenía cogido por las pelotas. Haberte ignorado habría supuesto un escándalo demasiado grande para mi empresa. Eran años complicados. El alza del sector inmobiliario propició una competencia despiadada. Mis competidores hubieran aprovechado cualquier debilidad para hundirme. Ciertamente, no podía permitir que llevases mi apellido, pero accedí a pagar tu educación e incluso te recluté para la Cofradía y, pasado el tiempo, te convertí en mi secretario, pensando que con eso sería suficiente. Lo fue, para tu madre. Para ti, sin embargo, está visto que no. No contaba con tus molestas necesidades de afecto. Fuiste un incordio desde el principio, siempre reclamando el lugar que, según tú, te correspondía. No obstante, no le di importancia. Yo imaginaba que, con el tiempo, tendría más hijos varones, legítimos, dentro del matrimonio, verdaderos herederos del espíritu Gris, y tú entenderías dónde estaba tu sitio. Pero no. El destino, que es un bastardo, ha tenido a bien que solo engendre hembras. Y eso es lo que lo ha jodido todo, porque sigues siendo el primogénito varón y, en teoría, deberías ser el receptor del espíritu ermitaño. El problema es que, aunque quisiera, no tengo espíritu que darte. Tú no eres mi heredero de sangre, por lo que jamás podrás recibir mis recuerdos.

—Pe… pero si no eres mi padre, ¿quién eres?

Garcés Gris camina hacia el escritorio y toma asiento en su sillón. Antes de responder, deja entrever una media sonrisa tremendamente enigmática. Será que está a punto de revelar su secreto más oscuro.

—Soy un Gris, desde luego. Tú y yo somos familia, aunque nos separan cientos de años. Mi nombre es Garcés Gris. En 1808 quedé atrapado en la Escuela de Intérpretes Elementales de Toledo en circunstancias que no vienen al caso. Perdí el conocimiento. Y cuando lo recuperé me encontré en esta ciudad, en 1983.

—¿La… la Escuela de Intérpretes…?

—Sí, sé lo que piensas. Que es una leyenda. Pero no lo es. Es real. Yo he estado allí. Y sé que tiene algo que ver con el salto en el tiempo. Aunque hace ya mucho que dejé de buscar un porqué. Lo único que me importa es que encontré una oportunidad para sobrevivir y me aferré a ella con dos cojones. Maté a tu padre en esta misma habitación. Aquí fue donde me convertí en lo que soy ahora.

—¿Que… que tú…?

—Sí, maté a tu padre. Con mis propias manos. Lo acuchillé hasta que cayó muerto sobre la alfombra. No me juzgues. Tú no sabes lo que es estar en mi situación. Y él… bueno, no puede decirse que no lo mereciera. Tu padre era una vergüenza para nuestro apellido. Había destruido nuestro legado. ¡Había corrompido nuestra estirpe! Y no podía permitirlo. En el fondo, hasta debías estarme agradecido. Yo he enderezado todo lo que él torció. He devuelto a la familia Gris el brillo que nunca debía haber perdido. He escalado peldaño a peldaño la escalera que me ha llevado justo a donde estoy. Tengo a este puto país a mis pies. Y eso es más que suficiente para justificar toda la sangre que he derramado.

En este momento, lo sensato sería esperar una reacción, la que fuera, por parte de Eladio. Que no nos defraude el que no la haya. El pobre hombre está aturdido. Pónganse en su lugar. Al miedo provocado por la serpiente hay que sumarle el impacto de la confesión. El mejunje es tan duro de engullir que ahí anda, atragantado. Y Garcés sigue a lo suyo. Se diría que ya ni siquiera se dirige a su interlocutor. Esto ha tomado extraños tintes de terapia. Como si hasta alguien como él tuviera la necesidad, de cuando en cuando, de descargar parte de la mierda que ha ido acumulando dentro.

—Así que no. No me arrepiento de nada. ¿Por qué debería? En todos los años que he sido Gabriel he tenido más de lo que nadie

podría soñar con alcanzar. Mujeres, dinero, respeto, poder… He creado un verdadero imperio. Y sin embargo… mi vida tiene un regusto amargo. El tiempo no ha pasado en balde. ¡Mírame, joder! ¡Soy un puto viejo! He alcanzado la edad en que la muerte espera detrás de cada esquina. Dentro de poco, esa zorra vestida de blanco se echará sobre mí y no dejará ni el tétano de los huesos. Y sí, se diría que, con una vida como la mía, eso no debería ser un problema. Yo debería estar más que saciado. Pero no lo estoy. ¡No lo estoy! ¿Cómo voy a estarlo? ¿Qué será de mi imperio cuando yo no esté? ¿Quién llevará las riendas? ¡No tengo a nadie a quién traspasar mi espíritu! ¡Solo tengo hijas! ¡Hijas!

Un trueno estalla, enfatizando el último grito, que resuena como una maldición, y la figura de Garcés se torna terriblemente sombría.

—¿Sabes? Desde hace un tiempo me acosa un sueño. Yo no suelo soñar. Nunca lo he hecho. Hasta ahora. Sueño que estoy en la escuela. Una biblioteca se desploma sobre mí y yo quedo atrapado bajo una pila de libros. Intento escapar, pero no lo consigo. Me empieza a faltar el aire. No puedo respirar. Y entonces muero. Y despierto empapado en sudor. Aterrado. ¡Yo! ¡Aterrado! ¡Yo no debería estar aterrado! ¡Debería ser el que provocase miedo! Lo peor es que no puedo olvidar los detalles. La sensación de opresión me persigue durante el día. La siento aquí, en el pecho. Y he llegado a la conclusión de que la única manera de librarme de eso es vivir para siempre, ahuyentar el fantasma de la muerte y no soltar jamás las riendas de mi imperio. Pretendo ser eterno, Eladio. ¡Eterno! Por eso necesitaba la sangre de la serpiente. Como tú mismo descubriste, es un mensajero de la muerte. Y ya sabes lo que se dice de beber la sangre de un mensajero de la muerte. Es solo una hipótesis, pero tengo que probarla. No puedo dejar nada sin probar. No quiero morir, Eladio. ¡No puedo morir! ¡No voy a morir! A ti, sin embargo, no te queda más remedio.

Un momento…

Fíjense. ¡Garcés está apuntando a Eladio con una pistola! Se ha hecho con ella en nuestras narices, sin que nos hayamos dado cuenta. ¿Esta era la intención oculta tras el arrebato de sinceridad? ¿Distraer la atención del atribulado muchacho? Si es así, le ha salido a la perfección, porque no nos hemos percatado de nada. Y, en consecuencia, ahí está el pobre Eladio, con el cañón de una pistola apuntándole directamente a las sienes. Pero ¿de verdad ha llegado su momento? ¿De verdad será Garcés Gris tan despiadado como para matar a su propio hijo? ¿No se suponía que era él quien se suicidaba? Maldita sea, resulta triste reconocerlo, pero

mentiríamos si dijéramos que, en el fondo, esperamos que Garcés no sea capaz de disparar y que Eladio le arrebate la pistola para terminar con su propia vida. De alguna manera, nos gustaría saber que queda algo decente en este hombre de nombre falso y vida más falsa todavía.

Que sigue albergando algo auténticamente humano.

—Dime, ¿se parece esto a lo que te enseñó la serpiente?

Eladio asiente, resignado. Un torrente de lágrimas le anegan las mejillas. Encara el cañón erguido, tratando de afrontar el final con dignidad, y eso reviste a su figura con un halo todavía más trágico. Es imposible no sentirse desolado ante la inminencia de una muerte tan cruel, tan desalmada. Una vez más sentimos el impulso de intervenir y cambiar el curso de los acontecimientos, y una vez más nos agobia y nos frustra nuestra impotencia ante lo inevitable.

El hombre desplazado aprieta el gatillo.

La bala impacta en la frente del hombre que se creía su hijo.

La parte trasera de la cabeza estalla.

Y entonces lo entendemos.

La mezcla de sangre y sesos deja su mancha indeleble en la alfombra porque jamás hubiera podido hacerlo sobre la impía conciencia de Garcés Gris.

7

La puerta del despacho se abre.

Irene ya ha llegado.

Salgamos de la mente de Garcés y prestemos atención al encuentro.

—Vaya, niña, dichosos los ojos. Paso una semana sin saber de ti y, de buenas a primeras, me mandas un mensaje a las seis de la mañana. ¡Las putas seis de la mañana, joder! Más te vale tener una buena excusa, porque te juro que si es para una gilipollez…

Vaya. Creíamos que era Gabriel quien había concertado la reunión. Y ahora resulta que ha sido ella. No nos queda más remedio que preguntarnos qué demonios está pasando aquí.

—La tengo, Gabriel, la tengo.

—No me digas. Adelante, soy todo oídos.

—Hace unas horas… Sansón y yo hemos recibido una visita… No sé ni cómo describirla… Era una mujer vestida de blanco que…

—Espera, espera… ¿Se apareció como si tal cosa delante de vosotros?

—Delante de mí, sí. ¿Cómo lo sabes?

—¿Y dónde estabais?

—En casa de Sansón.

—¿En casa de…? ¿Te lo has tirado?

—No, no, Gabriel, no se trata de eso. No me he acostado con él.

—Pero te ordené que te ganaras su confianza, ¿no?

—Sí, y lo he hecho. Cree que estoy de su parte.

—¿Y no te lo has tirado?

—No, no me lo he tirado.

—Bueno, tú sabrás cómo lo has hecho. Supongo que, en este caso, lo importante es el resultado. Entonces, os ha visitado la muerte, ¿no?

—¿Có… cómo lo sabes?

—Digamos que conozco a esa zorra escurridiza mucho mejor de lo que me gustaría. ¿Y qué coño quería? No me digas que, después de todo, el hombre de trescientos años no va a llegar a viejo.

—No, no. No tiene nada que ver con eso… Hablaba de cosas raras… Discúlpame si no puedo darte demasiados detalles, pero es que… bueno… no presté demasiada atención. Bastante tenía con asimilar que estaba en presencia de la muerte.

—Que estabas acojonada, vaya.

—No… solo tenía que asimilar…

—Sí, sí, sí… Lo que tú quieras, pero estabas acojonada. Como si no te conociera ya. Venga, niña, ve al grano. Que no tengo toda la mañana y todavía no he desayunado.

—Pues verás, la cosa es que la muerte… Dios, todavía me cuesta decirlo sin pensar que estoy loca… La muerte puso en sobre aviso a Sansón. Le advirtió de que Nicolasa había vuelto, de que estaba siendo perseguida. Decía que estaba en un gran peligro. Pero eso no es posible, ¿no? Es decir, Nicolasa no puede seguir viva, es imposible. Aunque, bueno, últimamente me han pasado tantas cosas que creía imposible que ya no sé muy bien qué lo es y qué no.

—En fin. Supongo que ha llegado la hora.

—¿Di… disculpa? ¿Has escuchado lo que te he dicho?

—Vamos a ver, niña. ¿Por qué crees que te encargué esta misión? Te pedí que te ganaras la confianza de Sansón, ¿verdad? Pues utiliza el cerebro ese que tienes. Demuestra que no eres solo una cara bonita y trata de razonar el porqué. ¿O es que piensas que a mis años tengo interés en hacer de celestina?

—¿Es por Nicolasa?

—¡Pues claro! Joder, y se suponía que la lista eres tú. La muerte tiene razón. Nicolasa ha vuelto. Está entre nosotros. Supe de su existencia meses antes de encontrar a ese hijo de puta de Sansón Galavís.

—¿Y por… por qué no me avisaste?

—Como si tuviera que contarte hasta la última mierda que cago… Faltaría más. A ti no te llega más que lo que yo quiero que te llegue. Eres mi secretaria, Irene, no lo olvides. No mi mujer. Ya tengo una y, créeme, con eso es más que suficiente. ¿Sabes lo que le ha dado por hacer ahora? Se ha apuntado a un curso de Flores de Bach, ya sabes, de los imbéciles esos con ínfulas de curanderos… Madre mía. Si no tuviera claro que eso es un cuento chino, un capricho de amas de casa aburridas, les echaba encima a la Cofradía entera. Y lo mismo todavía lo hago, porque me está costando un huevo y parte del otro. Me cago en la puta…

—Gabriel…

—Sí, sí, ya lo sé, coño. Déjame que me queje, que estoy en mi casa. Pero bueno, a lo que íbamos. Te decía que hace unos meses me llegaron indicios de la presencia de Nicolasa. Yo no sabía que era ella, claro. Algunos de mis hombres informaron de la aparición de ciertos cadáveres desangrados en distintos puntos de la ciudad. Todos eran auténticos desechos humanos, ruinas andantes. Drogadictos y enfermos terminales. Gente con los días contados. A

nadie les iba a extrañar demasiado encontrarlos muertos. La tía sabe elegir bien a sus víctimas. El caso es que seguimos el rastro de los asesinatos y dimos con ella en una obra del centro, ya sabes, la del edificio ese que era un palacio, el que tiene la fachada apuntalada. La Junta tiene parada la obra por no sé qué mierda de una inspección de seguridad que no salió como debía. Ya va para casi un año. Supongo que a nadie se le ocurrió llenar los bolsillos del inspector. Si eso hubiera pasado con mi empresa, el tipo no llega ni a pisar la obra. Sobrecito lleno de billetes y a otra cosa. Pero claro, de inútiles está el mundo lleno. Total, que entramos en la obra y ahí está ella, en uno de los últimos pisos. Sucia, vestida con harapos… Pero, joder, tan bella… Dios, sí que es guapa…

Los ojos de Gabriel Gris muestran de pronto una mirada extraña. No es solo porque está ausente, perdida en alguna imagen de la memoria (lástima no estar ya en su cabeza, ¿no creen?), es, sobre todo, por el sórdido brillo de lascivia que la anima.

Qué repulsivo resulta.

—Al verla recordé los archivos de la Cofradía. Esa mujer, o demonio, o lo que sea, había sido usada como arma durante mucho tiempo, hasta que se le perdió la pista. Y supe que era perfecta. Debíamos atraparla y usarla en nuestro beneficio. Pero fue imposible. Todo lo que tiene de hermosa lo tiene de hija de puta. Ha despedazado sin miramientos a todos y cada uno de los hombres que he mandado a atraparla. Y lo peor es que los hechizos de persuasión que según los archivos servían para encadenarla ya no sirven. Entonces apareció Sansón y todo cobró sentido cuando relató su historia. Nicolasa lleva demasiado tiempo alimentándose de sensaciones negativas. El demonio que lleva dentro ha tomado el control y no hay forma de aplacarlo. Por eso necesita la sangre. Es su manera desesperada de aferrarse a la humanidad. Está desatada. Si te acojonó estar delante de la muerte, te aseguro que verla a ella haría que te mearas encima. Solo hay una manera de echarle el guante. Hay que calmar al demonio. La mujer debe salir de nuevo a la superficie. Y la única manera es…

—Sansón…

—Exactamente. Por fin lo entiendes. Venga, sigue razonando, que para eso te pago.

—Él… debe hacerlo por sí mismo… No podemos obligarlo… Por eso me has pedido que me gane su confianza…

—Chica lista. Quiero que te pongas en contacto con él. Hazle saber dónde está Nicolasa. Dile que lo has visto en los archivos o alguna gilipollez de esas. Es importante que crea que estás de su

parte. Cítalo en la obra, esta noche. Yo estaré esperando allí. Y cuando él se reúna con ella, cuando la mujer vuelva a tomar el control, ambos caerán en mis garras. Ella volverá a ser lo que nunca debió dejar de ser. Nuestra prisionera. Un arma.

—¿Y él?

—¿Sansón? Ha tenido una vida muy larga, ¿no te parece? Creo que se merece un descanso. Y yo voy a reservarme el placer de ser quien se lo proporcione.

—¿Lo vas a matar?

—No, voy a meterlo en la cama y arroparlo. ¿A ti qué coño te parece?

Irene tiembla.

Fíjense… ¡le tiemblan las manos!

Hasta el momento, era fácil darse cuenta, había mantenido intacta la fachada de frialdad, pero ahora ha perdido el control. Será que, a fuerza de golpes, se le ha agotado la capacidad de disfrazar sus emociones. Será que, pese a las apariencias, pese a que, en el fondo, nos ha estado engañando descaradamente, no puede engañarse a sí misma y sabe que su conexión con Sansón tiene más de verdadero de lo que a ella misma le gustaría admitir. Eso no tiene nada de malo. Al contrario. Nos alegramos por ello. El problema es que Garcés Gris también se ha dado cuenta.

Y a él no le hace ninguna gracia.

Mírenlo. Se levanta y se acerca a ella suspicaz, entornando los ojos, como tratando de escudriñar hasta el rincón más sagrado del alma de su secretaria.

—¿Qué te pasa, Irene?

—Na… nada…

—Mira, niña. A estas alturas deberías saber que no puedes engañarme. Qué cojones te pasa.

—Nada, de verdad. Es que estoy cansada y…

—¿No te gusta la idea de que lo mate? ¿Es eso?

—No… no es eso… es que…

—Sí… es eso. Te ha convencido… Menudo hijo de puta… ¡Te ha convencido! ¡Es él el que te ha puesto de su parte!

—No… no… yo…

—¡Deja de mentir, joder!

La bofetada cruza sin piedad la cara de Irene, tirándola de boca a la alfombra. Y se queda ahí, tumbada, aturdida y confusa.

—Lo peor es que sabía que sucedería esto. Algo dentro de mí sospechaba que juntar a Sansón con la última descendiente de esa escoria de los intérpretes no sería buena idea.

Un momento.

¿Qué? ¿Hemos leído bien? La última descendiente de… ¿Irene? Acabamos de quedarnos sin palabras.

¡Ella misma, que querría haber dicho algo, se encuentra enmudecida por el *shock*!

—Sí, no me mires así. Tú eres la descendiente de ese zángano de Zacarías Zayas. ¿De verdad creías que había ido a fijarme en ti por tu cerebro? Venga ya. No seas ingenua, Irene. No eres nada especial. No destacas por nada. Hay cientos de miles de universitarios que tienen más preparación que tú y muchísima más ambición. Cuando te conocí, no eras más que una aspirante a maruja del tres al cuarto. Pero ya sabes lo que dicen. Mantén cerca a tus amigos y a tus enemigos…más cerca todavía. Considéralo un exceso de precaución de un hombre empeñado en que nada, absolutamente nada, se interponga en sus planes. Qué le voy a hacer, soy un obseso del control.

Garcés se arrodilla junto a ella y la agarra por el pelo. La mirada acerada, desprovista de cualquier sentimiento parecido, aunque fuera lejanamente, a la piedad, encoge el corazón y lo convierte en un guiñapo minúsculo y arrugado.

—Sé lo que estás pensando. Te preguntas por qué cojones te cuento esto ahora, ¿verdad? La respuesta está clara. Porque no puedes hacer nada. Porque esta información no te va a servir para nada. No pienses si quiera que vas a traicionarme. No lo harás. Porque no puedes. Porque estás demasiado asustada. Siempre has estado asustada. Te aterroriza el azar, te espanta el caos. En el fondo, nunca has dejado de ser esa maruja conformista, amante de lo rutinario. Y tu único asidero, tú única fuente de seguridad, soy yo. Sabes de sobra que, sin mí, el mundo es una sucesión de muertes y engaños que, al final, terminan dejándote sola. Y tú no quieres estar sola, Irene. Tú quieres que el Universo tenga sentido. Y eso solo puedo ofrecértelo yo. Nosotros. La Cofradía. Eres nuestra, Irene. Siempre serás nuestra.

Garcés suelta el pelo de Irene y se pone en pie, atusándose el traje.

—Ya sabes cuál es tu cometido. Llama a Sansón. Nicolasa ha de ser nuestra. Y no solo porque sea un arma. No… eso me importa bastante poco. Ya tengo al país entero comiendo de mi mano. Todos los ingenuos e ilusos han aceptado convertirse en mis esclavos a cambio de las migajas de la vida que creen merecer. No, ella no me hace falta para seguir teniendo el control. Lo que yo quiero, Irene, para lo que realmente la necesito, es para ser como Sansón. Quiero

vivir para siempre. Y ya lo escuchaste. Fue su unión con ella la que le proporcionó la inmortalidad. Nicolasa Parejo será mi prisionera el tiempo que sea necesario para garantizarme lo mismo. Haré lo que sea necesario para conseguirlo. Aunque tenga que violarla noche tras noche. Y más vale que te hagas a la idea: la larga vida de Sansón Galavís termina esta noche. Yo mismo voy a encargarme de eso. Y ahora, si me disculpas, es hora de desayunar. Tengo un jamón ibérico recién cortado que me está esperando. Esos putos catalanes no me caen bien, ya lo sabes. Pero hay que reconocerles el mérito: un pan con tomate y jamón es un manjar de dioses.

Y sin más, Garcés sale del despacho.

Irene se queda tirada en la alfombra. Ahora mismo es incapaz de levantarse. Lo de menos es el dolor, no crean. Lo que verdaderamente le impide reponerse es la humillación. La vergüenza. La sensación de desamparo, de saberse desnuda, de no haber sido capaz de evitar que sus emociones quedaran al descubierto cuando ni tan siquiera ella había terminado de asumirlas todavía. Garcés Gris las ha pisoteado. Ha escupido sobre ellas y se las ha metido de nuevo por la garganta, a la fuerza, de forma vil y rastrera.

Y ahora querría vomitarlas y olvidarlas para siempre.

Lástima.

Pero así es él, ¿no? Eso es lo que hace. Ya lo hemos visto robar una vida y matar al hombre que había criado como a su hijo. ¿Qué puede extrañarnos después de eso?

A estas alturas, no quedará nadie que dude.

El hombre desplazado representa la cara más sucia y mezquina del espíritu humano.

El final y el principio

1

Esta noche, la vieja ermita parece un fantasma.

La luna llena, demasiado grande para ser natural, la viste con un sudario de sombras. El viento aúlla en torno a ella, lúgubre y melancólico. Su canción ya nos suena. La escuchamos una vez, en el pequeño pueblo asturiano. Sansón detiene sus pasos, acobardado. La escena le contagia una abrumadora pesadumbre, propia de un funeral. Quizás se encamina hacia uno.Allí, junto a la ruinosa entrada, está la Dama Blanca, clavándole con fijación su incómoda mirada. Puede sentirla incluso en la lejanía, como un pésame, como la confirmación de una consecuencia irreversible e inevitable.

Quizás el funeral sea el suyo propio.

Y él quisiera correr, como en tantas otras ocasiones. Pero no lo hace. Porque no puede. Las piernas no le responden. Entonces todo cambia a su alrededor. En el fugaz intervalo de un latido más acelerado de lo normal, obviando con desprecio los metros, la ermita se le ha echado encima y lo ha engullido sin el menor miramiento.

Por la puerta abierta puede ver a la Dama Blanca, de pie entre la hierba agitada, y su mirada adquiere el tono amargo de una despedida. En ese momento comprende que, sea lo que sea, le espera al frente, no a su espalda. Así que se vuelve. Y se encuentra en el lugar al que jamás pensó en volver, reviviendo un momento que se fue para siempre.

En el altar, Francisco Requena completa el encantamiento que unirá para siempre el alma de Nicolasa Parejo con un demonio del viento.

Y, aunque sabe que no puede hacer nada para evitarlo, aunque dentro de sí anida la certeza de la impotencia, le estalla en el pecho una angustia insoportable. La siente extender los tentáculos por sus venas como la mancha insalubre de un cáncer. En poco tiempo, consumido por ella, cualquier resto de raciocinio ha desaparecido y solo queda la necesidad urgente, imperiosa, de correr hacia el altar y evitar tanto y tan inhumano sufrimiento. A punto está de echarse a correr cuando siente una mano posarse en el hombro. El sobresalto le hace detener el impulso y darse la vuelta. Y allí está otra vez, como sabía que estaría, como está en todas sus pesadillas. El agujero en el pecho supurándole sangre negra, el rostro ceniciento como una máscara macabra y grotesca, el remedo de

sonrisa, la viscosa brea manchándole los dientes…

Es Francisco Requena.

Su padre.

—No puedes hacer nada. Jamás podrás hacer nada. Estás tan muerto como yo, solo que todavía no lo sabes.

Justo a tiempo de evitar que una profunda desesperanza le devaste el alma, Sansón despierta aterrado en el sofá de su piso.

Intenta soltar la tensión dejando escapar un suspiro de alivio. Pero sus intenciones se quedan en nada cuando se le corta de golpe la respiración. La lluvia arrecia contra los cristales, enturbiando la mísera luz de esta mañana triste y gris. Rayos y truenos retumban como salvas de una guerra demasiado cercana.

Y ahí, frente a él, parado en mitad del salón, el espíritu de Francisco Requena clava en su hijo el vacío de su mirada muerta.

2

A David Bencejo nunca le ha gustado madrugar.

Menos aún los días de lluvia.

Y menos aún desde que se casó.

En los primeros años de matrimonio, más que el piso de una sola habitación que habían comprado con tremendo esfuerzo por parte de ambos, la cama fue su verdadero hogar. Allí, bajo las mantas, acurrucado junto a Lourdes, encontraba la paz y la fuerza que necesitaba para encarar el día, para hacer frente a las facturas, al sueldo miserable, los desprecios de su jefe y las quejas constantes de los clientes al otro lado de la línea, indignados porque la lentitud repentina del WIFI les impedía ver el último capítulo de su serie favorita. Entre las manos de Lourdes, entre las curvas de su piel, bebiendo de sus labios el amor macerado a fuego lento, todo eso quedaba en nada y David Bencejo era feliz.

Pero eso era antes.

Antes del embarazo. Y antes de que el peso de la rutina lo convirtiera en un tipo gris, un conformista sin más aspiraciones que vegetar durante sus horas libres ante la tele, viendo repeticiones de la liga o, en su defecto, partidos internacionales de las selecciones más insospechadas. Desde entonces, las cosas no van bien. Y él lo sabe. Sabe todo lo que está pasando. Es consciente de que Lourdes aspira a más. El piso es pequeño. El barrio peligroso. Y todo eso podría solucionarse con un poco más de ambición por su parte. Pero, para qué iba a negárselo a sí mismo, la paternidad le viene grande. Está aterrado. Y el miedo le ha convertido en un ser mezquino y diminuto, aferrado a las migajas de una vida que, pese a miserable, le es conocida y confortable.

Y, claro, así a ella le cuesta horrores quererlo.

Maldita sea, a él mismo le cuesta horrores quererse. Cierto, la cosa mejoró algo cuando gracias a Sansón, su nuevo compañero, había conseguido el ascenso. Pero fue nada, un mero espejismo. Porque no ha pasado ni un mes y ahí está, igual que siempre, actuando de la misma manera cobarde y egoísta. Lourdes, que para colmo está en el paro, carga sola con todo el peso de la casa, y eso incluye desde la búsqueda de nuevo piso, hasta las visitas al ginecólogo. El aire se ha ido enrareciendo entre los dos hasta hacerse prácticamente irrespirable. Y a él le encantaría hacer algo, de verdad que sí.

Pero es tan difícil…

Si tan solo encontrase un motivo por el que luchar…

Esta mañana no encuentra solaz en el fútbol. Y no es que el Camerún-Senegal, no le esté dando alegrías. El partido es vibrante. Pero le amarga el desayuno. Porque desde el cuarto le llega la respiración de Lourdes, sumergida en su sueño profundo, y a él le suena como un reproche constante. Y lo peor es que sabe que tiene razón. Y así lo encontramos. El exterior, trajeado y limpio, de coordinador serio y responsable, entero y de una pieza. El interior, ruinoso y miserable, a punto de venirse abajo.

Entonces algo le llama la atención.

No, no es un gol. Que también. Senegal empata el partido a dos. Pero, por encima de los gritos y la voz exaltada del *speaker*, resalta el silencio repentino que le llega de la habitación. Es una ausencia total de ruidos. Y casi de vida. Y aunque no es un tipo especialmente dado a la intuición, esta sale de su letargo casi vital para anunciarle que algo no va bien. David Bencejo deja la taza del café y se acerca al dormitorio sin saber muy bien qué esperar. Quién sabe. Cualquier cosa.

Desde luego, nada parecido a lo que encuentra.

Lourdes yace en la cama con el camisón levantado hasta el pecho. Echada sobre ella, una figura cubierta con una capa negra clava en el vientre abultado un diente terroríficamente largo. Él, paralizado por el terror, no se fija en los detalles, pero nosotros, que no estamos emocionalmente involucrados en la escena, podemos fijarnos en las patas de gallina que se entrevén bajo la capa y comprendemos, antes de verle la cara, que se trata de una guaxona, la bruja vampiro que se alimenta de niños. A esta en concreto, el hambre debe acuciarle tanto que se ha decantado por uno que no ha nacido aún. Él no lo sabe, claro. Ni lo sabrá nunca. Tampoco le hace falta. Porque cuando la anciana se percata de su presencia, David Bencejo siente algo que no había sentido jamás, una mezcla abrumadora de rabia, pavor y amor.

Y comprende que, por fin, ha encontrado algo por lo que luchar.

Que siempre lo ha tenido.

Les alegrará saber que Lourdes y el bebé estarán bien. Necesitarán un tiempo para recuperarse, pero seguirán vivos. Y eso ya es mucho. Y todo gracias a la oportuna intervención de David, que se lanzará a por la bruja sin pararse a pensarlo, espoleado por el miedo a perder lo único importante en su vida. La refriega será dura, pero conseguirá ahuyentarla. Y aunque nunca sabrá si volverá, hay una cosa que siempre tendrá claro: no dejará que se

acerque.

Mientras le quede sangre en las venas, su familia será motivo más que suficiente para luchar sin descanso.

3

Cuando dijimos que habíamos dejado a Sansón enfrentándose a sus demonios personales, no pretendíamos hacer una metáfora.

Nos referíamos, literalmente, a esto. Al espíritu de su padre muerto. No se nos ocurre nada más demoníaco. Fíjense, es la misma imagen repulsiva que le asaltara en el sueño. La retorcida sonrisa produce escalofríos. La negra brea le gotea por la comisura de los labios, dejando un repugnante charco en el suelo.

Pero, se preguntarán, ¿y Sansón? ¿No había resuelto revolver cielo y tierra en busca de Nicolasa? Y lo ha hecho, en efecto. El alba inexistente de este aciago día lo encontró rebuscando en los rincones más oscuros de la ciudad, dando palos de ciego en busca de ella. Pero su esfuerzo fue en vano y decidió volver a casa para intentar plantear una estrategia. Y claro, se quedó dormido. Más por agotamiento emocional que físico. Y ahora está aquí, confuso y aturdido, enfrentando el espectro de Francisco Requena con una creciente sensación de desasosiego. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ahora? ¿Será que, de alguna manera, el círculo está a punto de cerrarse? Todo empezó con él. ¿Por qué no habría de terminarlo también?

Tal vez sea eso.

Quizá se encuentre al final de todas las cosas.

—¿No vas a darme un beso, Genaro?

—No me llames así. Ya no soy Genaro. No lo he sido nunca.

—¿Y cómo quieres que te llame? La mierda más hedionda seguirá hediendo, aunque decidas llamarla rosa. Te guste o no, eres Genaro. Lo serás siempre. Da igual cómo te llames.

—¿Qué… qué haces aquí?

—¿Es que no es evidente? El más allá anda un poco revuelto en estos días. Todo está muy agitado. Y claro, es fácil encontrar las rendijas por las que escaparse un rato. ¿Y a quién iba a ir a ver si no? ¿Qué mejor que tú, mi propio hijo? Llevo mucho tiempo preguntándome la clase de infierno en que mi maldición habría convertido tu vida. Y no sabes lo feliz que me has hecho. Ni en mis sueños más salvajes habría podido imaginar nada más apropiado. Son expresiones, ya sabes. A los condenados no se nos permite ser felices. Ni imaginar. Pero te haces una idea de lo que quiero decir.

—Te equivocas. Mi vida no es un infierno.

—¿A qué viene esa actitud desafiante, Genaro? No te va a servir

para nada. Mucho menos para esconder la verdad. Mírate. Echa la vida atrás. ¿Qué has conseguido? Nada. No has podido construir nada. No has podido mantener nada. ¿Qué te ha deparado tu largo deambular más que vacío y sufrimiento? ¿Cuántos lazos duraderos has creado? ¿Quién te recuerda? Después de todo este tiempo, podrías haber creado tu propia dinastía. Pero aquí estás, solo. Como siempre has estado. Como siempre estarás.

—No… no siempre. Eso va a terminar pronto.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer al respecto? Un momento, ¿piensas en Nicolasa? ¡No me hagas reír!

Pero ríe.

Y las carcajadas son pedradas hirientes.

—Sí… Lo sé todo. Sé que está aquí. Sé que piensas buscarla. ¿Y qué va a pasar cuándo la encuentres? ¿La amarás para siempre? ¿Seréis felices y comeréis perdices? ¿Os casaréis y tendréis críos y una casita con jardín? ¿Cuántas oportunidades has tenido para hacerlo a lo largo de los años? Y nunca ha salido bien, ¿por qué iba a ser diferente ahora?

—Porque es diferente. Yo soy diferente.

—Eres el mismo de siempre. La misma rata asustada de sí misma. Asustada de la verdad. Estás maldito. Lo sé bien porque yo te maldije. No puedes conocer la felicidad, y no lo harás. Volverás a perderla una y otra vez. Da igual cuánto te esfuerces en retenerla. En cuanto a Nicolasa, ¿es que no ves el daño que le has provocado? Esa zorrita estaba condenada desde el principio. Tu intervención no hizo más que retrasar lo inevitable. La has contaminado con tu maldición, convirtiendo su vida en una larga e interminable agonía. Si de verdad la amas, Genaro, déjala en paz.

—¡Te he dicho que no me llames Genaro! ¡Soy Sansón! ¡Sansón!

—Claro, lo que tú digas. Empéñate en ser quien quieras, pero eso no cambiará la verdad. Eres Genaro, siempre lo serás. Nadie te recordará jamás como Sansón.

—Yo lo haré.

La voz surge del otro lado de la habitación y, de inmediato, surte en Sansón un efecto balsámico. El ánimo agitado se calma y el corazón tembloroso serena su ritmo cuando la penumbra se abre para dar paso a don Jacinto Bejarano Galavís y Nidos. Sí. Frótense los ojos cuanto quieran y otórguenle a la escena cualidades tan oníricas como les sea necesario para facilitarles la comprensión, pero lo cierto es que ahí está, tal y como lo recordamos. Tal y como lo recuerda el propio Sansón. ¡Qué expresión de alivio tan elocuente dibuja el rostro! Hay un poso enorme de melancolía en los ojos que

saben que contemplan un momento único, efímero, como la radiante llama de una vela que se apagará cuando vuelva a soplar el viento. Pero mientras lo hace, la alegría que se apodera de él es impagable. Solo por eso ya merece la pena asistir a este esperpéntico desfile de ánimas, o sueños, o lo que quieran ser estos dos personajes cuyo tiempo y lugar quedaron atrás hace ya mucho.

—¡Don Jacinto!

—Sansón, muchacho. No sabes cuánto me alegro de verte. Te has convertido en todo un hombre, ¿eh?

—Pero ¿qué hace usted aquí?

—Bueno, debe ser de la única verdad que detecto en el discurso de tu padre. El más allá no es lo mismo en estos días, ¿sabes? Digamos que nos han dado unas vacaciones. Y puestos a elegir, ¿qué mejor que pasarlas con los seres queridos? Y por lo que veo he llegado en el mejor momento.

—¿El mejor momento para qué, cura?

—Para evitar que destruyáis la felicidad de vuestro hijo, don Francisco.

—¿La felicidad? ¡Mi hijo no puede ser feliz!

—Oh, sí que puede. Lo ha sido. Lo fue conmigo, ¿no es cierto, Sansón?

—Lo es. Mucho.

—Y lo será de nuevo, siempre y cuando dé el último paso de este gran viaje que es su vida. Así que, disculpad, caballero, pero vuestro momento ha pasado, pues, aunque compartís con él vínculos sanguíneos, es la nuestra una unión mucho más pura. De amistad. De la que hablaba mi mentor espiritual, el gran Montaigne, ya sabes, Sansón. Del tipo que hace que se enlacen y confundan las almas, en una mezcla tan universal que no hay manera de reconocer la costura que las une. Por cierto, supongo que te alegrará saber que lo he conocido. A Montaigne, digo. Y huelga decir que no ha desmerecido un ápice la imagen que me forjé de él. Es algo tramposo jugando al Tute, cierto, pero ¿qué alma grande está libre de aristas?

—Di lo que quieras, cura. No podrás cambiar lo que está escrito.

—No lo pretendo. ¿Y sabéis por qué? Porque no creo que nada esté escrito. Dejar que el pasado condicione el futuro es de hombres necios y pobres de espíritu. Y tú, mi buen Sansón, no eres ni uno ni lo otro. Te he estado observando durante todo este tiempo. He sido testigo de tus tribulaciones y de tus pesares. Tu camino se ha prolongado durante muchos años, pero no creo que hayas vivido de verdad ni la mitad de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Está muy claro. El valor de una vida no se mide por la duración de sus días, sino por el uso que se hace de ellos. Y tú, querido Sansón, los has desperdiciado casi todos. Has pasado la mayor parte de tu vida huyendo de ti mismo, sin aceptar quién eres ni qué eres en realidad.

—¿Y qué soy en realidad?

—¡Un maldito!

—Un ser único. Ya me conoces. Siempre desprecié la superchería. Consagré mi vida a desprestigiar a las creencias populares en nombre de la ciencia. Pero tú, amigo mío, tú me has demostrado que estaba equivocado. Tú y Nicolasa me habéis hecho comprender que la verdad está en el equilibrio, en la convivencia entre imaginación y ciencia. Representas el eslabón entre los dos mundos.

—No te engañes, Genaro. Las palabras bonitas y ese tono remilgado de seminarista no van a cambiar la realidad. Lo que intenta decirte es que no eres normal y que nunca podrás serlo.

—¿Y desde cuándo supone eso un problema? ¿Qué es la normalidad? ¿Ser un cabeza hueca, como, por desgracia, parece haber aceptado el común de nuestros congéneres? ¿Tanto nos consume el miedo a la diferencia que no comprendemos que esa, precisamente, es la clave de la humanidad? ¿Ningún ser humano es igual a otro! Y, sin embargo, nos dejamos engañar por la creencia en que es necesario camuflar aquello que nos hace únicos para confundirnos con la masa. Sansón, tu anormalidad es un regalo. Una ofrenda a la humanidad. Vívela como tal. Deja de huir. Solo entonces tu vida, dure lo que dure, un segundo o miles de años, habrá merecido la pena.

—Te equivocas, cura. La vida nunca merece la pena.

Entonces el móvil vibra, arrancando sonidos metálicos a la mesa del salón.

La onírica y surreal atmósfera se rompe bruscamente. Ni don Jacinto ni Francisco Requena están donde estaban hace un segundo. Han desaparecido. Sansón tiene la sensación de haber despertado de golpe y, aunque no le hemos visto abrir los ojos, nosotros tampoco podemos asegurar lo contrario. En cualquier caso, ilusión o realidad, extraña y desconcertante, pero realidad, la duda habrá de seguir siempre con nosotros, porque el hombre tricentenario, antes que resolverla, elige contestar al teléfono.

—Sansón, soy Irene. ¡La he encontrado! ¡He encontrado a Nicolasa!

Y desde este momento, aunque él no lo sepa ni pueda sospecharlo si quiera, su suerte, todas las suertes de esta historia, quedan irremediablemente echadas.

4

Cuando corre, Paco Gimeno no tiene claro si lo hace para alcanzar su destino o para huir de él.

Esta mañana, no obstante, se le resuelven las dudas.

El xiribelles, el demonio que guía a los extraviados a su perdición, se le presenta en un callejón sombrío. La terrible visión de su futuro le hace huir en dirección contraria, aterrado, solo para ser atropellado por un coche. No se alarmen. El fortuito encuentro no resulta ser fatal. El conductor no iba rápido y ha sabido frenar a tiempo. Quedará alguna herida leve, cierto, pero nada que no pueda curar el tiempo. Y aunque duela, Paco Gimeno sabe que no habrá de quejarse. El dueño del vehículo, miren por donde, resulta ser el preparador físico de un importante equipo de fútbol y la amistad que nacerá del choque terminará conduciéndolo a su sueño.

Efectivamente, Paco Gimeno acabará siendo un entrenador importante.

Huyera o no del destino, lo ha terminado alcanzado igual.

5

Atardece y llueve de nuevo cuando Sansón se encuentra con Irene.

El sitio es justo como dijo Garcés: la construcción de un bloque de apartamentos en una antigua casa palaciega a la que las prerrogativas consistoriales le han conservado la fachada para no estropear la unidad estética del entorno. Seguramente sea digna de apreciarse, pero entre el apuntalamiento y la lona que cubre el edificio para evitar daños por desprendimientos, lo cierto es que es difícil comprobarlo. Habrá que esperar a que el trabajo esté terminado. Por el momento, amortajado por este cielo en luto permanente, si el edificio nos parece algo es un esqueleto cubierto apenas por jirones de piel. Es la misma imagen pavorosa y melancólica de la muerte.

Mal empezamos.

El que será futuro emplazamiento de apartamentos de lujo se extiende a lo largo de toda una esquina de la calle. Como la acera está ocupada por las cubetas de escombros, el encuentro ya anticipado se produce en la acera de enfrente, a cubierto de la lluvia bajo la marquesina de una tienda de muebles. Ahí están los dos, saludándose con familiaridad, pero, al mismo tiempo, con reservas, como si todavía no hubieran terminado de dilucidar cómo de estrecho es el lazo que los une. O eso o les pesan demasiados sus respectivas cargas emocionales. Las de Sansón ya las conocemos. En cuanto a las de Irene, suponemos, porque no deja de ser suposición que debe sentirse culpable. O eso queremos creer. Lo mismo nos equivocamos y traicionar a Sansón no le ha supuesto el más mínimo problema.

Veremos.

El caso es que ya van a colarse en el edificio.

Irene le muestra una apertura en la malla protectora de la estructura y él pasa delante. La imagen, desde luego, no puede ser más apropiada: Sansón Galavís dejándose envolver de forma voluntaria en la red de su trampa.

Confiemos en que sepa salir de ella.

Miren, la obra está ya muy avanzada. Esperábamos encontrar un caos de ruinas y escombros, pero la estructura está prácticamente terminada. La planta de cada piso se muestra diáfana, como un bosque de pilares y columnas de hormigón entre los que destacan

aislados los tramos de escaleras. Huele a polvo. La luz escasa de este atardecer atraviesa la malla menguada y moribunda y no puede hacer nada por disolver la profunda oscuridad. Pese a ello, más allá del abrigo de las sombras y de que apenas viene nadie por aquí desde hace un año, no ofrece este lugar un buen escondite. Más que nada porque no hay dónde ocultarse. Debería ser relativamente fácil vislumbrar a Nicolasa en alguna de las plantas. No hay más que subir escaleras. Y después de haber pasado trescientos años esperando, ese no parece un sacrificio demasiado grande. Suben completamente en silencio. El sonido de la lluvia cerca sus pensamientos y potencia piso tras piso la ansiedad.

Y por fin, en el último, ahí está.

Mírenla… es ella. ¡Es ella! Ahí la tienen, tumbada contra un pilar, hecha un ovillo. Vale, puede que a nosotros nos cueste definir su presencia con tanta precisión. Vista desde aquí podría tratarse perfectamente de otra persona. Por el aspecto desastrado, una indigente cualquiera que ha venido a refugiarse de la lluvia. Pero Sansón no tiene la menor duda. ¿Cómo va a tenerla? Cada rasgo de esta mujer, cada movimiento voluntario o involuntario ha poblado su pensamiento desde hace siglos, repitiéndose en su memoria, como una letanía, incluso cuando él no quería hacerlo. Reconocerla es una consecuencia natural e inmediata de estar en su presencia.

Y se pone nervioso.

Claro que se pone nervioso, ¿quién no lo haría?

El arrastrar de los pies sobre el polvo rompe el silencio en una miríada de ecos.

Nicolasa levanta la cabeza, alertada.

Y lo ve.

Y el aire entre los dos tiembla.

Y es como respirar de nuevo. Como si una ráfaga de viento, puro y limpio, se llevara de golpe años y años de miseria acumulada para darles una segunda oportunidad. Como si nacieran de nuevo y se encontraran aquí y ahora, libres de cargas y de culpas, pero plenamente conscientes de quiénes son y dónde han estado. Dispuestos a subsanar tantos y tan estúpidos errores y no dejarse escapar nunca más.

Así que ella corre hacia él.

Y él corre hacia ella.

Los cuerpos se encuentran. Las manos ávidas acarician los rostros perplejos. Los ojos se bañan en las miradas ansiosas, se buscan en lo más profundo de sus seres abiertos de par en par.

Y al encontrarse, por fin, el mundo estalla en llamas con un

beso.

El disparo resuena entonces despectivo, como el más soez de los insultos. La bala impacta a Sansón en la espalda, más o menos a la altura de donde, hasta hace un momento, el corazón le bailaba de puro contento. Ahora se agita aterrado. El hombre de trescientos años cae al suelo y se queda ahí, tirado, boqueando, la respiración entrecortada, incapaz de evitar la fuga masiva de sangre que amenaza con drenarle la vida del cuerpo.

Y pensando que es la segunda vez que deja que un Gris interponga una bala entre ellos.

6

Laura siempre quiso ser cineasta.

Lo dejó para ser madre.

Y ahora, por fin, cuando su hija, la pequeña Marta, descubre entre los setos del parque al unicornio, encuentra la inspiración, el valor y las ganas para recuperar la cámara y ser las dos cosas al mismo tiempo.

7

Garcés Gris surge de entre las sombras como lo hiciera otro Gris, en otro momento, la pistola humeante en la mano y la mueca de suficiencia afilada como un cuchillo en los labios. Se acerca lentamente a Nicolasa, exudando insultantes toneladas de soberbia.

—Buenas tardes, Nicolasa. ¿Sabes quién soy? Claro que lo sabes, ¿cómo ibas a olvidarme? Estoy seguro de que recuerdas todos y cada uno de los detalles de los cientos de años que han pasado desde que te capturamos.

Lo recuerda.

Por supuesto que lo recuerda. Su expresión atónita lo deja bien claro.

—Dejémonos de rodeos, que entre viejos amigos más vale ir al grano. Te entiendo bien, ¿sabes? La memoria es una hija de puta. Yo no puedo olvidar ni uno solo de los detalles del tiempo que pasé atrapado bajo una montaña de libros. Tú no sabes de lo que hablo, pero Sansón sí. Él lo sabe muy bien. A fin de cuentas, fue quien me los tiró encima.

Al pasar junto a Sansón, se arrodilla y le da unas palmaditas en la cara.

—Efectivamente, soy tu viejo colega. Garcés Gris. ¿Qué te parece? Hay que ver cómo son los reencuentros. Le cortan a uno el aliento. Aunque en tu caso no sé si esto te va a hacer mucho bien. Quita esa cara de pasmo, que pretendo que dures un poco más. Después de haber dado por culo durante trescientos años, a ver si te crees que te voy a dejar morir en un segundo. Me voy a encargar de que agonices durante horas. Tómalo como una muestra de cariño.

8

A José le traen sin cuidado las precauciones.

Vale, no podrá besarla bajo la luna llena y de aquí en adelante las Noches de San Juan serán un recital de plegarias por su alma. De acuerdo, no podrá jamás hablar mal de ella, bajo pena de perderla. ¿Y qué? De todas formas, no pensaba hacerlo. ¿Por qué debería? ¿A quién le importa que mujer de la que ha caído fulminantemente enamorado sea una encantada y que solo su beso pueda librarla del hechizo?

Todo eso son meras anécdotas.

Y palidecen ante el hecho de que jamás volverá a estar solo.

9

Nicolasa querría reaccionar.

Llama a gritos al demonio para que tome el control. Busca la fuerza para convocar al viento. Pero no la encuentra. Es como si estuviera paralizada. Aturdida. Y no es solo la sorpresa. Es que va notando la sensación helada que se va extendiendo lentamente por sus venas, espesándole la sangre, adormeciéndole los pensamientos. Ya conoce esta sensación. La conoce muy bien. Son los hechizos de persuasión que la aprisionaron durante años. Garcés Gris los ha ocultado en su voz. Cada una de sus palabras es como un eslabón más de la cadena que se extiende a su alrededor. Y se revuelve. Su alma se revuelve. Araña con desesperación la pétrea carcasa en la que se va convirtiendo la carne. Pero es en vano. No hay más evidencia de su furia que la mirada angustiada en los ojos. Incluso Garcés, que se despide de Sansón con una patada en el costado y tantea de nuevo a su presa, insolente, se percata de ello.

—¿Qué sucede? ¿No te puedes mover? Bueno, ya sabes cómo va esto. Lo sabes muy bien. Es una pequeña trampa que te he tendido. Que os he tendido a ambos. Y habéis caído como dos idiotas. Aunque supongo que eso es lo que sois. Idiotas. Eso es, más o menos, lo que hace el amor, ¿verdad? Nos sorbe el cerebro y nos convierte en peleles. Fíjate en vosotros. Toda una eternidad dando vueltas el uno alrededor del otro para ir a caer ahora como si tal cosa en mis manos. Por eso nunca me he enamorado. Alguien como yo no puede permitirse perder el control. Los sentimientos son una lacra, Nicolasa. Tú deberías saberlo bien. Nunca has sentido más paz que cuando te has abandonado al monstruo que guardas en tu interior, acallando tu conciencia, matando a diestro y siniestro con total indiferencia. Esta lucha tuya por ser quien no eres no te hace ningún bien. Y ha durado ya demasiado tiempo, ¿no crees?

Garcés llega hasta Nicolasa.

El hechizo se ha completado. La mujer no puede moverse. No puede hacer nada. Incluso la furia que gritaban los ojos cae de pronto bajo una especie de velo de alquitrán y se calla por completo. Ya no es más que un eco que cada vez resuena más inofensivo y más lejano. El hombre desplazado en el tiempo se permite acariciar el rostro de la mujer. El gesto, que en cualquier otra persona podría considerarse amable, tierno incluso, reviste consideraciones tan lascivas, tan obscenas, que resulta repulsivo. Es

como una amenaza. Una premonición de lo que está por venir.

Y el asco nos encoge el estómago.

—Vamos, niña… Aunque con todos los años que llevas a cuestas, no sé si esa palabra te define muy bien, ¿no crees? Eres vieja. Muy vieja. Quién lo diría… Mírate… tan hermosa como siempre… Tú y yo vamos a hacernos muy amigos, Nicolasa. Muy, muy, amigos. Íntimos. Más que amantes. Pero no te preocupes, que no me voy a enamorar de ti. Ni voy a obligarte a que sientas nada que no sea necesario. Lo mío es mucho más pragmático. Más… egoísta. Nuestra relación tendrá una finalidad. Un objetivo. Puramente utilitario. Y debe hacerte sentir orgullosa, porque voy a usarte para vivir para siempre, ¿sabes? Para ejercer para siempre el control sobre este pedazo de mierda que llamamos país, sobre esta caterva de borregos que no son nada sin que les manden. Todos hablan de libertad, pero anhelan que alguien les diga lo que tienen que hacer. Hablan de sueños y de aspiraciones, de vivir la vida y todas esas gilipolleces propias de libros de autoayuda, pero les subyuga el pánico si pierden la rutina, si no saben qué será de ellos mañana. Nadie quiere pensar demasiado. Yo les daré el bálsamo que necesitan, la cura para la incertidumbre y las falsas esperanzas que no provocan más que miedo. Bajo mi eterno control, la apoteosis de la Cofradía se extenderá para siempre.

Un golpe metálico interrumpe violentamente el ominoso discurso.

¿Qué ha pasado?

Garcés se tambalea, los ojos a punto de salirse de las órbitas y una expresión desencajada de puro dolor en el rostro. Cae de rodillas al suelo y al hacerlo desvela la imagen de Irene, sosteniendo entre sus manos el trozo de tubería ensangrentado que ha sido el causante del ataque.

Así que teníamos razón.

Traicionar a Sansón le pesaba en la conciencia demasiado.

10

Alba Zarzas no solo está triste.

Está furiosa.

Una mezcla semejante, pueden imaginarse, no da pie a nada bueno. El estado de ánimo de esta chica, normalmente dócil y responsable, la predispone a actuar de formas insospechadas y a tomar decisiones que hasta ella misma, en el próximo momento de calma, juzgará fuera de lugar. Pero, por el momento, no pueden parecerle más razonables.

Hoy no ha entrado en clase.

Iba a hacerlo, desde luego. Iba camino del instituto, mochila al hombro y el alma por los suelos. Iba a ser exactamente quien se espera que sea. Sin embargo, a escasos metros de la verja abierta, contemplando con desagrado el desfile de borregos que no son conscientes de serlo, algo estalló en su interior. Llámenle rebeldía o espíritu de contradicción. Llámenle como quieran llamarlo. Lo cierto es que, ansiando desgajarse de la masa de adolescentes atontados, se dio media vuelta y, por primera vez en su vida, lo mandó todo, permítanme la soez aunque locuaz expresión, a tomar por el culo.

Y se preguntarán, con razón, por los motivos de tan radical viraje en el carácter. ¿Ustedes qué creen? No hay que pensar demasiado. Tratándose de una adolescente, hay muchas posibilidades, prácticamente todas, de que el conflicto provenga del ámbito familiar, ¿no les parece? A saber: la vieja e interminable disputa entre deseos personales y expectativas ajenas. Ella quiere ser artista. Sus padres no quieren que lo sea. Y así llevan, a la gresca, desde que empezara el último año del instituto. La cosa, más o menos, se había suavizado cuando, mediante la intervención de Sansón, Alba se apuntó a una academia de arte con la intención de preparar el examen de acceso al módulo superior de ilustración. En secreto, claro. Sí, el asunto le exigía hacer malabares para no descubrir la mentira ante sus padres, pero incluso así le resultaba más fácil mantener las apariencias, aguantar la monotonía del instituto y no buscarse problemas innecesarios hasta final de curso, cuando habría de afrontar irremediablemente la elección de su futuro. Entonces, posiblemente, todo le estallase en la cara. Pero bueno, eso sería entonces. Por el momento, había conseguido un precario equilibrio en cuyos márgenes podía jugar a ser libre. Y con

eso, ya era feliz. Ni podía, ni quería, pedir más.

El problema es que las cosas han estallado antes de tiempo.

La coartada se le vino abajo la tarde pasada cuando su padre, preocupado por la lluvia, decidió ir a buscarla en coche a casa de su amiga Sara, ya saben, la misma que Irene ponía de excusa para escaparse a la academia. Semejante gesto de cariño, aunque agradecido, no podía ser más inoportuno. Ni por inusual, más imprevisible. Y, claro, las cosas han salido como han salido. El destino, que ya sabemos cómo se las juega, ha querido que el final de la falsa entrevista con Irene, que para ella sigue siendo absolutamente real, coincida con la llegada del padre a donde Sara. Una rápida conversación con la madre de esta sirvió para tirar de la manta.

Lo demás, bueno, ya pueden imaginarlo.

Y como lo peor que puede hacerse con alguien que ha decidido cuál es su camino, más si ese alguien es adolescente, es prohibirle tomarlo, lejos de amilanarse o entrar por vereda, así la encontramos ahora, sentada junto al río, después de haber estado todo el día deambulando, dispuesta a aprovechar el respiro que la lluvia ha dado al mundo para encontrarse a sí misma entre ráfagas de aire.

La tarde, desde luego, da para eso y más. Los trazos de tormenta pintan un cuadro verdaderamente inspirador para alguien de su temperamento artístico. Fíjense. Manchas de nubes grises se derraman de una punta a otra del horizonte. La brisa peina las ramas encrespadas de los sauces. Y el río parece que discurre entre risas. Alba, sentada en la orilla, saca su cuaderno, su lápiz y se deja llevar. El papel blanco va descubriendo poco a poco un magistral esbozo de la otra orilla, la de Triana. Mientras, la alquimia del grafito destila su calma, serenándole el alma y, no obstante, afianzándole las convicciones. No piensa retroceder. No va a dar media vuelta.

Lo tiene claro: esto es lo único que la hace feliz.

Y se pregunta: ¿cuánto más fácil no sería todo si pudiera convencer a sus padres? Pero claro, ¿cómo lo hace? ¿Qué encantamiento sería capaz de provocar un cambio tan radical en el rancio y granítico pensamiento de él o en la indolente molicie de ella? Sí, Sansón, es capaz de mucho, pero, aunque en algún momento lo haya comparado con Gandalf, el símil tiene más que ver con la profunda sabiduría implícita en los consejos que con trasnochados trucos de magia. Ay, si ella supiera… Pero bueno, no sabe. Y aunque lo hiciera, le pesa la certeza de que ninguno de sus progenitores accedería a mantener una conversación de más de dos

minutos, ni más profunda que las típicas cordialidades, muestra de buena vecindad, con el tipo solitario del piso de arriba. Es más, está convencida de que ni siquiera aprobarían, si llegaran a conocerla, la extraña amistad que los une. No, Sansón no puede ser la respuesta. Necesita otra cosa. Un revulsivo. Un as en la manga tan potente, tan efectivo, que cualquier argumento en contra pierda toda su fuerza al instante.

Si al menos sus dibujos fueran capaces de conmover a su padre…

Pero el hombre, qué se le va a hacer, tiene la sensibilidad adormecida, por no decir catatónica, después de años y años de esforzarse en encajar en el molde de persona seria y respetable. Ya ven. Habría que resucitar a Rubens y pintar una actualización de las *Tres Gracias*, en base a las modas estéticas de la época, para provocar si quiera un amago de reacción emocional en un ser tan monolítico. Y, aun así, sospecha ella, se trataría de algo más visceral de lo deseado, más relacionado con los bajos instintos y todas esas cosas. Y tampoco está segura de que eso le sirviera. Ni de querer verlo, ya puestos.

En fin, que está perdida.

Y entonces, así como quien no quiere la cosa, tal vez porque es el momento propicio o porque el destino, que a veces tiene esas cosas, ha conspirado para ello, se percata de algo que hasta ahora se le había pasado por alto. Resulta que las risas del río, lejos de ser una metáfora, son literales. Es decir, que alguien se ríe junto al agua, algo más allá, oculto tras un arbusto. Y hay algo en esa risa, una musicalidad irresistible, como el repique armonioso de un sinfín de alegres campanillas, que hace imposible no dejarse capturar por ella. Escuchen, escuchen. ¿No les despierta un alegre cosquilleo en el corazón? ¿Quién puede resistirse a la tentación de averiguar qué clase de ser celestial es capaz de transformar su voz en tan jovial tintineo? Ella no, desde luego. Así que guarda el cuaderno, se asoma al otro lado del arbusto y la sorpresa, que es mayúscula, la desarma por completo.

Podrán imaginarse, a estas alturas, que la risa no pertenece a un ser humano. Tampoco a una bestia. La verdad sea dicha: la propietaria es exactamente lo contrario. Ahí pueden verla. Es una mujer pequeña, menuda, pero la impresión que causa es colosal. No vamos a negarlo, nos resulta hermosísima. Tiene la piel blanca y tersa, los ojos azules, grandes y rasgados y una melena rubia que se atusa con delicadeza. Se tapa con una túnica blanca que le cubre hasta los pies y la reviste de una elegancia que es, a la vez, sublime

y salvaje. Como la naturaleza. Destila un aura luminosa y brillante y da la sensación de que siembra semillas de primavera con cada gesto, con cada paso. Es como si las penas se derritiesen en torno a ella. Los colores parecen más intensos y el corazón late más deprisa, repleto de ansias de vivir. Y lo mejor de todo, lo más increíble, es que da la sensación, si no estamos perdiendo la cabeza, de que está hablando con el agua.

Sí, sí, han leído bien.

El río suena y ella ríe.

Ella habla y el río gorgotea.

Créanlo o no, pero esta criatura, bella y sensual, se comunica con el agua.

Es una anjana. Una xana. Una moura. Una lamia. Llamémosla como queramos, no va a dejar de ser lo que es, lo que siempre será: un hada. Un tipo de ellas, al menos. Una que vive entre riquezas y posesiones maravillosas en un palacio bajo el agua. Irene, como David, no lo sabe. No tiene ni la menor idea. Pero eso no va a ser óbice para que pueda beneficiarse de las consecuencias positivas que va a traerle el encuentro. Porque, si bien las anjanas pueden ser terribles con los avariciosos, también se muestran bondadosas con los necesitados.

Y, ahora mismo, aquí, al rededor, si hablamos de ayuda, nadie la necesita más que Alba.

No pasará mucho hasta que el hada repare en la presencia de la chica. Cuando lo haga y fluya la conversación, será cuestión de tiempo que salgan a flote las necesidades de esta. Ante una anjana es imposible ocultarlas. Es como si el corazón se desnudase. Por impulso. Por el simple placer de hacerlo. Entonces la pequeña mujer le hará un regalo. Un pincel hecho con hebras doradas de sus cabellos. Que dicho así tampoco es que suene como algo especial. Pero lo es. Porque sirve para potenciar los talentos del portador. Y, como los de Alba no son pocos, en cosa de una semana habrá compuesto un cuadro tan conmovedor que terminará, efectivamente, produciendo el milagro. El corazón atrofiado de su padre redoblará impresionado. Lágrimas de pura emoción le perlarán los ojos reacios. Y cuando los trazos, sueltos, vivos, resuciten los recuerdos de su infancia, el padre de Alba, por fin, lo habrá comprendido.

Su hija será artista.

Y no tiene ningún sentido seguir negándolo.

11

Garcés está herido.

Pero que nadie piense que ha sido derrotado. Tiene una herida abierta en la cabeza que sangra a borbotones, pero ni siquiera eso es suficiente para aplacar la rabia que vomita por las pupilas inyectadas en sangre. El acceso de valentía que ha demostrado Irene se desvanece de golpe cuando comprueba que el plan no le ha salido tan bien como esperaba. El pánico se apodera de ella. Tira la tubería al suelo y trata de correr. Pero es en vano. Garcés se recupera inesperadamente rápido y salta sobre ella como un ave de presa, apresándole el cuello con la mano retorcida como una garra. Los dedos se clavan sin piedad en la garganta. Las uñas le desgarran la piel, haciéndola sangrar. Con brutalidad inhumana la estampa contra un pilar de hormigón y la mantiene allí, apresada, mientras le clava su mirada de odio.

—¿Qué coño haces, niñata? ¿Qué cojones estás haciendo? ¡Maldita puta traicionera! ¿Crees que me temblará el pulso si tengo que matarte? ¡Para mí no eres nadie! ¡Nadie!

Garcés pone el cañón de la pistola contra la sien de Irene.

El pulgar acciona el percutor.

El índice se coloca sobre el gatillo.

Irene abre los ojos y descubre a lo lejos, junto a otro pilar, la espectral silueta de la Dama Blanca.

La muerte.

Y un torrente de lágrimas se desprende de sus ojos.

12

En algún punto de la ciudad, allá donde confluyen los sentimientos y las emociones se muestran a flor de piel, la realidad se convulsiona y se agita. El universo se desgarra. Cascadas de estrellas sangran por la herida abierta.

La puerta aparece.

Y los sueños brotan de nuevo, revividos.

13

Algo ha cambiado de pronto.

¿No lo notan?

Todo es igual, pero, al mismo tiempo, completamente diferente.

Y entonces lo saben. Todos lo saben. Lo nota Nicolasa en la prisión de su propia piel. Lo siente Sansón, que sonríe satisfecho mientras la Dama Blanca le susurra al oído. Lo comprende Irene cuando, por espacio de una décima de segundo, deja de sentir miedo.

Y lo descubre Garcés.

El hombre desplazado siente en el estómago el embiste del desconcierto. La presa se afloja y ni tan siquiera presta atención cuando Irene escapa.

—¿Qué… qué… es esto? La… puerta… ¡La puerta! ¿Cómo es posible? ¿Has sido tú, maldito hijo de puta? ¿A esto has estado jugando todo el tiempo? ¡Tengo que encontrarla! ¡Tengo que impedir que se abra de nuevo! ¡Dime dónde está!

La furia lo arranca del aturdimiento. Quiere correr hacia Sansón y sacarle a puñetazos lo que sabe. Pero, cuando lo intenta, sus pasos se detienen de golpe. Porque el hombre tricentenario lo ha engañado de nuevo. Y ahí está. Arrastrándose por el suelo y dejando una estela de sangre que lleva directamente a Nicolasa. Ahora extiende la mano temblorosa. Le cuesta tanto que parece que vaya a perder la conciencia de un momento a otro. Es fácil ver cómo la vida se le escapa a raudales. Pero igualmente, él lo intenta. Porque ha recordado las palabras de don Jacinto. Porque sabe que, si le queda un segundo de vida, no quiere desperdiciarlo huyendo otra vez de quién es. Y Sansón Galavís ha sido muchas cosas a lo largo de sus trescientos años de vida. Valiente, cobarde, maldito. Niño, cura, ermitaño. Amante, soldado.

Y fuente.

Al tocar a Nicolasa, la cadena de hechizos se rompe en mil pedazos. La influencia de Garcés se convierte en un susurro moribundo. La vida le vuelve a los ojos.

Y el viento acude a la llamada.

Nicolasa Parejo se transforma en alguien distinto. Alguien que no es ni demonio ni mujer, sino una mezcla hermosa y terrible de ambos. En un abrir y cerrar de ojos, el huracán revuelve el polvo del piso, haciendo volar pedazos de hormigón y tubería. La lona se

revuelve y se rasga. Irene corre a ocultarse tras un pilar. Pero no le hace falta, porque antes de que pueda darse cuenta, todo ha acabado. Cuando sale de su escondite, de Garcés Gris no quedan más que sangre y vísceras. Y Nicolasa vuelve a ser una mujer que carga con el peso del mundo sobre los hombros.

Ahí está, arrodillada junto a Sansón.

Irene corre a su lado. Cuando llega, la impresión es tan grande que le corta el aliento.

Fíjense.

Sansón es un anciano.

Los ojos vacíos parecen muertos. Solo la mano temblorosa que busca a tientas la de Nicolasa muestra un débil signo de algo que todavía puede interpretarse como vida.

—¿Qué le ha pasado?

—Se ha sacrificado por mí… Me ha dado toda su vida…

—Entonces… ¿va a morir?

Nicolasa no responde. Con infinita ternura acaricia el rostro arrugado de Sansón y se inclina sobre él para besarlo en los labios con tanta pasión, con tanta entrega, que es imposible no contagiarse por la emoción. La realidad entera parece volver los ojos hacia esta escena, arrebatada por el caudal de sentimientos. Irene, atónita, cree ver a través de un velo de lágrimas que las arrugas de Sansón se van suavizando. El rostro se moldea para mostrar algo distinto. El qué, nos tememos, no vamos a llegar a verlo. El viento estalla de nuevo. Ya no es un huracán, es una brisa suave y gentil, una caricia cálida y amable. El hombre y la mujer se convierten en arena. La brisa esparce a los amantes eternos por la noche. De pronto, es como si nunca hubieran estado allí.

Y ante los ojos bañados en lágrimas de Irene Belchí, que se jura no tardar tanto en encontrar la vida que merece, trescientos años terminan y se desvanecen como un sueño de nadie.

Coín

15 de mayo de 2017

Biografía

Antonio M. Espinosa nació en Sevilla, en 1979. Se licenció en Geografía e Historia y resolvió dedicarse a la enseñanza por una cuestión de pura vocación. Hoy en da doy clases de Historia en el I.E.S. Montecillos de Coín (Málaga). Allí vive con su mujer y sus dos hijos pequeños, compaginando trabajo y vida familiar con sus aspiraciones literarias. En 2012 publicó con Atlantis editorial su primera novela, ”Judith y la Opción Incorrecta”. En 2014 ”Más Sabrá el Diablo”, su segunda novela, fue publicada por Chiado Editorial. En 2016 vio la luz su tercera obra ”Miedo en el corazón de la ciudad”, gracias a Multiverso Editorial, con la que repite en esta nueva aventura. Antonio escribe desde siempre, porque no conoce otra manera de explicarse. Su género preferido es la Literatura Fantástica, porque es la que mejor recoge su idea de que la imaginación y la creatividad deben fluir con absoluta libertad y sin prejuicios. A fin de cuentas, son dos de los principales rasgos que nos definen como humanos.

Agradecimientos

Cuando uno tiene la desgracia de vivir más tiempo en las nubes que en la Tierra, como es mi caso, escribir suele ser una tarea muy satisfactoria. Es la única manera de apaciguar la imaginación desbocada que, las más de las veces, te desborda por completo. Pero también puede ser una tarea ardua, solitaria y, sobre todo, ingrata. Los momentos de dudas son incontables, y las recompensas no suelen llegar tan a menudo, ni con tanta fuerza, como a uno le gustaría. Hablo de las emocionales. Las económicas las dejaremos para cuando existan. Por eso es necesario asegurarse de estar rodeado de gente que te comprenda. O al menos que te tolere. Que te recoja del suelo cuando estés exhausto y te empuje en la dirección correcta cuando el viento sopla a favor. Es por eso que quiero dar las gracias, en primer lugar, a Halle Grosso, editor de Multiverso, por sus consejos y su apoyo. A mis amigos, por supuesto, muy pocos y muy distanciados entre sí, pero no por ello menos queridos. A los viejos, por superar al tiempo, y a los nuevos, por hacerlo más llevadero. A mis compañeros, a todos con los que he tenido la suerte de compartir profesión y aprender tanto. A mi madre y mis hermanos, por ser mi infancia. A mi familia. A Carmen, Hugo y Ale, por ser mi presente, la vela de mi barco, mi motor y mi alimento espiritual. Os quiero mucho más de lo que jamás podré expresar con palabras. Y por último, me gustaría agradecer a Dios, quizás en público por primera vez en mi vida, por haberme otorgado el don de la imaginación, y por darme la determinación de hacerla mi bandera y la perseverancia para mantenerla siempre arriba.

Table of Contents

Un sueño de nadie

El niño y el demonio

1
2
3

El amor y los muertos

1
2
3
4
5

Victorias y derrotas

1
2
3
4
5

Irene y la desconfianza

1
2
3
4
5
6
7
8
9

El adivino y el doloroso revés de la desesperanza

1
2
3
4
5

Lo oculto y las revelaciones

1

2
3
4

El ermitaño y el beso

1
2
3
4
5
6
7
8

Realidad y rebelión

1
2
3

La misión y la dama que llega al alba

1
2
3
4
5
6
7
8
9

El desplazado y diferentes tonos de gris

1
2
3
4
5
6
7

El final y el principio

1
2
3

4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
Biografía
Agradecimientos